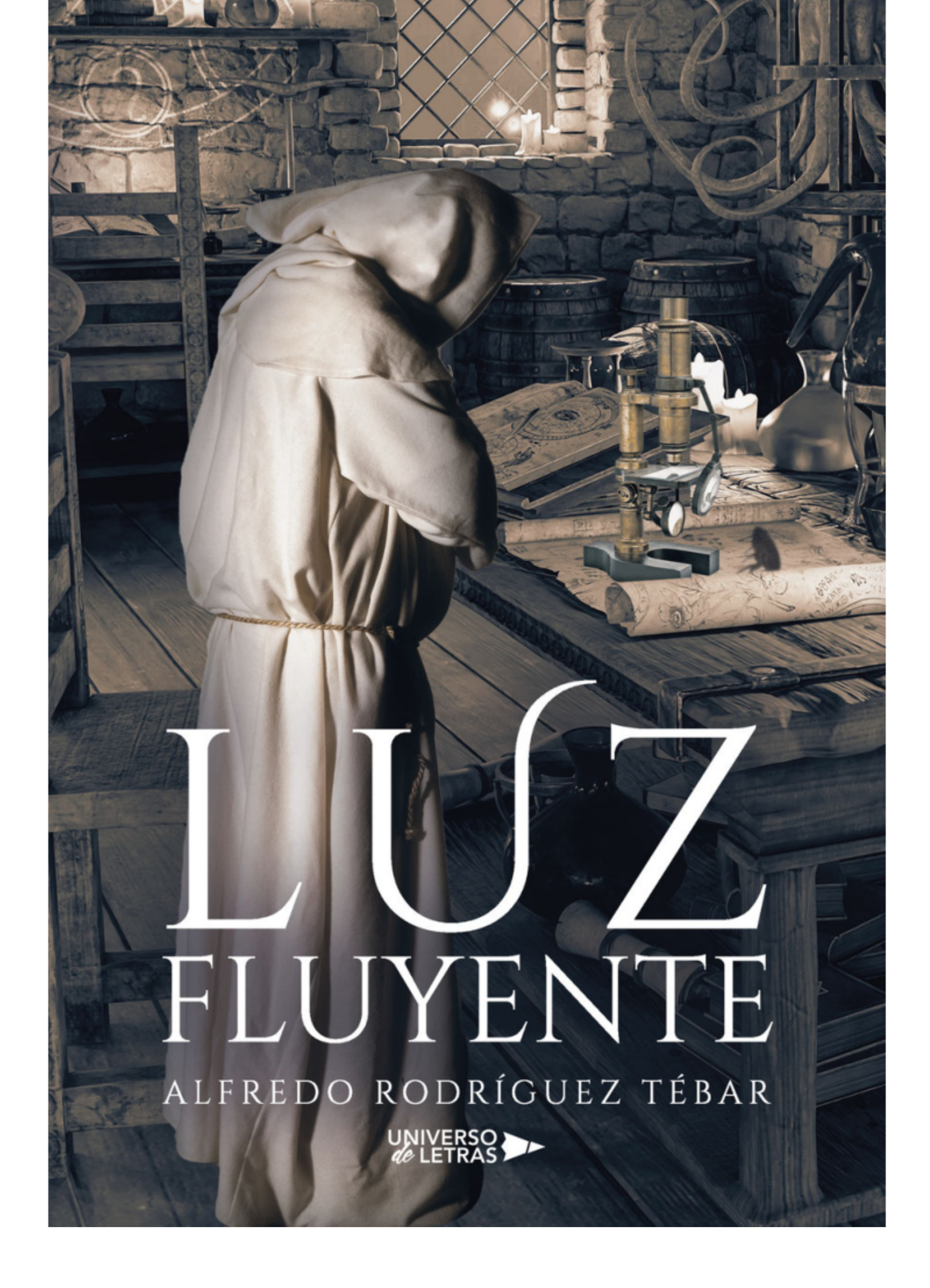

LUZ
FLUYENTE
ALFREDO RODRÍGUEZ TÉBAR
UNIVERSO de LETRAS

Table of Contents

Luz Fluyente

Alfredo Rodríguez Tébar



Luz Fluyente

Alfredo Rodríguez Tébar

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2023

ISBN: 9788419613332

ISBN eBook: 9788419613875

A Gloria

Capítulo I

Norberto de Cholhac, monje de san Norberto de Xanten, estaba convencido de que, por más que lo pretendiera, nunca alcanzaría la santidad del fundador de la Cándida y Canónica Orden Premonstratense en la que había ingresado veinticinco años antes. Verdaderamente, no poseía el canónigo de la regla de san Agustín la paciencia y mansedumbre necesarias para aceptar resignadamente los tiempos tan tortuosos, los eventos tan crueles que desfilaban precipitadamente ante él y, además, había perdido por voluntad propia la impasibilidad frente a las atrocidades de las que era testigo a diario, dentro de una realidad enseñoreada por la enfermedad y la muerte.

Aquella noche no había podido dormir tanto por su propia intranquilidad espiritual como por los gritos desgarradores que proferían los reos conducidos en barcazas hasta la isla de su holocausto, río abajo en medio del Rin. Se levantó de la cama, se arrodilló y comenzó sus oraciones bastante antes de la hora acostumbrada, sin saber bien qué rezaba, por tener la mente en extravío, como si esta se hallase muy lejana, evaporada en el éter; de cualquier forma, escapada y ya lejos de su cabeza.

La campana del reloj mecánico que había construido el año anterior con ayuda de Yussaf tañó a las cuatro de la mañana de aquel 9 de enero de 1349, el día en que varios cientos de judíos fueron quemados vivos en Basilea después de ser acusados de propagar la muerte negra en aquella parte del mundo. Cerró la ventana de su celda para detener el gélido viento del norte, que empezaba a traer el olor a carne quemada y, para aislarse de lo que en la ciudad acontecía, se fue a su pequeño taller con la vacilante intención de terminar la lente plano-cóncava que había comenzado a pulir la noche anterior.

Encendió las velas de los dos candelabros y se sentó en un escabel ante el torno. Mientras ajustaba con pulso tembloroso en las manos la placa de vidrio sobre la platina giratoria y la adhería con unas gotas de lacre, no dejaba de recordar la desagradable entrevista que había

sostenido con Juan II de Müssingen, el príncipe−obispo de la ciudad, quien lo había llamado a su palacio el pasado septiembre, unos días antes del equinoccio.

Le hablaba el prelado con voz lenta, engolada y partida, como acariciando en su garganta cada palabra que deslizaba hacia los labios, como si diera la primicia, como si él fuera la primera persona sobre la Tierra en percatarse de la presencia de un mal que ya había matado a millones de personas en el mundo y varios cientos, hasta ese instante, en la ciudad que el obispo regentaba.

Norberto apenas prestaba atención a las vacuas palabras del príncipe−obispo, por considerarlas fatuas e innecesarias; antes bien se mostraba algo nervioso ante el convencimiento de que estaba perdiendo un tiempo que no tenía mientras escuchaba al obispo. Le parecía ridículo que un obispo, que nunca salía de su palacio, le diera lecciones sobre la plaga a él, precisamente un médico que llevaba meses atendiendo apestados y conocía mejor que nadie la catástrofe sanitaria que sacudía la ciudad. Con la libertad de espíritu que otorgaban tiempos tan penosos, sentía que la jerarquía había perdido sentido y, por lo tanto, no tenía por qué arrodillarse ante ella. Con impaciencia difícilmente contenida dejó que el obispo expusiera sus temores y luego habló:

—Creía que su eminencia me había llamado para poner en marcha, de una vez por todas, la Escuela de Medicina de esta ciudad, que es el motivo por el cual aquí vine. La pestilencia asuela Basilea desde hace casi cinco meses y tú sabes perfectamente quién la trajo. Te vi observando desde una ventana de este palacio la representación teatral de los flagelantes, que portaron consigo la enfermedad, aunque daba igual porque esta nos habría llegado por cualquier otro medio.

»Fuimos muchos los que nos organizamos desde el principio de la epidemia para enfrentarnos a ella. Hacemos todo lo que podemos, pese a la escasez de nuestros recursos, porque ni tú ni el Concejo Municipal habéis hecho ninguna aportación para sufragar tanto gasto como nos origina la atención a los enfermos. En todo este tiempo hasta ahora, no he oído que su eminencia se haya interesado por la suerte de tanto desgraciado, que haya visitado alguno de nuestros hospitales, que haya abierto las puertas del palacio para los necesitados de cobijo, cura y protección. Su eminencia no ha mostrado

estar cerca de los que sufren ni de los que mueren.

—Comprendo tu decepción, hijo mío —dijo el príncipe–obispo con condescendencia simulada y cólera reprimida; sin, aparentemente, sentirse herido o molesto por las palabras del monje—. Sabes bien que la muerte negra nos ha sorprendido y ha trastocado todos nuestros planes. Hace dos años que el mal cayó sobre algunos territorios orientales del Sacro Imperio, pero entonces no pensamos que nos alcanzaría o, al menos, no lo esperábamos. Ahora lo más perentorio es luchar contra esa pestilencia. —Se detuvo y, con esfuerzo, retomó su discurso—: Para ello necesitamos tu consejo y tu labor como médico.

—No tiene sentido lo que dices. No hemos esperado a que tomes decisiones porque en estos meses has estado recluido en tu palacio sin determinar nada. Pero si quieres enmendar tu laxitud, lo mejor que podrías hacer es darnos dinero porque ya no nos queda nada. La muerte negra se podría contener mejor si contáramos con un equipo médico más numeroso del que yo he formado en los últimos dos años, el tiempo que llevo aquí. De haber contado con la dotación que su eminencia me prometió, seríamos muchos más para luchar contra la pestilencia; tendríamos más medios con los que curar a tantísimos enfermos —dijo Norberto mostrando gran enfado y sin importarle la altísima dignidad de su interlocutor.

—Dejemos este asunto por ahora —le interrumpió el prelado—. Te prometo que, cuando amaine la plaga, dedicaré toda mi atención y esfuerzo a la Escuela de Medicina, pero en esta tesitura te necesitamos para que nos ayudes a controlar la plaga.

—Veo que no quieres entender —refutó el monje—. Somos nosotros, yo y mis colaboradores, los que tratamos de controlar la plaga. Y eres tú quien debe ayudarnos.

—Bien —accedió el obispo—. Entonces te pido que me expliques qué o quiénes han traído la pestilencia a la cristiandad. Como sabes, existe el convencimiento general de que todo es obra de judíos que envenenan los pozos de agua y necesito saber tu opinión para…

La carcajada de Norberto cortó en seco el discurso del príncipe–obispo, quien se sintió molesto por lo que consideraba una impertinencia irrespetuosa. Desde el pedestal donde el príncipe se

había encaramado hacía catorce años, estaba acostumbrado a mirar a todo el mundo desde arriba y le resultaba sorprendente que un simple monje se dirigiera a él en términos tan afilados, sin esforzarse en ocultar ni un ápice la irritación que despedía a borbotones. Nada le habría gustado más al obispo que despedir a Norberto y prescindir de él, pero el monje había adquirido una gran fama de médico sabio y compasivo en el que mucha gente ponía su confianza para sanar y vivir. Temió, no obstante, la respuesta del monje, quien enseguida explotó sarcástico:

—¡Conjunciones astrales, terremotos, emanaciones telúricas, envenenamiento de las aguas por judíos o leprosos…! Eminencia, no se puede mantener ese modo de razonar que alimenta en tantos seres humanos la indigencia racional de este siglo. Se nos supone personas medianamente cultas e ilustradas que debemos entender y explicar la realidad hasta donde honestamente podamos sin recurrir a explicaciones absurdas y autoindulgentes para las que aún, en el momento histórico que vivimos, son zonas no iluminadas de nuestro conocimiento. Nunca reconocéis vuestra falta de ciencia, no calláis cuando no sabéis por qué, cómo y hasta dónde nos llevan estos desastres… Tenéis que explicarlo todo y para ello recurrís a discursos ridículos, adornados de razones que nunca podréis probar.

»Pero antes de entrar en esas disquisiciones, te recuerdo que tú, como obispo, estás obligado a seguir los exhortos del papa Clemente VI, quien este año ha otorgado dos bulas, la última hace tan solo dos meses, en las que, de forma contundente y sin ambages, declara que los judíos no tienen nada que ver con el origen y la propagación de la epidemia y advierte que se penará con excomunión cualquier tipo de hostigamiento y agresión contra ellos. Te lo digo porque la comunidad judía de esta ciudad sufre tanto acoso, que es de temer una matanza inminente, como ya ha sucedido en otros lugares. Te recuerdo también que el papa está asesorado en estas cuestiones por una eminencia médica.

—Lo sé. Tu tío Guido de Chauliac, el médico a quien primero llamé para que fundara nuestra Escuela Médica y en su defecto viniste tú, avalado por él y por el mismísimo papa Clemente. —Se revolvió en el asiento, esperó unos largos momentos y continuó—. Norberto, la situación es muy trágica y deberíamos dejar a un lado nuestras diferencias en el modo de entender la realidad. Ahora necesito saber

tu opinión sobre lo que causa esta pestilencia, cómo se propaga y qué se puede hacer para aliviar a la gente de este mal. Yo tengo mi propia explicación, pero quisiera saber previamente la tuya.

—Tú sabes muy bien quién trajo la peste a esta ciudad; fueron los flagelantes alemanes. Tú mismo diste la orden de cerrar las puertas de Basilea, aunque sin éxito. Estuviste presenciando el horripilante espectáculo que montaron en la plaza de la catedral. Te vi desde mi ventana de la canónica. —Norberto hizo una pausa para reconducir su raciocinio y ofrecer una respuesta más acorde con las preguntas del obispo—. Te puedo decir todo lo que sé sobre la peste. Es una enfermedad sin duda contagiosa que viene de Oriente, como en el pasado vinieron otras. No sé exactamente cómo se transmite. Creo que se puede transmitir por el aliento del enfermo a las personas próximas, pero también pienso que hay mecanismos que operan de forma diferente, a más distancia. Con seguridad no se trata de un envenenamiento de las aguas del que los judíos sean culpables. Ellos también sucumben ante esta enfermedad.

—Sí, pero en menor medida que los cristianos —interrumpió el príncipe−obispo.

Norberto recibió el comentario con indignación; refrenó su ira, se apaciguó y, tras unos segundos, preguntó:

—¿Ha visitado su eminencia alguna vez el barrio judío? —El príncipe−obispo negó moviendo la cabeza; el monje continuó—. Pues lo tienes muy cerca; a tan solo quinientas yardas de aquí. Yo sí he estado muchas veces y me honro en tener amigos judíos en esa comunidad. Ese barrio está mucho más limpio que cualquier otro lugar de nuestra ciudad; la gente que vive allí se baña una vez a la semana, entierra a sus muertos sin dilación, no acumula tanta basura como nosotros ni la desperdiga por las calles, sino que la recogen todas las semanas y la transportan a un estercolero situado al norte, río abajo, lejos de la población. La muerte negra es una enfermedad contagiosa y, aunque no conocemos exactamente cómo se contagia, sí sabemos que está relacionada con la inaguantable suciedad que padecemos en esta ciudad, aunque no sea mayor que en cualquier otra de la cristiandad. Si la urbe hubiese estado aseada, la enfermedad que trajeron los flagelantes habría tenido menor impacto entre la población, el contagio sería menor y no habría muerto tanta gente.

—La ciudad está bastante limpia —se defendió el obispo—; al menos, no está más sucia que antes, cuando no sufríamos la plaga.

—¿De veras? —ironizó Norberto—. Su eminencia nunca pasea a pie por las calles de su principado. Si lo hiciera, no evitaría mancharse de excrementos los bajos de su túnica. Toda la inmundicia y las aguas sucias se arrojan directamente a las calles; el arroyo Birs es una auténtica cloaca abierta, llena de cienos pútridos y estancados que apenas fluyen hasta el río. Lo más lamentable es que estas atrocidades se consideran prácticas normales por parte de todo el mundo, incluida su eminencia. —Ante un atónito obispo, el canónigo regular de san Agustín continuó—. Nuestro equipo hace lo que puede contra el mal, pero otras actuaciones dependen de ti, del burgomaestre o del Concejo Municipal, porque no está claro quién tiene realmente el poder y la responsabilidad de velar por la salud y la vida de la gente de esta ciudad.

—Todos hacemos lo que está en nuestras manos —habló el obispo a la defensiva.

—Creo que no —desmintió el monje—. Las contestaciones que puedo dar a todas las preguntas relativas a la plaga están en este memorando que he compuesto y redactado, que te entrego en este momento. Antes de que lo leas, si es que llegas a leerlo, te adelanto que la expansión del mal se debe a las penosas condiciones higiénicas de esta ciudad, que deben resolverse lo antes posible mediante medidas que solamente tú, eminencia, y tus adláteres podéis tomar por el propio bien de tus súbditos. Como podrás ver en mi memorando, te recomiendo que crees un gremio de basureros que recojan la cochambre según un programa y la transporten a un estercolero fuera de la ciudad; a ser posible, río abajo…

Norberto continuó desgranando una ristra de actuaciones y medidas higiénicas que el gobierno de la ciudad debería tomar mientras el príncipe‑obispo, con rostro azulado hasta ensombrecerse, escuchaba atónito, realmente impactado. Acostumbrado al statu quo de la ciudad sobre la que llevaba reinando catorce años, nunca había advertido la basura acumulada fuera de su palacio ni notado que gobernaba un pútrido vertedero. No obstante, reconocía que la argumentación del fraile norbertino era impecable y que, como doctor en Teología y Filosofía y experto en Escolástica, no podía argüir en contra ni poner

excusas ante el evidente estado de suciedad de la ciudad que regía, del que al parecer no había sido consciente.

—¿Un gremio? ¿Y de qué vivirían los gremiales? —preguntó el obispo con la clara intención de desconsiderar las propuestas del norbertino.

—De lo que su eminencia les pague —respondió rápidamente Norberto—. Todo está detallado en mi informe. Deberías crear un impuesto ad hoc para costear la limpieza de la ciudad, para construir unas cloacas y para edificar unos baños públicos con agua fría y caliente con el fin de que la gente cuide su aseo personal. También deberías levantar unos lavaderos, pues parece que la gente de aquí nunca lava sus ropas. Todos huelen mal, aunque no se trata de cosmética, sino de higiene y salud. Te recalco que tu ciudad es muy rica y que, si tienes la voluntad de hacerlo, de muchos sitios puedes sacar el dinero para las obras que indico. Estoy a tu disposición para construir los equipamientos que te he señalado.

—¿Quién te ha enseñado cómo hacerlos? —preguntó Juan de Müssingen.

—Los antiguos romanos —contestó Norberto con presteza—. El arquitecto Vitrubio Polión dejó escrito cómo construir baños y cloacas. Hemos retrocedido mucho desde entonces y ahora la cristiandad está formada por gente que odia el agua y el aseo personal y público. Antes del advenimiento de Jesucristo las sociedades del Imperio romano cuidaban más la higiene pública y limpieza personal. Posiblemente, la Iglesia no ha prestado atención a ello ni ha adoctrinado a sus fieles tanto en la limpieza del cuerpo como en la del alma. Creéis que todo se resuelve rezando y quemando incienso para disimular el aire fétido de las iglesias. No es posible tener un alma limpia en un cuerpo mugroso. En palabras llanas: la gente del Sacro Imperio odia el jabón y el agua; mucho más que la de la Occitania.

La situación se tornaba embarazosa para el príncipe−obispo. En el fondo, él no creía que los judíos hubiesen envenenado las aguas, como tampoco daba crédito a la conjunción astral declarada por la Universidad de París como causante de la plaga ni a las emanaciones terrestres como consecuencias de terremotos. Al obispo le resultaba más fácil regirse por lo sobrenatural, más allá de las estrellas y, por consiguiente, creía con firmeza que la causa mayor de la epidemia era

un castigo de Dios por los muchos pecados de los cristianos. Debía ser así por cuanto cualquier evento, bueno o malo, está dirigido por la voluntad de Dios, que premia y castiga de acuerdo con nuestros merecimientos.

Se sentía, por tanto, descuadrado y fuera de lugar al oír que la plaga se extendía por causa tan baja y ruin cual era la suciedad que acumulaban los pueblos, como afirmaba aquel monje premonstratense de forma tan tajante. De Müssingen quedó muy pensativo; le aterraba la idea de que Dios pudiera tener en más consideración la basura de las calles que la falta de fe de sus súbditos. No obstante, reconocía en su fuero interno carecer de argumentos contra las razones que Norberto le había desgranado.

—Respecto a lo que tú crees que es la causa mayor de la peste, no es necesario que me la expliques porque ya la sé —terminó Norberto leyendo el pensamiento y cortando las reflexiones del príncipe‑obispo—: es un castigo divino por nuestros muchos pecados. No resolverás nada rezando ni pidiendo perdón a Dios; seguro que no.

Capítulo II

Los gritos habían cesado, pero el olor a carne quemada persistía en el ambiente; tardaría de hecho varias semanas en desaparecer y desapareció cuando se extinguió el escaso sentido de culpabilidad de la gente. Antes de amanecer, Norberto se levantó de la silla e interrumpió el pulido de la lente divergente que tenía entre manos; quería comprobar si la visión lejana de Raimundo mejoraba con las lentes que estaba arreglando. Había medido la pobre agudeza visual de su compañero comparándola con la suya propia, que creía buena, y de esa comparación calculó la potencia de las lentes oculares que Raimundo necesitaba. Con ayuda de Yussaf, había diseñado y cortado los templados que controlaban la curvatura del cristal. Esperaba que la corta vista que Raimundo padecía desde la niñez pudiera corregirse con dos lentes plano–cóncavas de igual potencia.

Como viera que cometía errores por falta de atención en el pulimento, muy afectado por lo que temía que podría estar sucediendo, salió de su taller; fue hasta uno de los patios para bañarse en una tina de agua helada, llena por la lluvia, que había en un cobertizo. Se vistió, pero antes de ponerse el hábito blanco, distintivo de la orden de san Norberto, lo roció con un polvo blanco y fino que había obtenido machacando en un mortero flores secas de crisantemo. Intuía que el crisantemo cumplía una función protectora contra la epidemia, pero no estaba seguro del cómo y del porqué. Atribuía su propia inmunidad a la peste negra al uso de los polvos de esa flor. Por lo pronto, los polvos blancos que aplicaba a sus ropas lo mantenían libre de piojos, chinches y pulgas. Conocía que en su tierra natal las madres lavaban la cabeza de sus hijos con el agua donde habían macerado semillas de crisantemo para despiojar a sus niños y el remedio parecía efectivo. Antes de abandonar Montpellier, Norberto había hecho sus propios experimentos plantando crisantemos blancos en la huerta de la abadía. Observó cuidadosamente que entre aquellas plantas no había larvas ni moscas que, por el contrario, eran abundantes en otras zonas de la huerta. Le apenaba que los crisantemos apenas prosperaran en el jardín de la canónica y le consolaba saber que aún le quedaban varios tarros de polvo de crisantemo que había traído de Montpellier[1].

Salió de la abadía antes del amanecer y se dirigió al barrio judío, donde encontró la desolación más indescriptible que pudo imaginar. El humo de los incendios dejaba ver un luminoso cuadro en el que estaban las ruinas que ardían y las decenas de saqueadores dedicados al pillaje y al expolio, sacando de las casas abandonadas toda suerte de objetos y bienes muebles. Algunos excavaban con ansiosa avaricia los patios y suelos de las casas buscando tesoros ocultos y enterrados que no encontrarían. Otros estaban violando el cementerio judío, convencidos de que allí habían escondido oro y joyas, y exhumaban los cadáveres desnudos, envueltos en sudarios de los fallecidos recientemente, quizá de peste. Ignoraban los saqueadores de aquellas catervas que los judíos no entierran enjoyados a sus muertos.

Muchas edificaciones habían sido incendiadas y el humo hacía irrespirable el aire. Los cadáveres de judíos, identificables por el parche amarillo en el pecho que durante los últimos años habían sido obligados a llevar, yacían en medio de las calles, la mayoría asesinados a golpes y puñaladas, mientras que otros, los menos, mostraban los estragos de la muerte negra. Entró en la casa de su amigo Yussaf Migash, el orfebre, que había sido expoliada como las demás, pero destruida más a conciencia, por la calidad de joyero del dueño; el taller, tan limpio y ordenado que Yussaf mantenía, lo vio destrozado y revuelto; la primera lupa que habían fabricado para facilitar el trabajo del orfebre estaba convertida en añicos, el torno de pulir lentes que ambos habían construido yacía en el suelo, roto y descompuesto sin posibilidad de ser restaurado y, lamentablemente, la colección de lentes que el orfebre había pulido con tanta dedicación y cuidado había sido destruida con especial saña. Años de trabajo, fruto del esfuerzo cultural de ese pueblo, fueron arruinados en tan solo una noche por gente depredadora que no quería el progreso de nadie. Buscó en rincones y escondrijos por si los hijos pequeños de Yussaf se hubieran ocultado en cualquier hueco, pero no los halló. Tampoco pudo encontrar a ningún miembro de la familia ni, de hecho, un solo judío vivo que le contara lo que había ocurrido. Tomó el camino de regreso a la abadía haciéndose mil preguntas, sabedor de que no habría respuesta para ninguna.

En su camino de retorno, ya amanecido, el monje habló con cuanto transeúnte encontró por las calles. Las versiones que oyó diferían entre sí, pero a partir de las coincidencias Norberto pudo reconstruir la historia y así conoció detalladamente los hechos que llevaron a los

judíos a la muerte y a la judería, a la destrucción completa.

La noche anterior, le dijeron los transeúntes, las turbas, azuzadas y pagadas por los gremios de la ciudad, asaltaron la aljama, cerraron las dos puertas para que nadie escapara, sacaron a todo el mundo de sus casas y les ordenaron formar filas en la calle principal de la judería. Los que se resistieron fueron pasados a cuchillo sin más dilación. Los niños, unos trescientos, fueron separados de sus padres y conducidos al monasterio de Santa Clara, sito en la Pequeña Basilea, en la margen derecha del río, donde serían bautizados unas semanas más tarde, después de ser forzadamente catequizados en la fe católica. Los lamentos y gritos durante la separación de los niños fueron desgarradores; los padres lloraban mucho más la pérdida de sus hijos que la pérdida de sus vidas que presentían, de todas formas, ineluctable e inminente.

Una vez que los niños fueron separados, unos seiscientos adultos maniatados fueron conducidos en fila hasta el embarcadero del puente, donde unas barcazas los esperaban para conducirlos río abajo hasta una isla formada entre dos brazos del Rin, cuyo nombre no ha pasado a la historia quizá porque unas impresionantes riadas la barrieron tiempo después hasta hacerla desaparecer, borrando así una parte tan vergonzante del turbio pasado de Basilea. En esa isla los judíos fueron encerrados en una gran cabaña de madera construida ad hoc, que rociaron con brea de pino y a la que prendieron fuego. Todo ardió en menos de dos horas entre sollozos, alaridos, oraciones e imprecaciones de los allí atrapados; nadie se salvó.

Horas después, Norberto pidió permiso al Concejo Municipal para enterrar los restos carbonizados de los judíos, pero no se lo concedieron porque tenían una solución más expeditiva: todos los cadáveres, o lo que quedó de ellos, fueron a parar al Rin, un gran río cuya abundante corriente arrastraba y limpiaba todo, excepto la ignominia y la memoria de los hechos.

Norberto había salido de la judería con la mente hirviendo y el corazón frío, encogido de dolor. Ya no le hacía preguntas a Dios ni a nadie, convencido de que absolutamente nada podía explicar tanta desolación y tanta barbarie. Cruzó el río por el puente y se dirigió al convento de Santa Clara en la Pequeña Basilea.

—Deseo hablar con la madre abadesa —dijo a la portera cuando le abrió la puerta.

Fue conducido a una sala anexa donde esperó la llegada de la superiora, que vino unos minutos más tarde en compañía de una monja anciana.

—Hermana, tengo entendido que aquí guardáis a los hijos de los judíos asesinados la pasada noche. —La cara de la abadesa estaba lívida y profundamente demacrada; Norberto esperó unos instantes antes de continuar—. Aquí debes tener a Joel y Mischa ibn Migash, hijos de Yussaf, el joyero judío, quien fue un buen amigo mío. He venido para que me entregues a esos niños —dijo Norberto a unas monjas que parecían muy confusas en una situación que les sobrepasaba.

—Padre De Cholhac —habló la abadesa con lentitud, tratando de recomponer su figura y su papel—, tú eres una persona muy inteligente y debieras suponer que los niños han sido acogidos en nuestro monasterio por orden expresa del obispo y del burgomaestre. Nos los trajeron aquí por la única razón de que nuestro convento es el más grande de Basilea y contamos con espacio suficiente para albergarlos a todos. En el estado que estaba la ciudad anoche, con las turbas desenfrenadas y descontroladas, fue un milagro que alguien se impusiera para proteger a los niños. Aquí están mucho más seguros y podrán salvar sus vidas.

—No parece que esa historia sea enteramente cierta, pero no he venido a discutirla. Ahora solamente quiero que me entregues a los dos hijos de mi amigo Migash —suplicó nuevamente De Cholhac, quien no estaba interesado en preámbulos de ningún tipo.

—No puedo dártelos —refutó la abadesa sin seguridad, pero con convencimiento por la obediencia que debía al obispo, quien le había ordenado guardar a todos los menores sin excepción—. Ningún niño puede salir de aquí hasta que todos sean debidamente catequizados, bautizados y puestos al cuidado de familias cristianas para que sean educados en nuestra fe, la única verdadera. Espero que estés de acuerdo con esta afirmación.

—Yo sí estoy de acuerdo, pero los padres de los niños no lo habrían

estado. Esos niños son judíos y, hasta que no sean mayores, deben permanecer en la fe de Abraham que les han transmitido sus padres —contradijo Norberto, cuyo enfado dejaba traslucir sin inhibición alguna.

—Ya no tienen padres y no pueden ser educados en su religión —observó la monja con evidente ventaja.

—No tienen padres porque unos malos cristianos los han matado. Es seguro que Cristo no hubiera querido que su iglesia creciera con fieles traídos a la fuerza, cazados y encerrados como alimañas. Dame a los dos niños, hijos de mi amigo Yussaf Migash, y yo me cuidaré de que reciban la educación que corresponde a su pueblo. Cuando sean mayores, ellos podrán elegir su propio camino, pero no ahora. Bastante desgracia tienen con haber perdido a sus padres de forma tan cruel como ominosa. Están sufriendo mucho; han visto cómo asesinaban a los suyos y no debéis hacerles más daño privándolos de su origen y su identidad —concluyó Norberto su ruego desesperanzado.

La negativa de la abadesa estaba por encima de todo razonamiento. Se parapetaba en las órdenes recibidas y Norberto admitió para sus adentros que sus súplicas no cambiarían la posición de la superiora. Salió del convento airado y frustrado por el nebuloso sentimiento de comprender cada vez menos a los seres humanos. No entendía ni aceptaba que los males que les enviaba la naturaleza fueran multiplicados por la vileza de los hombres de forma tan torpe e innecesaria, como tampoco entendía que alguien quisiera incrementar el rebaño de Dios con unos cientos de niños bautizados a la fuerza.

Cada vez más enfadado y colérico, cruzó de nuevo el puente sobre el Rin, cuyo caudal de cuerpos humanos provenientes del lago de Constanza se había incrementado, atravesó la plaza del mercado y se dirigió a la catedral, un gran edificio de tres naves terminado hacía menos de cien años en estilo romano tardío. Entró por una pequeña puerta con la oposición de un guardián, quien dijo que el obispo no estaba disponible. No le hizo caso y lo apartó de su camino. Penetró en la catedral y allí encontró al príncipe−obispo, que acababa de oficiar la misa en una de las capillas laterales del templo y se encaminaba hacia la sacristía, flanqueado por dos acólitos. Norberto lo siguió algunos pasos detrás.

—Bienvenido seas, Norberto —saludó el obispo venciendo la resistencia que tenía a entrar en contacto con una persona que estaba diariamente rodeada de enfermos apestados a quienes intentaba curar. De Müssingen se despojó de la casulla y otras vestimentas sagradas e hizo una señal a sus acólitos para que se retiraran—. He leído tu memorando y quiero discutir contigo una serie de puntos porque reconozco que hay aspectos de la higiene pública que sí podemos mejorar en la ciudad. Otros, no; están por encima de nuestras posibilidades.

—Eminencia —cortó en seco el canónigo regular de san Agustín—, no he venido aquí para discutir contigo nada del deplorable nivel higiénico de la ciudad que gobiernas, sino a preguntarte por qué has consentido que esta madrugada hayan achicharrado vivos a varios cientos de seres humanos ¿O no te has enterado?

El obispo calló, entró en un despacho anejo seguido por Norberto, quien se mantenía a distancia, conocedor de la aprensión y el miedo del obispo a contagiarse de la peste. Se sentó pesadamente en un ostentoso sillón forrado de terciopelo rojo de Génova y se tapó unos instantes la cara con las manos, mientras se frotaba los párpados con las yemas de los dedos, quizá con la intención de exprimirse alguna lágrima con la que avalar la sinceridad de sus sentimientos ante la catástrofe de la que todos eran testigos diarios. Con cara compungida habló a Norberto, que esperaba de pie la respuesta del príncipe.

—He ofrecido la misa que acabo de celebrar por la salvación de esos pobres desgraciados. Deseo de todo corazón que Dios les dé en el cielo la bienaventuranza y el consuelo que nosotros no hemos podido darles en la tierra —dijo De Müssingen con voz opaca y lastimera.

—Pudiste detener a esas jaurías y evitar tantas muertes. Tenías el poder y los medios para ello, pero no has sabido resistir la presión de los gremios que lo único que querían era redimir sus deudas con los judíos usando un medio tan expeditivo como dar muerte al acreedor. Me pregunto si vosotros, la Iglesia, también teníais deudas con los prestamistas judíos. Pero por encima de todo, has desobedecido al papa, que prohibió en dos ocasiones diferentes que se molestara y dañara a la gente de ese pueblo. Habéis pecado contra Dios y contra los hombres y pasaréis a la historia como el gobernador de una ciudad de criminales, aunque la penitencia ya habéis empezado a pagarla.

¿Cómo os vais a arreglar sin los cuantiosos impuestos con que gravabais a los judíos? ¿A quién pediréis ahora dinero prestado? Veo que las enseñanzas de Jesús no se observan en esta ciudad y no pienso seguir un día más entre tanta depravación.

Es más que probable que Norberto estuviera equivocado. Su estado iracundo y su excitación le restaban objetividad y claridad de juicio, atribuyendo al príncipe‒obispo un poder que realmente no tenía. De Müssingen, el delegado del emperador, era muy cuestionado por la burguesía y fuerzas vivas locales, quienes deseaban poner distancia entre la ciudad y el imperio. Por lo tanto, tal vez fuera sincero el obispo cuando dijo:

—Intenté detener esa mortandad. Hablé con el burgomaestre, con los del Concejo, con los cabecillas de los gremios. Rogué e imploré con desesperación por la vida de los judíos. Dios sabe que lo intenté, pero no pude evitar la matanza. Mi poder no es tan grande como el que tú crees. Aquí cada vez se odia más al emperador y a mí se me considera un mero representante suyo. Mi autoridad es puesta continuamente en tela de juicio.

El obispo parecía convincente, pero eso no le bastaba a Norberto, quien se encontraba demasiado fuera de sí para penetrar en las sutilezas de los juegos de poder en aquella ciudad.

—No sé si es así, pero, de cualquier forma, ahora tienes la obligación de formular una condena inequívoca, de expresar tu desacuerdo con la actuación del Concejo y de los gremios, de escribir al papa y explicarle lo que ocurrió —dijo Norberto sin creer del todo la inocencia del obispo y, tras un silencio, añadió—: ¿Y los niños? ¿Por qué queréis bautizarlos a todos? He estado en las clarisas y se han negado a entregarme a los hijos de mi amigo Migash, el joyero.

Los dos interlocutores daban muestras visibles de un gran cansancio y de estar sobrepasados por los acontecimientos. Un minuto más tarde el obispo, con recobrada tranquilidad, dijo:

—Norberto, debes calmarte, vete a tu abadía y descansa. El día ha sido muy duro para todos nosotros, en especial para ti, que has trabajado mucho últimamente. Desde una ventana del palacio te he visto pasar varias veces por la plaza dando trancos de un sitio para

otro; parecías nervioso y agitado.

El monje dio por terminada una discusión que no parecía conducir a nada, miró al obispo con indisimulado desprecio, sin importarle su jerarquía, dio media vuelta, salió de la sacristía sin despedirse y se encaminó raudo hacia su convento.

Desde la madrugada, aquella mañana había sido la más larga y penosa de su vida y se sentía abatido, deprimido, cansado y más irascible que nunca. Atravesó el claustro principal del monasterio, que estaba desierto, y salió a la huerta donde encontró a Raimundo pensativo, en cuclillas, mientras delicadamente descubría unos rosales de las telas que los protegían del frío de la noche para que los pálidos rayos del sol de enero bañaran de luz las plantas durante las horas centrales del día. El joven monje levantó la cabeza al notar la presencia de Norberto, lo miró con expresión indefinidamente triste y siguió con su labor de destapar las plantas sin decir palabra; parecía muy abatido, tenía los ojos enrojecidos y la voz ronca.

Al cabo de varios minutos, durante los que continuó con su labor de exponer las plantas al sol, comenzó a narrar su particular odisea de aquel día. Contó que, aunque no se habían encontrado ni visto, él también había estado en la destruida judería, donde no halló a ninguna criatura viva a quien socorrer; después, se dirigió al embarcadero y, sin pedir permiso a nadie, cogió una barca en el muelle de al lado del puente y remó hasta la Isla de la Ignominia para ver si algún pobre judío se había salvado de la quema y podía servirle de alguna ayuda. Parecía que habían usado brea en grandes cantidades porque el incendio, avivado el fuego por el viento del norte, arrasó la enorme cabaña de madera donde confinaron a los seiscientos judíos y la redujo a cenizas en poco más de dos horas.

—Ha sido tan inimaginable que no parecía real —le dijo Raimundo con voz temblorosa y quebrada, sin alzar la vista de las plantas que cuidaba, sin apenas aliento ni fuerzas para levantarse desde su posición en cuclillas—. Ni en mis peores pesadillas se dibujó algo tan aterrador, tan lejanamente parecido a lo que he visto. Nunca olvidaré los cientos de cuerpos retorcidos, carbonizados y humeantes que tuve que ver. Sus rostros parecían reírse sardónicos de todos nosotros. Mientras tanto, decenas de esbirros escarbaban buscando joyas entre las cenizas o sacando dientes de oro de las quijadas carbonizadas. Lo

que más me ha impactado ha sido la autocomplacencia, la alegría de los verdugos; parecían convencidos de haber hecho lo correcto, de que Dios estaba con ellos y aprobaba su gesta por haber limpiado la inmundicia del mundo. Se creían héroes, reían y cantaban mientras bebían cerveza en grandes jarras. Pobre gente. No sé por cuáles siento más pena.

Norberto asentía en silencio. Poco después le contó a Raimundo lo que había vivido aquella mañana, incluyendo su desagradable conversación con el obispo, y le manifestó su deseo de abandonar la ciudad y regresar a Montpellier. También le dijo que la segunda de sus lentes estaba prácticamente terminada; tendría que sujetarla dentro de un aro metálico de forma que su compañero pudiera usarla para ver de lejos, y a ese menester dedicaría el tiempo libre que le dejara el resto del día. Después de unos instantes de reflexión, Raimundo le confió:

—Yo tampoco deseo permanecer aquí y, si me aceptas, quiero irme y seguir contigo. Pese a que aquí no has podido fundar la escuela que soñabas, yo y otros muchos hemos aprendido enormemente de ti. Nos has enseñado una medicina más humana, sencilla y eficaz; nos has hecho comprender que muchos tratamientos médicos son inútiles aunque se practiquen desde hace más de quince siglos; nos has mostrado cómo el cuidado del cuerpo es el mejor camino para no maltratar el alma. Contigo he aprendido procedimientos quirúrgicos que nadie más realiza en esta parte del mundo. ¿Dónde estudiaste Cirugía? Deseo ser tu ayudante y trabajar a tu lado en la Universidad de Montpellier o en cualquier otro lugar donde nos admitan.

Norberto sonrió ante la pregunta y no la contestó. En realidad, su único maestro había sido Abulcasis. Había extraído su saber quirúrgico de la lectura paciente del libro XXX del al−Tasrif; de fabricar él mismo o con ayuda de orfebres algunos de los instrumentos, en plata, bronce, acero o latón; de haber practicado con muchos cadáveres de forma escondida, de haber operado a sus pacientes en un ambiente extremadamente limpio y, por último, de haber pedido a Dios que no murieran los enfermos que él operaba. No se atrevía a decir en voz alta que su tío no le había enseñado nada práctico en cirugía ni que nunca lo vio realizando una operación quirúrgica, pese a que pasaba por ser el mejor cirujano de Europa. Realmente, muchas cosas incomprensibles se cuelan sin mancharse en


los mejores tratados de historia.

Capítulo III

Norberto, el monje premonstratense, había nacido en Cholhac, región de Mende, en la Occitania central, en 1313, un año en el que no hubo verano ni cosechas en los campos. Mostró desde muy pequeño una inteligencia destacada y un gran interés por las letras y los números que aprendió del cura secular de su villa natal. Perteneciente a la rama más pobre de una familia extensa, fue admitido en la abadía premonstratense de Santa María de Fontcaude, dos millas al sur de Cazedarnes y diez al norte de Béziers (Besièrs), en el Languedoc, donde estudió el trivium y el quadrivium hasta profesar como canónigo de la Regla de san Agustín a la edad de veinte años.

Mientras Norberto residió en Fontcaude, primero como escolar y luego como novicio, el monasterio no vivió sus mejores tiempos; los predios abaciales daban unas pobres cosechas de trigo y vino debido a los cortos veranos y, para mayor desgracia, los olivos se habían quemado por los rigores de los pasados inviernos. Como consecuencia, los monjes de Fontcaude sufrían grandes estrecheces y necesidades.

La abadía había sido construida en 1154 y floreció durante los siglos XII y XIII, aunque después decayó de forma tal que en los tiempos de Norberto no había en ella más de veinte monjes blancos y tres decenas de alumnos como él. Contaba el monasterio con un gran claustro cuadrangular sustentado por una arquería en estilo romano, soportada por columnas y capiteles de gran valor artístico. La parte oriental del ala norte del claustro estaba ocupada por una bellísima iglesia de tres naves y tres ábsides, construida también en estilo romano tardío, que en aquella época y desde mucho tiempo atrás estaba pasado de moda. Posiblemente, el monasterio fue la última construcción en ese estilo que se hizo en todo el Languedoc.

Por Fontcaude pasaba la vía Arlesiana, una parte del camino que llevaba a Santiago, en el lejano Occidente, en el camino del Sol y de las estrellas. Durante el noviciado de Norberto el número de caminantes que pasaban por allí había decrecido, quizá porque el fervor a Santiago apenas se sustentaba en esperanzas cada vez más

desvaídas, que desaparecieron casi por completo a partir del advenimiento de la muerte negra veinte años más tarde, cuando los peregrinos prácticamente dejaron de pasar por Fontcaude y casi nadie arribaba a Compostela. No obstante, el contacto con los escasos viajeros que se hospedaban en la abadía le sirvió a Norberto para conocer a gentes con otras costumbres, con diferentes modos de pensar y de lugares distantes como Hungría o Eslovenia u otros más próximos, como Lombardía, el Piamonte y la Provenza. El joven novicio trataba de hablar con los peregrinos de tierras lejanas hasta donde estos podían comunicarse en latín, una lengua que Norberto aprendió y dominó muy pronto, pero que muchos hospedados apenas hablaban o hablaban mal. De sus conversaciones con ellos conoció las vivencias y las motivaciones que tenían para caminar a Compostela y de allí le nació el deseo de peregrinar algún día. Al final de su vida lamentaría no haber dedicado suficiente empeño ni haber tenido tiempo para esta empresa.

Cuando Norberto ingresó en la orden, los edificios extraclaustrales que rodeaban el monasterio estaban prácticamente arruinados y solo uno permanecía en mejores condiciones para albergar a los pocos criados que servían a los monjes y a algunas familias de agricultores y pastores que trataban de extraer algún provecho de los predios monacales, por otra parte bastante improductivos debido al enfriamiento del clima. El edificio donde había estado la enfermería para peregrinos y laicos se encontraba también fuera de uso y el abad había decidido, en función de los escasos caminantes que pasaban por allí, que todos los enfermos, de cualquier origen, fueran tratados en la enfermería de los monjes, situada en la panda occidental del claustro, que estaba dirigida por el padre Guillermo Guillermain, un monje aún joven que, además de sus funciones de hospitalero, impartía las clases de Aritmética y Geometría dentro del quadrivium que se enseñaba en la abadía.

Guillermain era un hombre muy peculiar, tanto que no parecía monje. Padecía una sed insaciable de saber, pero no estaba seguro de nada y ponía en cuestión todo lo que aprendía, por lo que resultaba un monje demasiado extraño dentro de la orden y dentro de los tiempos en los que la necesidad de reafirmarse en lo tenido por cierto parecía necesaria para sobrevivir y preservarse de la desesperanza. Su conducta era a veces tan irritante que de buena gana el nuevo abad, nombrado a dedo por el rey de París, lo hubiera recluido en su celda

de por vida de no haber sido necesario e imprescindible en la enfermería. Guillermain era el único monje de monasterio con saberes y experiencia médica.

En efecto, tenía el padre hospitalero, además de su ciencia matemática, unos conocimientos médicos suficientes para regir la enfermería de Fontcaude y atender las enfermedades más comunes que se le presentaban. Cuando se le concedió un novicio como ayudante, eligió a Norberto por parecerle este un chico despierto e intelectualmente muy inquieto. Allí tuvo De Cholhac su primer contacto con la medicina y de ahí le surgió el deseo de ser médico algún día. Unas semanas más tarde, cuando el joven novicio estaba ya bien integrado en sus funciones de aprendiz de hospitalero, encontró a Guillermain a la entrada de la enfermería haciendo funciones de portero, sentado en un sillón y leyendo un libro.

—¿Qué lees, padre Guillermain? —preguntó Norberto.

—Estoy leyendo el Methodo Medendi de Galeno —contestó el hospitalero.

—¿Es interesante? ¿Aprendes mucho?

—¡Oh, sí! —exclamó el monje—, pero no lo que tú crees. Cuando leo a Galeno aprendo lo que no debo hacer para tratar y cuidar a un enfermo. La mayoría de los remedios que preconizó no sirven para nada y los que reportan algún beneficio ya habían sido descritos por Dioscórides un siglo antes.

—No lo entiendo; creía que seguías a Galeno como a un dios. Tú mismo te has hecho famoso en todos estos contornos fabricando su triaca.

—No es así y te lo voy a aclarar —desmintió el hospitalero, quien, tras una breve reflexión en la que pensó que debía contribuir responsablemente a la formación médica del joven novicio, añadió—: La Triaca de Andrómaco es anterior a Galeno, aunque este fabricó la suya propia. —Hizo otra pausa y continuó—. Norberto, por lo que te voy conociendo estoy seguro de que tú seguirás los pasos de tu tío Guido y llegarás a ser un buen médico, un gran médico. Mereces tener todas las oportunidades. Cuando eso suceda, quiero que me recuerdes como un hospitalero honesto que te enseñó lo poco que sabía y te

recomendó que usaras los escasos remedios útiles que tenemos para curar y evitaras otros muchos que realmente no sirven para nada. Todo esto te lo digo de forma confidencial porque tampoco es bueno que un enfermo sepa que no siempre sabemos la naturaleza del mal que lo aqueja y apenas podemos hacer algo por él fuera de los cuidados generales que incluyen reposo, higiene y dieta, recomponerle un hueso roto y curarle alguna herida.

Guillermain hablaba con gravedad; parecía que era depositario de un secreto del que quería librarse: no creía en la medicina que practicaba. Tras un silencio de minutos, prosiguió:

—Has mencionado la triaca, un remedio que en mi opinión resume bastante bien la historia de la medicina que llevamos practicando durante más de mil quinientos años. También resume lo que ha sido nuestra vida desde los tiempos de la Grecia clásica: un continuo retroceso debido a una absoluta represión de las ideas, que nos ha impedido el progreso. Y así, sin la humildad necesaria para reconocer nuestra postración intelectual, los espíritus más selectos se dedicaron a componer triacas, según ellos, el remedio universal, la panacea que sirve para todas las enfermedades. Desde antes de Cristo no ha habido médico que no se haya preciado de haber fabricado su propia triaca a base de añadir nuevos ingredientes a ese mejunje, como jengibre, genciana, azafrán, regaliz…, etc., etc. Ingredientes verdaderamente inútiles de los que nadie ha probado beneficio alguno. Algunas triacas contienen cien ingredientes o más.

»A veces es el médico del rey o un médico famoso y popular quien elabora la triaca en público, aunque manteniendo en secreto la composición, con altísimo sentido del espectáculo, ante una selecta concurrencia que da su aprobación y expresa ruidosamente su bienestar físico después de haber probado una dosis de la pócima recién hecha. Todo muy teatral, como puedes imaginar. Cuando vayas a Montpellier y Aviñón, presenciarás demostraciones de fabricación de triaca ante una multitud de entendidos en la materia. Y, si te dan a probarla, no les digas que es una completa majadería sin sentido ni objeto porque, si dices lo que piensas, te verás en serias dificultades y tu carrera quedará arruinada desde el principio y para siempre. En esta sociedad no se admite a nadie que vaya por libre y que, además, cuestione algo que dura más de mil años. Estamos en un mundo de complacencia tan injustificada como irreal.

—¿Y tú cómo fabricas tu triaca? —preguntó intrigado el novicio.

—Te lo diré, pero debes guardar el secreto. Yo la hago muy simple con lo que tengo a mano, aunque procuro que, ya que apenas sirve para algo, esté buena al paladar y sea nutritiva en lo posible. Uso polvos de amapola dormidera, ingrediente común en todas las triacas, que quitan algunos dolores y el insomnio; luego añado un poquito de ruibarbo y canela de Ceylán, lo disuelvo en vino tinto y lo espeso con miel. La miel y el vino maridan de maravilla. Si es para uso tópico, para la piel, omito la miel y añado algo de áloe, corteza de dragón y caléndula en polvo. Como ves, no me molesto en mezclar las decenas de ingredientes que usan los médicos más preclaros. Lo importante es que el enfermo crea que se va a curar; por esta razón te pido que no divulgues el secreto de mi triaca; sería muy descorazonador para nuestros enfermos, aunque a mí no me preocupe el mérito o demérito que me otorguen.

—Descuida, no lo haré —prometió Norberto, que empezaba a conocer los bajos fondos de la medicina del siglo. Se prometió repensar si quería ser médico, a la vista de las arenas movedizas sobre las que se fundamentaba la profesión.

El monje hospitalero volvió a su lectura, aunque no por mucho tiempo. Fue de nuevo interrumpido por el novicio:

—¿Y este otro libro que tienes ahí? Está en árabe ¿Sabes árabe?

—Sé un poco de árabe desde que me tuvieron prisionero los corsarios otomanos en Tremecén. Cuando me liberaron los monjes mercedarios, me vine con este libro; es lo único que traje de allí, además de los recuerdos, no todos ingratos.

—No sabía que estuviste cautivo en Berbería —dijo Norberto—; lo siento.

—No lo sientas —negó el hospitalero—. Fue una experiencia dolorosa, pero interesante, en la que aprendí mucho sobre el alma humana y las profundidades hasta las que puede descender. Es muy difícil mantener la integridad moral entre tanta gente que sufre. Se llega a descreer en todo.

—¿Y de qué trata el libro? —preguntó de nuevo el novicio

aparentemente sin prestar más atención al cautiverio de su maestro ni a las vivencias que de él extrajo.

—Se titula Sharh Tashrrih al–Qanun, que yo traduzco como Comentario sobre la Anatomía del Canon de Avicena, de un tal Ibn al–Nafis, al parecer, un médico sirio del pasado siglo. Me está costando mucho traducirlo y entender lo que dice en algunos pasajes. En particular, estoy muy intrigado por lo que explica de la circulación de la sangre. Por lo poco que puedo enterarme, parece que desmiente totalmente a Galeno.

—¿No hay nadie por aquí que te pueda ayudar en la traducción?

—Solo conozco a un hombre que sabe árabe en esta parte del mundo; es un judío renegado andaluz que trata de hacer méritos para obtener la venia docendi en la Escuela Médica de Montpellier. Se llama Alfonso de Córdoba. Un día lo encontré y le conté mi historia. Me pidió el libro, pero yo no me fío de él ni confío en que me lo devuelva si se lo dejo; tiene mala fama de codicioso y egoísta. Prefiero seguir esforzándome en la traducción; así me obligo a no olvidar el poco árabe que aprendí.

La conversación con Guillermain siempre despertaba la sorpresa y la inquietud en Norberto, quien estaba encontrando otra faceta de la realidad, algo así como la cara oscura del reverso de un espejo; una cara opaca que no devolvía luz alguna. Los dos hombres quedaron en silencio, pero antes de que Guillermain volviera a su inútil lectura galénica, Norberto tuvo la osadía de preguntarle:

—Padre Guillermain, ¿por qué estás aquí?

—¿Qué quieres decir? —preguntó a su vez el monje hospitalero levantando la vista del Methodo Medendi.

—Me pregunto por qué un hombre como tú, de tus saberes y valía, permanece en un monasterio pequeño haciendo un humilde trabajo lleno de fracasos y dificultades.

—Bien, te podría contestar de muchas maneras, por ejemplo, desmintiendo que este sea un trabajo humilde, pero te diré la verdad: soy demasiado cobarde para salir fuera de estos muros. El padre abad me ha propuesto muchas veces trasladarme a Montpellier a estudiar

medicina, pero yo no quiero; creo que mi vida allí sería una continua lucha entre gente codiciosa, buscando poder y prestigio a toda costa; no me siento fuerte para vivir en ese ambiente y, menos aún, competir por puestos, honores y prebendas que, por otra parte, no me interesan en absoluto. En un ambiente cosmopolita y mundano se desprecia a quien pierde, pero se desprecia aún más a quien no lucha por ganar. Necesito en mi entorno un ambiente reducido y protector. Quizá son problemas de la mente que arrastro desde mi cautiverio.

»No me gustan las grandes ciudades, las universidades, las clases, los actos públicos y, si son académicos, menos aún… Estoy más a gusto aquí. Tú, en cambio, sí irás a Montpellier, donde te enseñarán conceptos y razones, muchos de los cuales tú no creerás ni aceptarás. No tendrás fácil convivir cerca de la gente con la que nunca te entenderás, pero, al contrario que yo, eres fuerte y capaz para enfrentarte a todo, incluso cuando sepas que acabarás perdiendo tu propia guerra, porque sin duda la perderás.

El monje hospitalero dio por terminada la conversación cerrando el libro e incorporándose para volver a la enfermería. Bajo el dintel de la puerta de entrada se volvió a Norberto y le dijo:

—Hablando de todo un poco, te recuerdo que estés preparado para asistirme en las sangrías del próximo domingo, el primero de adviento —le advirtió.

—¿Sí? ¿Sangrías? ¡Qué sorpresa! Creía que eso ya había pasado a la historia y no se hacía.

—Oh, sí, querido Norberto. Aquí nada pasa a la historia porque nos quedaríamos sin nada. En nuestra orden y en toda la regla de san Agustín, en la de san Benito, en la de san Francisco y en cualquier otra, los monjes se deben someter a una sangría cuatro veces al año; en algunas órdenes, incluso cinco. A ti, como novicio, te ha tocado por primera vez este año.

—¿Y para qué sirven las sangrías? —preguntó el joven novicio realmente intrigado.

—Dicen que las sangrías son buenas para depurar el cuerpo y el espíritu, echar fuera los malos humores y, en tu caso y el de otros jóvenes, para aplacar el fuego de la concupiscencia, domeñar los

malos instintos e impedir que los deseos mancillen la castidad —respondió Guillermain—. El uso frecuente de la sangría es otro de los tratamientos que Galeno prescribió de forma insistente y reiterada. Y ya sabes que lo que dijo Galeno tiene el aval de la Santa Madre Iglesia y, nunca mejor dicho, va a misa.

—No pareces muy convencido de lo que me cuentas —comentó Norberto.

—No estoy convencido de la necesidad de esta práctica, que puede hacer verdadero daño a los más ancianos y nada bueno a los demás. Lo he advertido muchas veces, pero el abad siempre me dice que me calle y que las haga, que estos tiempos no están para cambiar nada, que las reglas son las que son y hay que cumplirlas. Una lógica aristotélica de lo más depurada, como puedes ver.

»Y hago las sangrías, aunque haya monjes viejos que apenas sangren porque apenas tienen algo en las venas. Después de la sangría, los monjes quedan exhaustos, sin ánimos, y hay que llevarlos al calefactorio para que entren en calor y se reanimen un poco. En los últimos años varios de los monjes de más edad no resistieron las sangrías, pese a que se las hice lo más ligeras que pude, y se fueron a descansar en el Señor. Verdaderamente, a veces me siento un carnicero, pero es imposible luchar contra ese tipo de imposición ni contra los usos de estos tiempos tan vacíos de sentido.

Lo que le contó Guillermain fue muy chocante para Norberto porque intuía que las ideas donde agarrarse para su discurrir en la vida eran verdaderamente pocas y, además, quizá fueran débiles o incluso falsas.

***

Años más tarde, después de profesar como canónigo, por intercesión y ayuda de su tío monseñor De Chauliac, prestigioso profesor en la Escuela de Medicina de Montpellier, permitieron a Norberto trasladarse a esta ciudad, no lejos de Fontcaude, para cursar estudios en dicha institución, la más reconocida de la cristiandad después del declive de la Escuela Médica Salernitana. Una vez en Montpellier,

vivió con su tío y otros canónigos en la abadía anexa a la Escuela Médica, que su orden regía en aquella ciudad. En el mismo edificio asistía regularmente a las clases que De Chauliac y otros profesores impartían.

En aquellos tiempos los manuscritos médicos eran muy escasos y solían ser propiedad del maestro o de la comunidad religiosa, en cuyo scriptorium se copiaban, propagaban y también se vendían a otras escuelas médicas de la cristiandad. De hecho, Montpellier tenía un importante mercado de libros donde acudían a comprar monjes, profesores y comisionados desde distantes procedencias como Suecia, Polonia o Aragón.

Como en cualquier otra universidad de la época, las clases seguían unos esquemas altamente protocolizados y, en realidad, bastante hueros y vacíos de contenido. Empezaban estas con la lectio o lectura por parte del profesor de un largo fragmento sacado de algún libro traducido al latín, usualmente de la Isagogué de Ioannitius. También se leían versiones latinas de Constantino el Africano, Isaac Judeus, Avicena y Rhazes. La lectio era seguida por la quaestio o preguntas por parte de los estudiantes y se acababa con una disputatio o discusión del maestro con los alumnos y de estos entre sí, todo en un latín medieval bastante degradado y corrompido que causaba frecuentes malentendidos entre profesores y estudiantes. Ciertamente aquel era el mejor medio de cubrir el expediente, de seguir una tradición impuesta, sin aprender nada en realidad.

Ante esta forma de enseñar, pronto desarrollaría Norberto la vena hipercrítica que le habría de causar tantos problemas a lo largo de su vida, pese a que él los asumiría de buen grado, como un tributo con el que pagar su libertad de criterio y su independencia personal; razonaba así, sin duda, para justificar en parte sus escasas dotes para el compromiso social y su inhabilidad para las relaciones humanas.

En conjunto, consideraba que las clases resultaban demasiado rutinarias; las lecturas eran variadas pero reiterativas en la práctica y no estaban apoyadas en fundamentos reales y objetivos; las preguntas eran siempre las mismas y las discusiones, insulsas y sin sustancia, sobradas de circunloquios, pretenciosamente retóricas, desvaídas y faltas de precisión, en las que todo el mundo, tanto profesores como alumnos ganosos de destacar, pretendía lucirse con una retórica en el

fondo vacía y estéril. En Montpellier, y en cualquier otro lugar de la cristiandad, era posible alcanzar la maestría en Medicina sin conocer el interior del cuerpo humano ni haber examinado, diagnosticado una enfermedad ni curado enfermo alguno.

Veía Norberto al profesor en lo alto del estrado, sentado en un sillón forrado de tela roja, mostrando sin pudor y sin consciencia, pero con gran arrogancia, los estrechos límites de su saber. Los alumnos preguntaban, pero nadie cuestionaba la validez o pertinencia de la lectio, cuyo contenido se daba como cierto por el mero hecho de ser antiguo. En el sentir de un estudiante de la época, la pervivencia de un concepto a lo largo de los siglos era prueba de su consistencia y, por lo tanto, de su veracidad. En el fondo, se recurría a interpretaciones sesgadas de lo antiguo porque el presente no ofrecía en realidad nada nuevo ni recambio alguno, como tampoco esperanza en un futuro en el que nadie creía. Cuando no se tiene fe en el futuro, el vacío interior se llena con un pasado recordado según los gustos de cada cual. La nostalgia vencía a la ilusión, definitivamente.

El joven canónigo, consciente de que toda discusión o disputatio no lo llevaría a ninguna parte, dejó de participar activamente en las clases y trató de subsanar las deficiencias docentes a base de leer con atención y detenimiento centenares de los libros disponibles en la biblioteca de la abadía. Desde temprano, su interés fue más allá de la medicina. Estudió también, entre tantos otros temas, la cosmología de Claudio Ptolomeo, la matemática y la física de Alhacén y otros sabios de la antigüedad. Le interesaba en especial la geometría óptica y su engarce con la fisiología y patología del ojo y de la visión, que había aprendido tanto en Alhacén como en la obra de Abulcasis el Zahrawi, el médico cordobés de Medina Zahara, la ciudad áulica que había construido Abd–al–Rahman III de Córdoba cuatro siglos antes, que fue destruida unas pocas décadas después de la muerte del califa.

En 1338 Norberto recibió la maestría en Medicina; un año más tarde, el doctorado, con la licentia docendi incluida, y permaneció en Montpellier como profesor asociado bajo el pupilaje y la supervisión de su tío Guido, a quien sustituía durante sus largas ausencias, en particular, cuando viajaba a París para dar cursos en la Universidad o servir de médico consultor al rey Felipe VI de Francia. Guido de Chauliac, hermano de la madre de Norberto, gozaba de un amplio reconocimiento como cirujano en toda Francia, Aragón y norte de

Italia. Tiempo después, alrededor de 1342, Guido completó una primera versión de lo que sería la obra de su vida, un vasto tratado de medicina y cirugía que tituló Chirurgia Magna, escrito en el dialecto provenzal del occitano. Desde que lo completó y se tradujo al latín veinte años más tarde, su tratado de cirugía fue una referencia señera en los estudios médicos de Occidente durante varios siglos. Su tío Guido fue reconocido como el mejor médico de la cristiandad durante los oscuros años de la muerte negra. De hecho, él mismo se trató exitosamente la peste que había contraído en Aviñón; lo describió después con todo lujo de detalles y legítimo orgullo por haber hallado el remedio contra la plaga o, al menos, eso creía él, pese a estar totalmente equivocado.

Mientras tanto, Guido se apoyaba para sus clases, principalmente, en la anatomía de Galeno, en el equilibrio humoral descrito por el mismo autor, cuya alteración causaba enfermedades dentro de un elenco amplísimo en función de su discordancia con los cuatro elementos de los que estamos todos formados: aire, agua, tierra y fuego. También se apoyaba excesivamente en la cirugía de Abulcasis, el famoso médico andalusí, que escribió una obra en treinta volúmenes y que trescientos cincuenta años después no había sido superada por la de ningún otro médico o cirujano de la cristiandad. Esta obra, cuyo título original era Kitab al–Tasrif, o Libro de la Cirugía, había sido traducida al latín dos siglos antes por un equipo de traductores de Toledo, entre los que se encontraba Alfredus Anglicus, dirigido por un filólogo de Cremona llamado Gerardo.

Pese a sus muchas lecturas, la medicina le dio a Norberto más preguntas que respuestas, más problemas que soluciones. Cuando veía la enfermedad y la muerte por todas partes, llegaba a conclusiones muy negativas acerca de la clase tan precaria de medicina que le enseñaron y tenía que practicar ahora porque no había recambio para ella. En general, aquella medicina evitaba muy pocas veces la muerte y tampoco alargaba la vida de las personas. Por ejemplo, podría ver a un enfermo constreñido de dolor, con el vientre hinchado y dolorido, cada vez más amarillo sin que nadie pudiera hacer nada por él hasta su muerte segura, entre grandes sufrimientos, unos días más tarde. Entonces, su necropsia revelaría la existencia de unas piedras o cálculos en la bolsa de la hiel. Se preguntaba por qué se moría por algo tan simple localizado dos pulgadas debajo de la piel; por qué no se podían extraer esas piedras para que el enfermo sanara. Si se le

abría el vientre, se podrían sajar los tejidos capa a capa hasta descubrir y extirpar la vesícula. La operación era sencilla, pero la herida quirúrgica se corrompía y el enfermo moría sin remedio. Por qué, se preguntaba el joven médico, por qué se pudre la carne tan fácilmente y con tanta celeridad cuando el cuerpo se abre y las entrañas se exponen al aire.

Con el tiempo, sus reflexiones lo llevaron a conclusiones estériles y, sin embargo, demoledoras. Toda la ciencia consistía en un viaje inacabable en el que las preguntas mejor dirigidas rebotaban contra la costra dura y correosa que protegía la verdad profunda, la esencia. Veía a los hombres incapaces y a sí mismo sin herramientas para penetrar en el meollo de la verdad, en este caso, en las razones últimas de la enfermedad y, en lugar de admitir esas limitaciones y diseñar estrategias para vencerlas, los médicos llevaban más de mil años equiparando los cuatro humores del cuerpo humano con los cuatro elementos de la naturaleza y considerando el equilibrio entre ellos como la cura universal, la panacea, rotundamente falsa, de todos los males. Siempre tuvo presentes las palabras de Guillermain sobre la medicina de Galeno y en su fuero interno le agradecía haberle inculcado un sentido crítico que nunca lo abandonaría, un sentimiento escéptico, casi siempre desesperanzado, sobre qué caminos conducen a la verdad y cuáles no.

Sin olvidar que estudiaba en la mejor escuela médica de la cristiandad y reconociendo el agradecimiento que debía a su tío, cuya ciencia comprendía sin cuestionarla, al menos de forma abierta y sistemática, sí criticaba para sus adentros la escasa formación que recibían en diferentes materias médicas, en especial Anatomía, por las dificultades en practicar autopsias y disecciones en la Escuela de Montpellier, tan cercana a la corte del papa y al control de esta. Pensaba que si no eran capaces de entender el funcionamiento del cuerpo humano, todavía menos podrían adivinar los mecanismos del origen, desarrollo y posible curación de la enfermedad.

Capítulo IV

Siguiendo el ejemplo de su tío Guido, quien de joven había marchado a Bolonia para estudiar Anatomía con Gentile da Foligno y Mondino de Liuzzi, Norberto también se desplazó a aquella universidad, donde permaneció dos años dedicado a la indagación en esa ciencia bajo la supervisión de Niccola Bertuccio, quien había sido a su vez compañero de Guido y ambos, discípulos de Mondino.

No fue mala su elección. La Escuela Médica de la Universidad de Bolonia disfrutaba en aquel tiempo de un amplio margen de libertad desconocido en Montpellier, Paris y otras universidades de la época. Desde principios del siglo, las autopsias y disecciones de cadáveres estaban permitidas en Bolonia o, por lo menos, consentidas, y se practicaban ante una numerosa audiencia de estudiantes, de profesores y, en ocasiones, de nobles boloñeses que manifestaban así su interés más o menos genuino por la ciencia.

Realmente, la disección de cuerpos humanos empezó a permitirse por cuestiones legales, cuando la familia del difunto quería saber la causa de la muerte. Tiempo después las disecciones se llevaban a cabo por un mayor interés anatómico, por el conocimiento del cuerpo humano que se desvelaba, pero nunca tenían como objetivo formar a cirujanos ni facilitar futuras prácticas quirúrgicas, por considerarse la cirugía totalmente ajena a la medicina. Como era de esperar, correspondió a Galeno postergar y separar la cirugía de la medicina, lo que supuso casi un milenio de retraso en el desarrollo de la primera, que quedó en manos de barberos y gente sin preparación médica alguna.

Mondino, el maestro de su tío Guido, fue el primer anatomista en más de mil quinientos años que practicó disección de forma sistemática y abierta, restaurando así la tradición perdida desde Herófilo de Calcedonia y Erasístrato de Ceo, fundadores de la Escuela Médica en la Alejandría de los ptolomeos, en el siglo III antes de Cristo. Escribió un libro que los estudiantes llamaron Anathomia Mundini, el primer texto de anatomía de Occidente escrito por un cristiano. No obstante, Mondino, pese a las evidencias anatómicas que encontró, nunca tuvo

el valor suficiente para contradecir a Galeno en los muchos errores que este había legado a la medicina y a los médicos.

El tiempo de Norberto en Bolonia fue muy productivo; además de estudiar anatomía, en especial la del ojo, el cerebro y los vasos sanguíneos, y otras partes de la medicina como la farmacología de las plantas, Norberto se interesó por la talla y el pulido de lentes, así como por la fabricación del vidrio apto para construirlas. La producción de este tipo de vidrio, limpio, fuerte y sin burbujas, había sido un secreto celosamente guardado por los vidrieros venecianos de Murano durante más de un siglo.

Era conocido que los venecianos habían robado el método bizantino de fabricar el cristal durante el expolio de Constantinopla y de la subsiguiente instauración del Imperio latino por parte de los Cruzados en 1204. Una vez en posesión del secreto de fabricación, los venecianos hicieron todo lo posible para que nadie se lo robara a ellos y establecieron inmisericordes castigos, entre los que se incluía la pena de muerte, para quien divulgara el secreto del vidrio o, en su defecto y ausencia del culpable, para los familiares más cercanos. Era una situación realmente espeluznante que teñía de sangre y muerte lo que solo debía ser una innovación que mejorara la vida de los hombres; en este caso, el vidrio bizantino serviría para fabricar lentes que hicieran más fácil la visión defectuosa de los humanos, como se verá después.

Cuando volvió a Montpellier, al cabo de dos años, percibió que la vida académica en la Escuela había decaído y no vivía sus mejores tiempos, aunque lo peor habría de venir más tarde. El profesorado era menos cosmopolita, ya no quedaban apenas médicos árabes andalusíes de entre los muchos que hubo tras la conquista cristiana del valle del Guadalquivir un siglo antes. Los judíos, la mayoría de origen sefardí, quienes, al igual que los moros andalusíes, habían aportado la experiencia y conocimientos médicos de los árabes, también abandonaban la universidad y emigraban a otros lugares en busca de una protección de la que no gozaban en Montpellier. Solamente quedó allí un tal Alfonso de Córdoba, un mediocre profesor, sefardí converso que, paradójicamente, odiaba a los judíos. Tampoco era Alfonso del gusto de su primer maestro Guillermain, quien se negó a prestarle el libro de Al–Nafis para que lo tradujera del árabe. Años más tarde, escribió Alfonso un opúsculo sobre la peste que no aportó nada nuevo

que no hubiera sido expuesto por otros médicos, incluido Norberto de Cholhac y, además, sostenía sin rubor alguno que la peste era propagada por los judíos que envenenaban los pozos de agua.

En los estudios médicos se incluía la conmiseración y la caridad en la práctica de la medicina. Después de todo, el mismo Norberto era sacerdote, aunque a veces llegara a olvidarlo. En aquella época, muchos enfermos se trataban en abadías o en hospicios anexos a estas y las múltiples carencias en el tratamiento de las enfermedades se adornaban con un barniz religioso o se rellenaban con la resignación y la esperanza de otra vida más gozosa como contrapunto a los tiempos tan oscuros que se vivían entonces. En ese momento de la historia del hombre, la muerte no solamente era el estadio final de la vida, sino que era la vida misma, de tanto como impregnaba la existencia de la gente, en la que todo parecía girar alrededor del fatídico final. Era muy triste que la vida de los hombres se comprometiera obsesivamente alrededor de la idea del dios que la Iglesia vendía a sus fieles. Estos parecían encontrarse en un enorme torbellino dentro del cual todos estaban secuestrados, sin tiempo y sin energías para cuestionarse su verdadero papel en la vida.

Afortunadamente para él, Norberto tuvo a su disposición la mejor biblioteca de literatura médica del mundo cristiano. No dominaba el árabe por aquel entonces, pero muchas obras habían sido traducidas de esa lengua al latín por los traductores de Sicilia y Toledo.

Lo que le pareció sorprendente desde el principio de sus estudios fue comprobar que muchos autores compilaban o, simplemente, repetían y copiaban lo que habían escrito médicos más antiguos sin añadir nada nuevo y le parecía incomprensible que, tantos siglos más tarde, se siguiera estudiando a Hipócrates y Galeno de forma tan acrítica. Los errores de la medicina antigua, las deficiencias de las traducciones, algunos simples deslices de copistas…, se perpetuaban libro tras libro y copia tras copia a lo largo de los siglos, sin que nadie levantara la voz contra aquel miserable estado de la ciencia y de las cosas. Por ejemplo, en sus propias disecciones de cadáveres humanos, Norberto nunca encontró los agujeros que, según Galeno, intercomunicaban los dos ventrículos cardíacos, que supuestamente permitían a la sangre circular de la parte derecha a la parte izquierda del corazón, y no se entendía por tanto cómo era la circulación continua de la sangre por las venas, postulada por el médico griego.

Muchos años más tarde discutiría este asunto de forma productiva y clarificadora con Ibn Jatima en Almería. Tampoco encontró Norberto la red de vasos sanguíneos en la base del cráneo que Galeno llamó rete mirabile; según el médico griego, es en esa red «singular y maravillosa» donde reside el alma o espíritu animal, el pneuma psychikon.

La discrepancia entre sus propios hallazgos y lo doctrinado por Galeno lo sumió en unas reflexiones impacientes que agotaban su espíritu y lo convenció de cuán serviles y miserables eran los tiempos que le habían tocado vivir. Siempre tuvo el recuerdo que le dejó su primer maestro, el hospitalero Guillermain, quien desconfiaba de Galeno. ¿Realmente —pensaba—, por qué el hombre después de inventar el fuego, la rueda, la agricultura, la escritura, la domesticación de animales y poco más, se había resignado a vivir de forma tan estática y rutinaria? ¿Por qué se venían perpetuando los mismos errores en el tratamiento de las enfermedades durante más de un milenio?

No acertaba a comprender del todo el interés de la Iglesia en velar la medicina de Galeno y en defender la cosmología de Claudio Ptolomeo, dos autores que ni siquiera habían sido cristianos, pese a que las vidas de ambos discurrieron durante la era cristiana. Intuía que el celo de la Iglesia en su defensa de ambos autores se debía a la falta de un entramado filosófico propio, a una imposibilidad de avanzar por ella misma en la extensión del saber y, aún menos, de apoyar la libertad creadora de gente que habría hecho por la humanidad mucho más que aquella jarca de sabios antiguos que no merecían más que el olvido. Con falsa humildad repetían de forma descarada la frase de Sócrates que decía saber solamente que no sabía nada, cuando en realidad urdían un andamiaje monstruoso para dar unas explicaciones ininteligibles a asuntos que verdaderamente desconocían por completo. En el fondo, todo se reducía a ocultar la ignorancia y la impotencia propias para salir del estancamiento en el que se encontraban las ciencias y, en particular, la medicina.

La Iglesia se había apropiado de la filosofía y ciencia de la antigüedad sin competir con nadie, sin concesión alguna y sin dar nada a cambio. Incapaz la Iglesia de entender la ciencia y, menos aún, de desarrollarla, impedía cualquier evolución y cualquier discrepancia dentro de un frágil sistema protegido e inmóvil, que al menos no contradecía las sagradas escrituras, para que nadie fuera de la Iglesia

pudiera sustituirlo por algo mejor.

La ciencia había sido tomada como un mero adorno de la religión por quienes, de forma complaciente, ante un supuesto nuevo descubrimiento, lo avalaban por estar ya descrito en la Biblia o lo rechazaban por estar supuestamente en contra de ella. Lo peor de la Iglesia de su tiempo, reflexionaba el monje, era la desconsideración del progreso como algo propio de los hombres y la sacralización de la inmovilidad para perpetuar un estado de cosas que, de por sí, no era beneficioso para nadie, ni siquiera para aquellos que tenían el control de las conciencias de la mayoría. No se progresa desde ideas absolutas y terminadas.

Un día, ya vuelto de Italia, se atrevió a confiar sus dudas a su tío Guido usando un rodeo dialéctico, a la manera que utilizaría un escolástico dominico o franciscano con todo el tiempo del mundo por delante, con un discurso en el que rebosaban la falsa humildad y la ironía pretendidamente sutil:

—Señor, hace unos días sacrificaron a un cerdo en la abadía para hacer morcillas y curar jamones en sal. Les pedí la cabeza para disecarla y amablemente me la dieron desorejada y desjetada con la condición de que, después de examinar los sesos sin ensuciarlos ni echarles nada raro, se la devolviera para hacer las afamadas salchichas que se producen aquí. Tras aserrar el durísimo cráneo, levanté el encéfalo y vi la rete mirabile que Galeno describió; el órgano donde la sangre se cuece por tercera vez, según dijo el gran maestro. Parece que los cerdos tienen su propio pneuma psychikon; tal vez esos animales tengan un alma inteligente que los humanos no hemos sido capaces de apreciar ni reconocer.

—Ya había visto yo la red admirable en los cerdos, en las ovejas y en otros animales —apuntó Guido.

—Yo también la había observado un número de veces anteriormente, pero, por el contrario, en las disecciones que presencié o hice en Bolonia nunca la vi en seres humanos, como escribió Galeno —comentó Norberto.

—Ni yo tampoco —cotejó el reputado médico quien, tras un breve silencio, algo azorado porque temió haber sido imprudente, quiso dar

razones que lo explicaran todo y satisficieran a muchos, algo realmente imposible; prosiguió—. Sé lo que estás pensando, pero el problema es que Galeno nos pesa demasiado y no podemos prescindir de él porque nos quedaríamos huérfanos y obligados a empezar desde cero. No es su culpa que en más de un milenio no haya surgido un recambio, alguien que hubiese corregido sus errores y hubiera estado más acertado describiendo las causas de las enfermedades y los mecanismos por los cuales se producen y presentan. Es un secreto a voces que Galeno nunca diseccionó un cadáver humano porque las leyes romanas de Marco Aurelio se lo prohibían. Sus descripciones revelan que diseccionó cerdos y algún que otro mono, aunque él, como muchos de sus contemporáneos, creía que el cerdo es el animal más parecido al hombre, incluso más que el mono. No fue, empero, cuidadoso al extrapolar sus hallazgos en animales al hombre y, desde luego, debería haber dicho explícitamente dónde vio lo que describió, pero no lo hizo. Nos ha hecho errar a miles de médicos desde entonces.

—Sin embargo, tú citas a Galeno constantemente en tus escritos y en tus clases magistrales y te apoyas en él en muchas de tus afirmaciones —le hizo notar Norberto.

—¿Qué otra cosa puedo hacer si quiero mostrar autoridad? —preguntaba Guido y se contestaba a sí mismo—: He escrito varias veces que Hipócrates y Galeno son mis amigos, pero que la verdad es mejor amiga aún[2]. Galeno, en particular, fue y, aún es, una personalidad demasiado pesada, aplastante; todavía no ha nacido un genio de similar entidad que pueda contradecirlo en los muchos errores que cometió. Si eliminas a Galeno de nuestro saber médico, desaparecen casi todas las bibliotecas y los médicos tendríamos que empezar prácticamente desde la nada. Pese a sus errores anatómicos, yo sí creo en la medicina de Galeno, en la explicación que dio sobre la aparición y desarrollo de las enfermedades y el modo de curarlas. —Guido calló y se tomó un prolongado silencio, quizá buscando imposibles excusas para sus contradicciones. Tras largos minutos de silencio, continuó:

»Sabes que aprendí anatomía en Bolonia con Mondino de Luzzi y allí me di cuenta de los beneficios de la disección, aunque no me gustaba la forma tan ritualista como se enseñaba; Mondino actuaba siempre de lector y dirigía todo el proceso mientras recitaba algún texto

anatómico ad hoc y ordenaba con la mirada al ostentor para que señalara la zona del cadáver que debía ser disecada por el sector o prosector, que era normalmente un barbero que también ejercía de cirujano y dentista en su práctica privada.

»El sector o prosector abría las cavidades del cadáver mientras Mondino o algún ayudante leía el pasaje correspondiente de la anatomía de Galeno, tomado de la Isagogué de Ioannitius[3]. Cuando asistían miembros del Concejo Municipal, el propio Mondino tomaba un papel más relevante, bajaba las gradas del teatro anatómico y actuaba él mismo como prosector para mostrar al público que mantenía sus habilidades, pero eso ocurría en contadas ocasiones. Con frecuencia sucedía que el escrito de Galeno, cuya lectura escuchábamos, no coincidía o incluso era contrario a lo que el prosector mostraba o a lo que nosotros mismos estábamos viendo en el cadáver, pero nadie se atrevía a manifestarlo; se negaba lo evidente. ¿Dónde estaban los agujeros que ponían en comunicación los dos ventrículos del corazón? Nos confabulábamos en un silencio cobarde, esperando infructuosamente el comentario clarificador del maestro, que nunca se producía por miedo a la reprobación y al cese de su magisterio, porque los delegados del obispo asistían a la disección y velaban porque nadie se saliera de la ortodoxia galénica, de su ortodoxia.

»No obstante, creo que ahora entramos en un mejor camino para el conocimiento de la verdad. La Iglesia y las autoridades ya no prohíben tan terminantemente la disección de cadáveres humanos ni la controlan tan estrechamente. Te recomiendo que hagas tantas disecciones como oportunidades tengas y llegues a tus propias conclusiones porque uno tiene que asumir la responsabilidad de sus propios errores, pero si aceptas sin crítica los de otros, tú también serás culpable. Tengo que reconocer que yo me siento más culpable de los muchos errores ajenos que acepté sin crítica alguna por mi parte que de los míos propios, que también los cometí.

En verdad, su tío Guido había alcanzado una altura y un prestigio que le hacían inmune a cualquier crítica que pudiera recibir por explicitar sus desavenencias con Galeno. Por tanto, no le parecía bien a Norberto la postura acomodaticia de monseñor De Chauliac, quien, con su influencia, habría podido deshacer errores que se venían perpetuando durante siglos. El peso del señor De Chauliac en la medicina del siglo

era definitivamente grande, pero quizá nunca se atrevió a contradecir a Galeno en muchos asuntos para los que, aunque estuviera en desacuerdo, no tenía explicaciones alternativas.

—Sé lo que estás pensando —prosiguió Guido para llenar el silencio que observaba Norberto—. Entiendo que no te parezca valiente mi actitud, pero cuando alcances mi edad habrás aprendido a ser agradecido con los que te ayudaron porque, después de todo, tu ciencia médica no la posees para discutir teorías en un foro, sino para algo más simple, íntimo e importante como es la curación de un enfermo. ¿A quién le importa el pneuma psychikon de un cerdo cuando hay que tratar y curar, por ejemplo, unas escrófulas, una herida de flecha o un hueso roto?

Norberto no replicó; no creía las explicaciones de su tío y rechazaba su autojustificación porque pensaba que los caminos de la verdad y el error siempre son divergentes y no se puede saltar alegremente del uno al otro, como su tío realmente pretendía hacer. Le habría preguntado qué debía enseñar a sus alumnos sobre la rete mirabile, pero permaneció en silencio al tiempo que reconocía que algunas veces él también callaba y contemporizaba, sobre todo cuando se sentía cansado y no tenía esperanza de ser entendido.

Seguía sin estar de acuerdo con su tío y reflexionó sobre las cambiantes actitudes humanas a lo largo de la vida. De joven se es rebelde, enérgico e ignorante; de viejo, sabio, pero cansado y acomodaticio, imposible de saber si se debía a la falta de fuerzas, a las deudas contraídas como pago a los favores recibidos a lo largo de los años o a ambas causas a la vez. Si estás dentro de una estructura, tienes que pagar el peaje; si estás fuera serás libre, pero una libertad sin medios ni posibilidades solo llena el corazón solitario de quien siempre estará limitado y sin influencia alguna.

Después de una larga pausa, Guido cambió el tema de la conversación y, con el rostro más ensombrecido, continuó:

—Perdóname por no seguir hablando de medicina y cambiar de tema, pero la situación actual me preocupa sobremanera. Creo que estamos viviendo unos tiempos horribles y los venideros se anuncian más negros aún. Las cosechas de los campos son cada vez peores y el ganado muere por culpa del frío y de la falta de pastos. La hambruna

se presenta en muchos lugares antes ricos y productivos, por ejemplo, en nuestra región de Mende. Nuestro pueblo, según las noticias que me llegan, se está quedando vacío. La gente está desorientada y no tiene qué comer; huye de los campos y se hacina en las ciudades. También rehúye los cambios y se aferra a las creencias constituidas y avaladas por los siglos. No se puede vivir sin creer en algo, aunque no sea verdad.

«Ese es el principal problema», estuvo a punto de decir Norberto; entreveía que de esto, precisamente, derivaría el drama de su vida: ¿hasta cuándo se llevaría bien con la parte de la historia que le había tocado en infortunio? No podía creer en lo que no percibía por sus sentidos o no era sujeto a la comprobación experimental o a una deducción matemática. Estaba demasiado influenciado por sus lecturas de los filósofos ingleses Roberto de Grosseteste y Rogelio Bacon, quienes escribieron que no era creíble nada que no se pudiera comprobar. No obstante, en aquel tiempo las preocupaciones de su tío iban por otros derroteros y sus prioridades habían cambiado. Entre la ciencia y la medicina, Guido no llevó a cabo el esfuerzo necesario para unirlas o complementarlas ni para hacer de la medicina una ciencia; sin dudarlo, eligió la primera como mejor soporte para seguir adquiriendo prestigio, reconocimiento y riquezas, algo que consiguió con creces.

En 1345 Guido de Chauliac, que había pasado un tiempo en París impartiendo clases en la Universidad, regresó a Montpellier para recoger sus libros y otros efectos personales y se despidió de la escuela y de Norberto. Se marchaba a la corte papal, en la cercana Aviñón, por haber sido nombrado médico personal de su viejo amigo, el cardenal Pedro Rogelio de Beaumont, quien tres años antes había sido elegido papa y tomado el nombre de Clemente VI. Poco después empezarían los años más oscuros de la historia de la cristiandad y de la humanidad entera.

Capítulo V

Norberto retomó la enseñanza en la Escuela de Montpellier y desde allí viajaba frecuentemente a Aviñón para visitar a su tío Guido y discutir con él de asuntos médicos o sobre el diagnóstico y tratamiento de algún enfermo que no acertaba a curar. Pudo ver el lujo y la magnificencia del palacio de los Papas, así como de los aposentos de su tío, quien gozaba de un estatus social muy elevado por ser amigo y médico personal del papa Clemente. En un edificio anexo al palacio, monseñor De Chauliac estaba montando una Escuela de Medicina en la que había empezado a impartir clases y lecturas de Galeno, de cuyas obras había conseguido una traducción directa del griego al latín y así pudo obviar el paso por la lengua árabe de las traducciones de Ioannitius.

—Lo hago porque dar clases y estar en contacto con los jóvenes me mantiene vivo y me ayuda a no olvidar mis conocimientos médicos. Te podrías venir a ayudarme en la Escuela si lo desearas. Ejercerías la medicina en la corte papal; yo te puedo introducir en esta esfera de poder donde obtendrías prestigio y riqueza, pero sé que no lo harás. Eres un hombre de los que gustan elegir los caminos más dificultosos de la vida. Créeme que aprecio tu honestidad, admiro tus saberes médicos y me sorprende tu habilidad quirúrgica, de un nivel que yo no había alcanzado a tu edad, pero tengo para mí que no haces nada por ayudarte a ti mismo, para promocionarte debidamente y labrarte tu propio porvenir. Ten presente que solo desde la relevancia se puede ser influyente. Tienes y tendrás excelentes ideas, introducirás unas innovaciones que curarán a muchos enfermos, pero tus logros no serán conocidos ni tendrán incidencia en el destino de la gente si no alcanzas una posición prominente en esta sociedad tan desarticulada y, al mismo tiempo, tan jerarquizada. Solo se puede influir desde arriba.

»Aquí en Aviñón encontrarías ese camino; me podrías ayudar y, poco a poco, me sustituirías en algunas de mis funciones, porque me estoy haciendo viejo, tengo ya cincuenta y seis años y me cuesta cada vez más cumplir con mis obligaciones diarias. Además, necesito más

tiempo libre para continuar el tratado de cirugía que empecé a escribir hace ya varias décadas. No veo aún la forma ni la ocasión de acabarlo[4]. Trata de encontrar un punto medio entre tu libertad personal y el poder que puedes alcanzar sobre las vidas y la salud de la gente. No dejes de pensar en los enfermos que podrías curar si tolerases algunos condicionantes de esta sociedad nuestra.

El sobrino no podía aceptar la oferta del tío. Tan cerca del poder, todo, incluyendo la medicina, está más inmóvil y protocolizado. Por ejemplo, en Aviñón tendría muchas dificultades para practicar la disección de cadáveres que le permitían hacer en Montpellier, aunque fuera consentida de forma semiclandestina. Norberto sonrió a su tío por toda respuesta. Después de cada perorata que le daba al sobrino, Guido se mostraba muy afable con Norberto, pero aquel día de principios de 1346 su rostro parecía ensombrecido por una veladura indefinida y se mostraba realmente preocupado todo el tiempo. La razón de sus cuitas la expresó así:

—Llegan alarmantes noticias de ultramar. Viajeros y marineros que vienen de Oriente nos cuentan que una gran plaga de peste se ha extendido desde Cathay, ha arrasado el país de los mongoles, la India y Persia hasta llegar a las costas del Levante mediterráneo y del Ponto Euxino. Desde allí los barcos genoveses y venecianos la han extendido hasta Sicilia y seguramente pronto llegará a Génova, Marsella y Barcelona. Se dice que en el Mediterráneo oriental muchos barcos fantasmas navegan a la deriva con todos los tripulantes muertos por la peste, sin que nadie se atreva a abordarlos y reconducirlos a puerto por miedo a infectarse. Millones de personas han fenecido ya y la mortandad no hace sino crecer. La gente ha perdido la memoria de los tiempos. —Norberto había oído vagas e inconcretas noticias sobre la extensión de la plaga, pero se sintió impresionado por la crónica tan breve como expresiva que su tío le contaba—. A mí, en cambio —prosiguió monseñor De Chauliac—, esta plaga no me sorprende porque me recuerda a otras varias que en el pasado vinieron de Asia y asolaron el Mediterráneo como, por ejemplo, la peste de Justiniano, el emperador romano del siglo VI.

»Aquella epidemia fue devastadora, también vino de Oriente y afectó a toda la cristiandad[5]. Me temo que van a venir malos tiempos para todos nosotros. Hace ocho siglos la plaga coincidió con un enfriamiento de la Tierra y ahora ocurre igual. Hace frío, nieva en

muchos lugares hasta el final de la primavera e incluso el principio del verano, las cosechas son escasas y la gente está debilitada porque no se alimenta debidamente.

—¿Qué podemos hacer los médicos ante estos hechos que parecen sobrepasarnos? —preguntó Norberto.

—Temo que muy poco —contestó De Chauliac sin conceder espacio a la esperanza—. Todo está en manos de Dios; Él es en definitiva quien nos manda estas calamidades. Después de examinar una serie de fenómenos sucedidos en los últimos años y analizar numerosas tablas astronómicas, he llegado a la conclusión de que el alineamiento de Marte, Júpiter y Saturno son los causantes de toda esta catástrofe. Esta conjunción planetaria envía unas señales nefastas sobre la Tierra que originan el escape de espíritus venenosos y aires corrompidos y putrefactos desde su interior. Los aires que emanan las tierras y los mares atacan a los hombres y destruyen el equilibrio de los cuatro humores que describió Galeno, sin que se pueda hacer nada por evitarlo. La situación se agrava por el hecho de que el Sol luce muy poco, envía débiles rayos que no alcanzan a calentar las tierras y así purificarlas. Estos nefastos advenimientos nos llegan en serie y sumen a los humanos en la desazón, la inseguridad y la enfermedad.

Norberto quedó mucho más impactado por las noticias que recibía sobre la propagación de la plaga que por las conjeturas y especulaciones de su tío sobre astrología y geología, que no creía en absoluto. Para el sobrino, que despreciaba la astrología, las palabras de Guido sobre conjunciones planetarias carecían de valor y entraban de lleno en la categoría de método sentencioso denunciado como falso por Rogelio Bacon, que no ayudaba en nada al desarrollo de las ciencias y del saber de los hombres, ponía trabas al hallazgo de la verdad y era, en definitiva, un factor importante del atraso de la humanidad. Vivían en una sociedad vacía de saberes que la Iglesia pretendía llenar con aforismos. Bacon, influido por De Grosseteste, había escrito sobre la necesidad de probar lo que se dice de forma metódicamente válida. A Norberto, influido por los filósofos ingleses, no le gustaba la complacencia de quien enunciaba algo indemostrable y, por lo tanto, irrefutable. Consideraba a su tío un buen médico, pese a que no supo o no pudo llevar el razonamiento científico a la medicina.

No obstante, fuera de las elucubraciones telúricas y planetarias, el discurso de su tío poseía aspectos válidos y aprovechables. Estaba Norberto convencido de que la bajada de la temperatura podría contribuir, directa o indirectamente, a la extensión de la epidemia porque, realmente, el clima había cambiado en lo que llevaban de siglo. Recordaba que cuando era niño los ancianos se quejaban del frío reinante, que afectaba al crecimiento de las siembras, y echaban de menos el clima más cálido y suave de sus tiempos jóvenes; en realidad, algunos años nevaba en mayo y junio y el trigo no llegaba a granar, ni siquiera el centeno crecía bien en un clima tan frío y, además, en ocasiones imprevistas causaba el Fuego de San Antonio, una terrible enfermedad que producía convulsiones y, a la larga, gangrenas mutiladoras de los miembros.

Hacían notar que esos desastres venían desde el Jubileo de 1300, el año santo que instauró el papa Bonifacio VIII, porque con anterioridad el clima era más benigno, hacía más calor y la naturaleza se mostraba más generosa y producía más alimentos[6]. Había gente que consideraba que la inoportuna celebración de Bonifacio había irritado a Dios y traído esta desgracia a la humanidad. En particular, una gran oleada de frío vino precisamente dos años antes del nacimiento de Norberto, en 1313, y que duró tres años, durante los cuales no hubo cosechas que recolectar. Posiblemente, pensaba el joven monje, el Sol estaba apagándose; quizá el gran balón de hierro candente de Anaxágoras estuviese congelándose y se avecinaba el fin de toda la Tierra y de toda la vida en ella[7], pero, por más que lo consideraba, se negaba a aceptar que la conjunción de tres planetas fuera responsable de la epidemia que estaba a punto de venir. No veía la relación causa–efecto por ninguna parte y su tío era incapaz de explicar la naturaleza de los efluvios planetarios que causaban tantas desgracias a los humanos.

—Quería también hablarte de otro tema porque, mientras llega o no llega el fin del mundo, Dios nos obliga a seguir viviendo y hacer lo posible por la salud de los demás. —Monseñor De Chauliac retomó la palabra mientras continuaban su paseo por la gran plaza de los Palacios Papales—. He recibido una invitación de Juan de Müssingen, el príncipe–obispo de Basilea, para fundar una Escuela de Medicina en aquella ciudad del Sacro Imperio Romano Germánico. Le haré saber que no puedo complacerlo, por haber aceptado previamente el encargo del papa Clemente de ser su médico personal. He pensado en

ti para esa misión porque sé que la podrías desempeñar con eficacia. Te creo muy bien formado en medicina, pero también observo tus tendencias heterodoxas, propensas a cuestionarlo todo y a contradecir normas y procedimientos médicos bien establecidos desde la antigüedad. Pienso que alguna de tus actitudes obedece a tu juventud y que tienes muchos años por delante para madurarlas y organizarlas en tu mente con prudencia y serenidad, lo que sin duda confío harás. Si aceptas, escribiré a De Müssingen proponiéndote para el cargo y también le pediría al papa Clemente que te recomiende ante el príncipe–obispo. Eso te daría todas las cartas para ser aceptado.

Norberto se sintió ligeramente halagado por la confianza que su tío depositaba en él. Conocía bien al señor De Chauliac y sabía que sus opiniones no estaban condicionadas por el parentesco que los unía; de hecho, su tío siempre había sido crítico con su modo de entender la medicina en muchos de sus aspectos. De súbito, asaltaron su mente varias cuestiones que debía analizar una por una antes de aceptar la oferta. No obstante, ante la premura de su tío por obtener una decisión, le dijo:

—Te agradezco que hayas pensado en mí y, sobre todo, que me consideres capaz de fundar una escuela médica. Aceptaré el encargo complacido y prometo cumplir mi función con dignidad suficiente para que no te arrepientas de tu determinación.

—Así será; estoy seguro. Visité Basilea hace mucho tiempo. Es una ciudad muy rica, casi tan grande como Montpellier. Está situada a ambos lados del río Rin y las dos partes de la urbe se conectan por un gran puente de madera con pilares de piedra, construido hace más de un siglo. Es posible que todavía sea el único puente estable en todo el curso del Rin desde el lago de Constanza hasta su desembocadura en el mar del Norte. Los canónigos regulares de san Agustín tenemos en Basilea una abadía dedicada a san Leonardo, santo patrón de la ciudad, con más de setenta monjes. Nuestra abadía es enorme y está en la misma plaza que la catedral y el palacio del príncipe–obispo. Posiblemente tengan dependencias suficientes para la instalación inicial de la escuela. Le pediré al papa Clemente que escriba al abad, cuyo nombre ignoro, para que te faciliten lo que necesitares.

El encargo de fundar una Escuela de Medicina lo llenó más de preocupación que de orgullo. Por una parte, se veía con la autonomía

y el poder para enseñar y formar a jóvenes médicos en una medicina más científica que la que a él le habían enseñado; por otra parte, no acertaba a saber hasta qué punto la medicina era una ciencia.

Cuando pensaba en la historia de la medicina, la consideraba muy paralela a la historia de la humanidad; ambas eran una larguísima sucesión de dudas, fracasos y mentiras y, juntas, la medicina y la humanidad habían caminado con paso excesivamente calmo, torpe y despacioso, a mucha menos velocidad que la cadencia natural, de por sí lenta, de los años. Creía que la función de la medicina era facilitar a los humanos una vida más larga y, en lo posible, más feliz. Se preguntaba, entonces, si desde Hipócrates la medicina había cumplido algunos de esos objetivos y se contestaba a sí mismo que no, de ningún modo. Los hombres fallecían muy pronto y casi nadie llegaba a viejo; las mujeres morían a mansalva en el sobreparto y ocho de cada diez niños no sobrepasaban el primer año de vida. ¿Qué tipo de medicina habían creado? Cuando las epidemias venían, no había modo de atajarlas y ahora, con la peste a las puertas de Europa, el monje estaba seguro de que no disponía, nadie disponía, de arma alguna para combatir esa enfermedad tan próxima que no se iba a retirar por sí sola.

Aunque no tenía argumentos para probarlo, Norberto intuía que la misión de los humanos es el progreso y que el hombre, aunque es un animal, está destinado a separarse cada vez más del resto de los animales, no por ser una creación especial de Dios, sino porque es el único con consciencia de sí mismo y de su lugar en el mundo. Podía esperar que un perro repitiera las pautas de comportamiento de los perros de hace mil o diez mil años, pero no concebía que mil quinientos años más tarde el hombre no hubiera cambiado prácticamente nada y que su salud dependiera de la misma medicina de los hipocráticos alejandrinos de antes de nuestra era.

Le parecía trágico que la tradición científica se hubiera estancado hasta el punto de recurrir a lo que los árabes habían traducido del griego y salvado así del olvido. No entendía por qué las cosas habían transcurrido de esa forma cuando otras hubieran sido más fáciles y directas. ¿Por qué tantos textos médicos griegos, presentes en las bibliotecas de Constantinopla hasta la devastación de la ciudad por los cruzados a principios del siglo XIII, no se habían traducido directamente al latín? Era evidente que cuando los hombres no

construyen su propio camino, están obligados a transitar por carreteras mucho más ásperas, malamente construidas por otros, que no les dan elección alguna para cambiar el rumbo, ni siquiera para regresar indemnes al punto de partida.

Con esos pensamientos tan negativos veía sus propias manos desnudas y se preguntaba con honestidad si tenía derecho a transmitir tantas dudas a sus alumnos, quienes, lejos de encontrar en ellas un acicate para sus propios desenvolvimientos, se mantendrían quizá inanes, desasosegados e improductivos con el convencimiento de que no era posible hacer nada útil para el mejor bienestar de los humanos. Volvió a sus lecturas y relecturas de Grosseteste y Bacon y encontró en ellas la fuerza necesaria para continuar pensando que aquel camino tan difícil y pedregoso lo había elegido a él y que, por consiguiente, tenía muy pocas probabilidades de variarlo o desandarlo.

De Grosseteste había ideado el binomio resolución y composición desde su preciso conocimiento de Aristóteles, quien veía los caminos de ida y vuelta del razonamiento científico: a partir de observaciones discretas se puede generalizar, abstraer, hasta establecer una ley universal, mientras que, en el camino de vuelta, las leyes universales deben explicar e incluso predecir los hechos concretos. Leyó en Bacon la formulación del método científico, el cual exige que cualquier teoría urdida por la razón deba ser verificada por datos perceptibles por los sentidos, sean estos desnudos o ayudados con instrumentos adecuados o, cuando sea pertinente, referidos o avalados por testigos fiables.

De alguna forma presentía el canónigo regular que la ciencia no era totalmente compatible con la fe y este pensamiento le turbaba sobremanera porque, antes o después en su vida, encontraría caminos divergentes y tendría que elegir cuál andar sin perder su propia honestidad ni traicionarse a sí mismo. Posiblemente, había hallado ya la primera gran bifurcación de su trayecto existencial, ante la que se encontraba detenido e inmovilizado. La descubrió al estudiar el pensamiento de Guillermo de Ockham quien, en un verdadero alarde de coherencia científica, había postulado que las esencias, formas o ideas universales no tienen existencia por sí mismas, sino que son meramente abstracciones de la mente humana. Al mismo tiempo que lo liberaban, las ideas que adquiría lo llenaban de incertidumbre, cuando no de dolor. ¿Quién era Dios entonces? ¿Era sin más una idea que solo existía en nuestra mente? ¿Se debía negar la entidad

independiente de abstracciones urdidas por nuestro intelecto? ¿Hasta qué punto era honesto dejar que la imaginación y los anhelos rellenasen los vacíos atroces del alma y los agujeros abismales de la mente?

Capítulo VI

Decidió Norberto digerir sus lecturas de la forma más sistemática posible y estructurar así un pensamiento científico. Dotado de una mente proclive a lo concreto y demasiado adherida a la realidad cotidiana, con algunas limitaciones para la abstracción y con gran incapacidad para la divagación, comenzó entonces a escribir un libro en el que confrontara la medicina útil con la inútil para eliminar esta última de los programas que planeaba enseñar. Se apoyaba en la medicina de Hipócrates de Cos y Asclepiades de Bitinia, en cuanto preconizaban ambas que la principal labor del médico es ayudar a la naturaleza a sanar a un enfermo, lo que se puede conseguir con dieta, baños, ejercicio, masajes que podían recuperar la armonía corporal perdida. Este tipo de medicina natural tenía poco riesgo; en muchos casos no sanaría, pero tampoco empeoraría la salud de los enfermos.

Por otro lado, el monje no había tenido buenas experiencias profesionales con la farmacología al uso y, por lo tanto, no creía en la mayoría de los remedios farmacológicos extraídos de De Materia Medica, el libro compuesto por el griego Dioscórides catorce siglos antes, que fue copiado muchas veces, nunca olvidado, y seguía siendo la referencia farmacológica de todos los médicos desde que fue escrito. Cientos de plantas, decenas de minerales y algunos elementos animales constituían los materiales terapéuticos de los tiempos de Norberto, quien los consideraba en su gran mayoría inútiles y a algunos, en particular, tóxicos. Los extractos de plantas que se usaban en medicina o eran inefectivos, como los de la coloquíntida y la esquila, o eran venenosos, como el beleño, la mandrágora y el acónito, que no poseían margen terapéutico para ser usados. Y, por último, entre los centenares de plantas que los griegos propusieron como curativas, solamente el opio y el cólquico podían reportar beneficios para ciertas enfermedades, aparte de otras plantas, como el áloe y el dragón, cuyos extractos tenían poder cicatrizante. La farmacopea árabe, que vino después, extendería y ampliaría la de Dioscórides porque esa gente había traído plantas exóticas de Asia, antes desconocidas en el mundo mediterráneo, como el ruibarbo, la cassia, el jengibre, el galangal, la datura y el cáñamo indio, entre otras

muchas, las cuales, en opinión y experiencia de Norberto, eran inútiles en medicina y hasta podían ser tóxicas para los humanos. Ante este estado de cosas, no dejaba de recordar las enseñanzas de su primer maestro, el hospitalero Guillermain, sobre los ingredientes de su triaca que, de hecho, era la más sencilla y, por lo tanto, la menos tóxica.

Era curioso, pensaba el monje, el ansia de la gente por creer en cualquier cosa con tal de obtener la curación y la salvación. Un enfermo solamente piensa en recuperar la salud y no atenderá a otras razones cuando alguien le dice que tomando una pócima determinada sanará. Tampoco entendía al alquimista que se encierra en su laboratorio, empieza a mezclar sustancias, cuanto más exóticas mejor, para sus decocciones, sublimaciones y destilaciones, entre redomas, alambiques y buretas. Cuando por fin obtiene algo, por nuevo no reconocible, enseguida le atribuye virtudes sobrenaturales hasta creer que tiene en sus manos el espíritu de la tierra y del cielo, el cual, por necesidad, trae consigo soluciones curativas para los creyentes y, sobre todo, para los crédulos.

Solamente observó verdaderas propiedades higiénicas en el alcanfor, que sin duda repelía polillas y mohos, además de los polvos y las semillas de crisantemo blanco, que eran aún más efectivos contra la mayoría de los pequeños bichos, piojos, pulgas, chinches y otros. Su mayor disgusto lo obtuvo cuando leyó las obras del portugués Pedro Hispano, escritas un siglo antes, que eran de gran predicamento en las universidades de París, Padua y Montpellier, cuyos estudiantes las leían y discutían con gran pasión. Así, en el libro de Hispano Thesaurus Pauperum podía leer, entre otros muchos dislates, el tratamiento contra el dolor de garganta que decía así: «Moja un hilo de seda en la sangre de una rata y chúpala; es muy bueno para tu garganta. También es bueno hacer gárgaras y aplicar una compresa hecha con excrementos de un perro blanco».

Aquello era mucho más de lo que podía soportar. Si un hombre tan extravagante como Hispano era venerado por los médicos y estudiantes del siglo anterior y si sus obras en este siglo seguían siendo una referencia para los estudiantes de ahora, entonces, sentía Norberto con total convicción que aquel tiempo no era el suyo ni aquel lugar, tampoco. ¿Y qué decir de una Iglesia que había sido regida por un hombre de tanta estulticia como Pedro Hispano, que llegó después al papado bajo el nombre de Juan XXI?

Norberto no creía en estos remedios de apariencia milagrosa y, por lo tanto, irreal. Veía que el principal problema de la gente de su tiempo era precisamente no admitir la poquedad de ese tiempo y lo escaso que podía ofrecer la fase tan rastrera de desarrollo en la que se encontraban los hombres que parecían no haberla advertido. Su experiencia le decía que tales remedios solamente eran útiles, en contadas ocasiones, cuando los enfermos creían que servían para algo.

Estudió el libro XXVIII de la cirugía de Abulcasis, el llamado Liber Servitoris, donde daba cumplida cuenta de cómo preparar mejunjes con los métodos más modernos en aquel entonces, como la destilación, y lamentaba que un hombre tan sabio como prudente hubiera escrito una serie tan larga de vacuidades que, en muchos casos, no habría podido probar como ciertas. Es difícil progresar sin referencias que indiquen hacia donde caminar. Para conocer esas referencias es necesario un ejercicio de imaginación y de extrapolación hacia el futuro de los elementos positivos que se conocen en el presente. Lo que hacen los hombres actuales, pensaba Norberto, no es sino idealizar un pasado que nunca existió e intentar volver a él, es decir, volver a la nada desde la nada misma. No podían entender el mundo real y se fabricaban una ilusión en la que sentirse más confortables y seguros.

Considerando la medicina en su conjunto, había partes en las que confiaba, por ejemplo, en la cirugía, particularmente en la ortopedia, que aprendió de su tío Guido con gran precisión. Encontraba muy útil el sistema de poleas, ideado por su tío, para estirar los miembros y reducir fracturas. Además, la lectura de Abulcasis le enseñó ciertas partes de la cirugía que tuvo que experimentar y aprender por sí mismo, pues había muy poca práctica cirujana en Montpellier. De hecho, nunca había visto operar a su tío, quien más bien parecía haber practicado con cadáveres muchos de los procedimientos que luego escribió con todo detalle en su Chirurgia Magna. Él también reconocía que había aprendido cirugía diseccionando cadáveres humanos, aunque los conocimientos que adquirió los aplicó a los vivos con éxito cierto, pese a que este siempre estuviera por debajo de sus expectativas.

Norberto operó heridas abiertas en las que suturó arterias con catgut, unos hilos obtenidos del intestino de la oveja. Cerraba las heridas suturando la piel con hilos de seda engarzados en una aguja curva que

se había fabricado siguiendo la descripción del libro XXX de Abulcasis. No se le ocurría poner ningún emplasto dentro de la herida; tan solo dejaba unas mechas de algodón virgen de El Cairo para que la herida drenara el exudado que se producía y su curación se facilitaba inmovilizando el miembro herido con unas tablillas. Estaba muy contento por haber dado con el mejor tratamiento para las heridas y aconsejaba a todos no cauterizarlas, como era costumbre en la época, porque ese procedimiento demoraba la curación y producía grandes destrozos, incluso mutilaciones, que muchas veces impedían recuperar la movilidad o integridad de los miembros afectados.

Su actividad quirúrgica se extendió a otros tipos de intervenciones, siguiendo los procedimientos del gran cirujano cordobés. Así, redujo numerosas hernias inguinales, crurales y umbilicales y extrajo cálculos vesicales y biliares. Su práctica quirúrgica le proporcionó grandes satisfacciones, aunque también algún disgusto por la muerte de pacientes debido a la infección de la herida, en particular después de operar los cálculos biliares. Evitar la infección y podredumbre de la herida quirúrgica, así como favorecer su cicatrización, fueron obsesiones que le llevaron muchas horas de investigación y trabajo. Entonces comenzó a considerar la posibilidad de que había algo en el aire, unos miasmas que infectaban la herida y pudrían la carne. Estas intuiciones las aplicó después a las causas de la peste, en su opinión, debida a que algo muy pequeño había en el ambiente capaz de infectar las heridas en los cuerpos.

Pese a todo, el monje enseñaba que la higiene y la prevención eran las armas más eficaces para luchar contra las enfermedades. Todas sus ideas, sublimadas por su experiencia, corta aún, mas intensa, comenzó a plasmarlas en un libro que solamente tardaría unos meses en terminar y que tituló De inutile sanitate. Como se verá después, su primera obra obtuvo una desigual acogida por parte de los estudiantes y del estamento médico y el silencio elocuente de su tío Guido, a quien pareció no gustarle en demasía los derroteros médicos de su sobrino. Norberto sentía las discrepancias, pero no seguiría sin críticas las opiniones médicas de su tío. No podía recomendar procedimientos médicos en los que no creía, pero, en opinión de sus colegas, sus postulados dejaban sin contenido la práctica de la mayoría de los médicos, farmacólogos y herboristas en general.

Dudaba sobre el tipo de medicina que transmitiría a sus alumnos de

Basilea. No quería meterlos en el torbellino agitado de sus ideas, pero tampoco intentaría enseñarles la medicina complaciente y estéril que a él le habían enseñado. En su nuevo destino constataría, no obstante, que el advenimiento de tan destructiva epidemia haría inútil cualquier discusión que no fuera atender perentoriamente a tanta gente hostigada por la muerte.

***

Juan de Müssingen envió un correo a Guido de Chauliac aceptando a Norberto como fundador de la futura Escuela de Medicina de Basilea. El canónigo preparó su viaje concienzudamente y se hizo acompañar de Raimundo, su alumno predilecto, y de tres monjes más, bachilleres en Medicina, que lo ayudarían a montar la Escuela y completarían con él su formación médica. Le aseguraron que al menos tres canónigos regulares de la abadía de san Leonardo, los encargados de la enfermería, tenían conocimientos médicos suficientes para echar una mano en el arranque de la escuela.

Raimundo era un catalán de Perpiñán. Había obtenido el bachiller en Medicina en Tolosa y, bajo la supervisión de Norberto, continuó sus estudios médicos en Montpellier, donde obtuvo la maestría un año antes, en 1345. Creía en la visión que su maestro tenía de la medicina y, en general, de la vida y, como él, había elegido el camino difícil que solamente se sustenta en la libre elección de cada uno. Decidió entonces acompañar a Norberto a Basilea, donde la creación de una nueva escuela médica le podría ofrecer un trabajoso desafío, aunque también unas oportunidades que Montpellier no le daría una vez ido Norberto.

Raimundo era un joven muy bondadoso, muy miope, de carácter dulce y de muy buen corazón. Cualquiera que lo hubiera conocido bien le habría pronosticado que alcanzaría la santidad. Y fue santo hasta el final de su corta vida, truncada por el martirio. Al parecer, sufrió una horrorosa muerte en la hoguera unos años más tarde en un valle alpino de la diócesis de Embrun. Fue en realidad un santo que murió por su fe y también fue un hereje para la Iglesia romana que, de

manera tan inclemente, lo expidió a las tinieblas exteriores. Fue, en definitiva, un ser maravilloso, el santo patrón de los buenos herejes; valdenses, en este caso.

Así las cosas, después de recibir de Guido de Chauliac sus últimos consejos y recomendaciones, todas exhortándolos a ser prudentes y a no desconsiderar la farmacología de la época, iniciaron el viaje desde Aviñón. Varias mulas tiraban de una carreta cargada con sus pertrechos, que incluían instrumental quirúrgico que el mismo Norberto había diseñado, basado en el libro XXX del Al–Tasrif de Abulcasis, equipo de laboratorio y cuanto libro médico pudieron obtener mediante dádiva o compra como germen de la nueva biblioteca. Su tío Guido le prometió enviarle más libros desde Montpellier y Aviñón en el futuro.

Caminaron por la vía romana paralela al cauce del río Ródano, que remontaron hasta Lión, y desde allí siguieron el camino que bordeaba el río Saona hacia el norte y luego hacia el oriente. Descansaron en la abadía de Nuestra Señora de Bellocampo, cerca de Besançon, y tras un mes de viaje llegaron al Rin. Desde allí caminaron varias millas aguas arriba, por la margen izquierda del río, hasta arribar a la ciudad de Basilea, su destino final. Entraron por la Puerta de San Juan, la puerta norte de la muralla, y se dirigieron a la abadía de san Leonardo donde fueron amablemente recibidos por el abad Gotardo de Bregenz, quien los esperaba desde que recibió semanas antes una carta de recomendación del papa Clemente.

Al día siguiente, después del desayuno, el abad Gotardo llamó a Norberto a su despacho, donde mantuvieron una larga conversación cuyo contenido decepcionó profundamente al monje occitano. El príncipe–obispo tardaría aún varios días en recibirlo porque estaba muy atareado con un sinfín de asuntos de naturaleza política. La realidad era que los tiempos habían cambiado con rapidez inusitada en los últimos dos meses y ahora la autoridad del príncipe, como representante del emperador, estaba seriamente cuestionada.

Por una parte, se sentía la inestabilidad del Sacro Imperio Romano Germánico; Carlos IV de Luxemburgo había sido elegido rey de Alemania y le estaba disputando el trono al emperador Ludovico IV de Wittelsbach, a quien sucedería poco después tras la muerte imprevista de este. Por otra parte, los quince gremios de la ciudad de Basilea

hacían valer su poder, dominaban el Concejo Municipal y mantenían maniatado al burgomaestre, quien no tenía clara la utilidad de fundar una Escuela de Medicina en Basilea que habría de llevar aparejada la construcción de un nuevo hospital y otros gastos diversos para los que la ciudad no estaba preparada o, al menos, eso decían a modo de excusa. Acabarían imponiendo su criterio y tanto la Escuela de Medicina como la Universidad no se crearían en Basilea hasta un siglo más tarde. Fue una oportunidad perdida para la ciudad, a la que se unirían otras desgracias muchísimo mayores que advendrían luego, como fue la matanza de la comunidad judía dos años más tarde y el terrible terremoto que arrasó Basilea diez años después de la decepción de Norberto.

Con el paso de los días, el monje entendió finalmente que lo que se cuestionaba no era una escuela de medicina ni un hospital, sino la autoridad imperial, representada por el príncipe–obispo, y, en un orden superior, la propia pertenencia de Basilea al Sacro Imperio Romano Germánico. Tanto los poderosos gremios como las principales familias burguesas querían su ciudad independiente, lo cual podrían conseguir mediante su adhesión a la Confederación Helvética, que estaba en lucha permanente contra el imperio. Tardaron aún un siglo en conseguir sus propósitos, pero finalmente se separaron de él.

Ante este estado de las cosas, el monje norbertino estaba muy molesto, pues se sentía perjudicado y le disgustaba caer en medio de una guerra que ni era la suya ni le importaba en lo más mínimo. Él solamente quería formar médicos, propalar sus ideas sobre cómo vivir saludablemente, experimentar el valor de la sanidad pública en el bienestar de una comunidad grande como Basilea y, para ello, le daba igual la pertenencia y adscripción de la ciudad a uno u otro bando. De hecho, él necesitaba una ciudad tranquila donde poner en marcha sus planteamientos sobre la salubridad pública. No le gustaba, empero, que obispo alguno hiciera las veces de príncipe gobernador ni que la Iglesia se involucrara tanto en el poder terrenal. No creía que esas fueran las intenciones de Jesucristo al traer su mensaje al mundo.

Cuando por fin fue recibido por Juan de Müssingen llegó al convencimiento de que el obispo no podía ayudarlo. Solamente oyó buenas palabras y promesas de un posterior arreglo, pero Norberto no las creyó. Para fundar la escuela médica era necesaria una bula papal. Clemente VI, a instancias de su tío Guido, habría otorgado tal bula

inmediatamente, pero el obispo no la había pedido ni tenía la intención de pedirla a causa de los problemas que enfrentaba en la ciudad, donde su autoridad como representante del emperador era cuestionada. De vuelta a la abadía, profundamente decepcionado, habló largamente con el abad Gotardo de Bregenz y le comunicó su desesperanza y sus deseos de regresar a Montpellier, pues la razón de su viaje había dejado de existir. Las intenciones de Norberto alarmaron a Gotardo, quien trató de calmar el enojo del monje médico.

—¿No crees que puedes poner en marcha la escuela sin la ayuda del príncipe‑obispo? —preguntó Gotardo en plan conciliador—. Todos podemos colaborar. Incluso los judíos te podrían ayudar económicamente con la condición de permitirles estudiar en la Escuela. Sería muy bueno para la ciudad contar con ella. También para nuestra orden; nuestra presencia aquí se vería reforzada, prestigiada. Los canónigos de san Agustín poseemos fondos propios para iniciar la Escuela. Una vez que esté funcionando podremos obtener una bula del papa Clemente, que forzaría la implicación del obispo y del Concejo Municipal en el proyecto.

—No lo veo factible, en principio. La clase de medicina que yo pretendo enseñar estará abierta a todos, pero necesita el patrocinio de las autoridades. Mi medicina es mayormente preventiva y se fundamenta en la higiene pública e individual y, por lo tanto, la limpieza y el saneamiento de la ciudad son imprescindibles para la salud de los ciudadanos y aquella depende del Concejo, del burgomaestre y del príncipe‑obispo. Necesitaríamos un Concejo Municipal que estuviera más pendiente de los ciudadanos que de la pertenencia de la ciudad a uno u otro bando. Y es una pena porque Basilea es una ciudad ideal para poner en práctica programas de prevención con resultados medibles a corto y medio plazo, que podríamos comparar con los de otras ciudades cercanas de similares tamaño y nivel económico, como Berna, Zúrich o Constanza. Otras cuestiones, como la disección de cadáveres, deben ser aprobadas también por el obispo. Sin disección no se puede enseñar anatomía; como dijo Guido de Chauliac: «Un médico que no conozca anatomía es como un ciego cortando leña» —se explayó Norberto, quien parecía cansado, hastiado y con ganas de dejar el tema.

—Te pido que no tomes una decisión ahora, pues podría ser

precipitada. Descansa y reponte de tu largo viaje; deja correr los días, aprende y observa el medio, toma experiencia y después considera lo que se puede o no se puede hacer —concluyó el abad, quien ya conocía por referencias el talante impaciente y arrojado de Norberto —. Aquí te sentirás bien y cuidaremos de ti y de los tuyos. Te prometo explorar alternativas para la financiación de la escuela médica. Por el momento, en nuestra abadía tenemos espacio para las clases, el laboratorio y una pequeña clínica. Hay un hospital en el beguinato de la Pequeña Basilea, al otro lado del Rin, que podremos dedicar a la enseñanza. Estoy seguro de que las beguinas accederán con agrado; son una mujeres maravillosas, aunque sean tan odiadas por la alta jerarquía eclesiástica.

»El obispo no se negará a que disecciones cadáveres de ajusticiados y vagabundos. Yo se lo pediré personalmente y él no me lo podrá negar; fuimos amigos de juventud en el seminario. Además, en nuestra huerta podrás cultivar las plantas medicinales que necesites. Allí también podemos construir el horno para la fabricación de vidrio óptico, pues me he enterado de tu interés en el pulido de lentes. Todos te respetamos y sabemos lo que vales. Todos te vamos a ayudar —concluyó el abad Gotardo.

Al joven monje le pareció sensata y prudente la recomendación de su superior y, consecuentemente, hizo el esfuerzo de serenarse y esperar paciente el curso de los acontecimientos.

Capítulo VII

Mientras la creación de la Escuela Médica se dilucidaba, el monje decidió, para no perder el tiempo, continuar su desarrollo personal en temas de ciencia, que había venido posponiendo por falta de oportunidad. Una de las cuestiones de su mayor interés era la fisiología de la visión y la óptica, que incluía el pulido de lentes. Como ya se ha narrado, Norberto aprendió a fabricar vidrio para lentes en Bolonia, en el taller del monasterio de san Esteban durante los dos años que residió en esa ciudad estudiando anatomía con Niccola Bertuccio, también llamado Bertuccio Lombardo por algunos. Allí, igualmente, aprendió a tallar lentes y a manejar el torno de pulirlas. En el taller del monasterio, así como en otros talleres de la ciudad, había visto y estudiado diferentes tipos de tornos para pulir lentes, de los cuales tomó una serie de apuntes y esquemas que luego le servirían para diseñar el suyo propio. Pese a su dedicación al tema, cuando volvió a Montpellier era consciente del trecho tan largo que le quedaba para convertirse en un experto pulidor. Además, su entrega al magisterio en la Escuela Médica le quitó tiempo para desarrollar lentes y se consoló pensando que en Basilea quizá tendría mejor oportunidad para desarrollar el tema de tallar cristales.

Su interés por las lentes tenía dos fines. Por una parte, dentro de la intención médica de mejorar la vida de la gente, quería construirlas para corregir los defectos visuales de los ancianos que, alcanzando cierta edad, ya no podían leer, y los de los jóvenes impedidos, cortos de vista, que no distinguían con claridad las figuras lejanas; Raimundo, su compañero, padecía este mal. Era muy conocida la historia de Cicerón y otros patricios romanos quienes, al alcanzar la senectud, tuvieron que servirse de un esclavo alfabetizado que les escribiera y leyera sus discursos porque ellos ya no tenían vista para escribir ni leer. Era cierto que en los tiempos de Norberto poca gente necesitaba ese tipo de lentes, por dos motivos. Primero, porque pocos llegaban a los cincuenta y, segundo, la mayoría de los que alcanzaban esa edad no tenían interés en leer libros o en trabajar en pequeñas cosas.

Por otra parte, intuía que las lentes podían llevarlo a la observación del mundo grande y lejano de las estrellas, como también a la del mundo pequeño y cercano. Para observar ambos mundos, los ojos que nos había otorgado la naturaleza eran claramente insuficientes. Tenía meridianamente claro que el hombre había venido a la Tierra para conocerla, dominarla y mejorarla; para ello debía construir instrumentos que fueran una prolongación de sus sentidos y aumentaran su capacidad de percepción.

Cuando de joven estudió la filosofía de los presocráticos eleatas y milésicos, le convencieron e intrigaron las teorías de Leucipo y Demócrito, quienes postulaban que la materia estaba compuesta de entidades sumamente pequeñas e indivisibles que llamaron átomos. El monje no esperaba que las lentes le permitieran verlos, pero sí confiaba en que, con ellas, algún día se pudieran observar estructuras tan pequeñas que ayudaran a entender la composición y la esencia de la materia. Creía que había átomos de distintas clases, quizá de muchas, que daban lugar a combinaciones muy variadas, las cuales a su vez definían la gran diversidad de la materia que conformaba el universo.

No existían solamente los cuatro elementos de Empédocles de Agrigento, que Galeno había tomado para pergeñar sus estrafalarias teorías sobre los cuatro humores, sangre, bilis negra, bilis blanca y flema, que deberían estar en equilibrio con los cuatro elementos de Empédocles; había muchísimos más elementos y todos estaban compuestos de variedades de átomos, a veces los mismos, pero en distinta proporción. Solamente así se podía entender la enorme complejidad de la naturaleza en la que todo, absolutamente todo, es materia. La teoría de los cuatro humores y su necesaria adecuación con los cuatro elementos había castrado cualquier desarrollo médico durante más de un milenio y era llegado el momento de desterrar esas composiciones mentales por absurdas, irreales y nunca probadas. Si el padre hospitalero Guillermain le hubiera leído sus pensamientos, seguro que habría estado de acuerdo con él.

El conocimiento estaba verdaderamente estancado y, además de a otras causas muy complejas, este estado de cosas era debido, en parte, a que el hombre había llegado hacía mucho tiempo a los límites de la percepción de la naturaleza porque sus sentidos no daban para más. Los humanos, o quienes podían permitírselo, solo tenían la libertad de

su mente, pero es sabido que esta vuela y se distancia de la tierra con presteza hasta alcanzar alturas que la desconectan fácilmente de la realidad. Tenía el monje meridianamente claro que el gran drama del hombre venía de la distancia, casi siempre insalvable, entre su imaginación y la realidad, pese a que, curiosamente, los sabios antiguos habían resuelto el dilema sin problemas ni dudas que les quitaran la paz interior por el simple mecanismo de confundir la realidad con sus deseos. Palabras como imaginación y progreso estaban borradas de cualquier tipo de consideración filosófica.

Ante este panorama, el monje solo veía la posibilidad de desatascar el camino hacia el conocimiento mediante el uso de artificios u otros aparatos que profundizaran el campo de observación y aumentaran el umbral de nuestra percepción del mundo externo. Las lentes eran, en su opinión, un artificio o artefacto, un aparato más que ayudaba a traspasar y a expandir las limitadas capacidades sensoriales de los humanos, pues sabía que la realidad es independiente de lo que conocemos y sentimos, que es solamente una pequeñísima parte de ella y, por tanto, cualquier mejora en la óptica podría abatir algunas de las muchas barreras que confinaban esa percepción.

Para tal fin necesitaba un torno de pulir lentes mucho más preciso que cualquiera de los que él había visto hasta esa fecha. Desconocía si algún orfebre forjador podría construir uno sobre unos planos que él mismo había diseñado, los cuales supondrían, esperaba, un avance sobre los tornos que había utilizado con anterioridad en el norte de Italia y en Montpellier. Recorrió los talleres de la calle de los herreros y no encontró ninguno donde se construyeran aparatos y utensilios de alguna precisión; en todos los talleres fabricaban las mismas cosas que vendían, así lo ordenaba el gremio, al mismo precio y sin competencia alguna, como cuchillos, arados, martillos, hachas y otras herramientas similares a las que ya fabricaban los herreros babilonios miles de años antes. Un estancamiento de la imaginación que no se atrevía a abrir nuevos caminos con los que facilitar el trabajo y la vida de la gente. Le extrañaba no haber encontrado a ningún relojero.

Cuando, decepcionado, contó a Gotardo y a otros compañeros de la abadía la necesidad que tenía de un torno y las dificultades que encontró para hallar a un artesano adecuado, estos le hicieron saber que no había buscado en el lugar apropiado y le sugirieron que fuera al taller de Yussaf ibn Migash, un hábil orfebre que fabricaba joyas y

tallaba diamantes y otras piedras preciosas. Siguió el consejo y, al día siguiente a primera hora, Norberto fue al barrio judío de Basilea, donde vivían casi dos mil personas, una fracción considerable de la población de la ciudad.

La judería de Basilea constaba de una calle principal desde donde salían múltiples callejones que no parecían tener salida. Entre las calles se arracimaban casitas pequeñas en cuyas entradas siempre había un taller con las puertas abiertas para aprovechar la luz del día, con gente ocupada en sus labores respectivas, como herrería, ebanistería, orfebrería, zapatería… Al final de la calle se encontraba el matadero, donde se sacrificaban los animales según los complicados ritos alimenticios de este pueblo y, más allá, lindando con la muralla, había un espacio dedicado a cementerio. La aljama estaba aislada del resto de la ciudad, toda rodeada de una muralla con solo dos puertas que obligatoriamente se cerraban por la noche. Todos los judíos, incluyendo los niños, estaban marcados por el parche amarillo de tela cosido en su ropa a la izquierda del pecho, en cumplimiento de las ordenanzas municipales. El parche amarillo en el pecho parecía ser una norma discriminatoria contra los judíos, bastante generalizada en la cristiandad de la época. El monje lo había visto en Montpellier, Aviñón y Bolonia.

—Es extraño ver a un monje por aquí. Y no un monje cualquiera, sino un canónigo premonstratense. ¿Qué se te ha perdido, hermano? —dijo Migash a modo de saludo, levantando la vista desde la alhaja que montaba. El orfebre judío era un hombre moreno y barbado, de ojos saltones; se cubría la parte central de su calva socrática con una kipá; tenía un aspecto jovial y su cara ofrecía una expresión amable, sonriente, con un deje socarrón.

—No vengo aquí como monje, sino como un médico que necesita tu ayuda —dijo Norberto, quien había ocultado la cruz de su hábito por no levantar suspicacias—. He sabido que, desafortunadamente, nadie construye lentes en Basilea. Yo quiero fabricarlas, pero para ello necesito un torno y me han dicho que tú tienes la habilidad y los medios para hacerme uno.

Yussaf se mostró muy interesado por motivos personales, según reconoció después, aunque Norberto advirtió esos motivos desde que lo vio por primera vez: se acercaba a los cincuenta y cada vez tenía

más dificultades en la vista para pulir las piedras preciosas y para grabar los adornos y pequeños detalles sobre la plata o el oro.

—¿Tienes conocimientos de óptica? —preguntó Migash.

—He estudiado la óptica de Claudio Ptolomeo y Al−Haytham, así como la de Bacon. Tengo el bagaje teórico para diseñar lentes de varios tipos y de una potencia determinada, pero mi experiencia en el pulido de lentes es todavía limitada, desgraciadamente. Aprendí lo que sé en Bolonia, con los monjes del monasterio de San Esteban. Pero, para contestar a tu pregunta, puedo también examinar la vista de las personas y ver si necesitan corrección visual con un determinado tipo de lente que tenga la potencia adecuada. En particular, te puedo ayudar a ti, si ya has empezado con problemas de visión cercana.

—Entonces, tu venida ha sido providencial para mí —le dijo Yussaf muy contento con las proposiciones del monje, en la esperanza de que las lentes mejoraran su trabajo y su vida—. Lamentaba no conocer las leyes de la óptica que me permitieran diseñar lentes antes de pulirlas. Nadie las fabrica en esta parte del imperio, que yo sepa. A veces pensé en desplazarme a Venecia o a Bolonia para aprender. ¿Sabes fundir el vidrio para lentes?

—Sí, hago mejor el vidrio que el pulido. He hablado con el abad del monasterio de san Leonardo, donde resido, y me permitirá hacer un horno en la huerta; sé cómo construirlo. He visto que la arena del lecho del Rin, aguas arriba de la ciudad, es muy fina y pura y podré usarla para fabricar vidrio. También sé que hay varios hornos de calero en las afueras de Basilea que nos podrán vender la cal necesaria. Solo necesito un suministro de natrón, que no sé dónde conseguir. Se necesita un tipo de vidrio que requiere unas proporciones adecuadas de los tres componentes y unas condiciones muy precisas para su cocción. De cualquier forma, por si se retrasara la fabricación, he traído conmigo varias placas de vidrio desde Montpellier que podríamos empezar a pulir y hacer pruebas una vez que tengamos el torno.

—El natrón es fácil de encontrar aquí; yo te diré dónde conseguirlo. Veamos los planos y esquemas que traes para el torno —dijo Yussaf, impaciente por empezar un trabajo que él ya entreveía útil,

productivo y fascinante.

Examinaron y discutieron los planos hasta que la luz del día se fue. La originalidad del torno consistía en un templado de bronce que definía la sección de la lente a tallar y controlaba mediante un brazo rígido la trayectoria de un punzón pulidor de diamante. La rotación de la máquina se realizaría mediante un pedal para así dejar las dos manos libres. El templado sería fácilmente intercambiable por otros, según el tipo de lente que se pretendiera fabricar.

—Bien —dijo Norberto—, esto parece que funciona. Acordemos que la primera lente sea para ti. Por lo que puedo apreciar, una lupa de cuatro aumentos te facilitará el trabajo.

A partir de entonces, Yussaf y Norberto trabajaron juntos muchas horas y acabaron sintiendo un gran respeto, no exento de aprecio, el uno por el otro. Nunca hablaban de religión porque los dos estaban convencidos de que era mejor guardarla en el fondo del corazón de cada cual. Después de semanas de trato afable, Norberto fue invitado con frecuencia a las fiestas judías y aprendió a conocer a aquella gente. Se encariñó con los dos hijos de Yussaf, Joel y Mischa, a quienes su padre pretendía enviar a estudiar a la Universidad de París cuando alcanzaran la edad, porque no tenía esperanza de que en Basilea se fundara una universidad y, si alguna vez se abría, tampoco confiaba en que admitieran a judíos locales. El monje se ofreció para enseñarles matemáticas entretanto.

Su nuevo amigo le contó un día la historia de su familia, muy diferente a la de los demás judíos de Basilea, por ser aquella de muy distinta procedencia. Él era un judío sefardí que, por avatares del destino, había recalado en aquellas latitudes tan altas, tan frías. Su familia provenía de Eliosanna o Lucena, como después de conquistarla la llamaron los castellanos, en al−Ándalus, unas cuarenta millas al sur de Córdoba. Sus ancestros habían vivido en aquella hermosa ciudad durante cientos de años, al igual que muchos otros judíos que eran mayoría y, donde se constituyeron en una especie de república, la Perla de Sefarad, así la llamaron, una pequeña Israel, en armonía con los pocos árabes y cristianos que vivían fuera de la muralla porque no se les permitía vivir intramuros; un ejemplo más de cómo tratan las mayorías a las minorías, sean estas o aquellas las que sean.

Hacía dos siglos que el caudillo Abd-el Mumin, un furioso fundamentalista musulmán creador de la dinastía almohade, cruzó el estrecho desde Marruecos y sometió las taifas surgidas tras la extinción del Imperio almorávide en España. Después de reconquistar gran parte de al–Ándalus, en 1148 se dirigió a Lucena, la rindió sin lucha y obligó a todos sus habitantes judíos a convertirse al islam si deseaban continuar viviendo en Eliosanna. Aquello supuso el fin definitivo de la Perla de Sefarad. Entonces, la familia Migash, con la casi totalidad de los judíos de Lucena que rechazaron la religión mahomética, huyó hacia el norte, hacia los reinos cristianos, más permisivos entonces, y la mayor parte de sus miembros se estableció en Toledo. Todos hablaban árabe y algunos también el romance de Castilla por lo que, además de ejercer los más variados oficios artesanos en Toledo, enseñaron árabe y tradujeron muchas obras del árabe al romance castellano que luego los monjes toledanos retradujeron al latín y así se difundieron más allá de los Pirineos. Obras de filosofía griega, botánica, física y medicina, tanto griegas como árabes, pasaron al resto de la cristiandad y sirvieron de base para la enseñanza en las incipientes universidades europeas. Si Eliosanna había sido la Pequeña Israel, Toledo llegó a ser para los judíos la Jerusalén de Occidente; así la llamaron.

—Yo nací allí, en Toledo. Cuando era pequeño, mi padre y mis tíos tuvieron la malhadada idea de venirse al Imperio germánico. Era cierto que habían tenido algunas dificultades en Toledo y esperaban que aquí fuéramos mejor tratados. Nada más falso. En el Toledo cristiano disfrutábamos de una paz y una tolerancia que no hemos tenido ni tenemos aquí. Allí vivíamos en la Aljama, pero no por imposición de las autoridades, sino porque preferimos estar cerca de los nuestros; pagábamos menos impuestos y podíamos salir y entrar con libertad, viajar y comerciar con los cristianos sin restricción alguna. Todos convivíamos en armonía, salvo incidentes episódicos. Aquí en Basilea tenemos que vivir confinados en nuestro barrio por obligación, se nos acusa de cuanto mal afecta a la ciudad y no podemos ejercer más oficio que el de prestamista sin garantía alguna, ya que muchos de nuestros deudos no devuelven los préstamos y no hay forma de obligarlos porque, si lo hiciéramos, nos acusarían de usureros y nos meterían en prisión. Yo no puedo fabricar y vender joyas a los cristianos ni mi vecino Saúl puede vender los zapatos que fabrica a las señoras de los burgueses cristianos. Bueno… —carraspeó Yussaf—, les vendemos muchos artículos, pero sacándolos del barrio a

hurtadillas…Hay mucho hipócrita en estos paros; los mismos que nos oprimen y discriminan son los que piden dinero prestado o compran las alhajas que yo fabrico, por ejemplo.

Al cabo de semanas de intenso trabajo, Yussaf y Norberto, con ayuda de un carpintero también judío, construyeron dos tornos hechos de madera de nogal y bronce; muy sólidos, bien ajustados y de gran precisión; el orfebre se quedó con uno y dio el otro a Norberto. Un tercero, concebido para tallar lentes muy pequeñas y de mucha más potencia, llevaría más tiempo en desarrollarse. Construyeron también un juego de templados de bronce para definir el tipo y la potencia de la lente a pulir. El joyero se entrenó con la construcción de una gran lente de unas cinco pulgadas, que engastó en un marco metálico y fijó en su mesa de trabajo para ver mejor los diamantes, esmeraldas y rubíes que pulía. Quedó tan contento que, en agradecimiento, regaló a Norberto un libro que su familia había traído de Toledo, de título La pequeña astronomía, que su bisabuelo había traducido a partir de unos textos árabes, de cuando el sabio rey Alfonso patrocinó lo que se llamó después Escuela de Traductores[8]. Norberto no lo leyó hasta mucho tiempo más tarde pero, cuando al fin lo hizo, notó que los pocos esquemas mentales y emocionales que tenuemente aún lo conectaban con las instituciones del siglo no pudieron mantenerse en pie por más tiempo.

Capítulo VIII

Aun sin establecer la Escuela de Medicina, los dos años siguientes en Basilea fueron intensos y productivos para Norberto y sus discípulos. El abad Gotardo le prestó toda la ayuda y financiación para construir el horno del vidrio, preparar el jardín para la siembra de plantas medicinales, comprar libros para una naciente biblioteca y acondicionar una gran sala como aula. Gotardo cumplió sobradamente la promesa que le hizo a la llegada.

Comenzó a dar clases en la abadía ante un público interesado, cada vez más numeroso, que incluía a mujeres, en su mayoría beguinas. En sus clases establecía con claridad el límite entre lo cierto y lo especulativo, entre la verdad, la probabilidad y la fantasía, por más que estos tuvieran raíces antiguas, aceptadas por todos. Desestimó el protocolo admitido para la enseñanza universitaria; dejó claro que en sus clases no habría lectio ni quaestio y que la disputatio solamente tendría lugar al final, cuando los estudiantes acreditaran su suficiencia en los temas tratados; no quería admitir ningún tipo de divagación en su aula. Para sus clases se traerían enfermos, se les harían las tres preguntas hipocráticas de rigor, se les preguntaría también por su historia médica personal y familiar, se les exploraría por palpación y percusión, se les oiría el latido aplicando la oreja al tórax desnudo del enfermo, por delante y por la espalda, se examinaría la calidad y los tipos de pulso, se discutiría un probable diagnóstico y se intentaría el tratamiento más adecuado

—Después de examinar al enfermo os sugeriré las lecturas sobre esa enfermedad que podréis encontrar en la biblioteca. Ahí sí os recomiendo la lectio; que uno lea y los demás que copien su propia versión. Que cada uno redacte sus impresiones sobre el enfermo que habremos estudiado y al final discutimos el caso entre todos.

Al principio, su desprecio por la medicina antigua sumía a su auditorio en la desesperanza, al saber que era poco lo que se podía hacer ante muchas enfermedades. Para combatir este sentimiento, Norberto aducía:

—No os frustréis, pues son muchas acciones las que un médico puede llevar a cabo para aliviar el sufrimiento del enfermo a quien hay que llevar la esperanza, pero nunca el complaciente engaño. Deberéis reconocer las enfermedades como distintas unas de otras aunque afecten el mismo órgano; así por ejemplo, son varias las enfermedades que afectan al hígado, que deben ser diferenciadas y tratadas distintamente. Con tal fin, tendréis que examinar cuidadosamente al enfermo, palpar y percutir todas las partes del cuerpo. En la mayoría de los casos, la naturaleza hará más por los enfermos que vosotros los médicos y, entonces, ellos se curarán solos. Y de eso tratará la parte más importante de vuestro trabajo: de ayudar a la naturaleza a curar enfermos y de no agravar sus condiciones bajo ningún concepto. Si no podéis curarlos, por lo menos no agravéis su estado ni los matéis. Nunca olvidéis lo que dicen que dijo Hipócrates: «Primum nil nocere».

Además de sus clases, dedicó gran esfuerzo al estudio de la geometría óptica. Años atrás sus lecturas sobre la luz lo llevaron a examinar la fuente de inspiración de Grosseteste, sin duda, el físico árabe Al–Haytham, que trabajó largos años en El Cairo cuatro siglos antes, donde escribió su famoso Kitab al–Manazir (o Tratado de óptica), el cual un desconocido traductor al latín lo tituló De Aspectibus, que fue la versión que Norberto aprendió. El estudio detenido del libro de Al–Haytham, más conocido en Occidente como Alhacén, no solamente le enseñó física sino que le confirmó el uso del método científico, de cuya fuente también había bebido Rogelio Bacon: toda hipótesis se debe demostrar con experimentos reproducibles o por una demostración matemática evidente.

Su preocupación y su mayor tema de reflexión era cómo aplicar el método científico y a veces concluía que no había ciencia para aplicar método alguno. Este hecho era el principal escollo que Norberto sentía para asumir las ideas revolucionarias de los filósofos ingleses. Filosofaban demasiado sobre métodos que luego ni siquiera ellos respetaban y seguían cuando intentaban hacer ciencia. Así, leyó con cuidado De Luce, un opúsculo escrito por De Grosseteste, el obispo de Lincoln —llamado por algunos Robertus Lincolnensis—, en el que seguía las antiguas ideas de Platón, sistematizadas por Aristóteles, que trataban de la estructura del Universo[9]. Incidía el inglés en la luz como principiador de toda la materia, quizá por las iniciales palabras de Dios en la Biblia que, al parecer, dieron origen a todo: Fiat lux et facta fuit lux. Después de un inicio prometedor, De Grosseteste

despreciaba su propio método: decía que el universo se componía de esferas concéntricas por las cuales vagaban los planetas y otros cuerpos celestes. La teoría llevaba dieciocho siglos perpetuándose y parecía haber hecho fortuna entre todos los sabios habidos desde entonces. Claudio Ptolomeo la había incluido, ampliado y modificado en su Almagesto y hasta Hildegarda de Bingen dibujó las esferas celestiales y sus contenidos que, según clamaba la venerable monja, le había revelado el mismo Dios, con quien al parecer tenía una comunicación frecuente y fluida, como de viejos amigos. Eran historias que siempre empezaban bien y siempre acababan a medio camino entre lo increíble y lo ridículo.

Para Norberto esta explicación del universo era muy extraña por cuanto no se había llegado a esa conclusión por experimentos reproducibles, que obviamente eran difíciles de ejecutar, pero tampoco mediante una demostración matemática que la hubiera hecho irrefutable. Cuando por fin empezó a leer la Pequeña Astronomía, el regalo de Yussaf, al estudiar el opúsculo Sobre los tamaños y las distancias del Sol y la Luna de Aristarco de Samos, se le abrió la mente y descubrió que casi todo lo que le habían enseñado era un gran engaño, que Platón y Aristóteles habían sido los grandes castradores del pensamiento humano y que, finalmente, el edificio científico que los hombres construían había crecido a base de tapar grandes mentiras con otras necesariamente mayores.

Aristarco había dejado claro que el Sol es mucho más grande que la Tierra y que esta gira alrededor del Sol. La Tierra no es, por tanto, el centro del universo y nosotros, los humanos, tampoco somos el centro de la creación, no somos el centro de nada, realmente. Ante estos hechos, Norberto se preguntaba qué más era necesario para el progreso, qué era lo que realmente movía las sociedades para rehusar cobardemente lo nuevo y adherirse ciegamente a lo viejo que, aunque les diera una falsa sensación de seguridad, en realidad no les reportaba beneficio alguno. Los elementos del progreso son ideados por un reducido y selecto grupo de pensadores que dan clases, escriben y publican los resultados que obtienen junto con las conclusiones a las que llegan. Para Norberto era desconocido por qué unas ideas eran aceptadas y otras, la mayoría, no; hasta qué punto lo nuevo es rechazado por nuevo o por miedo de alterar el pobre statu quo de la ciencia y la sociedad. De forma pesada y depresiva concluía que el miedo es el principal motor de las sociedades, lo que puede ser

positivo para protegerlas; pero otros miedos, sobre todo el miedo al cambio, pueden llegar a ser lo más destructivo y esterilizador para la humanidad y la mejor garantía de que los hombres permanecerán por largo tiempo dentro de la caverna, de la misma caverna.

No se sentía feliz por descubrir tanto engaño, pero prefería la verdad, cualquiera que fuese; no comprendía tampoco por qué los hombres se aferran a lo establecido y tienen tanto miedo a lo nuevo. En realidad, la mayoría de las veces, aunque no siempre, la verdad es mucho más bella que la mentira y, cuando no es superior en belleza, sí lo es como purificadora del alma, saciadora de anhelos y tranquilizadora de la conciencia. Así, Aristarco probaba que el Sol es el padre de todos nosotros, el que nos calienta y nos da la vida…, o nos la quita, como venía sucediendo desde hacía décadas, durante las que parecía estar apagándose y dejando de enviar el calor y la luz que necesitaban los cuerpos para mantenerse en salud y burlar la enfermedad. Alrededor del Sol giran la Tierra y los demás planetas, para cuya moción estelar no era necesario introducir ridículos cálculos correctores, como explicaba el Almagesto de Claudio Ptolomeo o incluso Juan de Sacrobosco, Juan de Holywood, cuya conocidísima e influyente obra De Sphaera Mundi, estudiada en las más relevantes universidades de la época, apuntalaba una vez más el geocentrismo ptolemáico sin la menor crítica ni aportación personal del autor que justificara la fama que disfrutaba entre la intelectualidad europea de la época. Para Norberto, el conocimiento de la verdad lo hacía inmensamente libre, pero lo apartaba del mundo y lo sumía en una soledad que le exigía una gran fortaleza para sobrellevarla.

***

A mediados de abril de 1348, de forma inevitable, la muerte negra se presentó por fin en Basilea. Había aparecido ya en ciudades cercanas como Estrasburgo, Maguncia, Constanza…; era esperada, por tanto, de un momento a otro; se acercaba a Basilea desde el este, donde había castigado inclementemente los campos y ciudades de la parte oriental de imperio, pero también desde el sur, donde ya había causado estragos en Marsella, Aviñón, la Provenza y Liguria. Ante el inexorable

tétrico panorama que no le costaba esfuerzo imaginar, Norberto estaba convencido de que ni la ciudad ni él con su equipo médico estaban preparados para afrontar la plaga; su única esperanza era mitigar sus efectos en lo posible, si pudiera contar con el apoyo del príncipe y de las instituciones municipales.

No obstante, en contra de lo esperado, la peste no penetró en Basilea directamente por los aires ni por los vapores venenosos que emanaban de las tierras como consecuencia perniciosa de la infeliz alineación planetaria; tampoco vino por el agua de los pozos que, a decir de tantos cristianos, había sido envenenada por los judíos y los leprosos. Nada de eso ocurrió en la ciudad imperial del príncipe De Müssingen.

La peste irrumpió súbitamente en la ciudad traída por los flagelantes, llamados también crucíferos, por las muchas pesadas y enormes cruces de madera que arrastraban, unos grupos de fanáticos que recorrían toda la cristiandad vestidos con sayales blancos, que llevaban grandes cruces rojas cosidas en el pecho y la espalda, peregrinando de ciudad en ciudad, entonando monódicos cánticos fúnebres llamados Geisslerlieder en Alemania, al son de timbales y carracas, portando algunos sus cruces, que en ocasiones eran incapaces de sostener, azotándose las espaldas desnudas con látigos de mangos de madera que unían tres largas tiras de cuero donde se ensartaban decenas de cortantes púas metálicas en forma de anzuelo, que laceraban la piel de aquella pobre gente fanatizada y obsesionada con ganar el perdón divino y lo que viniera después de la muerte. Los flagelantes constituían un claro ejemplo de hasta dónde la ignorancia se puede coaligar con la desesperanza para ofrecer a la gente una vía única para llegar a la salvación de la nada.

La hermandad de los flagelantes había nacido en Italia el siglo anterior y su nacimiento estuvo inspirado en el joaquinismo, las apocalípticas visiones proféticas del beato Joaquín de Fiore, que había anunciado el fin del mundo para 1260, unas décadas después de la muerte de este profeta sin suerte ni acierto. Dependiendo de la zona geográfica, los flagelantes disentían más o menos de la ortodoxia cristiana. Concretamente, los flagelantes alemanes se alejaban mucho de la doctrina católica al predicar que la salvación se puede conseguir por vía directa, sin mediación del clero, a través del sacrificio ostentoso, el arrepentimiento declarado a voces, la oración estentórea, la peregrinación vocinglera, el estruendoso testimonio público de su fe

y, sobre todo, la autoflagelación y la sangre derramada a raudales.

Iban de ciudad en ciudad, cantando, algunos con las espaldas desnudas golpeadas por sus propios látigos, ofreciendo un espectáculo a la vez ridículo, tétrico y aterrador, adecuado para los pobres espíritus de los ciudadanos que pensaban que estas representaciones cargadas de pavorosa teatralidad los librarían de la muerte negra que se extendía por los campos y se cernía sobre las ciudades. En su peregrinar, los flagelantes alemanes mataban cuanto judío o leproso, lo fuera o no, encontraban y, como era de esperar, diseminaban la peste en su vagar por los campos, dado que en cada pandilla siempre había algún enfermo afectado por la plaga, que arrastraba su dolor como podía hasta caer, sucumbir y ser abandonado por sus compañeros en medio del campo, incumpliendo así los más elementales preceptos de la caridad cristiana.

Fueron precisamente estos flagelantes alemanes, los más enfrentados con la autoridad papal, los que, en número superior a mil procedentes de Lindau, sobre el lago Constanza, y de Ulma, sobre el Danubio, se presentaron en Basilea al comienzo de la primavera de 1348. Sus cánticos y tamborradas se oían en toda la ciudad atronadoramente conforme se aproximaban, infundiendo el pánico y, a la vez, la esperanza entre la población que los oía venir y parecía necesitarlos; pero al llegar a la Spalentor la encontraron cerrada porque el príncipe–obispo y el burgomaestre habían ordenado que ninguna campana de ninguna iglesia repicara anunciando su venida, así como la clausura de todas las puertas de la ciudad con el fin de impedir la entrada de los crucíferos.

El príncipe–obispo De Müssingen envió un breve a Norberto pidiéndole que observara a los flagelantes que ya se agolpaban ante la Spalentor y emitiera su opinión sobre la presencia o ausencia de apestados entre aquella gente. Para cumplir la orden, se apresuró el monje a subir hasta las ventanas de una de las dos torres que flanqueaban la puerta, desde donde pudo ver el estado en que se encontraban algunos miembros de aquella comitiva; los había enfermos a las puertas de la muerte, con la cara y espaldas verdaderamente azules, que eran arrastrados por sus compañeros y otros, tosiendo de forma compulsiva e irreprimible, escupiendo flemas sanguinolentas.

Pese a que Norberto no había visto a ningún apestado con anterioridad, no le cupo la menor duda de que algunos de los peregrinos que exigían entrar en la ciudad traían la plaga con ellos y así se lo hizo saber al príncipe–obispo mediante otro breve que le llevó urgentemente el mismo mensajero. Unos cuantos flagelantes, necesariamente sanos, escalaron la muralla y penetraron en la ciudad, lo que ocasionó la huida en desbandada de los guardias que rechazaban el contacto con aquella gente, una vez que habían visto a algunos flagelantes en muy mal estado. Por fin se abrieron las puertas y los crucíferos pasaron en tropel arreciando el ruido de sus cantos, de sus tambores y matracas. Avanzaron hacia la plaza de la catedral dejando un reguero de enfermos que no podían seguir la procesión y caían sin lograr levantarse.

Miles de basilienses, que habían acudido en masa a ver a los flagelantes sin importarles contagiarse con la enfermedad, flanqueaban la procesión a ambos lados; unos se postraban de rodillas levantando los brazos al cielo en demanda desgarrada de perdón; había mujeres que pasaban las manos por las heridas autoinfligidas de los flagelados o por el suelo para recoger un poco de sangre milagrosa que luego restregaban por sus ojos y cara mientras emitían alaridos implorando la salud y la salvación. Algunos crucíferos, en el clímax de su paroxismo, se desprendían entre ruidosos aspavientos de todas sus vestiduras ensangrentadas, que eran rápidamente recogidas por alguien del populacho y guardadas como verdaderas reliquias que le facilitarían el camino a la salud y la riqueza futura.

La procesión avanzó hasta la plaza central; pretendieron entrar en la catedral, pero la encontraron cerrada a cal y canto también por orden del príncipe–obispo, que no quería que ningún apestado ensuciara su iglesia. De Müssingen también había ordenado guardar la puerta de la judería a un pelotón de piqueros y ballesteros con orden de disparar si los flagelantes intentaban el asalto en busca de judíos a quienes matar, como solían hacer en todos los lugares por donde pasaban.

Después de deliberar entre los que parecían sus principales, los flagelantes acallaron sus cánticos, sus timbales y matracas, dejaron de azotarse, se descalzaron y desnudaron la cintura para arriba. Posteriormente se arrodillaron en el suelo formando varios círculos concéntricos rodeados por una gran multitud de gente local, también arrodillada y con brazos en cruz. Cada flagelante adoptó la postura

que le correspondía de acuerdo con sus principales pecados, que tenían que expiar en aquel acto, exhibiendo así las partes de sus cuerpos que debían ser castigadas con especial denuedo.

En medio de aquel silencio sepulcral emergió la alta, delgada y patética figura de Konrad Schmid, el gran maestro de aquella fraternidad de la cruz, los Kreuzbrüder. Iba encapuchado, con cara barbada en negro y perfil de buitre, vestido con sayas oscuras algo amarronadas, desteñidas por el sol de la primavera, que lo distinguían del resto de sus hermanos, todos vestidos de blanco. Avanzó hasta colocarse en el centro geométrico de la formación circular, se descubrió ligeramente la calva cabeza y, alzando lentamente un látigo espinado, comenzó a golpear las espaldas que le ofrecían los asesinos, las caras de los adúlteros, los dedos de las manos de los perjuros y la entrepierna de los lascivos…, asegurando así el castigo específico para cada clase de pecado. La flagelación no se detuvo hasta que la sangre derramada cubrió la mayor parte del empedrado suelo.

Una vez cumplida su función purificadora, que Konrad ejecutó con suma frialdad y destreza técnica, sin fallar ni uno solo de sus latigazos, sin derramar una gota de sudor propio, su voz atronadora rasgó el silencio hasta restallar en los oídos de los asistentes:

—¡Hermanos! ¡Oh, hermanos! La última vez que estuve departiendo con nuestro Señor Jesucristo, me manifestó su enojo con vosotros los mortales por vuestros muchos pecados y su deseo de que esta situación de postración espiritual se revirtiera, so penas de grandes males y catástrofes que caerán indefectiblemente sobre todos vosotros si seguís desafiándolo con vuestra perversa conducta. También me dijo nuestro Señor Jesucristo que se dirigiría por carta a toda la cristiandad advirtiéndonos de los mayores castigos si nos apartamos de sus santas enseñanzas. Hace unas semanas la carta prometida vino finalmente; estaba escrita en una losa de mármol blanco, que fue traída desde los cielos y depositada por el arcángel san Gabriel sobre el altar de san Pedro Gallicantu de Jerusalén. Por fin, la carta prometida me ha llegado, remitida personalmente por el patriarca de Jesusalén por medio de un emisario; la sagrada carta reza así...

El silencio era, en verdad, impresionante; el pueblo estaba convencido de asistir a una celebración única que no se volvería a repetir en los siglos venideros, en el caso de que hubiera siglos por venir, porque las

circunstancias no auguraban futuro alguno. Todo era una experiencia extraordinaria que algún día podrían relatar los pocos que sobrevivieran. El superior de los Kreuzbrüder calló, miró alrededor, sonó sus aguileñas y grandes narices sobre la manga de su túnica, carraspeó ruidosamente, lanzó un sonoro escupitajo sobre el ensangrentado suelo y, con voz una octava más alta de la que había empleado hasta aquel momento, comenzó a leer.

«Amantísimo hijo Konrad,

Te ordeno traslades este mensaje a toda la cristiandad.

Con profundo dolor, cual si se tratara de una segunda pasión aún más dolorosa que la primera, he venido comprobando que mi hijos no observan las reglas que les he dado, que se apartan de la moral que les enseñé y que han tomado el pecado como eje perverso de su malvada conducta. Esta situación no solo me produce desazón y angustia, sino también una cólera infinita que me impulsa a borrarlos a todos de la faz de la Tierra, pues menor castigo no merecéis. Ha sido la intervención de mi Dios padre, de mi santísima madre María, de los ángeles, los sacrificios tan excelsos de los flagelantes y, especialmente, los ruegos del beatífico Konrad Schmid los que me han refrenado y, así, he decidido ser más benévolo enviándoos esta enfermedad universal que solo matará a poco más de la mitad de los cristianos más pecadores con el fin de purificar la Tierra, que tenéis totalmente corrompida.

Ordeno que todo el mundo obedezca y siga los consejos y enseñanzas de Konrad Schmid y sus flagelantes, para que se unan a ellos en sus penitencias de treinta y tres días y medio, tantos como los años de mi estancia mortal en la Tierra, y ellos mismos practiquen el sacrificio de la flagelación como mejor medio para purificarlos de la inmundicia, porque solo la sangre derramada puede limpiar la almas, hacerlos entrar en la salud y prepararlos para el perdón si un día me conmuevo lo suficiente y me digno a concederlo.

Os daré a todos una última oportunidad y, si no aprovecháis, os convocaré a todos en el valle de Josafat, donde seréis condenados al fuego eterno.

Sed dignos de Mí y de mi amor.»

Calló el gran maestre Konrad Schmid; después de un silencio corto pero espeso, que se podía cortar, los tambores redoblaron de forma espaciada con lenta solemnidad, subiendo poco a poco de tono hasta que unos minutos más tarde se reanudaron los cánticos, las flagelaciones, los gritos implorando la benignidad divina. Cuando el clímax descendió al cabo de varias horas, más por cansancio que por otra razón diferente, los flagelantes se dispersaron por la ciudad dejando abandonados a sus enfermos y muertos en la plaza. Se supo después que en ese punto habían acabado los treinta y tres días y medio de su penitencia, de forma que los flagelantes de la hermandad de Schmid habían finalizado su compromiso y eran libres de abandonar la fraternidad o reagruparse formando otra alrededor de un superior de la talla de Konrad o del mismo Konrad, si este se dignaba a continuar su labor misionera y catártica para redimir y consolar a las gentes de las tierras de Baviera y Turingia.

Desde la ventana de la biblioteca del monasterio de san Leonardo, Norberto presenció tan horrísono espectáculo, al principio sorprendido, después asqueado de ver hasta dónde llegaban la ignorancia y la degradación humana. La carta que Schmid se había escrito y dirigido a sí mismo le enseñó hasta dónde se puede descender en el pozo de la ignominia y la mentira. El príncipe−obispo también había observado la macabra representación desde una de las ventanas de su palacio, al otro lado de la plaza. Norberto pudo verlo desde su punto de observación.

Entendió entonces el canónigo de san Agustín, acertadamente, que la espera, la tregua, había terminado y la lucha contra la negra muerte empezaba en ese preciso momento. En efecto, tan solo dos días más tarde, y de forma escalonada los siguientes, decenas de paisanos cayeron presas de la pestilencia en la ciudad, la mayoría para morir en cuestión de algunas horas o de breves días.

Capítulo IX

La Pascua de La Natividad del Señor del año 1348 fue muy tensa y difícil en Basilea. El viento del norte era incapaz de barrer el aire denso, sucio y rígido como espadas herrumbrosas todavía afiladas, casi imposible de respirar, que envolvía la ciudad, gris negra como un espectro lejano e indefinido. El pueblo estaba aterrorizado ante tanta muerte y desolación que atacaban a familias enteras y, dentro de ellas, destruían el amor y la solidaridad entre sus miembros. Los hombres dejaban abandonados a sus mujeres; los padres a sus hijos, y todos emprendían una huida hacia una salvación que no se encontraba en ninguna parte. Como en el apólogo talmúdico, fueran donde fueran, siempre acabarían en su destino final, Samarra, donde les esperaba Azrael, el ángel de la muerte.

En la ciudad, los casos de peste eran cada vez más frecuentes; decenas de personas morían cada día tiradas en las calles como objetos inservibles, sin que nadie las socorriera ni mostrara la menor piedad enterrando sus cuerpos. Norberto, el canónigo regular de san Agustín, era demasiado impetuoso para callar ante lo que él consideraba un mal agravado por la desidia de los hombres y, por lo tanto, evitable y enmendable, al menos hasta un punto. Pese a todo, no perdía su fe en la humanidad y en la capacidad de la gente para hacer el bien y prodigarlo.

Dotado de un sentido práctico y con el objetivo claro de burlar la muerte tanto como fuera posible, Norberto organizó una brigada de voluntarios entre sus compañeros canónigos con el fin de atender a los enfermos y enterrar a los muertos, que estaba ya preparada tan pronto como los primeros casos de pestilencia se presentaron en Basilea. Al principio, solamente lo siguieron diez, los cuatro que habían venido con él de Montpellier más otros seis monjes que ya estaban en el convento, de los cuales más de la mitad no tardaría en contraer la enfermedad y fallecer en cuestión de pocos días o semanas. Por el contrario, el Concejo Municipal se mostró inane y sin capacidad de tomar acciones ante la catástrofe que había caído sobre la ciudad. De hecho, el burgomaestre y los cabecillas de los gremios fueron los

primeros en abandonar Basilea y huir cobardemente a campo abierto. En cambio, el príncipe–obispo, quizá porque le hubiera parecido al emperador una defección, permaneció en la ciudad, aunque celosamente encerrado en su palacio, evitando en lo posible el contacto con la gente del pueblo; acudía a la catedral a decir misa por un pasadizo interior y no atendía a manifestaciones públicas ni recibía a todos lo que lo solicitaban.

No fueron sus compañeros los únicos canónigos en morir, pues, aun sin exponerse a los enfermos, buena parte de los monjes de la abadía de San Leonardo, el santo patrón de Basilea, enfermaron y murieron, pese a los cuidados que Norberto y su compañero Raimundo les prodigaron a base de limpiar y curar las llagas de los reventados bubones. A partir de ahí, Norberto y su pequeño grupo fueron rechazados por los monjes supervivientes, quienes permanecían encerrados y aterrorizados en sus celdas, rehusando el contacto con los compañeros y negándose a salir al mundo exterior ni siquiera para comer, por miedo al contagio y a la muerte. Resultaba sorprendente ver cuánto amaba la vida una parte de los canónigos de san Leonardo.

No se arredró el monje ante unas circunstancias tan hostiles; empleó su mejor celo en atender a cuanto enfermo encontraba abandonado en las calles o en sus casas, donde quedaban solos y desvalidos luego de que sus familiares hubieran huido en desbandada hacia el campo abierto. Nunca pensó que su actividad le generara méritos ante Dios para el más allá. Antes bien, le impulsaba el compromiso consigo mismo y su determinación de hacer frente al dolor y a la enfermedad con las armas que había adquirido mediante el estudio y la fortaleza que le había dado la introspección. Tenía claro que en aquellas circunstancias era médico antes que monje, aunque, por encima de todo, debía ser un hombre compasivo y benefactor, porque así pensaba; Dios no tenía lugar ni cabida en aquella escena; él mismo se había excluido, dejando solos a tantos que sufrían.

No eran los monjes, sin embargo, los únicos que cuidaban de los apestados; tan pronto como se declaró la epidemia en la ciudad, su equipo creció rápidamente mediante la incorporación de decenas de personas, en su mayoría mujeres, que también se habían echado a las calles para evacuar enfermos a los hospitales o cargar los muertos en carretas, llevarlos al cementerio y allí sepultarlos. Eran mujeres muy abnegadas que exponían sus vidas al contagio y a la muerte y las

perdían en un altísimo número de casos.

Norberto ignoraba de dónde salía tanta mujer y tanto desprendimiento, pero se sentía muy reconfortado por los enormes raudales de caridad que veía a su alrededor. Tan pronto como una mujer moría, era reemplazada por otra y muchas veces le sucedía que no llegaba a aprenderse los nombres de algunas, por el poco tiempo que tardaban en morir. Entre aquellas buenas samaritanas muchas eran monjas de diversas órdenes y conventos de la ciudad, aunque la mayoría eran beguinas o, como las llamaban en aquella zona, Hermanas de los Bosques (Waldschwestern), cuya comunidad, beaterio o beguinato estaba al otro lado del río en la Pequeña Basilea, donde también regentaban un hospicio saturado de enfermos que Norberto y Raimundo visitaban todos los días. Una parte de aquellas damas había asistido regularmente, antes de comenzar la epidemia, a sus clases en la abadía, porque en su pequeña escuela a nadie se excluía.

Al presentarse el mal, casi todos, aunque no la totalidad, profesores y alumnos redoblaron sus esfuerzos para salvar a la gente. Frente a la complejidad del mal, las recomendaciones de Norberto, muchas de ellas extraídas de sus lecturas de Procopio sobre la peste de Justiniano, fueron escuetas y se resumieron en estos claros consejos que dio a sus alumnos para el tratamiento de los afectados y para la mejor protección propia frente al contagio de la plaga:

—Cuando estéis delante de un enfermo, no os preguntéis qué o quién ha causado su enfermedad. No busquéis culpables ni cuestionéis el porqué de tanto dolor. No tendréis tiempo para esas disquisiciones, aunque debéis estar seguros de que Dios no nos ha enviado esta hecatombe y nunca castiga de forma tan atroz. En esos terribles momentos solamente pensaréis en consolar, aliviar y, si es posible, curar. Deberéis aislar al enfermo, limpiar exquisitamente su habitación y limitar su contacto con otros miembros de la familia, puesto que estamos ante una enfermedad que se transmite de persona a persona.

»Habréis observado que la peste se presenta en tres formas. La primera es la más grave, pudre la sangre y afecta a todos los órganos del cuerpo. El enfermo está inmóvil, febril, sudoroso, inconsciente y presenta un color azulado, casi negro; por eso la llaman la muerte

negra. Morirá indefectiblemente en pocas horas.

»Una segunda forma es la del pecho que ataca a los pulmones, contra la que tampoco se puede luchar. De estos enfermos deberéis protegeros y no buscar la muerte por el martirio porque sois personas muy valiosas y necesarias para continuar vuestra labor; dadles agua y leche templada con miel disuelta; toda la que puedan admitir. Abrigadlos bien y mostradles vuestro amor para que su agonía sea suave y breve. No se puede hacer más por ellos; morirán en dos o tres días. Os recomiendo, por tanto, que uséis máscaras de tela gruesa, a ser posible embreada, que os cubran la boca y la nariz, que no os acerquéis a los enfermos más de lo necesario y evitad que os tosan encima.

»Una tercera forma es, en nuestra experiencia, la más común y la que, en ocasiones, podremos curar. La enfermedad se presenta con unos bubones o landres que crecen mucho en axilas, ingles y cuello. Deberéis sajar esos ganglios con un cuchillo muy afilado que hayáis flameado previamente. Dejad que el pus salga y limpiad la llaga con agua abundante, a ser posible hervida. Absteneos de aplicar ningún tipo de emplasto o mejunje, que no mejoran nada e incluso retardan la curación de las úlceras y a veces las pudren. Aplicadles solamente un apósito de tela limpia de algodón y curad las llagas todos los días. Nunca practiquéis una sangría porque el enfermo se debilitaría aún más. Sé que os puede parecer extraño e increíble, pero la sangría es un remedio inútil y debilitante[10]; nunca la uséis con un apestado. Algunos de estos enfermos van a sobrevivir; eso os reconfortará, os animará y dará mayor sentido a vuestra preciosa labor.

—Es Dios quien da sentido a nuestro trabajo y a nuestra vida —dijo una beguina que Norberto había tenido de alumna desde hacía un año.

Su nombre era Clara de Heusingen, una mujer joven, de cabello rubio, que cubría con una cofia beis, y ojos profundos, entre grises y verdes. Procedía de Colonia, una antigua ciudad a orillas del Rin, y había venido al beguinato de Basilea con el fin, que no confesó al principio, de estudiar medicina con un monje occitano, cuya fama de gran sabio y de gran malgeniado había corrido río abajo hasta la Renania. Tenía la intención de convertirse en una médica académica para ayudar a las mujeres enfermas o con embarazos y partos difíciles, dejadas

indolentemente en manos de parteras de dudosa competencia. Ahora, en Basilea, trabajó con los apestados desde el principio y, al cabo de unas semanas, se contagió y sufrió una forma leve de peste que solamente afectó a los ganglios de las axilas y le produjo alguna fiebre. Norberto la atendió, sajó los bubones y la beguina curó en pocos días. Aún enferma, ella estuvo convencida desde el principio de que Dios la curaría.

—Hermana, Dios no da sentido a tu labor como no da vida a cuantos enfermos la necesitan con desespero —dijo Norberto después de pensar largamente en las breves palabras de la beguina—. Ellos, los que sufren, son en realidad el sentido de tu vida. No es el momento de tratar esos temas, pero es justo que saques fuerzas para soportar lo que haces y para lo que aún te espera. En ello, Dios sí te puede ayudar.

Después de observar a cientos de enfermos y sus respectivos parientes todavía sanos, Norberto llegó a ciertas conclusiones que le hacían entender mejor la peste. Había personas más susceptibles y otras, por el contrario, más resistentes a la enfermedad, aunque estas se hubieran expuesto a los enfermos tanto como aquellas. También había familias donde ningún miembro enfermaba o padecía formas menos graves de la enfermedad, mientras que en otras familias, que a veces vivían al lado de las primeras, buena parte de sus miembros contraían la enfermedad y morían. Él mismo no había enfermado pese a haberse expuesto a tantos apestados, aunque, pensaba por aquel entonces, su resistencia al contagio se debía a sus baños diarios con agua fría, al uso del jabón de Castilla, cuya fabricación había aprendido de un médico sefardí en Montpellier[11], que no era Alfonso de Córdoba, y a los polvos de crisantemo que aplicaba a sus ropas antes de vestirse por las mañanas. En este punto de sus reflexiones y sospechas, le habría gustado saber si sus familiares en Cholhac habían resistido los embates de la peste mejor que otras familias vecinas. Se lo preguntó por carta a su madre y a su tío, pero no obtuvo respuesta. Supo después que Guido luchaba contra su propia enfermedad en Aviñón, en soledad y en penosas condiciones, mientras velaba por la salud del papa Clemente, a quien rodeaba con antorchas flameantes para protegerlo de la peste. Como se verá después, la intuición de monseñor De Chauliac resultó acertada. Había dado con un remedio efectivo contra la peste, el calor de las llamas, aunque no tomara una total conciencia de ello y creyera que su curación se debió a la cataplasma de higos

secos y almendras que se aplicó él mismo.

Cuando era niño, Norberto vivía con su madre en Cholhac (su padre había muerto de un accidente cuando él era muy pequeño), ayudaba a su abuelo en el campo y observaba sus prácticas agrícolas. Año tras año, los agricultores guardaban las semillas de los mejores frutos de los árboles más resistentes a los pulgones o a la roya. También cruzaban a sus mejores cerdos y cabras para obtener una mejor descendencia. Se preguntaba si la muerte negra estaba respetando a los humanos más fuertes y resistentes de tal forma que Dios seleccionaba a los mejores para mejorar la especie humana. Sea como fuere, el hecho cierto eran unas calamitosas condiciones de vida en las que cualquier enfermedad grave agitaba las bases más profundas de la inestable existencia humana con los resultados demoledores que observaban cada día.

«Es Dios quien da sentido a nuestro trabajo y a nuestra vida», había oído de Clara la beguina. Personalmente, veía a Dios en aquel entonces como último refugio y pertenencia de los que lo habían perdido todo. La observación de la realidad cotidiana, no obstante, le enseñaba que Dios ocupa sin merecimiento un lugar preeminente en la vida de las personas. Si estas tuvieran un mejor lugar en este mundo, si gozaran de una vida saludable con un mínimo bienestar, no necesitarían tanto a Dios.

Volvía a sus reflexiones médicas preguntándose por qué la peste afectaba a unas personas con más agresividad que a otras y se interrogaba sobre si Dios era quien distribuía las papeletas de aquella macabra rifa. Concluía que había que dejar a Dios a un lado porque este no era necesario para explicar ciertos fenómenos que él había visto a lo largo de su vida y porque, cuando se aduce a Dios para explicarlo todo, se deja de creer en él y Norberto no estaba aún preparado para ese viaje en solitario.

De hecho, aunque los acontecimientos que veía estaban concatenados por una relación causa-efecto, demostrable algunas veces por la lógica aristotélica, los eventos más profundos, aquellos que según la Iglesia radicaban en Dios, solamente parecían obedecer a las reglas del azar. Dios no jugaba a la rifa con los humanos ni repartía los números, pero el resultado final siempre era el mismo; todo se debía al azar implícito e inherente en la naturaleza de las personas y de las cosas. Este azar se

hacía más evidente en los tiempos que se vivían, en los que el hombre había perdido el control sobre las cosas, incluso sobre las más cercanas, y era permanentemente agitado por enormes vendavales de dirección siempre cambiante e imprevisible.

Capítulo X

Norberto conocía el movimiento espiritual de las beguinas por referencias; las había en Aviñón, pero hasta llegar a Basilea no había conocido ni tratado personalmente a ninguna. De hecho, no le concedía importancia a lo que creía uno de los cientos de movimientos religiosos que surgían en la Europa central de la época, casi todos derivados de la hermandad del Libre Espíritu, a cuya gente consideraba, en general, demasiado lastrada por una forma estrecha y agobiante de entender la religión. Sin embargo, la apreciación del monje estaba lejos de ser correcta. Las beguinas eran muy diferentes y no comparables al resto de las asociaciones religiosas femeninas; ni siquiera a los begardos, considerados por algunos como la rama masculina de las beguinas. Tampoco todas las beguinas estaban relacionadas con la Hermandad del Libre Espíritu, un gran movimiento espiritual que sacudió a la cristiandad durante los siglos oscuros. La beguinas de Basilea, como las de Flandes y Renania, eran grupos de mujeres que se organizaban para socorrer a los necesitados, enseñar a las niñas, cuidar enfermos, ejercer de parteras y atender las enfermedades propias de la mujer, dar de comer a los pobres, asistir a los impedidos… Todo lo hacían con total desprendimiento, por verdadero amor a los débiles y desgraciados sin esperar nada a cambio, ni siquiera la vida eterna.

Este afán de no supeditar la caridad que prodigaban a la consecución de la salvación personal les había granjeado la sospecha e incluso en algunos casos la radical oposición de las autoridades eclesiásticas, convencidas estas de que la vida solo se justifica mediante la motivación personal por complacer a Dios, para que este conceda la vida eterna como premio final y así la historia queda redonda. No entendían ni aceptaban, por tanto, que alguien pretiriera la salvación propia como si esta fuera un asunto secundario.

Sin duda, las beguinas eran seres de personalidad bien definida e inteligencia cultivada que se negaban a aceptar el papel tan irrelevante que la sociedad les había asignado como mujeres. Sabían que la caridad les daba la fuerza necesaria para extender lo natural

más allá de lo sobrenatural. Estas mujeres no eran mendicantes, sino que vivían de su trabajo manual y de la dote que aportaban, aquellas que venían con ella al entrar en la comunidad. La asociación se había creado en Flandes y los Países Bajos dos siglos antes, pero en los tiempos de la peste la mayoría de las beguinas procedía de Renania, principalmente de la ciudad de Colonia, donde llegó a haber no menos de dos mil beguinas, aunque en tiempos de Clara este número era sensiblemente menor.

No tenían las beguinas votos perpetuos y, cuando se asentaban en una nueva ciudad, preferían la tutela del poder laico de la municipalidad y su entendimiento con ella antes que someterse y pasar por las horcas caudinas del obispo y de la jerarquía religiosa del lugar. En sus dos siglos de existencia habían pasado por periodos alternativos de aceptación o repulsa por parte de las autoridades eclesiásticas, quienes hicieron todos los esfuerzos para atraerlas y meterlas en su redil, es decir, en alguna una orden canónica como terciarias, sin conseguirlo en la mayoría de los casos, aunque eran muchas las que, cuando alcanzaban la ancianidad o se sentían agotadas, se metían en un monasterio y profesaban en una orden monástica. Así fue la vida de Matilde, la gran poetisa mística del siglo anterior.

El beguinato había dado grandes mujeres místicas que escribieron en los diversos dialectos alemanes. De hecho, Norberto había aprendido ese idioma leyendo, entre otras obras, Fluyente Luz de la Divinidad (Das fließende Licht der Gottheit) de Matilde (Mechthild) de Magdeburgo, una mística sajona que fue beguina durante varias décadas del siglo anterior antes de profesar en un monasterio. El monje premonstratense carecía de las dotes místicas necesarias para elevarse hacia la divinidad a partir de aquellas lecturas, pero no de la sensibilidad mínima para apreciar la belleza fresca, limpia y esplendorosa de los escritos de Matilde, los cuales consideraba un instrumento muy útil y hermoso para sentirse mejor y en paz consigo mismo.

Clara de Heusingen había nacido en mil trescientos veintitrés en Colonia y era la única hija, entre varios hijos, de un patricio renano, un rico comerciante en paños, miembro de la emergente, ya poderosa burguesía local. Desde muy pequeña recibió una educación diferenciada por parte de su madre y de sus numerosas tías, que le enseñaron a rebelarse contra las imposiciones y privilegios de sus

hermanos varones y demás hombres de su familia. Lo primero que aprendió de niña fue que ser mujer no era ningún castigo y que su sexo no sería una traba para llegar hasta donde quisiera. De alguna forma, tanto su madre como sus tías buscaban su propia redención vital a través de Clara, quizá para vengarse de su pasado destino. Aprendió sus primeras letras en una escuela de beguinas de las muchas, más de cien, que hubo en Colonia antes de la peste.

En la adolescencia leyó las obras de Hadewichj de Amberes, de Margarita Porete y de Matilde de Magdeburgo, que le dieron un sentido de la libertad raro e inusual para una mujer de esa época. Apoyada por su madre, decidió practicar en su vida personal el ejemplo de Ockham y su cuchillo y, con tal fin, eligió su camino personal más fácil y directo a base de eliminar intermediarios entre ella y Dios y entre la gente y ella. Entre ella y Dios no debería haber nada y menos ningún clérigo que se apropiase de las enseñanzas divinas para administrarlas según su mejor elaboración. Entre ella y los hombres nada se debería interponer porque, pensaba, solamente en la proximidad a sus semejantes podía encontrar el sentido de la vida que siempre había buscado. Por esos motivos, cuando cumplió dieciocho años entró en una comunidad de beguinas, donde recibió las enseñanzas y consejos de Enrique de Nördlingen, quien pasó un año en Colonia predicando y enseñando. En ese tiempo fue cuando concibió y decidió el principal propósito de su vida, que sería ayudar a todos sin esperar recompensa alguna, ni siquiera el beneplácito de Dios, a quien había puesto en su esfera personal más íntima, sin posibilidad de escape.

La vida de Norberto, en contraste, había estado predestinada casi desde su nacimiento. Al ser el hijo inteligente de una familia pobre, solamente la carrera eclesiástica le podría asegurar un futuro mejor que el pasado de sus ancestros. Él no había elegido su destino y durante muchos años no se cuestionó si la vida le podría haber ofrecido posibilidades distintas, mejores o peores. Norberto había tomado los votos como canónigo regular de san Agustín (premonstratenses) cuando aún era demasiado joven y desde entonces había estado tan ocupado en el estudio, en la enseñanza y en la práctica médica, que careció del tiempo y de la tranquilidad necesarios para hallar por sí mismo un camino propio que lo dirigiera hasta Dios. Aunque la lectura del libro de Matilde le revelaba algunos, él ya no se sentía con la fuerza suficiente para transitarlos y, además,

había perdido la ingenuidad y candidez necesarias para hacerlo; ambas se esfumaron con su juventud. Reconocía que se sentía muy lejos de él.

Muchas de las beguinas habían llegado, río Rin arriba, desde diversas partes de Renania y se habían establecido en la ciudad ayudadas por los Amigos de Dios (Gottesfreunde), una corporación de seglares varones que Nicolás de Basilea, Enrique de Nördlingen y Juan Táulero, estos dos últimos discípulos del célebre Maestro Eckhart, habían fundado en Basilea unos años antes. Fue precisamente Enrique quien había traducido el libro de Matilde del bajo alemán, la lengua materna de la autora, al alto alemánico, el alemán del sur del imperio, por sugerencia del Maestro Eckhart. En el tiempo que se narra, Clara de Heusingen había prestado a Norberto el libro de Matilde, que estaba depositado en la biblioteca del beguinato, junto con la versión latina, también traducida por Enrique, con el fin de que nuestro canónigo regular tuviera en el texto bilingüe una especie de guía para estudiar alemán. Clara la beguina enseñó a Norberto la pronunciación alemana y lo ayudó en el aprendizaje de ese idioma que era parecido al que se hablaba en Basilea.

Desde el principio sintió el norbertino un gran respeto por aquellas mujeres que se lanzaban a las calles en busca de necesitados y enfermos que socorrer, mientras la mayoría de los médicos y clérigos de la ciudad habían huido lejos y muchos canónigos de su abadía se escondían en sus celdas con las almas cosidas a grandes puntadas por el miedo.

Con el tiempo, su saber médico confirió a Norberto un sentido biológico de la existencia y una percepción mecanicista del cuerpo humano. Ese modo de pensar le hacía ver a las mujeres, como perpetuadoras de la vida, mucho más fuertes y valerosas que los hombres y más capaces de arrostrar los momentos durísimos y azarosos que padecía la humanidad. Cuando veía a las beguinas trabajando a su lado en la atención a los apestados, pensaba en la vuelta tan trabajosa que algunas mujeres tenían que dar para reconocerse a sí mismas como personas, demostrar al mundo su propia dignidad y sustraerse del tutelaje de los hombres. Había vivido hasta entonces en un mundo sin mujeres y ahora, por fin, las estaba conociendo.

Cuando Clara salió de la casa paterna y vio a su alrededor un mundo enseñoreado por la tragedia y la muerte, pensó que no tenía derecho a anteponer sus gustos e intereses personales a nadie ni a nada. Lo que veía a su alrededor era definitivamente mucho peor de lo que esperaba. Decididamente, se trasladó a Basilea con la intención ya mencionada de estudiar medicina con el monje occitano unos meses antes de que estallara la epidemia en esta ciudad y vivió en el beguinato que su comunidad había construido en el banco oriental del Rin, en la Pequeña Basilea, y, tan pronto como se instaló en su nuevo destino, comenzó a asistir a las clases que Norberto, Raimundo y sus colaboradores impartían en la abadía todas las mañanas.

Pese a la urdimbre tan densa que los envolvía a causa de la dureza de aquellos tiempos, tan saturada de obligaciones y tareas que producía el olvido de uno mismo, Clara desarrolló admiración por Norberto, un hombre alto, fuerte y bello, de cabellos grisantes, de voz clara expresada en un latín clásico y correcto, inteligente y decidido contra la muerte negra en una lucha que él se tomaba de una forma muy personal. Por su parte, Norberto reconoció enseguida las cualidades de Clara, en especial su fuerza y determinación. Admiraba y envidiaba a las beguinas por el camino hacia la libertad individual que habían emprendido, pero se preguntaba hasta cuándo el cuerpo y el espíritu de esas mujeres aguantarían el peso de la enfermedad, el dolor y la miseria tan aplastantes. Además, no estaba seguro de cuánto tiempo la Iglesia oficial las toleraría sin llevarlas a la hoguera, como ya había hecho varias veces en el pasado con, por ejemplo, Margarita Porete, cuarenta y tres años antes.

Norberto no se negaba a sí mismo la atracción que sentía por Clara. Pensaba en su trayectoria vital y concluía que todo en él había sido lógico. Un niño pobre pero inteligente que había ingresado en una orden religiosa y que, ayudado por su brillante tío, había realizado los estudios médicos en la mejor escuela médica de aquella época. Su inteligencia y dedicación al trabajo le habían permitido una promoción personal, lo que era ciertamente un gran mérito propio. Pero en el caso de Clara la situación era diferente. Ella había nacido en una familia de la alta burguesía, era bella y joven y podría haberse casado con un buen partido de su ciudad, Colonia. Su decisión había sido radicalmente distinta a lo que se esperaba de ella. Se había colocado equidistante entre Dios y los hombres intentando estar cerca de ambos, una posición de por sí inestable y muy difícil de mantener,

porque Dios parecía empeñado en alejarse de los hombres precisamente cuando más se le necesitaba. La gran diferencia era que a Clara le importaba Dios, mientras que él empezaba a dudar que Dios existiera.

Parecía, no obstante, que Clara estaba asumiendo los retos que se había impuesto y venciendo los obstáculos que la vida le exigía traspasar. Presentaba un aspecto saludable de mujer decidida que levantaba el ánimo de la persona más deprimida que pudiera haber a su alrededor. Su apariencia no era la de un ángel; era fuerte y tenía los pies demasiado pegados a la tierra que pisaba. Era una mujer a quien Norberto soñaba con tocar algún día para sentir el tacto de la fuerza, la bondad y la belleza, todas juntas en una sola persona. Era difícil, pensaba, no desearla con amor, no amarla con deseo.

***

La falta de higiene y el hacinamiento de la gente en los burgos, tan pequeños y cerrados por murallas, estaban entre las causas principales de la extensión y progresión de la epidemia, según la opinión del canónigo regular de san Agustín. Los inviernos se prolongaban muchos meses y la gente pobre se amontonaba en pequeños cubículos para darse calor, lo que incrementaba el contagio y la propagación de la plaga. Las malas cosechas empujaron a muchos campesinos a abandonar los campos y refugiarse en las ciudades, con lo que aumentaba el hacinamiento en los barrios más humildes.

Ante un escenario tan devastador, Norberto perdía por momentos sus creencias abstractas y elevadas, quizá porque nunca las tuvo demasiado firmes y acendradas. No podía descreer en Dios, pero le atribuía a este un papel muy limitado en la vida diaria de los hombres; no creía que Dios les hubiera enviado la plaga ni tampoco esperaba que bajara a ayudarlos. Practicaba la moral cristiana, a la que valoraba muy por encima de otras partes de la religión, algunas de las cuales consideraba confusas y alejadas del modo de ser y pensar de la gente del siglo. El vacío que le dejaba su alejamiento de Dios lo compensaba con un desarrollado sentimiento de compromiso con sus

semejantes.

En la época en que vivía el mundo, los designios de Dios no se entrecruzaban con el empinado y tortuoso camino de los hombres, quienes solamente se tenían a sí mismos. Veía con desesperación cómo las preguntas de las gentes sobre el porqué de tanto sufrimiento los conducían a un viaje sin salida y sin retorno, a la inactividad e incluso a la complacencia en su negro y adverso destino, como el fango donde se revuelcan los cerdos.

«La gente se evitaba entre sí; nadie se preocupaba por su vecino ni este se preocupaba de los demás vecinos; los parientes apenas se visitaban o no lo hacían nunca. El terror había golpeado el corazón de hombres y mujeres; el hermano abandonaba a su hermano, el tío al sobrino, la hermana al hermano y a menudo la esposa a su esposo. Pero lo peor e increíble era que padres y madres rehusaran ver y atender a sus hijos, como si no fueran de ellos»[12]. Así describiría la magnitud de este desastre humanitario un autor toscano dos años más tarde. Por su parte, su tío Guido resumía sus impresiones sobre la epidemia de esta forma: «Los enfermos morían sin nadie a su lado y los muertos permanecían varios días sin enterrar… La caridad estaba muerta y la esperanza perdida».

Norberto habría añadido que también la fe estaba muerta y perdida. De una situación de envilecimiento generalizado era muy difícil extraer enseñanzas para el futuro, para quien tuviera algún futuro.

En el sentir del monje, los tiempos tan difíciles que soportaban tantas personas les ofrecían paradójicamente una libertad no imaginada con anterioridad. La gente podía mostrar sus lados más feos y oscuros sin pudor y violar las reglas sociales a su gusto porque, cuando no hay futuro, todo hombre se cree dueño de un presente ensanchado que podría gozar con plena libertad. Por una vez, el pobre y el menestral se sentían iguales al rico y al señor; se vivía con la libertad exultante que se concede a un condenado en el último día de su vida. El rico se veía obligado a plegarse a las exigencias del menestral y a pagarle altos salarios porque la enfermedad los había mediado; no había apenas gente que labrara las tierras. Al final de ese día la guadaña de la gran señora segaría todas las hierbas al mismo nivel. Norberto estaba en desacuerdo con los clérigos que predicaban el arrepentimiento para después pedir a Dios compasión, como si los

hombres fueran culpables o merecedores de la tragedia que sufrían.

Aunque terrible, un día la epidemia se acabaría como habían acabado otras, y entonces se revelaría que las gentes serían peores de lo que fueron y de ningún modo estas reconocerían que debían su sobrevivencia al abandono en que habían dejado a amigos y parientes, cuyas vidas sí fueron recolectadas por la muerte. No había lugar ni ocasión para el desarrollo de la bondad bajo aquellas circunstancias. Esperaba y deseaba que, cuando la plaga amainara, las personas reevaluaran su relación con Dios para que este dejara de ser tan determinante en sus vidas. Con menos dosis de Dios, el hombre se volvería a favor de sí mismo, se respetaría más, se reconocería en su dignidad, empezaría a pensar que podría ser dueño de una parte de su destino y sentiría que el propósito de esta vida no consistía exclusivamente en buscar la otra vida, la eterna. Realmente, no fue así: cuando la epidemia pasó, los hombres perdieron a Dios y se perdieron a sí mismos.

Sus reflexiones le impedían recluirse en su abadía y dedicarse a rezar; ni siquiera a pulir lentes, algo que lamentaba porque no terminaba de pulir las dos lentes para la corta vista de Raimundo. Salía y deambulaba por las calles sintiéndose un emisario de la vida, alguien que no aceptaba que el caminar de los humanos se detuviera para siempre. Iba de acá para allá donde su presencia fuera más necesaria, en especial en el barrio judío, donde tenía amigos que estaban doblemente aterrorizados y doblemente condenados por la maldad de la peste negra y por la maldad de los hombres de corazón no menos negro. Atendía las enfermedades y cubría parte de las muchas necesidades que afligían a aquellas gentes que no se atrevían a salir fuera del barrio; sabían que hacerlo era como una condena a muerte. La caza del judío se había institucionalizado y, fuera de la aljama, las vidas de aquella gente no valían nada.

—¿Por qué haces eso? ¿Por qué nos ayudas? —le preguntó Migash un día— ¿Buscas la salvación? Sabes que no nos atraerás a tu redil. ¿Acaso tienes raíces judías y te queda una mala conciencia?

—¡Oh, no! —sonreía el norbertino al contestarle—. No soy judío, no busco la salvación, no hay redil donde encerrar a nadie, pero sí tengo una mala conciencia que me acorrala. La tengo por vivir en un mundo infame que nunca me gustó y, en vez de renegar o de huir de él,

intento cambiarlo en la pequeña parte en la que me siento fuerte. Creo que este es un mundo que puede ser mucho mejor de lo que es y algún día tendrá que serlo porque, si no, la humanidad no tendrá futuro alguno. Aparte de ello, a ti te considero un amigo; hemos hecho muchas cosas juntos, he aprendido de ti, me habéis acogido en vuestra casa muchas veces y me gustó dar clases de matemáticas a Joel y Mischa, tus hijos.

—Eres un buen fraile, un buen hombre, Norberto —dijo Yussaf con una sinceridad teñida de tristeza por el final propio, que sabía cercano —. Con gente como tú todos seríamos más felices y la vida, más fácil.

El ambiente en la ciudad se espesaba cada vez más. La gente huía de los apestados al tiempo que les arrojaban piedras o disparaban azagayas para que no se acercaran. Con frecuencia un atronador ruido se dejaba oír y crecía conforme los flagelantes, aporreando tambores y cantando himnos desentonados, se aproximaban a la ciudad y entraban por Spalentor o por alguna otra puerta de la ciudadela murada. Ahora nadie cerraba las puertas a los flagelantes, quienes visitaban la ciudad con frecuencia mostrando una y otra vez sus lamentables y chocarreros espectáculos, en los que se prestaba tributo y pleitesía a la muerte como si esta fuera a mostrar misericordia con alguien. La muerte obviaría el acatamiento y, con toda seguridad, les requeriría en breve el tributo de sus vidas. En el fondo de su corazón, Norberto esperaba y deseaba que el gran hermano Konrad Schmid se presentara de nuevo en Basilea al frente de sus Kreuzbrüder. Esta vez el monje no le permitiría a aquel fantoche leer la última carta que Jesucristo seguro no le había enviado. Pero Schmid nunca más se presentó en Basilea; parece que permaneció en su natal Turingia, donde encontró un terreno abonado para sus representaciones y esperpentos. Acabó perdiendo la gracia de Dios y la de los hombres; fue quemado en la hoguera veinte años más tarde.

En Basilea la situación era cada vez más crítica, producto de la desesperación, el miedo y la ira ante cualquiera que fuera acusado de ser culpable de la epidemia. El mundo entero había enloquecido. Los gremios de carniceros, curtidores y tintoreros eran los más poderosos entre los quince establecidos en Basilea y estaban dirigidos por unos incultos y desalmados demagogos de la peor calaña, que lanzaban arengas y soflamas contra los judíos en las plazas públicas, ante una multitud atemorizada que escuchaba enfebrecida y aceptaba cualquier

patraña con tal de que pudiera explicar de dónde venía la muerte negra e indicarle el modo de alejarla de ellos. Una vez convencidos de que los judíos habían envenenado el agua de los pozos y manantiales, solamente quedaba la venganza; matar a los judíos era la única solución para eliminar la plaga y, no menos importante, para saldar las engrosadas deudas que los gremiales y otros burgueses tenían con los prestamistas y usureros judíos. Una vez muerto el acreedor, la deuda desaparecía. Es curiosa la forma en que la mentira tantas veces se ha revestido de ideología para ocultar lo que no ha sido más que un robo. En muchas ocasiones de la historia, el dinero y el interés material han sido ocultados por los lujosos ropajes de la ideología y los ideales de justicia.

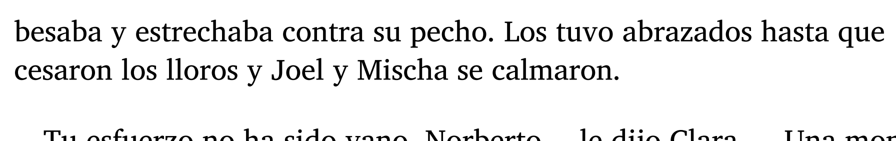
Capítulo XI

Un par de horas después de su encuentro con Raimundo, cuando se hallaba en el taller dando el último pulido manual a una lente, Norberto recibió a un mensajero que le entregó un breve en el que Clara le pedía acercarse al beguinato de la Pequeña Basilea. Echó un último vistazo a la lente y le dio el visto bueno. A la mañana siguiente engastaría las dos lentes en una montura de plata que Yussaf Migash había construido como regalo para Raimundo. Sería uno de los últimos trabajos de su amigo muerto.

Antes de salir de la abadía, hizo por recomponerse la figura para ofrecer a Clara una imagen menos crispada y más amable. Aquel día había sido enormemente agitado, pero, lejos de cansarse, aún ardía el fuego interior en sus entrañas, alimentando la indignación que le carcomía por los sucesos vividos desde la madrugada de ese día. No quería, sin embargo, que Clara lo viera con el aspecto de un león desmelenado e iracundo. Salió a la calle, donde reposaban dos decenas de cadáveres, atravesó de nuevo el río por el puente y se dirigió a la comunidad de las beguinas en la Pequeña Basilea, quienes vivían no lejos, al sur del monasterio de las clarisas.

El beguinato estaba compuesto de un recinto amurallado y cerrado por una sola puerta, que rodeaba una serie de casitas pequeñas y modestas, construidas alrededor de un amplio y limpio jardín, solado de grama bien cortada y otras plantas que penosamente resistían el frío de aquel invierno. Una casa más grande, el hospicio, destacaba sobre las demás; allí había atendido a muchos enfermos de peste, incluida Clara, como se ha referido con anterioridad.

Norberto entró en el patio, se sentó en un banco de piedra y se guareció del frío como pudo, apretando sobre su cuerpo la capa blanca de lana que lo envolvía, y esperó a Clara mientras contemplaba los carámbanos de los aleros y la nieve de los árboles. Unos minutos más tarde, Clara apareció con dos niños cogidos de las manos, uno a cada lado. Norberto se levantó, tomó en sus brazos a los dos hijos de Yussaf, que prorrumpieron en un llanto inconsolable mientras los


besaba y estrechaba contra su pecho. Los tuvo abrazados hasta que cesaron los lloros y Joel y Mischa se calmaron.

—Tu esfuerzo no ha sido vano, Norberto —le dijo Clara—. Una monja de Santa Clara nos ha traído a los hijos de Yussaf, que tú les habías reclamado. La superiora se ha apiadado de ellos y de ti.

—Creo que más bien ha sido el obispo, quien intenta lavar su mala conciencia y les ha ordenado liberar a estos críos.

—Como sabes, soy de Colonia; si quieres podemos llevar a los niños para que se críen en la comunidad judía de allí. Mis padres tienen amigos entre los judíos de la ciudad y conocen a varias familias que se podrán hacer cargo de ellos. Creo que los judíos de Colonia son respetados y no han sido molestados, al menos hasta el momento[13].

—¿Por qué estás tan segura de que los niños serán bien acogidos? —preguntó el monje.

Clara indicó a Joel y Mischa que se despidieran y regresaran a la casa y, cuando estuvieron solos en medio del jardín, la mujer bajó la cabeza, miró al suelo y contestó:

—Me lo ha dicho Dios.

—¿Lo has visto? —preguntó el monje muy sorprendido.

—No, no lo veo; solamente lo oigo —dijo Clara con un hilo de voz—. También me ha dicho que te marcharás mañana, pero que tú y yo nos veremos de nuevo, varias, muchas veces a lo largo de nuestras vidas, que serán afortunadas, no largas, pero sí llenas de amor, ciencia y caridad, aunque de mal final.

—Me temo que al final solo nos quedará la tristeza y el fracaso —dijo Norberto.

Al despedirse, agarró las manos de Clara con las suyas, la miró directamente a los ojos, le agradeció la ayuda que le había prestado en los dos últimos años y le expresó así su contento:

—Quiero creer, aunque me cueste mucho hacerlo, que Dios te ha dicho que volveremos a vernos. Necesito que ese encuentro se

produzca, por las nuevas sensaciones que me has inspirado, por la felicidad desconocida que has introducido en mi corazón. No sé si mis nuevos sentimientos gustan a Dios, pero yo me siento muy feliz cuando pienso en ti, incluso cuando te echo de menos, como así será en los tiempos venideros. Te quiero.

Clara le sonrió, bajó los ojos, se desasió de las manos de Norberto y se dirigió a la casita donde vivía. Desde dentro, a través de una celosía, observó a Norberto, que seguía en el mismo lugar donde lo había dejado, de pie en medio del frío glacial, mirando imperturbable hacia la casa en donde Clara había entrado. La mujer lo observó hasta que el hombre se embozó en su capa, dio la vuelta y se encaminó a la salida; entonces Clara comenzó a llorar con desconsuelo. ¿Cuándo y dónde lo volvería a ver?

Al día siguiente, muy temprano, mientras Raimundo y Norberto cargaban un par de mulos con sus efectos personales, el abad vino a decirle que dos emisarios del príncipe–obispo preguntaban por él. Salió a la cancela del monasterio y allí los enviados le tendieron un rollo de papel sellado con lacre; una bula del obispo, según le dijeron. Norberto rehusó recibirla y les dijo:

—Decidle a vuestro amo que estoy preparado para irme en menos de una hora. Decidle también que solamente Dios me puede excomulgar. Id en paz.

Y se fueron después de arrojar la bula al suelo, que nadie recogió. Gotardo, el abad, se despidió de ellos con gran sentimiento y les agradeció toda la labor que habían realizado, desde la formación del personal sanitario hasta la organización de la lucha contra la plaga. Otros monjes también salieron a despedirse, incluso algunos de los recluidos en sus celdas por miedo a la peste. Todos estaban tristes porque sabían bien lo que perdían con la marcha de los dos monjes.

Esta vez, solamente Norberto y Raimundo regresaban. Los viajes de vuelta siempre son tristes y, de alguna forma, la culminación de un fracaso. Los tres jóvenes monjes, bachilleres en Medicina, que les habían acompañado en el camino de ida, murieron víctimas de la peste y quedarían en Basilea por toda la eternidad. Así, salieron de la abadía con dos mulas y un equipaje pequeño en el que iban los dos tornos de pulimentar lentes que Yussaf había construido. La mayoría

de las cosas que trajeron, como los libros y los útiles de laboratorio quedaban allí. Mucha gente les vio partir con mucho miedo por perder al mejor médico de la ciudad.

Se fueron y nadie supo darle continuación a la Escuela de Medicina, de facto fundada por Norberto; la tradición se perdió y la universidad soñada por muchos no llegó a fundarse. Basilea había retrocedido en el tiempo y había desaprovechado el progreso que los monjes médicos le habían ofrecido a cambio de nada. Unos años después, el gran terremoto de 1356 arrasó la ciudad y destruyó los principales edificios, incluyendo la catedral y el monasterio de san Leonardo. Destruyó también los archivos, dejando a la ciudad sin memoria. Hasta hace poco, nadie conocía la labor que los monjes premonstratenses habían desarrollado durante la peste en esa parte del mundo. Ignoraban que Basilea había sufrido los efectos de la pestilencia mucho menos que ciudades cercanas de parecido tamaño, como Berna, Lucerna o Zurich. También ignoraban las muchas vidas que Norberto y su equipo habían salvado. La historia nunca escribe el olvido.

Lo único que no se borró de la memoria fue la matanza de seiscientos judíos en aquella isla del Rin. El pueblo judío no ha permitido tal olvido; nosotros, sí.

***

El viaje de vuelta lo hicieron por el mismo camino que el de ida, aunque esta vez el pleno invierno lo tornó más dificultoso. A su izquierda tenían los montes de Jura y más allá los Alpes, todos cubiertos de gruesas capas de nieve. Un mes más tarde, siguiendo el curso abajo del Ródano, donde flotaban gran cantidad de cadáveres, seguramente de apestados, camino del mar, llegaron exhaustos a Aviñón, donde los albergaron en la canónica. La ciudad había perdido la luz y la opulencia; las calles aparecían grises y desiertas con algunos enmascarados con pico de buitre que cargaban cadáveres tendidos en los suelos para arrojarlos al río, bendecido por el papa para que sirviera de camposanto. Se veía, olía y palpaba la desolación por todas

partes y la intensidad de la plaga no parecía haber amainado.

Al día siguiente fueron recibidos por Guido de Chauliac, quien mostró una sincera alegría por encontrarse nuevamente con su sobrino.

—Por lo que me decías en tus cartas y otras noticias que me llegaron por vías diferentes, sé que has tenido un tiempo extraordinariamente difícil en Basilea. El papa está muy enojado con el príncipe-obispo por la matanza de los judíos, pero no creo que pueda hacer nada contra él, un vasallo, un representante del emperador —comentó Guido después de unas sentidas palabras de salutación y bienvenida.

—Al príncipe-obispo le faltó fortaleza para oponerse a los que planearon la matanza, pero no fue culpa enteramente suya —dijo Norberto—. Yo me equivoqué al juzgarlo responsable de aquella atrocidad. No tenía las riendas de la ciudad y su poder era muy limitado.

—Hemos sabido aquí y en muchas partes de Europa de tu capacidad para formar un equipo grande de médicos, estudiantes, monjas y beguinas y de cómo habéis luchado tan eficientemente contra la epidemia —prosiguió monseñor de Chauliac—. No se ha conocido otro caso de una organización tan elaborada en ninguna otra ciudad. Ya sé que obtuviste una ayuda providencial por parte de las beguinas y otras monjas terciarias, pero el mérito ha sido principalmente tuyo. Eres conocido y popular en esta parte del mundo.

»Desgraciadamente, aquí en Aviñón echamos de menos a médicos como tú, no supimos organizarnos de forma tan efectiva y hemos sufrido muchísimo; ha habido miles de muertos y los enfermos yacían en las calles agonizando hasta morir. «El padre no visitaba al hijo, ni el hijo al padre. La caridad había muerto»[14]. El papa tuvo que bendecir y declarar sagradas las aguas del Ródano para que los cadáveres se pudieran arrojar directamente al río, pues no teníamos sepultureros para enterrar a tantos difuntos. El periodo más grave de la epidemia fue el año pasado, pero aún hoy sigue muriendo mucha gente. Yo enfermé y yo mismo me traté y curé al cabo de unos días. Dios fue de hecho quien me curó. Mantuve al papa a salvo de la enfermedad porque lo rodeé de antorchas en llamas y lo aislé de todos. Le practicaba una sangría de vez en cuando y eso lo mantuvo indemne e inmune a la enfermedad.

Norberto calló porque no quería ni era el momento de enredarse en discusiones médicas con su tío, en particular, sobre el tema de las sangrías por venosección, que él consideraba inútiles, cuando no debilitantes, desde los tiempos de su aprendizaje con el padre Guillermain en Fontcaude. Quería, no obstante, recoger toda la información posible sobre la enfermedad a partir de un observador tan perspicaz como su tío, quien prosiguió su narración:

—No quedamos más de dos o tres médicos en Aviñón. Los demás huyeron cobardemente. Lo peor fue que el Concejo Municipal tuvo que contratar a barberos que no tenían idea alguna de la medicina necesaria para aliviar a los apestados. Cuando caí enfermo, yo mismo me tuve que sajar mis landres y aplicar un emplasto de mi invención a base de higos secos y almendras molidas, que resultó milagroso[15]. En efecto, al cabo de unos días las llagas se cerraron y curaron —comentó Guido, orgulloso de haber vencido a la muerte y mantenido al papa a salvo.

—¿Has sabido de nuestra familia en Cholhac? —preguntó Norberto.

—Sí, olvidé decírtelo; están todos bien, tu madre también. La peste ha hecho estragos en la región de Mende, donde ha muerto más de la mitad de la gente. En nuestra familia no ha fallecido nadie, aunque algunos como yo contrajimos la enfermedad y sanamos después — respondió Guido.

—He tratado a muchos enfermos en Basilea y no me he contagiado. Me cuidé lo mejor que pude e impregnaba mis ropas con polvos de crisantemo para espantar a los bichos pequeños, pero, por lo que tú me cuentas y por mis propias observaciones, parece que algunos humanos tienen una predisposición a padecer la enfermedad, mientras otros gozamos de una resistencia natural frente a ella, que quizá vaya con la sangre y se herede en las familias. Nosotros hemos estado entre los afortunados. Si mi razonamiento es correcto, la epidemia irá por brotes y cesará cuando hayan muerto las personas más susceptibles de padecerla en sus formas más graves.

—Es una teoría muy interesante, aunque yo creo que una epidimia tan pavorosa tiene unos orígenes tan altos como altos son sus designios. Sin duda, la conjunción de los planetas es la causa principal de la muerte negra, como te expliqué hace años, al comienzo de la plaga —

dijo el señor De Chauliac, satisfecho y seguro de su saber astrológico, y concluyó—: Todo el mundo lo ha reconocido; desde el rey de Francia y la Universidad de París hasta los médicos y sabios de Persia, Egipto y al−Ándalus.

Norberto prefirió evitar toda controversia con su tío. Sabía que, a petición del rey Felipe VI de Francia, aconsejado por su tío Guido, los doctores de la Facultad de Medicina de París, tras sesudas reflexiones y controversiales discusiones, corroboraron y aplaudieron la teoría de monseñor De Chauliac y dictaminaron que el origen de la enfermedad se debió a una triple conjunción planetaria de Saturno, Júpiter y Marte acaecida el 20 de marzo de 1345, a la una de la tarde, exactamente, ni un minuto más ni un minuto menos. De esa forma, la tesis de su tío había recibido el respaldo, el beneplácito y la aquiescencia del saber oficial y, por consiguiente, no parecía prudente discutirla. El veredicto de tan doctos universitarios fue traducido a varios idiomas y fue aceptado por casi todos los médicos de Occidente y Oriente, entre los que, naturalmente, no se encontraba Norberto.

Para este era evidente que la peste había venido de fuera y su aparición en los puertos italianos y en Marsella, un año y medio antes, coincidía con la llegada de barcos infectados de ratas negras que saltaban a tierra tan pronto las naves atracaban. Había visto morir a muchas ratas con signos similares a los que presentaban los seres humanos. En opinión de Norberto, las ratas habían traído la enfermedad, aunque no sabía cómo esta se había extendido tanto y con tanta rapidez. En el caso de la peste pulmonar, parecía evidente que el contagio se realizaba cuando el enfermo tosía y arrojaba flemas disueltas en el aire, que luego era respirado por la gente de alrededor. Definitivamente, pensaba Norberto, no era necesario aducir movimientos astrales ni apelar a causas celestiales para explicar la eclosión de una plaga tan brutal. Había surgido en algún lugar de Asia, donde sin duda estaba en alguna forma inactiva en un desconocido reservorio, y se extendía con rapidez en los barcos que surcaban el Mediterráneo, llenos de ratas y de marineros enfermos. La epidemia se propagó atacando a personas depauperadas, hambrientas o padeciendo enfermedades debilitantes previas.

Norberto y Raimundo permanecieron en Aviñón hasta el verano ayudando a su tío en la atención de los enfermos. Era cierto que Norberto discrepaba de Guido respecto a la concepción que ambos

tenían de la medicina, pero, aun así, lo respetaba muchísimo, por dos razones, principalmente. Una se debía al saber médico tan extenso que el señor De Chauliac atesoraba en su cabeza por haber leído miles de textos médicos antiguos y modernos y tener una gran memoria para almacenarlos y evocarlos. Como segunda razón, Norberto admiraba la gran honestidad profesional y el sacrificio personal de su tío, quien había permanecido en Aviñón atendiendo no solo al papa y a sus cardenales, sino también a centenares de enfermos cuando prácticamente todos los médicos habían huido de la ciudad tan pronto como irrumpió la epidemia al inicio de 1348. Le parecía también interesante que hubiera protegido al papa al aislarlo y rodearlo de una cortina de fuego formada por antorchas encendidas alrededor del pontífice.

Uniendo todos los datos, concluyó que el calor protegía de la enfermedad y, por lo contrario, los tiempos tan fríos de los últimos lustros habían favorecido la extensión de la epidemia. Desde que leyó el opúsculo de Aristarco de Samos, Norberto estaba seguro de que el Sol, el centro de nuestro universo, era nuestra fuente de vida, aunque también podía ser la causa de nuestra muerte si nos abandonaba. Empezaba a pensar que tal vez se aproximara el fin del mundo, pero su deducción no se basaba en la aprensión o en las tesis cabalísticas y astrológicas de los milenaristas, sino en que el Sol enviaba señales ciertas y objetivas de apagarse lentamente[16] y sin el Sol la vida sobre la Tierra no era posible.

Capítulo XII

En aquel verano de 1349, la pestilencia había amainado en el Languedoc, pero todavía se presentaban decenas de casos cada día en las grandes ciudades. Al comienzo del otoño, Norberto y Raimundo se trasladaron a Montpellier y reanudaron sus clases en la Escuela de Medicina, la cual recuperaba una precaria normalidad después de que la plaga hubiera matado a más de la mitad de sus profesores y alumnos y ahuyentado a muchos otros que intentaban salvar sus vidas en otros lugares más seguros, o así lo creían.

Por aquel entonces, Norberto había terminado su libro De Omnibus Cura, en el que hacía hincapié en la prevención como método más seguro de mantenerse saludable. En la primera parte dedicaba mucho espacio a combatir la farmacopea de Dioscórides, Galeno, Avicena y otros, mientras que en la segunda mitad del libro se centró en la trasmisión de enfermedades probadamente contagiosas como la viruela, el cólera, el sarampión y, naturalmente, la peste.

En el scriptorium de la canónica se hicieron varias copias de su obra; una la envió a su tío Guido, quien no le hizo comentario alguno; la otra quedó depositada en la biblioteca de la Escuela y, según supo después, fue leída por una gran cantidad de estudiantes, que expresaron entusiasmo ante la nueva forma de considerar la medicina, y por unos cuantos profesores de la Escuela que no aceptaron el modo tan heterodoxo y revolucionario de hacer diagnósticos y evaluar tratamientos. Raimundo la leyó con gran interés, por la admiración que profesaba a Norberto, además del agradecimiento que le guardaba por haberlo curado y cuidado durante su enfermedad y construirle las gafas con las que había recuperado toda su capacidad visual. Estaba convencido de que la medicina naturalista científica de su mentor, considerando cada enfermedad como un ente único, libre de las teorías humorales de Galeno, era la más práctica y la más factible para alargar la vida y el bienestar de los hombres en los tiempos tan inseguros que corrían.

Aparte de sus clases y la atención a los enfermos del hospicio,

Norberto encontró tiempo para investigar sobre los dos temas que más le interesaban en aquel tiempo, que de hecho le obsesionaron el resto de su vida: las plagas, en especial la muerte negra, y la óptica. Al primero, es decir, al tema de la transmisión de la peste y otras enfermedades, dedicó mucho tiempo de reflexión y de discusión con Raimundo.

—Creo que debes probar si tu hipótesis es correcta y la peste la trasmiten las ratas —le dijo Raimundo—. Tenemos que conseguir ratas sanas y ratas enfermas e investigar qué es lo que las diferencia. Yo puedo construir unas ratoneras para atrapar ratas y unas jaulas para meterlas. Así, podremos observar y separar a las enfermas de las que aún parezcan sanas. Haremos las combinaciones posibles para ver si una rata enferma hace enfermar a otra sana cuando ambas se meten en la misma jaula.

Discutieron la planificación del trabajo y acordaron un plan metodológico racional y simple al que De Grosseteste y Bacon hubieran dado su visto bueno. Raimundo, ahora con buena visión, construyó en breve tiempo la ratonera y las jaulas y en pocos días atrapó una gran cantidad de ratas que él manejaba con las manos enguantadas para no tocarlas directamente, aunque estaba seguro de que, una vez que estuvo enfermo y superó la peste, no volvería a padecer la enfermedad. Sin pérdida de tiempo clasificaba a las ratas en sanas y enfermas y separaba ambos grupos en cámaras diferentes y alejadas. A las sanas las mantenía en cuarentena unos días y a las que enfermaban las volvía a separar. Luego, en una jaula ponía dos ratas juntas, una sana y otra enferma, y al cabo de unos días observaron que la enferma moría y la sana enfermaba hasta morir unos días más tarde. Repitieron una y otra vez el mismo experimento hasta llegar a una conclusión de que, aunque pareciera evidente desde el principio, había que probarla más allá de toda duda. Quedó claro que las ratas enfermas contagiaban la enfermedad a las sanas. Una vez anotados todos los datos respecto al contagio ocurrido en parejas de ratas, Norberto quiso ir más allá y propuso a Raimundo:

—Probemos la teoría de mi tío Guido sobre la influencia del calor en la trasmisión de la peste. No creo que una cortina de fuego detenga la transmisión de la peste. Debe ser un efecto general de la temperatura. Antes de que venga el invierno, cuando mueren las pulgas, pondremos unas jaulas en una habitación calentada por el fuego de una chimenea

y otras en una habitación fría, pero ahora, durante este verano, expondremos unas jaulas al sol y otras las dejaremos en el sótano más fresco de la abadía.

Al cabo de los meses de verano obtuvieron unos resultados muy claros: la enfermedad se trasmitía mucho menos cuando las ratas estaban en ambiente caluroso; por el contrario, las parejas rata sana/ rata enferma morían cuando estaban en un ambiente más frío.

—Parece que el calor esteriliza los miasmas que transmiten el mal. Tenemos que ver qué transporta esos miasmas desde una rata hasta la otra —resumía así Norberto sus impresiones.

La evidencia obtenida hasta entonces los llevó a diseñar nuevos experimentos con polvos de crisantemo. De hecho, Norberto había atribuido su inmunidad a impregnar sus vestiduras con esos polvos. Una rata sana era impregnada diariamente con tales polvos y metida en una jaula próxima a otra jaula con una rata enferma y vieron que, en la mayoría de los casos, aunque no siempre, la espolvoreada rata sana no contraía la enfermedad. Si ambas ratas eran tratadas con los polvos de crisantemo, la rata sana nunca moría. Recolectaron ratas sanas que no habían sucumbido al contagio, las sacrificaron y las examinaron con una potente lupa de ocho aumentos, sin detectar ninguna pulga.

—De nuestros experimentos se deduce que las ratas se contagian por los mismos mecanismos que los hombres. Si las ratas están en la misma jaula parece que se contagian por el aliento, porque hemos visto a los animales toser y expulsar por la boca sangre corrompida. Si la rata sana está distante, la enferma le contagiará la peste a través de las pulgas, puesto que la rata sana no se contagia si ha sido tratada con polvos de crisantemo, que es un repelente de las pulgas y otros insectos. Parece que las pulgas son las responsables de transmitir la peste a distancia. Los polvos de crisantemo matan a las pulgas; el calor no las mata, pero sí mata algo que las pulgas deben llevar dentro. Las pulgas deben enfermar en el frío y entonces trasmiten la enfermedad —concluyó Raimundo[17].

A partir de estos descubrimientos, Norberto se sumió en un mar de dudas; sus reflexiones se centraron una vez más en el poder de los sentidos, una vez más y de forma recurrente, pues el tema lo tenía

obsesionado desde hacía muchos años. Había visto que los humanos están dotados de medios sensoriales muy limitados que le permiten percatarse de una parte, quizá muy pequeña, de la realidad. Bien sabía que las águilas ven mucho más que los humanos y desde más lejos, que los gatos ven en la oscuridad y oyen mejor y que los perros olfatean lo que los hombres son incapaces de percibir.

El monje era muy consciente del gravísimo problema que todos los hombres tenían delante. Poseen un cerebro capaz de elucubrar sobre divinidades y una imaginación capaz de volar hasta las estrellas del cielo, pero también tienen unos sentidos que los atan y arrastran por la realidad cotidiana, tan privada de interés y, con harta frecuencia, demasiado rastrera y dolorosa. Pensaba en los átomos de Leucipo y Demócrito que, uniéndose de acuerdo con unos esquemas, conformaban toda la materia en sus diferentes formas y presentaciones. Quizá era una combinación nociva de átomos lo que las pulgas trasmitían al picar a las ratas y a los hombres. Algo demasiado pequeño para ser visto con los ojos del cuerpo, pero imaginable para los de la mente.

Esta disparidad entre la potencia casi infinita de la mente y la limitación de los sentidos era la faceta más aprovechada por los mercaderes de Dios, que vendían la fe como herramienta para llegar hasta donde los sentidos no pueden hacerlo, sin que nadie les pudiera contradecir ni acusarlos de usar un método sentencioso, tan repudiado por Rogelio Bacon, incompatible con la lógica aristotélica que decían seguir. En realidad, la fe es lo que rellena el vacío entre la realidad y el alcance de los sentidos.

Todo era un engaño, pensaba el canónigo regular de san Agustín, y sentía que su misión específica consistiría en ampliar la percepción como única vía de ensanchar el conocimiento, alimentar la inteligencia y deshacer errores, por muy aceptados que estuvieran. No se trataba de arrinconar la fe con el conocimiento, sino de hacer esta menos necesaria en la vida diaria de los hombres. Para él era meridianamente claro que la peste era trasmitida por algo muy pequeño que no se podía ver y se preguntaba, quizá con candidez, si algo tan pequeño e invisible podría en verdad causar una catástrofe tan grande. Por su experiencia en pulir lentes se preguntaba hasta dónde podría ampliar la realidad para ver los agentes más pequeños. Tenía ante sí un reto inigualable, tal como era buscar la grandeza de

lo mínimo, incluso su perversidad.

***

Algún tiempo después del regreso de Basilea, Norberto estaba a punto de perder su fe en Dios y este sentimiento le producía un gran dolor en el corazón. No se trataba de clamar contra un ser superior que había enviado aflicciones y calamidades sin cuento, sino de encajar la idea de Dios en la realidad cotidiana de los hombres. De forma demoledora pensaba que Dios era necesario para las pobres gentes, cuya vida tan miserable precisaba de la esperanza en una vida mejor y también para los que, como él, habían hecho de Dios el eje de sus vidas, que les hacía girar una y otra vez alrededor de lo mismo sin que ninguna fuerza centrífuga los despidiera hacia nuevos horizontes.

Recopilaba los avatares de su vida en los últimos años y solamente una visión, teñida de una extraña luz rosada, le alegraba el espíritu hasta el punto de hacerle sentir más humano y mejor persona. Era la visión de Clara, quien le sonreía desde la profundidad de la memoria. Un día, el hermano portero de la abadía le entregó una carta que venía de Basilea; era de la beguina. Muy sorprendido, se fue a su celda y, una vez solo, abrió la carta, escrita en alemán, que leyó con avidez. Decía así:

Querido hermano Norberto:

Te escribo con total pungimiento porque sé que estás perdiendo la fe en Dios. No la pierdas. Tienes un lugar preferente en su jardín y en sus planes y, si abandonas, el vacío que dejas nadie podrá llenarlo. También dejarías un hueco enorme en mi corazón.

La muerte negra no acaba de irse. Seguimos trabajando y atendiendo a los enfermos que traemos a nuestro hospicio, pero cada vez podemos hacer menos cosas. Más de la mitad de las hermanas de este beguinato se han ido a descansar en el Señor. Me dijeron que tú has trabajado mucho en Aviñón y ahora en Montpellier, adonde te escribo. Espero te encuentres bien,

aunque sé de tus experimentos con ratas enfermas y me preocupa que al final tú también sucumbas.

Nuestras vidas, la tuya y la mía, se juntarán de nuevo. He entendido bien el mensaje de Dios: ambos emprenderemos el mismo viaje, aunque yo iré delante de ti; a veces me alcanzarás, pero me perderás de nuevo. Solamente cuando tengas la completa seguridad y el mayor convencimiento de que nuestras vidas han de estar unidas, yo me quedaré contigo y esa vez será para siempre, para el resto de la eternidad.

¡Dios quiera que tengamos larga vida por delante y que el cruce final y definitivo de nuestros caminos no tarde demasiado! No te canses de perseverar en el señor. Él te ama; me lo ha dicho. Yo también te amo.

Clara de Heusingen

A Norberto le brincaba el corazón de contento. Era la primera vez en mucho tiempo que alguien trataba con él temas personales, que alguien le abría el alma y le pedía algo tan íntimo como permanecer en la fe y esperarla en un cruce de la vida. Le aliviaba cuando se sentía demasiado solo ante un mundo hostil que cada vez comprendía menos y peor.

Se preguntaba el monje qué había más allá y más acá de la rendija estrecha del mundo que podía ver y sentir. Descartó la idea de indagar en el más allá lejano, por estar infestado de esferas celestiales que parecían ser un terreno particular de Dios y de las personas capaces de sentir arrebatos místicos, un campo en definitiva vedado para él. Quizá ese cielo solamente existiera en la imaginación y los deseos de mentes más preclaras que la suya, desde Aristóteles a Bacon, pasando por Alhacén y Avicena, con las que él no podía ni quería competir.

Tampoco se extrañaba de que Dios no hubiera venido a decirle cómo estaba hecho el universo. Él no esperaba establecer un diálogo directo con Dios, como habían hecho Hildegarda de Bingen, el Maestro Eckhart o Clara de Heusingen. Estaba harto de luchar y de perder y, como consecuencia, dejó al lado su interés por las estrellas porque sus reflexiones sobre este particular le estaban llevando por caminos donde se sentía perdido. Estaba muy claro que los planetas, desde Mercurio hasta Saturno, circunvalan el Sol, pero en el universo hay

muchos más astros que no giran alrededor del Sol. Si tantas estrellas son como nuestro Sol, ¿qué hacemos nosotros aquí? ¿Cuántos mundos hay como el nuestro?

Esta inacabable serie de preguntas no tenía respuesta alguna. Fijó entonces su atención e interés en el más acá de la realidad visible, en lo pequeño e ínfimo, porque intuía que desde la pequeñez se pueden gestar grandes tragedias, como la epidemia que padecían. Razonaba que si la primera lupa que construyeron en Basilea permitía a Yussaf ver mejor los diamantes más pequeños y los detalles diminutos de las joyas que fabricaba, también se podrían construir aparatos que magnificaran aún más las cosas mínimas, incluso las que no se podían ver a ojo desnudo.

Estaba convencido de que con una sola lente nunca podría obtener los aumentos necesarios para ver los «miasmas corpóreos», como él los llamaba, que causaban las enfermedades contagiosas, pues los creía de naturaleza material, hechos de los átomos que preconizaban Leucipo y Demócrito, y no eran simples efluvios y emanaciones de materiales corrompidos como creían su tío y otros sabios que lo habían precedido[18]. A todos ellos, se quejaba Norberto, les había faltado tanto la humildad como el sentido de la realidad para reconocer los estrechos límites en los que se movían y, en vez de ensancharlos, preferían aducir designios divinos que ellos creían interpretar, equivocadamente, de forma correcta.

Sus cálculos geométricos le indicaban que una sabia combinación de dos lentes le permitiría obtener, teóricamente, magnificaciones de doscientos e incluso trescientos aumentos. Era lo que predecían las matemáticas que usaba, aunque llevar sus fórmulas, dibujos y esquemas a la práctica requería la ayuda de un orfebre artesano de al menos el nivel de Yussaf. Después de indagar e informarse convenientemente, encontró en Montpellier a un joyero y relojero catalán de nombre Gervasio Bellpuig quien, por la manufactura de sus joyas, mostraba ser un hombre habilidoso y un avezado constructor de objetos pequeños y delicados. Fue al taller del orfebre catalán, se presentó y le dijo:

—Tengo un problema técnico para el que te pido ayuda. Necesito fabricar dos arandelas idénticas que, tras ser unidas por unos remaches, puedan engastar una lente que yo proveeré. Esta lente

enmarcada se deberá insertar en el extremo de un corto cilindro de bronce o latón que se pueda introducir muy ajustadamente en la boca de un tubo, también de bronce, cuando interese. El tubo tendrá una longitud de seis pulgadas y un diámetro de una. En el otro extremo del tubo, deberá insertarse otra lente más pequeña que también proveeré —dijo Norberto al tiempo que desplegaba los planos del aparato óptico que quería construir. Sacó unas bolsitas de gamuza conteniendo una lente cada una, tres de dos tercios de pulgada y las otras tres de un quinto de pulgada, más pequeñas, pero de mayor potencia—. Se trata de tener tres lentes pequeñas de gran potencia y tres lentes más grandes de menos potencia debidamente fijadas a un corto cilindro de metal que se pueda insertar ajustadamente en el tubo de bronce.

Gervasio estaba muy interesado en el tema que le proponía Norberto. Tenía la oportunidad de aprender la fabricación de lentes que el monje le enseñaría como el único pago que le podía ofrecer por sus servicios. El orfebre aprendió bien e hizo un buen negocio a la larga: aunque la fabricación de los tubos ópticos que le proponía el monje le costó, como después se contará, la expulsión de la ciudad por mandato del inquisidor pontificio de Arles y Carcasona, acabó más tarde sus días en Valencia dirigiendo un taller de varios operarios donde se fabricaban gafas que él vendía, principalmente, a miembros de la alta clerecía, la realeza y la nobleza, a peso de oro.

Pasaron la mitad de aquel día discutiendo los planos y discerniendo entre lo que era posible o imposible hacer. Norberto se sentía feliz hablando con un hombre que había dedicado su vida a elaborar con sus propias manos objetos bellos y precisos, que además comprendía perfectamente sus dibujos, esquemas e ideas. Un mes más tarde, las lentes estaban engastadas en los cilindros, el tubo óptico estaba listo y, con ayuda de una pinza, se fijó a un soporte vertical. Pero no todo corrió bien desde el principio; Norberto encontró muchas dificultades en el ajuste y la alineación interna del aparato porque, en la práctica, los resultados no eran tan brillantes como predecía la geometría óptica. Así, los meses siguientes, Norberto y Raimundo pasaron cientos de horas mirando fascinados por el tubo óptico y haciendo múltiples cambios que disminuyeron la aberración cromática y esférica, mejorando así la nitidez de la imagen. Optimizar la óptica requirió que Norberto volviera al torno para pulir lentes más perfectas y tuviera que colocar un diafragma en el interior del tubo para compensar y resolver, en parte, los defectos ópticos del principio.

Encontraron otros problemas relativos a la iluminación de la muestra que, para su sorpresa, tenía que ser muy fuerte, de lo contrario, el examen por el tubo óptico solamente devolvía oscuridad. Puso tres lucernas, cuya luz pasaba por tres respectivas lentes de agua que concentraban la luz sobre el objeto a observar[19]. Solo mediante la práctica continuada “aprendieron a mirar” por el tubo óptico; es decir, se entrenaron en el uso del aparato, lo que no era una tarea fácil. Lo normal era que la primera vez que uno mirara no viera prácticamente nada.

Una vez que los ajustes fueron hechos, ambos sentían el inmenso placer de ser los primeros exploradores que se adentraban en un mundo tan cercano como, por mínimo, desconocido. Nunca habían pensado que los animalúnculos más pequeños, que apenas se podían ver a ojo desnudo, tuvieran una estructura tan complicada como la de los animales más grandes. Fueron precisamente las pulgas lo primero que examinaron. Las mataban con una gota de éter, obtenido por destilación del alcohol sobre aceite de vitriolo, que se evaporaba enseguida. Descubrieron sus tres pares de patas y comprobaron que las dos traseras, mucho más largas que las demás, eran sin duda las que les facilitaban el salto, pues no tenían alas para volar.

Decidieron entonces investigar el modo por el cual las pulgas trasmitían la peste. Para ello, capturaron pulgas de ratas enfermas y otras de ratas sanas. Descubrieron que muchas de las pulgas que parasitaban ratas enfermas tenían una especie de coágulo oscuro, de apariencia sanguinolenta, dentro de un abdomen muy abultado. Por el contrario, las pulgas provenientes de ratas sanas carecían de mancha oscura y su abdomen era más pequeño. Este hecho fue comprobado una y otra vez, por lo cual dedujeron que ese coágulo debía contener la causa de la peste, el germen de la enfermedad[20].

Estaban eufóricos, pues ninguno de los dos había imaginado que pudieran llegar tan lejos en sus descubrimientos. Decidieron, por tanto, verificar la hipótesis inicial. Con gran cuidado y paciencia, recolectaron pulgas con coágulo y las machacaron en un pequeño mortero de porcelana al que añadieron un poco de agua salada. Hicieron lo mismo con pulgas sin coágulo. Mojaron lancetas en los majados de pulgas con las que infectaron a ratas sanas. Tal y como esperaban, la enfermedad se trasmitió solamente por los majados de pulgas con coágulo interno.

—Debes sentirte muy orgulloso; todas tus intuiciones eran correctas —dijo Raimundo, quien sentía una admiración cada vez mayor por Norberto.

—Este trabajo ha sido obra de los dos —corrigió Norberto—. Sí, me siento orgulloso por haberle arrancado un pequeño gran secreto a la naturaleza. He aprendido mucho en este último año. Para progresar en nuestro conocimiento son necesarios aparatos que nos muestren cercano lo que para nuestros ojos es invisible. Pero no soy optimista por el alcance de nuestros descubrimientos, que creo será corto y se olvidará pronto. Ya sabemos cómo se contagia la muerte negra, pero no sabemos cómo eliminar el agente causante. Después de todo, la gente lo que quiere es curarse.

»Solo está en nuestras manos luchar contra las pulgas y para ello es necesaria una higiene pública que solamente depende de la educación de la gente y de la acción de los poderes públicos, en los que no confío. Pero ya has visto lo difícil que es; incluso estudiantes y jóvenes médicos se niegan a aceptar el valor de la higiene en la salud pública. Se sienten herederos de Hipócrates, pero no cumplen con sus preceptos higiénicos. Muchos van sucios, desaseados y hediondos. Es posible que en este periodo oscuro de nuestra historia no se puedan aprovechar la mayoría de los descubrimientos porque se necesitan unas condiciones que los hagan asumibles por la sociedad. De lo único que estoy orgulloso es de haber utilizado el método científico, tan cacareado por De Grosseteste y Bacon, pero escasas veces aplicado.

—De cualquier modo, debes escribir un libro describiendo el trabajo realizado —indicó Raimundo.

—Sí —asintió Norberto—, escribiremos un libro que se podría titular De Transmissione Pestilentiae Mortis Nigrae, en el que describiremos nuestras experiencias y pasaremos a limpio nuestros apuntes, pero no confíes en que sea muy leído y admirado. Este siglo no nos es propicio y al siguiente no llegaremos. Podría suceder que, en siglos venideros, algún científico escarbe en las bibliotecas como un ratón, lo encuentre y descubra entonces que hallazgos supuestamente recientes habían sido hechos siglos antes para ser sepultados inmediatamente en el olvido, sin incidencia alguna para el bienestar de la gente. Ante hechos como este, siempre me acuerdo de Aristarco de Samos y su idea que es la Tierra la que rota sobre sí misma y alrededor del Sol,

como cualquier otro planeta.

»Por más que lo pienso, no doy con las claves que hacen a las sociedades receptivas ante un nuevo descubrimiento o cualquier otro signo del progreso. No creo que nuestros resultados se acepten en el momento que vivimos porque la sabiduría oficial ha establecido la conjunción planetaria como la causa de la pestilencia, aunque la jerarquía católica ya ha dicho que no, que todo se debe a un castigo divino porque solamente Dios mueve los astros y los pone en línea cuando quiere, quien hace temblar la Tierra y vomitar a los volcanes, y quien ordena que los aires se corrompan para llevar la enfermedad a todas partes y así castigar a la humanidad por sus muchos pecados. Con esta forma de pensar e interpretar los fenómenos naturales seguiremos eternamente perdidos simplemente porque la Iglesia no acepta el progreso ni cree que se deba progresar para beneficio de la humanidad. Mientras esa gente disocie el alma del cuerpo y crea que este no merece el mínimo cuidado con tal de que el alma esté al gusto de ellos y, supuestamente, de Dios, no habremos progresado nada y seguiremos estando donde estamos.

La noche había llegado y Norberto dudaba que mañana, con el nuevo día, se fuera y no permaneciera para siempre.

Capítulo XIII

Pasaron los meses y la situación personal de Norberto en la Escuela de Medicina de Montpellier llegó a hacerse incómoda. Pese a incrementarse su prestigio entre algunos alumnos y la gente del pueblo que había sido atendida por él, este mermaba entre los profesores, mientras la hostilidad de estos aumentaba. Tanto las enseñanzas que impartía en sus clases como su libro De inutile Sanitate habían levantado gran cantidad de suspicacias y ácidas controversias entre los miembros docentes y discentes de la escuela médica. Era verdad que había ciertos sanitarios, sobre todo jóvenes médicos y estudiantes, que apoyaban sus tesis y puntos de vista sobre la medicina natural que preconizaba, pero la mayoría, especialmente los médicos más veteranos, consideraban sus ideas genuinamente heterodoxas y próximas a la herejía. Casi ningún compañero de nivel similar al suyo estaba de acuerdo con las prácticas médicas de Norberto, con su manía de no usar apenas ningún remedio de entre los muchos que la farmacopea, desde Dioscórides hasta Abulcasis, había puesto en el arsenal de un médico, y por su desprecio y desconsideración a las combinaciones astrales o a las fases de la Luna a la hora de tratar una enfermedad determinada o hacer una sangría que, de todas formas, Norberto nunca practicaba.

Veían en el libro un ataque a la medicina de Galeno y, en general, a la de todos los padres de la medicina y mostraban un desacuerdo total con el menosprecio de Norberto hacia el poder curativo de la mayoría de los remedios al uso. También lo acusaban de practicar una cirugía temeraria, aunque muchos le reconocían unas grandes dotes quirúrgicas; operaba hernias, cataratas y cálculos de la orina; reducía fracturas e inmovilizaba miembros con la seguridad de que la curación sería completa. Su tratamiento de las heridas, a base de limpiarlas con agua hervida, ligar arterias si era necesario y la inmovilización prolongada, brindaba unos resultados óptimos, mucho mejores que el cauterio o la aplicación de emplastos de uso común en la medicina de Montpellier, que solo servían para contaminar y corromper las heridas aún más.

Tampoco concedían los médicos establecidos gran valor a la limpieza, a los baños y al lavado frecuente de la ropa. Sin embargo, parte de la inquina de la que era objeto estaba dictada por la envidia; Norberto obtenía mejores resultados que ningún otro médico y generaba mucha más confianza entre los pacientes que acudían a él de forma masiva, con fe en su curación.

Otra de las razones que le hacían cuestionarse su permanencia en la Escuela Médica de Montpellier era el nivel científico de esta, muy inferior del que había gozado el siglo anterior cuando impartían sus clases profesores judíos y árabes huidos de al–Ándalus, además de cristianos de la talla de Arnaldo de Vilanova. El nivel científico había languidecido desde el año del Jubileo de Bonifacio VIII, pero después de la peste la calidad había descendido penosamente. Ahora el profesorado no alcanzaba la calidad de antaño y, además, eran pocos, porque la muerte negra había matado a la mayoría y puesto en fuga a algunos más. Su tío Guido, por ejemplo, había marchado a la corte papal de Aviñón. Permanecían, pues, los profesores más mediocres por ser locales y no haber mamado el universalismo de la ciencia. Era un ejemplo de universidad endogámica. Excepto Alfonso de Córdoba, un judío converso andaluz conocido por su odio a los de su propia estirpe, ya no había profesores andalusíes y a los pocos judíos que aún enseñaban se les hacía la vida difícil. En un ambiente de desconfianza, la Universidad no puede existir y tampoco la ciencia, se decía a sí mismo y estaba convencido de llevar razón.

Cualquier duda remanente sobre su permanencia en Montpellier se disipó frente a la hostil acogida que tuvo su tercer libro, De Transmissione Pestilentiae, entre sus compañeros de la clase médica. Ante tantas reacciones adversas, nuestro monje tomó por evidente que tenía que marcharse de allí, necesariamente. Resultaba realmente increíble, incluso grotesco, que De Cholhac considerara la causa de la peste algo muy pequeño que se transmitía por las pulgas. Sus acusadores se reían y mofaban de los experimentos que Raimundo y él habían realizado con ratas enjauladas y llegaron tan lejos como para decir que su tubo óptico era obra del diablo y que a través de él se veía al mismo Satán con el tridente, carcajeándose de todos los mortales entre las llamas del infierno y diciéndoles a todos «aquí os espero». Su libro se leyó con avidez, a veces en lecturas públicas donde se escuchaban los comentarios más adversos, cuando no jocosamente mordaces, interrumpidos por las risotadas de la

concurrencia.

Norberto decidió visitar a su tío, para mostrar sus descubrimientos al único hombre cuya opinión sobre él realmente le importaba. Se sentía solo y acosado por unas circunstancias difíciles de afrontar. No obstante, le preocupaban más las dudas que le corroían respecto a estar o no estar en lo cierto. La seguridad que tenía en sí mismo era menor que la de sus enemigos. ¿Y si él estuviera equivocado? ¿Y si el destino de la humanidad era el actual y no estaba previsto ningún tipo de mejora, ni desentrañar más misterios a la naturaleza? ¿Tenemos nosotros, los mortales, derecho al progreso o a vivir mejor en la Tierra? Después de todo, ¿qué títulos asistían al hombre para penetrar en los arcanos de la naturaleza que solo Dios conocía y parecía habérselos guardado para sí?

Para contestar estas preguntas la gente trae a colación tiempos pasados que, en la imaginación colectiva, creían mucho mejores que los actuales. No era así. Había habido tiempos mejores y peores, pero todos habían sido malos. Las epidemias vendrían y se irían, como siempre había sucedido; los niños de pecho seguirían muriendo a mansalva; los campesinos padecerían hambruna los años de malas cosechas… ¿Se podía superar el destino del hombre que no era otro que estar junto a Dios el resto de la eternidad, siempre y cuando cumpliera con ciertas condiciones en su paso por este valle de lágrimas? Pese al residuo de dudas que le afligían, Norberto esperaba que cuando pasase la epidemia, los hombres se serenaran y dedicaran a reconstruir sus propias vidas sobre la base del amor y la confianza en sí mismos. No era bueno que la vida de las personas girara permanentemente de forma obsesiva alrededor de la idea de Dios que les habían transmitido. No podía admitir que se utilizara el miedo como medio para dominar a la gente sencilla.

***

—Este es el tubo óptico que Raimundo y yo diseñamos y Gervasio Bellpuig, el orfebre barcelonés de la plaza de la Escuela, nos construyó —dijo mientras sacaba su aparato de la funda de lana que lo envolvía

—. Estos son los planos que dibujamos siguiendo fielmente la óptica geométrica de Alhacén y ahora puedes ver el resultado.

Guido de Chauliac tenía más de sesenta años y la edad le había llevado al natural escepticismo de los ancianos, pero no por ello dejó de maravillarse ante la realidad que vería a través del tubo óptico de su sobrino.

—Es increíble —exclamó el célebre cirujano realmente entusiasmado —. Con este aparato podríamos descubrir la causa última de las enfermedades, entenderlas mejor y diseñar nuevos tratamientos.

—No sé si llegaremos a tanto. Me conformaría simplemente con que facilitara nuevas formas de contemplar la realidad y nos ayudara a pensar que esta se extiende mucho más allá de lo que nos revelan nuestros sentidos —apostilló Norberto y continuó—: Hice construir un tubo óptico idéntico al mío para ti y aquí está. Es solamente un pequeño reconocimiento que te debo por lo mucho que has hecho por mí a lo largo de mi vida.

Su tío, sinceramente emocionado, lo abrazó y le dio las gracias. Entonces, una especie de silencio se tejió entre ambos. La expresión de monseñor De Chauliac cambió desde su inicial entusiasmo hacia la circunspección y la gravedad; dijo:

—Querido Norberto, tengo algo no grato que comunicarte. El inquisidor general de Arles y Carcasona, Pedro des Monts, ha venido a Aviñón para una audiencia papal y ha aprovechado el viaje para visitarme y hablar conmigo. Me ha hecho saber que has sido denunciado ante la Inquisición Pontificia. Quiere aclarar esas denuncias y, por este motivo, te va a enviar una citación para que te presentes a él y ante un tribunal de tres miembros. Me ha asegurado que no te enviarán los tres Edictos de Gracia desde el púlpito de las iglesias de Montpellier, lo que haría público que eres buscado por la Inquisición y mermaría tu prestigio. Será todo más discreto; es lo que ellos llaman una Sermo especialis, una primera audiencia en la que solamente tú serás juzgado ante un auditorio restringido y seleccionado que no te será hostil.

»Aunque te contraríe, quiero que entiendas que el hecho de que te juzguen a ti solamente y en las circunstancias que he mencionado es

una deferencia que el inquisidor tiene conmigo para resolver pronto tu caso y declararte inocente, si tú pruebas que lo eres. Intercedí por ti recordándole a Des Monts la extraordinaria labor médica que desarrollaste en Basilea y sigues ejerciendo en Montpellier, así como tu abnegación personal curando a tantos apestados. Te exhorto, por tanto, a que seas humilde ante el tribunal y no establezcas acerbas discusiones con ninguno de sus miembros. Piensa que, aunque la acusación no implica una condena a muerte, sí te pueden recluir durante años en un presidio y así tu carrera se habrá terminado y quizá también tu vida, porque es muy difícil salir entero de una cárcel de la Inquisición.

Aunque podía esperarlo, para Norberto su enjuiciamiento en un tribunal de la Inquisición papal supuso una impactante y dolorosa noticia. No creía que su persona y su medicina gozarán de la aprobación general, pero tampoco esperaba que hubiera tanta gente en su contra de forma tan hostil hasta el extremo de haber sido denunciado ante la Inquisición Papal. No lo tomaba como una agresión personal, sino como una defensa de quienes no les gustaba que, a la mitad de su trayecto vital, alguien les recordara que estaban errados y no iban a parte alguna.

Se daba cuenta de que el inquisidor general usaba su poder para dejar al mundo como estaba y de la forma que a él parecía gustarle. Consideraba que para protección de la Iglesia no eran necesarios unos perros guardianes tan rabiosos cuales eran la Inquisición y sus frailes dominicos, acompañados de algún franciscano desorientado. No hizo comentario alguno, agradeció a su tío la ayuda que le prestaba y le prometió que, motu proprio y sin necesidad de apercibimiento público, estaría ante el tribunal el día y la hora que le ordenaran.

Durante los dos días del viaje de vuelta a Montpellier, con parada pernocta en Nimes, Norberto tuvo mucho tiempo para pensar en sí mismo y en su situación. Llegó a la conclusión de que su tiempo en Montpellier había terminado, cualquiera que fuera el resultado de su Sermo especialis; pero no lo lamentaba en absoluto. Necesitaba cambiar de aires, cambiar de vida; soñaba con que Clara estuviera permanentemente a su lado en algún lugar más tolerante y permisivo. Deseaba que su asunto con la Inquisición se resolviera sin salir excesivamente dañado y que se le permitiera ir a algún sitio distante donde pudiera enseñar la medicina que él había concebido y la cirugía

que él había aprendido de forma prácticamente autodidacta, leyendo los tratados de Abulcasis. Tenía treinta y ocho años y aún se consideraba lleno de energía. Nadie tumbaría sus grandes deseos de observar lo infinitamente pequeño, donde podría estar el origen de los males que él había descrito en su obra De ómnibus Cura, cuya segunda parte trataba de enfermedades contagiosas y su modo de transmitirse.

***

Por fin llegó el día que iba a cambiar radicalmente la vida de De Cholhac. En una sala capitular de la catedral de san Pedro en Maguelone, cinco millas al sur de Montpellier, se constituyó el tribunal formado por el gran inquisidor Pedro des Monts, franciscano, y dos frailes más de la Orden de Santo Domingo, pues la ciencia y el conocimiento de las escrituras de los miembros de esta orden los habilitaban para mejor juzgar y condenar al reo y, si procedía, finalmente "relajar" al relapso a la autoridad civil para su oportuna ejecución, de forma que tan santos varones mantuvieran sus sucias manos impolutas y sus podridas conciencias, tranquilas.

Presidía el inquisidor, sentado en un gran sillón en la parte más alta de un estrado escalonado con un monje dominico a cada lado, ambos sentados a menor altura que Des Monts. Debajo de ellos, en el centro de la sala, se sentaba quien parecía ser un notario ante una mesa llena de legajos, papeles, un tintero y plumas de ganso cortadas. Norberto apenas podía reprimir el desprecio que sentía por aquella gentuza. Miró hacia atrás y vio tanto los sitiales como los bancos todos llenos y ocupados principalmente por compañeros suyos de la orden, canónigos de la regla de san Agustín, entre los que destacaba su tío Guido, que había venido de Aviñón ex profeso y se sentaba en primera fila. Se hizo un silencio y unos de los frailes dominicos, un profesor de teología de la Universidad de Montpellier, conocido por su intransigente ortodoxia, preguntó al reo si recusaba el testimonio de alguien por considerarlo enemigo.

—No recusaré a nadie porque no conozco quién me acusa y de qué se

me acusa —dijo Norberto poniéndose en pie y añadió—: Si me decís quién me acusa, decidiré si merece o no la pena recusarlo.

—Se te acusa de brujería y magia, que es una forma de herejía y, por tanto, estás sujeto a la jurisdicción de esta Santa y Apostólica Inquisición —dijo el secretario dominico que parecía dirigir la audiencia, eludiendo parte de la cuestión.

—Pues bien, entonces recuso a quien o quienes me han acusado de brujería y magia —repuso el monje, a quien en otras circunstancias le resultaría divertido este diálogo tan estúpido.

—Tienes que decir los nombres de los acusadores que recusas —apostilló el dominico.

—Vosotros los sabéis; yo, no. Pero dejemos eso, ¿de qué clase de brujería estoy acusado? —preguntó el reo.

—Te han denunciado por construir artefactos con el solo propósito de ver el infierno y entrar en contacto con el demonio —afirmó tajante y escuetamente Des Monts, quien hacía así su primera intervención en el proceso.

Cumpliendo su propósito de portarse de forma moderada, Norberto pudo controlar la carcajada que le llenó la boca.

—No es verdad —negó Norberto, quien, para sorpresa de su tío y de todos lo que lo conocían y trataban, mostraba una gran serenidad y contención; en efecto, no había empezado su alocución desacreditando al tribunal, tachándolos de malévolos ignorantes y negando su competencia para juzgarlo a él; esta era la conducta que podían esperar de Norberto los que lo conocían. Prosiguió dirigiéndose a Des Monts—: Mi aparato es tan solo un diseño para ver grandes las cosas pequeñas. Justamente lo que tú estás haciendo ahora. Tú no puedes leer tu informe sin la ayuda de una piedra de leer que arrastras por el legajo, un sistema muy antiguo cuando hoy día podrías tener unas gafas que te permitirían la lectura con más comodidad y sin forzar tanto la vista. O sea, tanto tú como yo necesitamos cristales tallados en forma de lentes para ver lo que no podemos ver con los ojos desnudos. Tú lo necesitas para leer la falsa acusación que tus secretarios amanuenses han urdido y escrito a vuestro dictado, faltando gravemente a la verdad, contra mí, mientras que yo uso mi

aparato para leer y comprender la naturaleza. ¿No será que tú también practicas la brujería? Lo que yo veo con mi tubo es pequeño, pero real; lo que tú ves con tu piedra es irreal y horrible.

—No es lo mismo una simple piedra de leer que un extraño artefacto fabricado para ver al diablo en el más allá —saltó encolerizado el gran inquisidor.

—Sí, esa es la diferencia entre tú y yo. Para leer lo mismo que lees siempre, tú utilizas un aparato óptico tosco y primitivo; en cambio, para investigar los arcanos de la naturaleza yo necesito un aparato óptico mucho más complejo, que yo mismo diseñé. Cualitativamente sí son iguales; la piedra y mi tubo óptico hacen lo mismo: ayudan a ver lo que los ojos desnudos no pueden ver; así de sencillo —aclaró Norberto y añadió—: Mi tubo óptico está basado en De Aspectibus, o Tratado de Óptica, de Alhacén, un sabio musulmán cuyas obras se estudian en todas las universidades de la cristiandad desde hace cuatro siglos. No podéis juzgarme si no conocéis la geometría suficiente para entender mi aparato, aunque creo que de óptica no sabéis nada y vais a dictar una sentencia condenatoria sin saber exactamente lo que tenéis entre manos, porque gran parte de la realidad os sobrepasa y no entendéis. Aquí tengo el Tratado de Alhacén por si queréis leerlo y aquí os presento los esquemas que diseñé como soporte teórico del aparato que he traído por orden vuestra. Y ya que lo tengo conmigo, os invito a que miréis y comprobéis que no se ve ningún demonio, pero sí se ven objetos muy pequeños, imperceptibles para el ojo desnudo.

Al oír la última frase, Pedro des Monts saltó de su asiento como un resorte:

—¿Es que quieres que nosotros también pequemos con actos de brujería? ¡Ordeno que entregues ese diabólico artefacto para que sea destruido inmediatamente!

Un guardia se plantó ante Norberto, le exigió la entrega del tubo óptico y, ante la reticencia del monje, se lo arrebató por la fuerza. Otro guardia trajo un poyo de madera que colocó a modo de yunque de pie en el centro de la sala. Pusieron el tubo óptico sobre el tocón y uno de los guardas lo machacó golpeándolo repetidamente con un gran martillo de hierro. El tubo quedó destrozado e irreconocible, con

todas las lentes rotas; imposible de ser reparado.

Norberto tuvo claro que la brutal escena había sido ensayada y preparada con especial teatralidad. De hecho, como se vería después, la destrucción del tubo óptico era una parte muy importante de la sentencia que aguardaba al reo. Miró con amargura los metales machacados del tubo tan delicadamente construido por Bellpuig, pero no perdió los nervios; observó al tribunal con el mismo desprecio con el que hubiera mirado a la soldadesca del califa Omar mientras quemaba la biblioteca de Alejandría. No había que extrañarse; eran tiempos en los que se anatematizaba el progreso para que la situación tan calamitosa que la mayoría del pueblo sufría se perpetuara de forma indefinida. La Inquisición custodiaba una religión que no era compatible con la felicidad personal.

Tras estos acontecimientos, los inquisidores se retiraron para una larga deliberación antes de emitir una sentencia prejuzgada, como era habitual. Unas horas más tarde, el tribunal volvió; tanto el reo como el público asistente se levantaron y todos se prepararon para oír la decisión del tribunal. El gran inquisidor Des Monts fue el último que entró en la sala e invitó solemnemente al notario a anunciar la sentencia. Al parecer, según leyó, el tribunal se sentía más que satisfecho con la destrucción del tubo óptico y emitió la condena más suave que se acostumbraba en aquellos tiempos y circunstancias tan hostiles contra todo y contra todos: Norberto debía dejarlo todo, su ciudad, la universidad, sus clases, su abadía…, todo; también se le obligaba a coser un par de grandes cruces amarillas en el pecho y la espalda de su vestido talar y peregrinar a Santiago de Compostela a pedir la intermediación del apóstol para que Dios perdonara su gravísimo pecado de brujería.

No más de dos años más tarde debería volver al tribunal a rendir cuentas de su peregrinación con el fin de comprobar el grado de su arrepentimiento, demostrar que había tomado una senda más santificada para llegar hasta Dios, que no había construido ningún otro artefacto para ver demonios y que había vuelto finalmente al redil del Señor. Como era usual en una sentencia tan leve (entonces las sentencias habituales de la Inquisición Pontificia consistían en prisión perpetua, el emparedamiento en estrecho a pan y agua o la combustión en la hoguera), esta acababa explicando que a su vuelta Norberto debería pedir limosna todos los domingos a las puertas de la

iglesia de Nuestra Señora de las Tablas, tras lo cual sería azotado en público por el párroco de la iglesia con diez latigazos tan solo. Acababa la sentencia con la prohibición perpetua de enseñar en la Escuela de Medicina de Montpellier.

Aquel veredicto fue en algún punto sorprendente para Norberto, aunque era común en los casos no graves que se sentenciara al reo a peregrinar a algún lejano lugar de culto. Peor habría sido una condena a peregrinar al Santo Sepulcro del Jerusalén de los mamelucos, como también era habitual en las sentencias leves de la Inquisición papal en el Languedoc, pese a que la mayoría de los condenados morían o se perdían en tan largo y peligroso viaje del que nunca regresaban. Norberto tampoco regresó de su peregrinar por el Occidente.

Sin embargo, después de una corta reflexión, no le pareció tan mala la sentencia. Llevaba tiempo pensando en abandonar Montpellier e irse bien lejos. Quizá Santiago fuera un buen lugar donde dirigirse; tardaría al menos tres meses en llegar durante los que tendría tiempo sobrado para poner todos sus pensamientos y su vida en orden. Al día siguiente, se preparó para el viaje. Distribuyó sus pertenencias, la mayoría de las cuales donó a Raimundo, y se despidió de sus colegas de la Universidad y de la canónica. Visitó a su tío Guido, quien se preparaba para volver a Aviñón, y le dijo:

—Sé que me has ayudado a obtener una sentencia más suave, por lo que te estoy, una vez más, muy agradecido. No me viene mal que me hayan expulsado. Hacía tiempo que quería irme, aunque no tenía claro hacia dónde. Ahora ellos han decidido por mí y me parece bien.

—Creo que te conviene un largo periodo de reflexión y tranquilidad. Has trabajado muchísimo estos últimos años, bajo unas circunstancias muy difíciles; necesitas un tiempo y un espacio para reencontrarte a ti mismo. Le pediré a Dios que me mantenga vivo hasta tu vuelta —comentó Guido, quien le hizo entrega de una bolsa de lana—. Te devuelvo el aparato que me regalaste. Una vez que han destruido el tuyo, lo que esperaba de la sentencia, tú podrás usar este tubo con más provecho que yo. Te pido que sigas usándolo y desvelando nuevos arcanos a la madre naturaleza. Todos te lo agradeceremos; la naturaleza, también.

Miró a su tío Guido sin añadir una palabra más. Le sonrió a modo de


despedida y se fue. Nunca más volvieron a encontrarse.

Capítulo XIV

Las opiniones ajenas adversas no le molestaban, pero sí le hería perder amigos justo ahora que estaba perdiendo a Dios. Se sentía solo, pero, en su soledad, seguía sin comprender la sacralización que se hacía de la medicina, cuya única forma de prestigiarla no era hacerla mejor y más efectiva, sino convertirla en una parte de la religión, con sus padres fundadores, sus santos y sus profetas, que no podían ser cuestionados so pena de ostracismo o castigos aún mayores. La medicina se entendía como una religión del cuerpo que, en realidad, se rendía y supeditaba a la religión del alma y, aun así, contribuía muy poco al bienestar de los hombres. Antes o después, la medicina sería reconocida como una ciencia, pero por el momento no era posible luchar contra las supersticiones sin salir herido o muerto y, consecuentemente, aceptó la sentencia sin recurrirla, derecho que le asistía, aunque con resultados más que dudosos entre los que podría contemplarse un agravamiento de la sentencia, y se dispuso a caminar hacia el lejano y tenebroso Occidente, el último lugar de la Tierra donde el Sol se pone y el crepúsculo vespertino se eterniza sobre el mar hasta ser engullido por las tinieblas, más de mil millas romanas hasta Santiago de Compostela.

Cuando le comunicó su decisión a Raimundo, este quedó muy afectado y le insistió en recurrir la sentencia para permanecer en Montpellier o, si persistía en su intención, que le permitiera peregrinar con él a Compostela.

—Vayamos los dos hasta Compostela —arguyó Raimundo—. A la vuelta podríamos quedarnos en el reino de Castilla, donde no hay Inquisición que nos pueda perseguir. Allí también hay universidades y escuelas de medicina que nos podrían admitir entre sus profesores. Seguro que haríamos una buena labor porque en Castilla, aunque llegó más tarde, todavía se sufre de peste, según he oído. Podríamos ofrecerles nuestra experiencia.

—No, querido Raimundo. Soy yo el que tiene problemas de conciencia, de fe y de desesperanza y, por lo tanto, debo ir solo —fue

la respuesta de Norberto—. Es un camino en soledad, un viaje hacia los adentros de uno mismo, lo que debo emprender. Creo que necesito hacer un balance de mi vida, de la que no me siento satisfecho.

—Norberto —cortó Raimundo—, no debes afligirte de ninguna manera; eres el mejor hombre que he conocido.

—Así lo ves tú porque me amas, pero no porque sea verdad.

Un día más tarde, Norberto abandonó Montpellier para siempre, con el pesar de Raimundo y la bendición del abad de la canónica, quien le dio información sobre monasterios de la orden que iría encontrando a lo largo del camino y le deseó paz y ventura. Partió con una sola mula que cargaba su equipaje, en el que iba el torno pequeño que Yussaf Migash le había construido, el tubo óptico que su tío le había devuelto, la colección de lentes pulidas por él mismo y varios libros, entre ellos los que él había escrito: De inutile Sanitate, De omnibus Cura y De Transmissione Pestilentiae. En este último había resumido y sistematizado los estudios que Raimundo y él hicieron sobre la trasmisión de la enfermedad por las pulgas enfermas con coágulo abdominal, que tanto rechazo, controversia y burla habían suscitado en los medios académicos y en la Inquisición papal de Montpellier.

Caminó a lo largo de la vía Arlesiana, la que usaban los provenzales, los italianos transalpinos y los eslavos del sur para peregrinar a Santiago, poco frecuentada en aquellos días, pues la peste había cambiado las costumbres de los cristianos, cuyo fervor religioso por Santiago y la fe en eternas indulgencias tras el peregrinaje habían disminuido en gran medida. La muerte negra destruyó la esperanza y, sin esta, el hombre se sentía demasiado desvalido.

Había aprendido que el dolor y la enfermedad, lejos de purificar los espíritus como predicaban los clérigos, sacaban a flor de piel lo peor del alma humana, que solamente se puede compensar cuando, después de serenarse y recobrar la salud, el hombre sintiera que su dios le había estafado y empezara a pensar más en sí mismo. Con aquel estado de cosas, Norberto no se sentía un caso especial. No se trataba de reprochar a Dios el haberles enviado la mortal enfermedad, sino más bien se hacía necesario alejar a este y eliminar su intromisión en la vida cotidiana de las gentes. Si Dios no los ayudaba en los momentos tan graves que la humanidad vivía, los hombres tenían

derecho a buscar su propia felicidad por otros medios. Este pensamiento inducía, por una parte, un sentimiento de soledad y abandono, pero por otra, ponía al hombre en un campo más abierto, con más grados de libertad para ir de un lado a otro, para volar, soñar, equivocarse y, naturalmente, pagar por ello.

A lo largo del camino, Norberto era reconocido como un peregrino condenado por la Inquisición por las dos grandes cruces amarillas cosidas a su ropa que estaba condenado a llevar. A algunos que lo veían pasar este hecho les suscitaba burlas; conmiseración y palabras de ánimo a otros. Encontró a su paso tantos peregrinos vivos como muertos, cuyos cadáveres se encontraban tirados en los bosques, entre los viñedos o a ambos lados de la calzada, sin que nadie se dignara a enterrarlos, sobrevolados o rodeados por cuervos negros y buitres leonados que bajaban del cielo a limpiar lo que los hombres se dejaban de sí mismos; una completa reducción humana.

Ante un panorama tan tétrico y desventurado, él hizo lo que mejor pudo; rezó un breve responso a cuanto cadáver encontraba, sobre el que echaba un poco de tierra. En alguna ocasión pidió ayuda para enterrar a los muertos, pero nadie se la otorgó. Las pandillas de flagelantes que, al contrario que en Alemania, en aquella zona del sur de la Occitania respetaban a la Iglesia católica y gozaban del beneplácito de los obispos, tampoco le prestaron ayuda cuando pasaban a su lado. Parecía que sus histriónicas expresiones y estrafalarias actuaciones solamente servían en las ciudades donde eran admirados por las multitudes entre las que, de paso, propagaban la epidemia, y no en el campo abierto cuando nadie los veía pelearse entre ellos, comportarse con vulgaridad, empeñarse en prácticas sodomíticas o abandonar sin piedad a sus propios enfermos y moribundos.

Al final del tercer día de su viaje arribó a la abadía de Santa María de Fontcaude, en Cazedarnes, unos veinte años después de haber salido de allí. Norberto guardaba unos recuerdos muy gratos de los diez años que pasó en Fontcaude como escolar y novicio. El abad era ahora el padre Guillermain, su primer maestro en el arte médico, quien lo recibió y lo abrazó lleno de afecto. Más de la mitad de los monjes habían muerto durante los peores años de la plaga, pero aún quedaban monjes viejos que lo recordaban muy bien y otros que sabían de él por su fama, aunque solo lo conocían por referencias. Su

notoriedad como médico sabio había llegado hasta allí y los premonstratenses se sentían orgullosos de que su brillante carrera hubiera empezado en Fontcaude. Cumplía la tradición por la que un monje en camino que fuera acogido en una abadía de cualquier orden, propia o ajena, después de descansar un día, debía dedicar uno o dos días a trabajar en beneficio del monasterio.

Norberto nunca descansaba. De hecho, en Fontcaude sabían que llegaba y le estaban esperando decenas de enfermos con fe en su curación: monjes del monasterio, viajeros acogidos en el hospicio y gente de Cazedarnes para que los ayudara a sanar de sus enfermedades. Así, atendió a muchos y operó a varios durante su estancia en Fontcaude, que fue más larga de lo que pensaba, porque tuvo que esperar hasta la recuperación de los pacientes que había operado.

—Hermano Norberto —le dijo el abad la tarde anterior a su partida—, te felicito porque eres el médico que yo siempre soñé ser y el que siempre supe que tú serías. Ha sido un honor haberte servido ahora de ayudante en las operaciones que has practicado. Eres un gran cirujano; el mejor.

—Me elogias demasiado —dijo Norberto—; buena parte de lo poco que he conseguido te lo debo a ti. Nunca te he olvidado ni desde el fondo de mi corazón he dejado de agradecerte lo mucho que me diste.

—Conocemos el motivo de tu viaje y te deseamos las mejores bienaventuranzas —continuó Guillermain sin prestar atención a las últimas palabras de Norberto—. Que todos tus propósitos se cumplan. Sabemos cuál ha sido tu trayectoria real en este mundo desde que nos dejaste y debes sentirte muy orgulloso por haber curado a miles de enfermos a quienes pusiste de nuevo en el camino de la vida. Eso es realmente lo que importa; el resto, lo que pueda estimar un inquisidor que ha perdido el sentido de la realidad y de la fe, no debiera tener la menor importancia. Esperamos nos visites de nuevo en tu viaje de vuelta y te deseamos la mayor ventura en todo tu camino.

El monje se sentía muy reconfortado por estas palabras que, de verdad, lo ayudaban a seguir hacia adelante ahora que estaba realmente solo.

Al día siguiente reanudó su camino y, una semana más tarde, cien millas al occidente, arribó a Tolosa, una gran ciudad, más grande incluso que Montpellier. Se dirigió hasta la basílica de san Saturnino, el santo patrón de la ciudad, donde fue acogido en la canónica, la casa anexa al templo, que tenía un hospital al lado regentado por canónigos regulares para servir y ayudar, entre otros, a los peregrinos de Santiago. Norberto era bien conocido como médico por la mayoría de los canónigos de Tolosa y, por tal razón, se le pidió visitar a los enfermos del hospital. La ciudad había sido muy castigada por la peste que, aunque ahora amainada la epidemia, aún producía estragos entre la población. Para remediar la plaga, en Tolosa usaban con profusión el vinagre marsellés, o de los cuatro ladrones[21]. Había oído hablar de ese vinagre aunque nunca lo había usado. Cuando conoció su proceso de fabricación, entendió sus propiedades: tanto su contenido en ruda como en alcanfor ahuyentaba a las pulgas, piojos y otros parásitos, pero creía que no se podía comparar en efectividad a las cualidades de los polvos de crisantemo blanco mezclado con caolín que él usaba con profusión. Recomendó, no obstante, usar el vinagre para frotar los cuerpos y asperjar las vestiduras, pero no para beberlo, por inútil e indigesto. No parece que nadie siguiera su consejo porque el vinagre continuó siendo muy popular durante muchas generaciones en Occitania.

Unos días más tarde abandonó Tolosa y, por la vía Toletina, caminó hacia el occidente, hasta Santa María de Olorón, donde se viraba al sur y se iniciaba la fatigosa subida de los montes Pirineos hasta el puerto de Somport, aún cubierto por una delgada capa de nieve. Una vez que coronó el puerto entró en el reino de Aragón. Descendió hasta dar con el hospital de Santa Cristina, donde fue bien recibido por sus compañeros, los canónigos regulares de san Agustín, que regentaban el hospicio. Allí descansó unos días y, como venía siendo costumbre, atendió a los peregrinos, algunos de los cuales estaban muy enfermos, casi a las puertas de la muerte, y extenuados tras la durísima ascensión al puerto y por el frío intenso de la cumbre.

***

Viajó hacia el sur, hasta Jaca, la primera ciudad del Camino de Santiago en Hispania, donde se alojó con sus compañeros, los canónigos, quienes tenían una residencia con hospicio adosada a la catedral, que era un edificio destartalado y grande, construido casi tres siglos antes en el viejo estilo romano. En Jaca, el Camino de Santiago viraba en ángulo recto hacia occidente, hacia el Reino de Navarra, y parecía que el estado anímico de Norberto también viraba desde los deberes de su penitencia hacia la libertad personal.

Durante los días que permaneció en el monasterio de Jaca fue informado por sus compañeros canónigos de la situación médica, bastante calamitosa, de los estados del Reino de Aragón después del gran brote de muerte negra que había matado a muchos médicos, incluyendo a casi todos los profesores de la Universidad de Lérida. En la Corona de Aragón solo tenían una Escuela de Medicina radicada en Lérida, cuyo Estudio General había sido creado hacía poco más de medio siglo por el entonces rey Jaime II. Desgraciadamente, la Escuela Médica y el Estudio General habían decaído hasta casi desaparecer con la epidemia. Uno de sus profesores más eximios, Jaime d’Agramunt, había muerto de peste justo después de escribir su célebre Regiment de preservació a epidemia e pestilencia e mortaldats, el primer estudio sobre la muerte negra escrito en Occidente.

***

Uno de los problemas que Norberto tuvo a lo largo de su vida fue el poseer una idea equivocada de sí mismo o, quizá mejor expresado, no haberse permitido ni el tiempo ni la paciencia para pensar en sí, lo que le hubiera permitido construirse una idea, aun ligera, de su propia personalidad. Su ansia por criticar el estado en que se encontraba la gente y por trabajar soñando en un mundo mejor no le dejaba tiempo ni energía para saber el lugar exacto donde él estaba situado. Era un hombre desapegado de sí y el único valor que se arrogaba estaba en función de lo que pudiera hacer contra la enfermedad a la que combatía con saña rayana en lo personal. No creía que hubiera ningún dios que premiara su esfuerzo y desvelo porque él no necesitaba

reconocimiento alguno. Vivía en otra esfera y, a veces con cierta ironía, se preguntaba en cuál cielo, si alguno, de los doce dibujados por Hildegarda de Bingen se encontraría él mismo al final de sus días y a quién tendría como compañeros. Le habría gustado compartir el cielo con Aristarco, Demócrito, Leucipo, Alhacén…, incluso con Herófilo y Erasístrato; todos sabios adelantados a su tiempo, creadores de nuevos conceptos que hubieran adelantado a la humanidad y salvado de tanto dolor e inmisericordemente enterrados por los sepultureros de la ciencia y la razón; aquellos que desean que todo vaya por caminos más lentos en los que ellos puedan caber.

Consecuentemente, mostraba una sincera sorpresa cuando se vio reconocido por la mayoría de sus hermanos los canónigos regulares de san Agustín, en los sitios donde paraba. Se le conocía en Tolosa, pero le asombró ser conocido también en Jaca, donde se le pedía que permaneciera en aquella canónica para ayudar a los necesitados de asistencia médica y, en definitiva, en los estados aragoneses, para contribuir a la salud de las gentes, muy resquebrajada desde la epidemia. Le daba la impresión de que la población aragonesa no se había recuperado y continuaba muy depauperada tras la plaga.

Con las dudas socavándole el corazón paseaba por fuera de las murallas de Jaca después de visitar a unos enfermos, cuando se topó con el monasterio de las terciarias franciscanas, situado extramuros, al sur de la ciudad. Permaneció con la mirada fija en la puerta de la verja sin darse cuenta de que el tiempo pasaba. No se había recuperado de su travesía por los Pirineos; había cogido frío en el hospital de santa Cristina y no se sentía bien; tenía fiebre y notaba la visión algo borrosa. Apenas veía los grupos de monjas que entraban y salían del monasterio sin cesar. La oscuridad empezaba a cubrir el cielo y la ciudad que tenía detrás; una monja salió con una antorcha encendida y prendió los dos faroles de aceite que iluminaban la entrada. Cuando los hubo prendido, la figura de la monja quedó tan iluminada y nítida, que Norberto la pudo ver bien definida. No iba vestida como las demás monjas; su cofia beis permitía ver un mechón de su rubio cabello deslizado sobre su frente.

—¿Cómo estás, Norberto? —preguntó Clara mientras caminaba lentamente hacia él.

—Hoy no me encuentro muy bien —respondió el monje sin salir de su

sorpresa—. ¿Qué haces tú aquí?

—He venido por distinto camino porque no me importa el esfuerzo y la vía si al final te encuentro, porque mi destino está ligado al tuyo por unos lazos que no puedo ni quiero romper. El amor que siento por ti me ha subyugado, pero no me ha sorprendido porque mi amor es fuerte mientras yo soy débil y no me puede liberar de mí misma. Lo siento continuamente, a veces contra mis deseos, hasta robarme lo que soy, hasta que nada más queda en mí. Me siento feliz por haberlo perdido todo excepto ese amor[22]. Iré donde tú vayas; déjame ayudarte a realizar tus sueños…

Norberto no pudo oír más. Las palabras de Clara eran demasiado cálidas para su corazón ya ardiente y, mientras se desvanecía, sintió que unos brazos lo recogían para depositarlo en el cielo. Dos días más tarde, se despertó en una celda del canonicato sin saber cómo había llegado hasta allí. Un hermano entró con una jarra de leche caliente y un panecillo recién horneado embadurnado de mantequilla y mermelada de arándanos. Le dijo:

—Unas monjas franciscanas vinieron anteayer a decirnos que te habías desvanecido en la calle. Fuimos, te encontramos sin sentido y te trajimos en unas parihuelas; tenías fiebre alta y desvariabas. Veo que hoy estás mucho mejor. Intenta comer algo.

Norberto no dio importancia a su desvanecimiento; estaba seguro de que se debía al gran cansancio e intenso frío que traía desde la travesía de los Pirineos. Tenía tos y dolores en un costado, pero la fiebre había desaparecido. Ahora solamente pensaba en Clara. Recordaba el encuentro de aquella tarde, que le parecía real, aunque enmarcado en un halo vaporoso de color tornasolado, demasiado tenue para ser aprehendido. A veces dudaba de sus visiones porque sabía que cuando algo se desea fervientemente, se hace real, aunque en una realidad tan pequeña, que solamente es perceptible para quien tanto ama.

Al día siguiente, se sintió bien, se levantó del catre, salió de la abadía y se dirigió al convento de las franciscanas.

—Sí, Clara de Heusingen ha estado varias semanas con nosotras. Es una mediquesa muy sabia que ha tratado las dolencias de algunas

monjas y de muchos asilados en nuestro hospicio. Ayer se despidió y se fue junto con unas hermanas a Lérida. Nos dijo que allí las beguinas, que son cinco o seis, tienen casa. Nos dijo también que quiere obtener la maestría en Medicina en el Estudio General porque un nuevo profesor va a impartir enseñanza médica. Si tú la ves algún día, recuérdale nuestro reconocimiento por lo bien que nos ha cuidado porque se fue tan rápido que apenas tuvimos tiempo de decirle adiós.

Norberto ya tenía decidido no hacer el camino de Compostela; sentía la llamada de Clara hacia Lérida, que estaba en dirección opuesta. Si Clara se había marchado a Lérida, él debería seguirla; era lo que le había predicho. No sabría qué hacer cuando la encontrara de nuevo. Clara le traía unos sentimientos desconocidos para él, unas dimensiones aún inexploradas a su vida que nunca pensó existieran; le producía una huella tan profunda y placentera que le parecía un pecado gozarla del todo. No obstante, los resquicios de duda que le quedaban sobre cuál camino seguir se disiparon cuando supo que alguien desconocido, una vez más, había elegido por él. Así, el hermano abad vino a su celda y le dijo:

—¿Cómo estás, Norberto? —preguntó el abad a modo de salutación.

—Estoy bien, pero, ¿de qué se trata? No es normal que el abad venga a la celda de un monje —fue la respuesta del monje occitano.

—En verdad, tengo un asunto importante que comunicarte. El inquisidor general de la corona de Aragón, Nicolás Rossell, requiere tu presencia en Lérida, según me ha comunicado en un breve que acaba de traerme un mensajero. Él conoce la razón de tu peregrinación a Compostela y le ha pedido al gran inquisidor del Languedoc, Pedro des Mont, que te aplace la condena para que puedas ir a verlo. —Ante la mirada sorprendida y el gesto de rechazo de Norberto, el abad continuó—. No pretendas evitarlo ni se te ocurra desobedecerlo, pues te encontraría allá donde fueres y sería muy capaz de llevarte a Lérida encadenado. Ese hombre controla todo el reino y su influencia llega mucho más allá de sus fronteras. Ni siquiera llegarías al Reino de Navarra, que cerca está; te atraparía antes de salir de Aragón. Rossell sabe de tus andanzas desde que viniste a Tolosa y estaba esperando que llegaras a Jaca. Conoce la historia del tubo que construiste para ver el diablo, pero me dice en su breve que eso no te lo tendrá en cuenta.

—¿Cómo es que no me lo tendrá en cuenta? —preguntó Norberto con un inicio de indignación—. Es muy generoso por su parte. Así me quedo más tranquilo. No comprendo por qué esta gente dispone del destino y de la vida de sus inferiores. ¿Te ha dicho el motivo por el que me requiere?

—No, no dice nada en su carta —contestó el abad—, aunque por otros conductos he sabido que tiene una afección en la vista que lo está dejando ciego. Necesita tus servicios médicos. Quizá padezca de cataratas. Tú operas de cataratas, ¿verdad?

—¿Qué edad tiene el inquisidor? —preguntó Norberto sin atender la pregunta del abad.

—Debe tener algo más de cuarenta, aunque presenta un aspecto avejentado que refleja poca salud.

—Quizá guarde toda su energía para condenar y quemar herejes —comentó Norberto, cuyo desprecio por los inquisidores se acrecentaba de día en día—. Su fama de carnicero ha llegado hasta la corte papal de Aviñón, donde es admirado y considerado un gran defensor de la Iglesia. Su conducta le ha creado méritos para el cardenalato. Primero condena a sus herejes, luego los “relaja” al brazo secular para que los quemen y después se apropia de la fortuna de los condenados; todo legal, con la anuencia del rey, naturalmente.

»Se oía en Aviñón que sería nombrado cardenal muy pronto, algo que deseo fervientemente por el bien de todos, en especial de los terciarios de este reino, que observan una vida sencilla y llena de espiritualidad y son el principal objeto de la ira de este santo varón. Así dejaría la Inquisición, aunque quién sabe si su sucesor será aún peor. Tengo entendido que el año pasado Rossell hizo quemar en Valencia a un begardo de nombre Jaime Juste y a trece de sus compañeros. Bien, atendiendo a tu cuestión, opero de cataratas, aunque no parece probable que el inquisidor las padezca; es aún demasiado joven para ello.

—No. A Juste no lo quemó; a sus compañeros, sí. A él lo inmuró en

estrecho, una pena frecuentemente aplicada por la Inquisición de esa ciudad, y así vivió emparedado durante trece días, en los que maldijo a Rossell y a todos sus ancestros, hasta morir de sed y extenuación —corrigió el abad, quien estaba realmente sorprendido por el conocimiento que tenía sobre la Inquisición aragonesa y el indisimulado desprecio que Norberto mostraba hacia el inquisidor general. Ante su gesto desconcertado, Norberto añadió:

—Dios nos creó para ser libres y para no tener miedo, padre abad.

—Creo que te debes poner en marcha tan pronto te recuperes y no hacerle esperar —sentenció el abad, quien no se sentía cómodo ante los vericuetos que aquella conversación recorría. Este abad no tenía la fortaleza de alma del padre Guillermain, definitivamente. Quizá por eso su nombre no ha cruzado el dintel de la historia; ni siquiera de esta.

Norberto estaba sorprendido por la fama de su tubo óptico o tubo de Diaple, como algunos ya lo llamaban en Aragón. No quiso aclarar este asunto ni sugerir al abad que mirara por su tubo óptico para ver qué diablos veía. Detestaba perder su tiempo luchando contra el cerrilismo generalizado de la sociedad contemporánea y lo único que lamentaba era la contemporización de su tío con los críticos de su tubo óptico. Le había regalado un instrumento que seguro su tío no utilizó en el tiempo que lo tuvo y aprovechó la menor ocasión para devolverlo a su sobrino. No habría sido necesario porque Norberto hubiera podido fabricarse otro tubo con facilidad, toda vez que disponía de los juegos de lentes para montar un nuevo aparato.

Pensaba más bien que un hombre tan prestigioso como el señor De Chauliac habría convencido a cualquier escéptico de que el tubo de su sobrino permitía ensanchar los límites de la percepción humana pero, al parecer, su tío rehusaba mostrar verdades incómodas y, menos aún, luchar por ellas. Lo nuevo turba el espíritu del simple y del ignorante y le produce inseguridad e insatisfacción; el señor De Chauliac parecía instalado en la complacencia que le daba su posición, tan elevada como trabajosamente ganada.

Una vez más Norberto reemprendió el viaje. Iba esta vez acompañado de dos jóvenes hermanos norbertinos, Bernardo y Gerardo, que deseaban estudiar medicina con él en Lérida y por tal motivo se

brindaron a acompañarlo. Salieron de la ciudad y, al pasar por el monasterio de las franciscanas, se quedó pensando sobre el encuentro que había tenido, o creía haber tenido, con Clara. Quizá este hubiera sido real y no el fruto de sus alucinaciones. Era cierto, no obstante, que la beguina había estado alojada allí, según le confesaron las monjas unos días después, pero no estaba seguro de la declaración de amor de Clara, de que ella hubiera pronunciado tan bellas palabras que habían quedado envueltas entre las brumas de su delirio febril.

Al salir de Jaca el monje tomó conciencia de su decisión; abandonaba el camino a Compostela y lo trocaba por otro más indefinido e inseguro, en dirección contraria. No sabía si esta elección beneficiaba a su espíritu, pero estaba seguro de que podría beneficiar a más gente. Lamentaba que entre sus primeros pacientes en Aragón estuviera una persona tan odiada y temida como el inquisidor general, Nicolás Rossell, una auténtica bestia parda que pocos años más tarde se convertiría en el primer cardenal de Aragón y, de haber vivido más tiempo, pues no llegó a los cincuenta, muy probablemente habría alcanzado el papado de Aviñón. Una semana más tarde lo tendría ante sí pidiéndole ayuda para sus castigados ojos.

Capítulo XV

Después de caminar dos intensos días, los monjes llegaron a Huesca, una ciudad que se debatía aplastada entre la influencia de Zaragoza y la de Lérida. Tenía una sede episcopal compartida con la de Jaca, pero los sucesivos obispos apenas permanecían en la ciudad, lo que reflejaba su poca importancia, acorde con su escasa población, de unos cinco mil habitantes después de que la plaga matara exactamente a otros cinco mil de sus ciudadanos. Tres días de camino más y entraron en Lérida, una ciudad situada en medio de una feracísima vega, avenada por un gran río, que venía de las montañas del norte, y por varios riachuelos más.

En la parte alta de la ciudad, en la cúspide de un monte, había una ciudadela catedralicia, que tenía el honor de albergar la única Universidad y la única Escuela de Medicina del Reino de Aragón, virtualmente desaparecida a la llegada de Norberto. Una vez dentro de las murallas, subieron a la colina de la Zuda o castillo real, donde fueron recibidos por el abad norbertino de Santa María la Antigua, la canónica, quien los acomodó con toda atención, pues una persona del saber médico de Norberto añadía prestigio a los canónicos de Lérida.

La canónica poseía una biblioteca médica que, pese a haber sido descuidada y parcialmente perdida durante la epidemia, todavía era la mejor del reino, cuya creación se debió a los esfuerzos de Guillén de Besiérs, un médico formado en Aviñón que fue llamado por Jaime II de Aragón para fundar la Escuela Médica hacía medio siglo. Guillén, inteligente y pragmático, exigió a todos los médicos judíos y andalusíes de la Corona el préstamo de libros médicos escritos en árabe, que fueron traducidos al latín o al catalán y copiados en un gran scriptorium fundado al efecto.

Así, Norberto pudo ver la obra de Abulcasis vertida a la lengua vernácula y tuvo acceso a otras que solamente conocía de referencia, como De Re Medica, los ocho libros de Aulo Cornelio Celso. La obra de Celso era famosa y conocida por los médicos de la época, pero casi nadie la había leído, por estar prácticamente desaparecida. Otra

sorpresa que le deparó la biblioteca médica del Estudio General fue la Congregatio sive liber de oculis o, en su versión catalana, Libre de la figura del uyl de Alcoatí, el oftalmólogo árabe toledano que con más precisión había descrito la catarata y su reducción quirúrgica. En la biblioteca también encontró Kitāb al−Murs−−hid Fi'l−Kuhl, la enciclopedia de oftalmología escrita por el cordobés Al−Ghafiqi, en el original árabe. En sus ratos libres inició la traducción al catalán de los textos de Al−Ghafiqi, a quien se atribuía la invención de las gafas, de ahí el nombre, para lo que contó con la estimable ayuda de médicos musulmanes y judíos establecidos en Lérida y en sus contornos. Al cabo de dos años dominó el idioma árabe con soltura, lo que le permitió leer cualquier texto médico que encontró en esa lengua.

Al día siguiente de su llegada fue informado de asuntos de su interés. El gran inquisidor Nicolás Rossell llegaría en breve y se alojaría en el palacio de la Zuda, justo enfrente de la canónica, una sección del cual hacía de residencia episcopal. El obispo de Lérida, un francés de nombre Esteban Mulceo, estaba casi siempre ausente y apenas residía en su sede, ciudad que no parecía gustarle. Por esta razón, un vicario general, llamado Ramón de Montcada, gobernaba de facto la iglesia de la diócesis.

Como estaba anunciado, el inquisidor general llegó unos días más tarde con un séquito numeroso que Norberto observó desde su celda de la canónica hasta que desaparecieron tras la puerta del palacio del rey.

—Con este ojo ya no veo nada desde hace tiempo —dijo Rossell a Norberto cuando este se presentó ante el inquisidor. Este era un hombre pequeño, muy obeso y de aspecto congestivo.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó Norberto.

—¿Qué importa eso? —preguntó a su vez el inquisidor.

—Yo seré el único que pregunte —dijo Norberto con sequedad. Se dirigió a todos los acompañantes del inquisidor y les ordenó abandonar la sala, tras lo cual continuó—: En este proceso aquí seremos dos partes: tú, el enfermo y nosotros, los médicos, y nadie más. Quería oír de ti tu edad porque pareces tener más de sesenta años y, por lo que sé de ti, no me cuadra que seas tan viejo.

—Nací hace cuarenta y dos años en Mallorca —contestó Rossell, al fin, mientras exhalaba un suspiro de resignación.

—Atenderé tus problemas oculares, pero esperarás unos meses hasta que estés en condiciones de ser operado y esté preparada la clínica donde Jaime d'Agramunt trabajaba —informó el monje.

—¿No puedes tratarme aquí? —preguntó Rossell contrariado.

—No —zanjó Norberto—. Este es un lugar muy sucio para un médico, aunque entiendo que sea muy digno para un clérigo de alto rango como el tuyo. Aquí hay polvo por todas partes. Necesito ver el interior de tus ojos de forma apropiada, para lo cual tengo que montar las salas de exploración y operación. Es posible que padezcas de cataratas a una edad temprana y eso significa que también padeces otras enfermedades que hay que cuidar. Has bebido agua varias veces e imagino que tienes ganas de orinar. Vete al excusado, llena esta botella de orina y me la traes.

El inquisidor parecía un hombrecillo confuso y disminuido. Viéndolo así resultaba difícil de creer que hubiera "relajado" a tantos herejes para que el poder secular los ejecutara debida y aplicadamente. Se levantó, asió la botella sin atreverse a elevar la mirada hasta el médico y se fue a una habitación anexa. Unos minutos más tarde apareció con el frasco lleno de orina y se lo entregó a Bernardo.

—Monseñor Rossell, con solo verte —dijo Norberto— sé que padeces de cataratas al menos en un ojo. No puedo operarte ahora porque la intervención te podría matar. Careces de resistencia hacia las infecciones; las heridas que tienes en los pies y tobillos no acaban de curarse; la sangre no llega con suficiencia a todas las partes de tu cuerpo. Si te operara ahora, tendrías muchas posibilidades de contraer una infección en el ojo que terminara con tu vista y seguramente también con tu vida —el inquisidor lo miraba entre incrédulo y decepcionado; Noberto continuó—: Te recomiendo que en adelante hagas una tregua en la guerra que tienes dentro de ti y vivas en paz con tu propio cuerpo. Necesitas cambiar tus hábitos, comer verduras, que aquí en Lérida son excelentes, dejar las carnes, la cerveza y el vino, hacer ejercicio y caminar dos horas al día; en suma, perder peso. Solamente así podrás entrar en salud, recuperar energía y superar una cirugía en tus ojos.

—¿Cuánto tiempo me llevará? —preguntó Rossell.

—Dependerá de tu aplicación —contestó Norberto—. Si te tomas en serio mis consejos, podrás perder hasta dos arrobas en seis meses. Al cabo de ese tiempo evaluaré tu estado y, si es aceptable, te operaré un ojo en el mes séptimo y el otro ojo al mes siguiente. Podrás ser una persona nueva, te sentirás mejor dentro de tu cuerpo y estarás más feliz contigo mismo.

—¿Qué te hace pensar que no lo estoy? —inquirió el inquisidor, que comenzaba a enojarse por el trato que el médico le daba.

—Ante mí no tienes que fingir; se te nota el daño interno que te hacen tus dudas y resoluciones. Pero lo que ahora importa es recuperar tu salud para que puedas ser operado. Tienes el cuerpo muy debilitado y, si no cumples las normas dietéticas que te voy a imponer, tu enfermedad acabará con tu vida. Te daré por escrito la dieta y las normas que deberás seguir y también una prescripción muy simple: tómate una tisana de semillas de galega tres veces al día. Al cabo de seis meses debes volver para que te examine de nuevo.

—No sé si tendré tiempo para ello. El papa Inocencio me llamará a Aviñón de un momento a otro —informó el inquisidor con tono desafiante.

—He oído alguna noticia sobre los planes del papa de imponerte el capelo cardenalicio y la ansiedad del rey Pedro por tener el primer cardenal aragonés de su historia; cree que un cardenal prestigiaría su reino, pero me temo que, si no sigues mis consejos, no tendrás tiempo ni oportunidad para disfrutar tu nueva dignidad —cortó Norberto—. Te espero aquí en seis meses con dos arrobas menos de peso, por lo menos. No tienes ninguna otra elección no solo para ver, sino también para vivir.

***

Los tres norbertinos volvieron a la canónica y entraron en la biblioteca, donde Norberto comenzó su actividad docente en Lérida.

Enseguida acudieron varios monjes jóvenes que pidieron permiso para atender las explicaciones médicas del canónigo regular de san Agustín. Todos venían con un pliego de papel sobre una tabla, un tintero y varias plumas de ganso debidamente cortadas; se sentaron todos en unos bancos de madera mientras Norberto permaneció de pie durante todas sus explicaciones. Algunos estudiantes habían sido antiguos alumnos de la escuela, discípulos de Agramunt y Wrobruge, que tuvieron que interrumpir sus estudios a causa de la peste.

—No voy a dar una clase al uso y, por tanto, no haré ninguna lectura; no habrá lectio. Hablaré de enfermedades y casos médicos que he visto en mis veinte años de profesión. Podéis interrumpirme y hacer las preguntas que queráis, pero tampoco habrá disputatio, porque no pueden discutir los que aún saben poco y no han visto a un enfermo con el cuadro que describo. Un exceso de discusión favorece la especulación, provoca estériles florituras verbales que a nadie sirven y separa del objetivo concreto y único, que es curar la enfermedad o, por lo menos, aliviarla.

»Tenemos que aprender de los médicos árabes y judíos y no conformarnos con lecturas que con frecuencia son lejanas. Debemos vivir de cerca la realidad de los enfermos porque el fin principal de vuestra futura profesión no es otro que curarlos o aliviarlos. Aún no conozco con suficiencia esta biblioteca, pero al final de mi explicación y de vuestras preguntas os daré alguna bibliografía para que la estudiéis y la reelaboréis de forma ordenada. Me daréis vuestros apuntes, que comentaremos en público. Otra recomendación importante es que, una vez oída mi explicación, busquéis en los hospicios enfermos que puedan padecer la afección que consideramos para que todos nos enfrentemos con la verdad de la enfermedad y de la vida. Si el enfermo puede venir, lo examinaremos entre todos y le haremos preguntas, comenzando por las tres preguntas hipocráticas que ya conoceréis cuando llegue el momento. Si el enfermo no puede venir, iremos nosotros al hospital para atenderlo, estudiarlo y, si es posible, curarlo.

Las palabras de Norberto suscitaron gran interés entre los estudiantes, que sentían estar viviendo algo nuevo: un médico reconocido y experimentado, que incluso había inventado un tubo para ver al diablo y el más allá, estaba dispuesto a transmitirles su experiencia de la forma más directa posible. Parecía un nuevo modo que combinaba

lo mejor del academicismo universitario escolástico con el pragmatismo del ejercicio médico de árabes y judíos.

Aquel primer día, Norberto impartió una clase sobre la diabetes, una enfermedad que reviste dos formas, una que afecta a niños y jóvenes y otra a personas de más edad. Les describió los síntomas específicos de esos enfermos y el modo de detectarla. En personas de más edad describió las complicaciones más frecuentes, como la aparición prematura de cataratas, que conducían a la ceguera en unos tiempos en los que había pocos cirujanos capaces de operar los ojos.

—Os voy a poner un ejemplo de cómo detectar una diabetes. Aquí sobre esta mesa tenemos cinco muestras de orina de diferentes individuos. Os pido que todos vosotros, uno por uno, mojéis esta barra de vidrio en cada una de las muestras de orina y las chupéis para conocer cómo sabe cada una. Solo una orina pertenece a un diabético y escribiréis el número de la orina que os sabe dulce en un pequeño trozo de papel que identificaréis con vuestro nombre y me daréis. Si a alguno de vosotros le resulta inaceptable esta práctica y siente repugnancia por el procedimiento, está a tiempo de abandonar la medicina o buscarse otro profesor.

Los doce estudiantes fueron degustando los cinco tipos de orina y le entregaron a Norberto el papelillo con su veredicto. Este fue leyendo el número de la orina que podría pertenecer al diabético y exclamó:

—Es extraordinario. Habéis acertado todos.

—Sí. Solamente hay una orina dulce —dijo uno de los estudiantes.

—Naturalmente —afirmó Norberto—. Ese es el principal problema de los diabéticos; acumulan demasiada azúcar en la sangre porque sus tejidos no pueden absorberla y aprovecharla y llega un punto en que la excretan por la orina donde, en condiciones normales, no debe haber azúcar. La muestra de orina con azúcar proviene de un hombre de edad mediana que ha cometido graves excesos en el comer a lo largo de su vida. Ahora tiene serios problemas que no le posibilitarán llegar a viejo, a menos que siga una vida saludable con una dieta basada en verduras crudas o cocidas, absteniéndose de azúcar, miel y frutas dulces y practicando el ejercicio físico. Para terminar y, según dije al principio, vosotros deberéis practicar vuestra propia lectio

leyendo libros de esta biblioteca relativos a la diabetes. Os recomiendo leáis la parte correspondiente a esta enfermedad en el Canon de Avicena, cuya traducción al latín se encuentra en aquellos estantes.

—Eres conocido por despreciar la farmacopea —apuntó un estudiante desde el banco donde se sentaba.

—No es enteramente así —rechazó Norberto—. Estoy en contra de la gran mayoría de los miles de tratamientos herbales, animales y minerales que se ha propuesto desde Dioscórides, Galeno y Pablo de Aegina hasta Razes, Abulcasis y Avicena. En muchos de esos tratamientos no se ha aplicado el empirismo debidamente y menos aún el método científico. Se han limitado a copiar los remedios más antiguos unos de otros. El valor de las hierbas cambia con las tradiciones y depende de las culturas, lo que es una prueba de su inutilidad. Hay hierbas que en algunos lugares se toman para el insomnio y en otros, las mismas hierbas las toman para el dolor de estómago. Es una suerte que las hierbas carezcan de intelecto y sensibilidad; de lo contrario, se reirían de nosotros.

»Yo acepto algunas hierbas en medicina —añadió Norberto— y, en el caso particular que nos ocupa, la diabetes, podemos hacer unos experimentos para demostrar que, en la farmacopea actual, algunos remedios sí tienen una alto valor terapéutico. Los dos más aceptados para la diabetes de los adultos, porque para la de los jóvenes no hay ninguno, son las tisanas de galega y los hollejos de uva tinta[23]. Para empezar, podéis reunir, por ejemplo, a quince enfermos diabéticos de parecida edad a los que diagnosticaréis por el dulzor de sus orinas. A cinco no le daréis nada, a otros cinco les administraréis galega y a los cinco últimos media frasca de vino tinto cada día. Al cabo de dos semanas evaluaréis una posible mejora del estado general, probaréis de nuevo sus orinas y de esa forma podréis comprobar por vosotros mismos si esos remedios tienen algún efecto. Mis adjuntos Bernardo y Gerardo se encargarán de coordinar el experimento, que puede durar varios meses, incluso dos o más años. Solo de esta forma podréis evaluar la actividad terapéutica de una planta como la galega o del vino tinto.

Unos días más tarde, al empezar la clase, Norberto miró a su concurrencia, que había aumentado hasta llegar a veinte estudiantes. Estaba muy satisfecho porque se sentía entendido por aquellos a

quienes hablaba tanto en latín como en catalán, idioma que dominó en poco tiempo por la similitud de este idioma con su lengua materna, el occitano central. Continuó hablándoles sobre la necesidad de hacer de la medicina una ciencia práctica donde se empleara la racionalidad expresada por una relación coherente y próxima entre las causas y sus efectos. Animó a sus estudiantes a leer a Roberto de Grosseteste y a Rogelio Bacon para que aprendieran a navegar por el método científico. Se sintió contento y esperanzado y por algún momento pensó que aquella ciudad era el lugar donde le gustaría quedarse muchos años, aunque algo le decía en su interior que el tiempo en Lérida solamente sería un capítulo más de su vida. Solo necesitaba a Clara, a quien aún no había visto.

Al día siguiente fue llamado al antiguo Palacio de la Paería o ayuntamiento de la ciudad, sito en la calle San Andrés, donde lo esperaban el Paer en cap, o alcalde, junto con los otros cuatro paers, los cinco componentes del Concejo en aquel tiempo (años más tarde serían muchos más). En la misma sala se encontraban Ramón de Montcada y dos prelados más, cuyos nombres no se mencionaron.

—Te ofrecemos la cátedra de Cirugía, vacante desde la muerte del maestro D'Agramunt hace ya cuatro años —comenzó hablando el paer en cap—. Esta oferta tiene algunas condiciones…

—Condiciones ineludibles e inexcusables —añadió De Montcada, el vicario general de la diócesis—. La más importante es que, en tu docencia, no te salgas de los dogmas, reglas y preceptos de la santa Iglesia y no hagas uso del tubo óptico de tu invención ni muestres al diablo a tus estudiantes. La sentencia de la Inquisición de Montpellier que pesa sobre ti ha sido suspendida, pero no revocada.

Norberto dudó entre callar o desatar una discusión agria y violenta. Estaba harto de que todo el mundo opinara sobre su aparato cuando no más de cuatro o cinco personas habían mirado a través de él. Pensó que podría conseguir mejor sus fines si dejaba aparte el tema de su tubo óptico. Estaba también harto de, allá donde iba, tener que rechazar destempladamente peticiones por parte de magos y nigromantes para ver al diablo a través de su tubo. Ante la absurda petición de De Montcada decidió callar y obtener beneficio en otros aspectos.

—Yo también tengo otras condiciones —les dijo Norberto tras un minuto de reflexión—. En la ciudad hay hasta siete hospicios y hospitales que son insuficientes. Os pido la construcción de un nuevo gran hospital que empezaría por una sección quirúrgica con todos los elementos precisos para operar. La cirugía hace tiempo que no es cosa de barberos. Necesito, además, el permiso para realizar autopsias y disecciones de cuerpos humanos, comprar manuscritos médicos y ampliar el scriptorium existente donde se copien y se traduzcan del árabe. La Escuela Médica del Estudio General que alberga la canónica fue descuidada y no protegida durante los años de la plaga y está en buena parte desmantelada. Además, debéis dotar las dos cátedras vacantes de Medicina.

—Comprendemos que volver a los mejores tiempos que el Estudio General vivió antes de la gran plaga no va a ser fácil. No tenemos los recursos para ello y necesitamos ayuda del rey Pedro —dijo el paer en cap.

—Le he enviado al rey un memorando conteniendo un plan de actuación para la recuperación de la Escuela Médica. Su secretario me ha contestado prometiéndome que el rey lo estudiará; es lo que siempre dicen los secretarios —dijo Norberto ante la sorpresa de sus interlocutores—. Insisto en la importancia de la biblioteca en una escuela médica, pues proporciona al estudiante la posibilidad de formarse en la libertad necesaria para llegar a ser un buen médico. Espero por parte de la Iglesia —añadió dirigiéndose a De Montcada— que permita la admisión de estudiantes judíos en la Escuela de Medicina. No se alarmen; sabéis bien que los reyes de estos estados han tenido médicos judíos a su servicio; en tiempos actuales, Eleazar Abenardut, un judío, es el médico personal del rey Pedro y lo acompaña a todas partes. También deseo que las mujeres sean cuidadas al mismo nivel que los hombres. A una mujer embarazada se le deja al cuidado de parteras de dudoso saber. Necesitamos una sección para formar matronas que puedan atender a las mujeres en su embarazo o en sus dolencias específicas. Convendrá su eminencia —dijo volviéndose una vez más a Montcada— que las mujeres tienen tanto derecho a la salud como los hombres.

La reunión acabó prometiendo todos dar lo mejor de sí mismos para la recuperación de la Escuela Médica. En el pasado la Iglesia y los paers habían sido el principal soporte e impulso del Estudio General y el

problema era saber si el empobrecimiento de los nuevos tiempos, después del gran brote de la epidemia, permitiría reproducir el antiguo esplendor. Era sumamente difícil; habían muerto multitudes, tanto en Aragón como en toda la cristiandad; muchos campos quedaron baldíos e improductivos, sin nadie que los cultivara; había habido una recesión social y económica; se tardaría un siglo en recuperar la riqueza y el bienestar de antes de la epidemia. Aquel era un mundo sin suerte.

Norberto salió del palacio de la paería con la imaginación y el deseo puestos en Clara. ¿Estaría ella en Lérida? Debería preguntar dónde se ubicaba el beguinato, si es que había alguno en la ciudad, o quizá estaba alojada en algún otro convento. Salió del palacio municipal y se dirigió hasta las riberas del río, que estaba flanqueado por una gran calle donde había talleres, panaderías y varios molinos harineros. De uno de ellos, con la toca beis enharinada y con el rostro sonriente, también enharinado, surgió Clara, quien vino hacia él y lo abrazó por encima de su cíngulo mientras le expresaba su amor de esta guisa:

—Siempre te encuentro en los sitios más inesperados —dijo Norberto —. ¿Qué haces aquí?

—Esperaba tu llegada. Ahora estoy muy ocupada ayudando a una pobre mujer. El molinero murió durante una riada justo mientras su esposa estaba de parto —explicó Clara—. Varias beguinas hemos trabajado para limpiar el molino y ponerlo de nuevo a funcionar. Te tengo que dejar ahora. Nuestra casa está en el carrer del Foc. Tenemos mucho tiempo para vernos.

Pero no; no hubo tiempo para que se encontraran una vez más en Lérida.

Capítulo XVI

El tiempo transcurría liso y sin altibajos, pero algo extraño le privaba de un contacto completo con la realidad. ¿Dónde estaba Clara? No la volvió a ver desde que salió del molino. Había corrido el rumor de que el inquisidor del reino, Nicolás Rossell, estaba preparando nuevas redadas contra las beguinas de Lérida y Barcelona y los begardos de todo Aragón para llevar a todos a una causa general; tal vez ese fue el motivo por el que estas mujeres huyeron.

Podría ser así, aunque, de cualquier forma, no entendía por qué Clara se había marchado sin despedirse de él. No se trataba de que su deseo por verla le trastornara la mente hasta ocasionarle alucinaciones. La había visto, había hablado con ella; en Jaca, las monjas franciscanas le confirmaron que Clara había estado varias semanas en el convento; aquí en Lérida, la molinera le aseguró que Clara y varias compañeras la ayudaron en su parto, luego a limpiar el molino y ponerlo en marcha después de la inundación. Buscó el beguinato, pero le dijeron que no lo había; tan solo cuando se juntaban cuatro o seis beguinas buscaban un lugar para vivir en comunidad durante un tiempo y luego desaparecían si se sentían perseguidas por la Inquisición. No acababa de aceptar que Clara apareciera en su vida de forma tan fugaz, casi atemporal. Le hacía daño el absoluto deseo de volver a verla. ¿Dónde sería la próxima vez? ¿Habría una próxima vez?

Clara se sentía por su parte atormentada. Había huido por segunda vez de Norberto. Lo deseaba con toda su alma, pero tenía miedo de hacerle a su amado un mal irreparable. Pensaba que después de más de quince años su tiempo en el beguinato tocaba a su fin. No había planeado ser beguina toda su vida, ellas no hacían votos perpetuos y siempre soñó con que algún día ella tendría su propia familia, su esposo, sus hijos. Tenía la determinación de seguir ayudando a las demás, sobre todo a las mujeres que en aquel tiempo estaban tan desvalidas en manos de parteras y curanderas. Creía poder compaginar su trabajo de mediquesa con la atención a su propia familia. No obstante, solo había un hombre a quien ella le pudiera entregar tanto amor que llevaba acumulado, Norberto, y aún no veía a

Norberto en una situación adecuada para establecer una relación con ella.

Conocía la beguina los delgados y frágiles vínculos que unían a Norberto con Dios y estaba temerosa de ser ella quien pudiera romperlos si se aproximaba a él, le confesaba su amor, de por sí evidente, y le proponía caminar juntos el resto de sus vidas. Haría todo lo posible para evitar que su amado rompiera la débil relación que aún le ligaba a Dios. Tanto en Jaca como en Lérida huyó de Norberto para evitar la tentación de decirle de forma explícita cuánto lo amaba y que su deseo no era otro que unir sus vidas. Su tristeza la consumía, pero, como mujer animosa que era, siguió adelante con su plan de perseguir un futuro que podría unirlos para siempre. Sabía cuáles serían las sucesivas etapas del deambular de Norberto por la vida y, en lugar de seguirlo, tenía decidido adelantarse y esperarlo allá donde él se dirigiera. Ella valoraría y decidiría el lugar donde le declararía su amor, donde Norberto lo aceptaría y le expresaría a su vez su amor por ella sin dejar condenado su amor por Dios. No temía equivocarse; se dirigiría hacia el sur con la seguridad de que él, antes o después, también iría hacia el sur.

Norberto hablaba con los paers con frecuencia, quienes estaban muy ansiosos por recuperar la realidad y antigua fama de la Escuela de Medicina de Lérida. Unos meses después abandonó la canónica en la colina del Zuda y se bajó al Llano de los Gramáticos. Allí, en una casa amplia que le prestó la Paería, estableció su Escuela de Cirugía y comenzó a montar la biblioteca con un scriptorium anexo. Tenía más alumnos de los que podía atender y, por primera vez en la historia del Estudio General ilerdense, dos de sus estudiantes eran judíos, un hecho que el vicario de Montcada aceptó a regañadientes. Norberto reorganizó la casona, dedicó dos amplias estancias a clínica y quirófano. Todas las mañanas al amanecer el monje salía de casa y recorría la calle de San Martín hasta la iglesia del Estudio General, también dedicada a san Martín, donde decía misa ante un pequeño número de fieles, deseando día tras día que un soplo de aire fresco reavivara los rescoldos casi apagados de su fe.

Era el recuerdo de las palabras de Clara lo que lo impulsaba a seguir con su fe y su ministerio sacerdotal. «Comprendo lo que has vivido, lo que hemos vivido en los últimos años. Es difícil seguir creyendo cuando no hay recompensas que nos animen a seguir, cuando la lucha

contra la muerte está sepultada entre mil fracasos. Aun así, debes confiar en que tu espera se convierta algún día en esperanza. Será más fácil para una persona tan caritativa como tú». Entonces, al oír las palabras de Clara, abría los ojos y miraba a su alrededor buscándola sin encontrarla. Quizá llevaba a la beguina tan en el fondo de su corazón que solamente podía soñarla.

***

Con decisión, inició un programa de disección de cuerpos humanos, normalmente de individuos condenados a la horca o de desconocidos hallados muertos en circunstancias no aclaradas, que sirvieron a Norberto para avanzar en sus estudios de anatomía funcional, al tiempo que le facilitaron la enseñanza de esta materia a sus estudiantes. Recordaba muy bien las reflexiones que su tío Guido hizo respecto al ciego cortando árboles tomado como alegoría de un médico sin conocimientos precisos de anatomía. Así, el teatro anatómico que hizo construir no desmerecía al boloñés, donde quince años antes asistió a las clases prácticas de disección de Niccola Bertuccio.

Seguía muy interesado en la anatomía del ojo y, para estudiarlo mejor, esperó hasta el invierno, cuando recogió hielo que puso en aguasal. En esta mezcla pudo congelar globos oculares recién extraídos de cadáveres humanos que luego seccionó sagitalmente con una delgada cuchilla especialmente afilada, con el fin de evidenciar la estructura interna y comprender cómo se transmitía la luz dentro del ojo. Comprobó lo equivocados que estaban todos los esquemas de la anatomía de este órgano que él había visto en libros griegos y árabes. Incluso las figuras del Libro I de al−Manazir, la óptica de Alhacén, tenían errores, quizá por haber transliterado sin crítica alguna la descripción del ojo que Galeno había hecho siglos antes; equivocada, según la costumbre galénica. De algún modo, Alhacén, uno de los mayores genios que la humanidad ha producido, también había sido engañado por Galeno.

Era evidente para nuestro monje cuál parte tenía razón en la polémica

secular sobre la visión: los ojos no proyectaban luz alguna sobre los objetos que veían, como sostenían algunos griegos, incluido Hipócrates, sino que era la luz reflejada en los objetos la que incidía en el ojo, en el cristalino, considerado entonces como el centro receptor de la visión, una especie de estación de recarga desde donde se enviaba la imagen al cerebro con explicaciones imprecisas, ambiguas y vaporosas.

Por su experiencia en óptica geométrica y en la construcción de lentes, Norberto había identificado el cristalino como una lente biconvexa de gran potencia que necesariamente tendría que concentrar la luz reflejada por objetos grandes y distantes para proyectarla reducida a corta distancia a través del cuerpo albuminoso posterior. Llegó a la conclusión de que el ojo es meramente una cámara oscura que recibe y refracta la imagen para que pueda formarse mucho más reducida en la capa posterior, cuya prolongación era el nervio que entraba en el cerebro, según habían descrito Alhacén y Abulcasis[24]. Sus reflexiones lo llevaron a la conclusión de que es la mente quien ve, oye, huele y siente. Los sentidos solo son las conexiones de la mente con el mundo de fuera.

Unas de las mayores preocupaciones del monje fue buscar y encontrar a un orfebre con el nivel técnico de Yussaf Migash y Gervasio Bellpuig. Él se consideraba a sí mismo un buen cirujano; conocía bien la instrumentación quirúrgica descrita y representada en el libro XXX de al‒Tasrif de Abulcasis; había visto y estudiado el instrumental de su tío Guido e incluso había diseñado sus propias versiones de algunos instrumentos. Necesitaba renovar sus herramientas, en particular cuchillas, lancetas, agujas curvas y fórceps suficientemente pequeños para ser usados en la cirugía de ojo. Necesitaba también nuevas agujas huecas; las que había traído de Montpellier estaban atoradas y desgastadas por su limpieza repetida en natrón caliente.

No fue fácil encontrar orfebres en Lérida interesados en fabricar su instrumental; les salía más rentable hacer arquetas, esmaltes, adornos y joyas para mayor honra de las imágenes sagradas, de la realeza, de la alta jerarquía de la Iglesia y de otra gente de fortuna. Esta situación le hacía reflexionar sobre el temor de la gente hacia el progreso. Los mejores recursos de la sociedad se dedicaban al ornato en forma de devoción o de petulancia hasta descuidarse la utilidad y el modo de hacer que las personas vivieran mejor. Pensaba, por ejemplo, que la

belleza en forma de lujo abotarga los sentidos y detiene el progreso. Había encontrado orfebres que dominaban, por ejemplo, el tabicado bizantino después de dos décadas de duro aprendizaje y práctica para construir preciosos esmaltes que causaban las delicias de la gente principal y la admiración bobalicona de los que jamás los poseerían. Aquel era un mundo que, una vez mitigada la epidemia, no contemplaba ni conjugaba el futuro. El miedo, acrecentado por la aún reciente plaga, invitaba a buscar refugio en un presente cuya sordidez solamente parecía rasgarse con la contemplación de las enjoyadas imágenes, polícromas pinturas o tapices de seda y oro.

—Está bien, fray Norberto —le dijo unos días más tarde Mauricio Doliva, orfebre, después de haber escuchado al monje—, todos dicen que eres una eminencia médica y quiero ayudarte. Perderé dinero fabricando tu instrumental, pero no soy tan insensible ante el progreso y la salud de la gente. Mi propio hijo se fue a Montpellier a estudiar medicina, pero sucumbió a la peste, como tantos otros. Quizá fue alumno tuyo o de algún modo lo conociste allí.

—Lo siento mucho; no llegué a encontrarme con él; no había ningún estudiante de Lérida entre mis alumnos, aunque sí los tuve de otras partes de Cataluña. Me marché de Montpellier antes de la epidemia y cuando regresé, a mediados de 1349, esta ya había amainado. Es muy triste. Tu hijo ahora podría estar trabajando conmigo en la nueva escuela que estamos refundando en Lérida —dijo Norberto con gran pesar—. Con la epidemia murió mucha gente y mucha inteligencia y tardaremos más de un siglo en reponernos de esta desgracia —añadió el monje con un deje reflexivo de amargura y, cambiando el tono, finalizó—: Te pagaré por los instrumentos tanto como pueda, pero ganarás menos que si hicieras una nueva corona al rey o una diadema a la reina.

—Creo que el dinero ha dejado de importarme —concluyó Mauricio Doliva, abatido por la amargura.

***

Echaba de menos a Raimundo y lamentó no haberle permitido ir con

él a Hispania. Le había escrito una larga carta donde le sugería unirse a su grupo de trabajo en Lérida. Si ambos hubieran ido a Lérida, podrían haber montado una escuela de óptica y un taller para la fabricación de lentes y gafas. Aun así, Norberto no dejó su labor de pulido. En el taller de la casona instaló sus dos tornos, el grande para pulir lentes de lectura y el pequeño para lentes minúsculas, de gran potencia, con el fin de construir versiones mejoradas de su tubo óptico. Entrenó a Bernardo y a Gerardo en la fabricación de vidrio y en el pulido de lentes de trabajo y lectura.

Después de los meses acordados, el inquisidor general se presentó en Lérida y acudió al aula de Norberto.

—Han sido los seis peores meses de mi vida —se quejó Rossell.

—Seguro que no. Han sido de los mejores. Has perdido peso, tienes mejor color y se te han curado las heridas de los pies. Estás más saludable que nunca. Quiero ver cómo controlas la diabetes, así que toma este frasco y tráelo con tu orina. Podemos operar cuando te sientas fuerte y animado.

—Por mí, cuanto antes —dijo Rossell con impaciencia.

—Lo haremos mañana —dijo Norberto después de paladear discretamente la orina del inquisidor, comprobar la ausencia de azúcar y el estado general del inquisidor—. Ahora te instilaré estas gotas en los ojos.

—¿De qué son? —preguntó Rossell, siempre desconfiado.

—Son una cocción de atropa, lo que los romanos llamaban belladona porque se las instilaban las mujeres para parecer más bellas —contestó el monje—. Sirve para agrandar las niñas de tus ojos y así ver mejor lo que tienes dentro y hacer más fácil el abordaje quirúrgico. Ven mañana antes de que salga el sol. Necesito primero explorarte, pero tiene que ser por la mañana. Cuando el sol esté a una determinada altura.

—Me sorprende que creas en la astrología y que planifiques la operación según la posición del Sol como otros eligen la fase de la Luna para ciertos tratamientos. Todos dicen que tú no crees en la astrología, sino solamente en el diablo —apuntó Rossell.

—Es verdad que nunca he creído en la astrología, pero necesito una luz muy potente para ver el interior de tus ojos y esa luz solamente la ofrece el sol y, por la orientación de este edificio, tiene que ser el sol de la mañana —apostilló Norberto de forma abrupta y contundente por el cansancio que le producía la cuestión de su tubo óptico—. Por supuesto que si mañana está nublado no podré explorarte ni operarte. Pide a Dios que haga un día soleado.

El siguiente día amaneció despejado y el inquisidor general acudió al aula para ser examinado en sus ojos antes de que saliera el sol. Se le hizo pasar a la sala de exploración, donde se sentó en un sillón de madera reclinado. Mientras tanto, Bernardo y Gerardo colocaron dos espejos planos que recogerían la luz del Sol para reflejarla sobre ambos lados de la cara del inquisidor. Interpusieron en el camino de la luz dos delgadas láminas de cobre con una rendija muy estrecha hendida en su centro, de media pulgada de alto. Los monjes médicos esperaron que el sol se levantara lo suficiente para que su luz llegara a los espejos, atravesara las hendiduras e incidiera sobre ambos lados de cada ojo del inquisidor[25]. Cuando la posición estuvo tomada, Norberto extrajo su tubo óptico, armado con las dos lentes de menos potencia, de la funda y lo enfocó al ojo izquierdo del paciente. Al ver el tubo, el inquisidor se levantó espantado y retrocedió hacia atrás, hasta el otro extremo de la sala.

—¡Quita ese demoníaco aparato, esa herramienta de Satanás de mi vista! —gritó el inquisidor con una mezcla de alarma, miedo y furia.

—No diga su eminencia idioteces que no tienen sentido alguno —dijo Norberto muy enojado—. Este es meramente un aparato óptico para ver las cosas aumentadas y lo necesito para observar el interior de tu ojo, para comprobar si lo que tienes son cataratas y cómo son estas, con el fin de decidir cómo las operamos. No he contestado nunca a los insensatos que dicen que con este tubo se ve al diablo, pero no esperaba que un hombre de la alta jerarquía de la Iglesia, reputado como inteligente, estuviera al nivel de tanto mentecato iletrado. No pareces muy diferente del inquisidor Des Monts, que tiene fama de necio en todo el Languedoc. Deber ser deformación profesional la obsesión por ver al diablo en todas partes o quizá lo tengas dentro y temas que yo lo vea. ¡Qué modo más perverso de hacer la vida aún más difícil! Con este tubo no se vería al diablo ni aunque lo tuvieras dentro de tus ojos. Si no quieres que te explore, coge esa puerta y

vete; en seis meses estarás completamente ciego y tu carrera se habrá acabado definitivamente, ni capelo cardenalicio ni corte papal…, caerás en el olvido y perderás todo tu poder e influencia; tú verás lo que haces, pero date prisa en decidirlo porque la posición del sol cambia y tendremos que ajustar de nuevo los espejos.

Rossell pasó en segundos de la congestión a la palidez; nadie se atrevía a hablarle así desde que dejó de ser joven. Bernardo y Gerardo se encontraban completamente estupefactos ante la escena. Tras un minuto de silencio, Nicolás habló con voz baja e insegura:

—Acepto tu explicación. Puedes proceder.

La observación de la parte anterior del ojo con las rendijas de luz oblicuas reveló que Rossell tenía la lente del ojo derecho desestructurada y dividida en grumos, mientras que en el izquierdo, la lente se encontraba entera, aunque bastante opacada, de tal forma que le permitía ver muy poco. Los tres médicos monjes amarraron al inquisidor a la mesa de operaciones con una correa de cuero que le cruzaba la frente e inmovilizaba su cabeza contra la mesa, introdujeron unas férulas de plata que impedían cerrar el ojo y se dispusieron a operar.

—Apenas te dolerá, pero debes quedarte quieto —aconsejó Norberto.

—¿Has visto al… diablo? —balbuceó el inquisidor.

Norberto no sabía qué responder. Consideraba a Rossell un verdadero demonio y le disgustaba tratar esos temas justo antes de la intervención.

—Te he dicho que con este tubo se ve el interior de tu ojo magnificado diez veces y nada más. No vuelvas a distraerme con necedades.

El cirujano hizo una incisión con una lanceta entre la córnea y la esclera, en su parte inferior, hasta alcanzar la lente, cuya envoltura rasgó; apretó el globo ocular con el dedo pulgar masajeando desde arriba hacia abajo, lo que provocó la salida de restos fracturados de la lente a través de la incisión. Acto seguido, procedió a extraer los restos de la catarata mediante succión con una aguja hueca aplicada a una gran jeringa de plata.

—¡Veo! —exclamó Rossell fuera de sí—. Dios me ha devuelto la vista.

—Dios y nosotros, si no te importa, y para ser más precisos —corrigió Norberto—; pero ahora te voy a tapar el ojo y puedes pedirle a Dios que no se te infecte. Te aplicaré manteca de cerdo y te vendaré el ojo; vuelve en quince días, pero si te aparece fiebre y dolor, ven enseguida. No debes viajar; permanecerás en Lérida todo el tiempo que dure tu tratamiento. Haz una vida reposada y no bebas vino; se dice que te aplicas al frasco más de lo debido.

Dos semanas más tarde, Norberto quitó el vendaje y descubrió el ojo del inquisidor, quien alborozado por ver con claridad, dio las gracias a Dios por lo que consideraba un inmerecido don; seguro que así era.

Unos días después el cirujano procedió a reducirle la catarata del otro ojo. Esta vez fue más fácil y siguió el procedimiento usual desde los tiempos babilonios: hizo una incisión en el límite de la córnea y la esclera, introdujo una aguja roma y empujó la parte superior de la lente hasta abatirla con facilidad hacia la cámara posterior del ojo. De nuevo, el grito de Rossell se oyó en las cercanías; había recuperado la visión de ese ojo también. Al cabo de otras dos semanas le quitaron los vendajes y Nicolás estrenó ojos nuevos.

—Te he preparado estas gafas que necesitarás para leer y para ver mejor de lejos —le dijo Norberto y, ante la expresión de encanto del inquisidor general, añadió—: Sí, son cristales parecidos a los dos de mi tubo óptico, aunque de diferente tamaño y potencia; espero que no veas el diablo a través de ellos. Y, hablando de otras cosas también necesarias, yo no cobro nada por nuestros servicios, pero sí espero de ti una contribución generosa para la Escuela de Medicina. Tendremos que operar y cuidar a otros pacientes que no tienen tanto dinero como tú y no pueden pagar sus tratamientos. Además, tengo entendido que fuiste profesor de Teología en este Estudio General antes de la epidemia y, por lo tanto, podría contribuir algo más a la recuperación de esta Universidad, porque he oído que te desentiendes y haces poco por ella.

La contribución de Rossell fue, por una vez, espléndida y generosa; se marchó contentísimo y no volvió a la clínica hasta cuatro años más tarde, como portavoz de muy malas noticias para el monje médico.

Capítulo XVII

Norberto estaba muy satisfecho de su labor docente. Después de operar a Rossell, y una vez que el estudio sobre la diabetes avanzaba con resultados claros, se enfrascó en un proyecto que podría mostrar a sus estudiantes la aplicación del método científico al uso de una planta en el tratamiento de una enfermedad muy común y casi siempre mortal. Una mañana en clase les habló así a sus estudiantes:

—No sé si habéis oído el nombre de un antiguo profesor de esta escuela llamado Gualterio de Wrobruge, de origen inglés. Fue, con Jaime d’Agramunt, uno de los dos profesores de la Escuela de Medicina de este Estudio General antes de la muerte negra. El maestro D’Agramunt fue víctima de la peste; el maestro De Wrobruge probablemente salió de Lérida al inicio de la epidemia. Pese a mis esfuerzos no he conseguido localizarlo ni saber de él. Colegas de París, Montpellier y Aviñón me dicen que no lo han visto por esos lugares. Hermanos de la Orden Premonstratense tampoco lo han visto en Oxford y Cambridge. Desgraciadamente, es posible que el maestro De Wrobruge haya muerto en algún lugar de Francia, víctima de la epidemia.

—El maestro De Wrobruge era un gran profesor, un gran médico —observó un canónigo regular que atendía a la clase—. No se fue al principio de la epidemia, sino un año después de empezada esta. Atendió a muchos enfermos de peste, incluyendo al maestro D’Agramunt. Pese a no contraer la peste, no tenía mucha salud; quizá quiso volver a su tierra antes de morir. Creo que si estuviera vivo nos habría escrito y sabríamos de él porque dejó aquí muchos amigos y gratos recuerdos en todos nosotros.

—Gracias por tu información, hermano. Espero que no sea así y que el maestro esté bien en algún sitio de su complacencia —dijo Norberto—. Yo no llegué a conocerlo, aunque sabía de su fama y prestigio; tenía interés en saber su paradero con el propósito de solicitar su permiso para continuar la investigación que él planeó llevar a cabo antes de la plaga. Os daré los datos que tengo sobre el trabajo de De

Wrobruge y os invitaré a participar en el proyecto que os voy a proponer.

»Durante la limpieza y remodelación de la biblioteca —Norberto continuó así su larga narración— encontré un manuscrito inacabado de Gualterio de Wrobruge. En el libro se describían una serie de enfermedades que, según el autor, afectaban al riñón y dificultaban la producción de orina. En particular, el maestro De Wrobruge dedicaba bastante espacio a describir la hidropesía, un proceso grave y muy frecuente que infla a los enfermos, a veces hasta duplicar el peso, por retención de líquidos que los riñones no pueden expulsar. El cuerpo, el vientre, las piernas, el pecho se hinchaban tanto que en ocasiones estallaba la piel. Era una enfermedad muy grave que incapacitaba al paciente y acababa por matarlo.

De Wrobruge había nacido en algún punto del sur de Inglaterra, quizá en el condado de Devon, cerca de Exeter, aunque su familia era de procedencia galesa, del lado norte del canal de Bristol. Refirió en su inconcluso manuscrito que en su juventud tuvo acceso a un texto médico en gaélico que describía un tratamiento popular para la hidropesía consistente en decocciones de hojas de una planta que Norberto desconocía. Al administrar el remedio, describía De Wrobruge, los efectos se notaban casi de inmediato. El enfermo podía morir si había ingerido demasiada agua del hervido, pero si no lo hacía, expulsaba orina en grandes cantidades, se deshinchaba, recuperaba la salud y volvía a la normalidad[26]. El maestro inglés escribió su intención de experimentar ese tratamiento en Lérida y decía haber encontrado la planta, que crecía en los ribazos de los robledos y hayedos de los montes al norte de Lérida. Los naturales la llamaban didal, didalera, guantera o herba de l’orina, pues conocían los efectos diuréticos de esta planta. Era un pequeño arbusto que florecía cada dos años dando grandes racimos alargados de bellas flores de color rosa púrpura. El ganado evitaba comer esa planta y los payeses ilerdanos la tenían por muy venenosa.

—Debéis considerar —proseguía Norberto con su clase ante sus cada vez más numerosos estudiantes— que todos los remedios que apliquéis a vuestros enfermos tienen que ser administrados en las dosis correctas que estén dentro de un intervalo por encima de su efectividad y por debajo de su toxicidad. Si este intervalo no existe o es negativo no deberéis usar ese remedio con enfermos, pues este será

mucho peor que la enfermedad que pretendéis curar. En estos tarros tengo hojas secas de didalera que fueron recogidas en el bosque a mediodía que, al decir de los campesinos, es cuando las hojas son más venenosas. Mi propuesta inicial consistirá en administrar polvos de estas hojas a tres enfermos de hidropesía, en dosis bajas que iremos aumentando hasta ver los efectos beneficiosos o perjudiciales. En un primer estudio debemos medir el aumento de la cantidad de orina, si lo hubiere, y la disminución del edema, midiendo el perímetro del abdomen y el de los tobillos. Todas esas mediciones quedarán apuntadas en un protocolo que llevaremos de forma estricta para poder consultarlo y estudiarlo a posteriori.

***

Los días pasaban con rapidez mientras Norberto y sus colaboradores trabajaban sin tregua ni descanso tanto en la Escuela como en los diversos hospitales y en la clínica que habían montado en el Llano de los Gramáticos. Una noche Norberto se despertó; no conseguía descansar, pese a estar tan cansado; se desveló y no volvió a conciliar el sueño hasta cerca del amanecer. Acusaba un exceso de trabajo al que se añadía la frustración por haber perdido a Clara una vez más; pretendía encontrarla en sus sueños, ya que no podía encontrarla en la realidad del día. Nunca supo si lo sucedido el resto de la noche era producto de un sueño o de una realidad que se abrió paso entre las tinieblas.

Se levantó del catre de su celda en Santa María la Antigua, la canónica, abrió la ventana a la oscuridad de una noche que no tenía estrellas ni luna que la iluminara. Ni siquiera se veía abajo la ciudad, casi apagada, excepto por alguna antorcha que quizá iluminaba la puerta de cualquier convento donde admitieran a niños expósitos. Norberto miró la negrura de la noche dudando si la alborada anunciaría un nuevo día y se preguntó cómo conseguiría las fuerzas que necesitaba para seguir adelante. El alba aún no llegaba cuando alguien lo sacó de sus reflexiones llamando a la puerta de su celda. Al abrir, una sombra se dibujó bajo el marco.

—Buenas noches, Norberto, me alegra verte —se oyeron estas palabras desde la sombra.

—Eres Gualterio, ¿verdad? Pasa, por favor; de alguna forma sabía que vendrías y te esperaba —así dio Norberto la bienvenida al recién llegado.

—¿Por qué sabes quién soy y por qué me esperabas? —preguntó la sombra, que al entrar quedó levemente iluminada. Era un hombre mayor, alto, muy delgado, de piel amarilla y de apariencia demacrada. Vestía una túnica hecha jirones, del mismo color que su macilenta piel.

—No sé cuán real eres, pero has aparecido porque he pensado mucho en ti; estoy seguro de que me vas a enseñar cosas que desconozco y necesito saber —repuso el norbertino sin contestar a las preguntas que se le hacían—. Por ejemplo, ¿dónde estás en este momento? Te he estado buscando para preguntarte si has continuado tus estudios sobre la digital.

—Estoy en Dios —respondió el visitante con rapidez—. Mi cuerpo lleva años bajo la nieve en un barranco del puerto de Somport. Partí de Lérida con la intención de volver a Devon, el condado inglés donde nací y donde aún me quedaba familia con la que pensaba pasar mis últimos años. Estaba enfermo y no medí bien mis fuerzas de tal forma que la ascensión al puerto me sacó la vida del cuerpo; ahora descanso eternamente en un lugar donde no hay enfermedades que curar ni penas que aliviar. —El médico inglés se sentó en una silla; parecía cansado y con el alma estrujada, pese a venir de un lugar tan perfecto; prosiguió—: He sabido que has continuado mis estudios sobre la digital. Me alegro de saber que mi trabajo ha tenido trascendencia, aunque sea corta…

—No tiene por qué ser corta. La digital es un gran remedio para los que poseen un corazón débil e insuficiente; diría que el mejor. Nosotros hemos efectuado curaciones que parecían milagrosas —contradijo Norberto.

—Será corta, no lo dudes. O sea, no trascenderá. Nadie recordará la digital cinco años después de que tú te marches de Lérida[27]. La razón es porque ni Dioscórides ni Galeno describieron esta planta y, por lo

tanto, esas lumbreras no permiten que se recuerde y se sepa lo que ellos no dijeron por ignorarlo ni dejan olvidar a nadie tantas cosas banales y falaces como escribieron. Pero tampoco tu nombre y el mío serán recordados. No tendremos un lugar, no digo de honor, sino de descanso en la historia de la medicina; si acaso, seremos piedras prescindibles y necesariamente ocultas en el edificio del hospital donde no se cura la desmemoria. Los libros que has escrito y el que aún te queda por escribir se perderán; nadie los encontrará en el futuro; nadie sabrá lo que eres ni lo que has sido.

»Tardarán los hombres siglos en ver el coágulo abdominal de una pulga enferma de peste, tanto como tardarán en construir un tubo óptico como el tuyo por el que se podrán ver los miasmas corpóreos que causan la peste y otras enfermedades contagiosas. No has nacido a favor de los siglos, sino en contra de los tiempos y tal desventura la tendrás que sufrir una y otra vez hasta el final de tu vida, no muy lejano, desgraciadamente.

Así finalizó Gualterio de Wrobruge su canto a la realidad atemporal y a la desesperanza perdurable.

Mientras la sombra se alejaba y desvanecía, Norberto vio con claridad el futuro tan negro al que estaba abocado inexorablemente.

***

A finales de 1356, Nicolás Rossell regresó a Lérida con toda su comitiva y con el miedo de los leridanos, que temían un nuevo Edicto de Fe, pero no fue así. El inquisidor ya no era tan sanguinario y se convirtió en una persona razonable; desde su operación de cataratas no condenó a nadie a muerte. Al llegar, se instaló en las dependencias episcopales del Palacio Real de la Zuda y, acto seguido, envió a un mensajero para llamar a Norberto.

—¿Por qué no es él quien baja a verme a mí? —preguntó De Cholhac al emisario—. Quisiera examinar en la clínica los ojos que operé.

—Sus ojos están bien. Monseñor Rossell te quiere en palacio para

hablarte de un asunto personal de máxima importancia para ti. Cree que en palacio tendrá más privacidad —contestó al enviado.

Presintiendo que, en verdad, se trataba de algo importante, Norberto se dispuso a subir hasta el Palacio Real, en una de cuyas estancias se alojaba el inquisidor general cuando visitaba Lérida.

—Celebro verte de nuevo, Norberto —dijo Rossell a modo de salutación.

—Déjame ver cómo están tus ojos —dijo el médico acercándose, sin corresponder al saludo del inquisidor—. Están bien. ¿Cómo te va con las lentes que te hice? Veo que has engordado y eso no te favorece.

—Mis ojos están perfectamente y puedo leer muy bien con las gafas que me diste. Reconozco que eres un gran médico; el mejor del reino, tan bueno como tu tío, monseñor De Chauliac, a quien pronto encontraré en Aviñón. Pero no te he llamado por mis ojos, aunque nunca olvidaré lo que hiciste por mí. Te estoy muy agradecido y quiero tu bien —habló Rossell con semblante serio y reconcentrado; añadió—: Su Santidad el papa Inocencio me ha nombrado, por fin, cardenal de san Sixto y debo marchar a Aviñón para la imposición de mi capelo cardenalicio. Es posible que no nos volvamos a ver.

—Recibe mi enhorabuena entonces—dijo Norberto—; tu nombramiento llevaba esperando un tiempo largo. Me alegro por ti. Creo que el rey Pedro está muy contento porque por fin su reino tiene un cardenal. Estaba muy celoso porque Castilla había conseguido un cardenal antes que Aragón.

—Tampoco es esta la razón por la que te he llamado —cortó Rossell, quien se tomó un largo silencio antes de proseguir—. Pese a la rotunda oposición del rey Pedro y en contra de mi propio consejo, el papa va a nombrar a mi sucesor como inquisidor general de la corona de Aragón y la elección recaerá en Nicolás Aymerich, dominico, un hombre demasiado estricto para mi gusto, muy inflexible con la heterodoxia. Es definitivamente mucho peor de lo que yo fui de joven…

—Lo conozco de referencias y sé que es una verdadera bestia. Ha presidido los tribunales donde la Inquisición dictó las sentencias más duras. Veo que estos reinos nunca alcanzarán la paz; siempre están

girando en la rueda del infortunio, entre la guerra, el hambre, la peste y personas como Aymerich… o como tú.

—¿Me crees tan malvado? —preguntó Rossell con condescendencia, sin mostrar enojo alguno—. Un cargo como el mío requiere una energía necesaria.

—Un cargo como el tuyo no es necesario en absoluto. El pueblo del Señor necesita guías, pero no que se le confine a límites tan estrechos y se le castigue cualquier desviación.

—Bien, no quiero discutir. Te he llamado para devolverte el gran favor que me hiciste hace cuatro años. Aymerich te conoce, le disgustas, te odia y tú serás uno de los primeros objetivos de su furia —resumió Rossell.

—¿Por qué me odia? —preguntó Norberto indignado—. Nunca me encontré con él. Aquí me he dedicado a restaurar el Estudio General, he refundado la Escuela de Medicina, he formado a jóvenes médicos y he salvado muchas vidas. La sanidad de esta ciudad está mucho mejor desde que llegamos hace cinco años.

—Así lo creo yo también, pero Aymerich piensa que practicas la brujería y no solo porque crea que ves al diablo a través del tubo óptico, sino también porque salvas milagrosamente a gente que normalmente muere y eso, así lo deduce él, requiere la mediación del diablo. Practicas unas intervenciones quirúrgicas que nadie había hecho con anterioridad en Hispania ni quizá en el mundo, pero lo extraño y sorprendente para Aymerich es que la mayoría de tus enfermos se curan —explicó el inquisidor saliente.

—No es así. Los médicos de al-Ándalus practicaban la misma cirugía hace dos o tres siglos. Yo no operé tus cataratas mejor de lo que los cordobeses Abulcasis y Al-Ghafequi o el toledano Alcoatí lo hubieran hecho. Mas eso es lo de menos; si este hombre me tiene en su punto de mira, no merece la pena ni es posible razonar con él ni con personas de su estofa —concluyó Norberto.

—Además, tiene otro cargo contra ti —añadió Rossell—. Afirma que has vivido en concubinato con una beguina tudesca, ¿es eso verdad?

—No es verdad…, desgraciadamente. —Ante la extrañeza de Rossell,

Norberto continuó—. Ella ha aparecido tres veces en mi vida, las dos últimas por muy breve tiempo. Viene cuando más me faltan las fuerzas; verla y hablar con ella me estimula para seguir adelante. Es una persona maravillosa y, al contrario de tantos otros, es una santa que no busca la santidad. Me parece una gran vileza que el futuro inquisidor la mezcle en mis asuntos personales de forma tan aviesa. Puesto que la has mencionado, ¿sabes dónde está Clara de Heusingen? Tú la pusiste en fuga junto con varias beguinas más que tuvieron que salir precipitadamente de Lérida huyendo de ti.

—Es verdad —reconoció Rossell—. Hoy las hubiera dejado en paz. Quizá no tuve buena información sobre las beguinas. Respondiendo a tu pregunta, mis últimas noticias la sitúan en Toledo, adonde marchó por razón de la matanza de judíos que sucedió el año pasado. Quizá fue para ayudar a los niños y a las mujeres; sé que es una mujer abnegada y bondadosa, aunque no en plena comunión con la doctrina católica. —Después de un corto silencio Rossell continuó—. Se me ha ocurrido invitarte a que vengas conmigo a Aviñón. Serías mi médico personal, tendrías un buen salario y mucho tiempo para el estudio y la investigación. Aquello es el centro del mundo mientras que aquí estamos en un extremo casi olvidado.

—Te agradezco la deferencia y el ofrecimiento —rehusó el monje—, pero tomaré la dirección contraria. Quiero ir a Toledo y luego al sultanato de Granada. Busco libros árabes de medicina donde pueda aprender nuevos conceptos y encontrar médicos con quienes discutir e intercambiar ideas. Quiero respirar el ambiente que vivieron los grandes médicos de al−Ándalus.

—Te llevarás una gran decepción. No vas a encontrar nada de aquel esplendor —reflexionó Rossell—. Los nazaríes de Granada apenas pueden sobrevivir de tan débiles que son; hace dos años se declararon de nuevo vasallos de Castilla. Al-Ándalus es un reflejo muy pálido y desvaído de lo que fue; hoy es un reino en trance de desaparecer. Si existe todavía es porque Pedro de Castilla actúa como un loco, está inmerso en conflictos domésticos y no presta atención a los granadinos salvo para exigirles las parias. Por nuestra parte, la situación en Aragón es difícil e insegura. Se comenta que enormes contingentes de tropas castellanas están concentrados en el Señorío de Molina, prestos a caer sobre Zaragoza. Si viajas a Castilla ten mucho cuidado en evitar las zonas más conflictivas de la frontera. Los reyes de Castilla y

Aragón, los dos Pedros, están muy encabronados el uno con el otro y la guerra ya ha comenzado[28].

—Tendré cuidado, muchas gracias —le aseguró Norberto—. Por tu parte, vigila bien tu peso; guarda la dieta que te prescribí, haz ejercicio y toma decocciones de galena tres veces al día para controlar tu diabetes. Esa planta también crece en la Provenza. Quizá mi tío Guido te pueda cuidar cuando estés en Aviñón. Cuando lo veas, recuérdale que conteste a alguna de las cartas que le he escrito en estos años. Estaré en Toledo los próximos meses.

—Que tengas suerte en tus nuevas correrías —le dijo el inquisidor con el mejor deseo no desprovisto de afecto—. Los hombres como tú escapáis de los esquemas que usamos para clasificar a las personas. Siento haberte entendido tan tarde, aunque no sé si algún día te perdonaré haberme metido la dubitación en el cuerpo y en el alma. Antes yo era una persona segura en mis convicciones y en mis planes. Ahora ya no y quizá no lo vuelva a ser.

—No lo lamentes. La duda no tiene por qué causar desazón; en el fondo es una fuente de liberación personal y ayuda a querernos mejor a nosotros mismos.

Capítulo XVIII

Cinco años antes, cuando estaba recién establecido en Lérida, Norberto recibió una larga carta de Raimundo en la que le contaba con todo detalle los sinsabores y penalidades que sufrió a causa del tubo óptico. Todo el mundo lo criticaba, aunque nadie se atrevía a mirar por él so pena de incurrir en brujería, que en aquel entonces era considerada por la Inquisición pontificia como una forma de herejía y, por lo tanto, perseguible de lleno por tan santa y sanguinaria institución.

Raimundo no entendía por qué el tubo óptico suscitaba tanta animosidad y controversia. No parecía que ver al diablo y el infierno fuera la única razón; más bien era la negativa de los médicos a ver más allá de sus narices. Tal era el rechazo de sus colegas por el tubo, contaba Raimundo, que un mal día un grupo de gente desconocida asaltó su taller en la abadía y destruyó el aparato a martillazos. También machacaron las gafas que él mismo usaba para corregir su corta vista, por cuyo motivo su actividad quedó bastante limitada. Añadía Raimundo en su larga carta que las iras de los antitubo también alcanzaron al pobre Gervasio Bellpuig, tan solo un modesto orfebre, quien fue obligado a cerrar su taller, que previamente le habían destrozado, y a abandonar Montpellier. Según supo Norberto mucho tiempo después, Gervasio se embarcó rumbo a Barcelona y desde allí siguió hasta Valencia, donde se estableció y montó un taller de lentes y gafas que lo hizo sobradamente rico. Norberto lo encontró años más tarde donde fue reconfortado por Bellpuig durante los días previos a su condena y muerte en Valencia.

No quedaron las cosas ahí ni las consecuencias fueron banales: Raimundo perdió su recién ganada cátedra de Cirugía en Montpellier y el gran inquisidor Pedro des Monts, obsesionado como estaba con los valdenses, lo envió al Piamonte a reevangelizar a herejes forzadamente contritos. Muy preocupado, Norberto escribió a Raimundo rogándole que acudiera a Lérida donde los dos podrían enseñar medicina y cirugía; no recibió respuesta. Escribió también a su tío Guido en Aviñón pidiéndole protección para Raimundo, pero

tampoco obtuvo contestación.

Cinco años después, a punto de abandonar Lérida, Norberto recibió otra misiva de Raimundo, escrita poco antes de ser combustionado en la hoguera, enviada desde los Alpes Cocios. La lectura de la carta sumió a Norberto en una tristeza tan profunda que le hizo llorar con desconsuelo. La carta rezaba así:

Amado hermano en Dios Norberto:

Espero y deseo que esta misiva te alcance porque en ella va mi despedida hasta que nos veamos en el Señor. Hace ya mucho tiempo que te escribí contándote las penalidades y agravios que sufrí en Montpellier, de cómo destrozaron mi taller y los aparatos ópticos que había en él. Incluso machacaron mis gafas, con lo que estuve casi ciego un tiempo hasta que recibí dos pares de gafas nuevas que tú me enviaste por mediación de tu tío Guido. De otro modo no me hubieran llegado. Fui expulsado de la Universidad en condiciones humillantes porque a todos les parecía herético y brujeril que la peste fuera transmitida por las pulgas.

Nuestro libro De Transmissione Pestilentiae Mortis Nigrae fue quemado en público, pero no con la solemnidad de una condena herética, sino entre grandes burlas, carcajeos y risotadas. Hicieron pantomimas teatrales en las que unos cómicos, que no creo hubieran leído nuestro libro, se disfrazaron de pulgas y simulaban picar a otros que rápidamente se tiznaban con carbonilla y hacían como que morían entre fingidos aspavientos. Todo este penoso espectáculo se hizo en un escenario levantado en la plaza de la basílica de Nuestra Señora de las Tablas, ante el jolgorio general del populacho, entre los que estaban algunos compañeros nuestros, profesores de la Escuela Médica, que se reían con estruendo lleno de incomprensible resentimiento. Incluso el obispo Alberti parecía divertido mientras observaba el espectáculo desde una ventana de su palacio. Todo fue muy triste y descorazonador.

Ante este estado de cosas, nuestra orden premonstratense me defendió como pudo aduciendo que yo no había contravenido ni cuestionado ningún precepto de la Santa Iglesia. Tal vez esa defensa evitó mi rápida ejecución por lo que, a la vista de lo que sucedió después, en estos años más de vida que se me concedieron, estoy muy agradecido al altísimo por tan gran

favor. […]

El gran inquisidor, Pedro des Monts, me convocó ante un tribunal que ya tenía tomada su decisión y dictada su sentencia. Como penitencia, debería ir a los Valles Alpinos a evangelizar valdenses y traer a esos herejes de vuelta al rebaño del Señor, que no es otro que el de la santa madre Iglesia. Por entonces recibí tu carta en la que me decías que fuera a Lérida y me uniera a tu Escuela Médica. ¡Ojalá hubiera podido hacerlo! Me encontraba muy vigilado cuando, poco después, unos emisarios del obispo Guillermo de Embrun vinieron a por mí y me trajeron a esta diócesis de los Alpes Cocios desde donde escribo esta carta.

He pasado, pues, los últimos años entre estos valles alpinos en un vano intento de devolver a estos herejes a la obediencia de Roma. El efecto ha sido el contrario; después de conocerlos, han sido los valdenses los que me han conquistado, pues ellos, no nosotros, son los que siguen fielmente las enseñanzas de nuestro señor Jesús. «Los […] valdenses se distinguen por su comportamiento y el habla. Son impasibles y sensatos. […] Viven únicamente del trabajo artesano de sus manos. También sus maestros son tejedores y zapateros. No acumulan riquezas, sino que se contentan con lo necesario para vivir. Comen y beben con moderación [...]. Son trabajadores, se dedican a aprender y a enseñar. Se reconocen por su manera de hablar: con cordura y veracidad. No difaman, no hablan con palabras vulgares o vacías. Evitan toda expresión que pueda ser mentirosa o de juramento. Según ellos, lo hacen así porque Jesús lo ordenó en Mateo 19:21: "Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que posees, dónalo a los pobres, […] y ven, sígueme"».

Lo que te cuento es enteramente verídico y «mientras todas las demás sectas despiertan el horror y la repulsa de sus oyentes por sus blasfemias en contra de Dios, esta demuestra una gran semblanza de piedad, tanto que sus adherentes viven justamente delante de todos los hombres y creen todos los artículos del credo, respetando en todo a Dios […], por eso tan grandes multitudes de laicos les prestan atención»[29].

Cuando fui a evangelizarlos, comprobé para mi sorpresa que ellos son mucho mejores que nosotros y, en vez de convencerlos, su ejemplo me convenció a mí. He vivido con ellos dos años en los que he compartido la felicidad interior de esta gente, solo turbada por las feroces persecuciones a las que nos somete el obispo Guillermo, quien se hace llamar príncipe de Embrun, al mando de las tropas del conde Amadeo VI de Savoya, un

jovencito belicoso, pretendidamente justiciero, a quien llaman el Conde Verde por vestir siempre un uniforme con una casaca de ese color […].

Estoy actualmente en prisión con otras decenas de hermanos que hemos sido condenados a perecer en la hoguera. Nos han aplicado tormento y nos quemarán cualquier día de estos, cuando el malvado obispo tenga tiempo de venir para presidir nuestro juicio. En el fondo, la codicia prima sobre la fe. Condenan a tanta gente con el fin inconfesable de confiscar las propiedades de los condenados y arramblar con sus riquezas. Creo que a muchos de nuestros opresores, en particular al obispo Guillermo, el oro les importa mucho más que su ministerio y los dogmas de la Iglesia.

Siento despedirme de ti de este modo, hermano Norberto. Espero que la carta te llegue (he tomado precauciones para ello y confío en que me estés leyendo). Solo me queda agradecerte por tantas cosas que has hecho por mí, por tus enseñanzas y por tu ejemplo. Si Dios se digna a acogerme en su seno, le pediré que te cuide y guíe. Tú lo mereces tanto como el mejor de los hombres.

Siempre tuyo hasta la eternidad, mi querido hermano.

Raimundo.

***

Una vez más en su vida Norberto se encontró solo consigo mismo, montado en su caballo y tirando de un mulo con sus pertenencias, que incluían el tubo óptico con un juego de oculares y objetivos, su colección de lentes, el torno de pulirlas y su instrumental quirúrgico. Lamentaba el destino de Raimundo, aunque comprendía que la felicidad es un sentimiento tan íntimo que no tenía por qué ser objetivo ni estar sustentado por razones. Raimundo quizá ya había abandonado este mundo en auténtico olor de santidad. Si alguna vez pedía algo a Dios, invocaría a Raimundo como intermediario porque, si Dios existía, tendría a Raimundo con sus gafas puestas a su diestra.

Ancho era el mundo para él y, en el fondo, se alegraba de tener nuevas oportunidades en su vida. No era un hombre que necesitara de reconocimientos y homenajes, pero le dejaba un sabor amargo y cierto escozor en el corazón haber salido de Lérida “como ladrón en la noche”, después de cinco años de duro trabajo durante los cuales refundó la Escuela de Medicina, enseñó a decenas de estudiantes, curó enfermos y practicó un sinfín de operaciones quirúrgicas que, en la mayoría de los casos, salvaron las vidas de sus pacientes. Supo después que los ilerdenses lamentaron su marcha, aunque todos entendían el porqué de su huida. Desde entonces el nuevo inquisidor general Nicolás Aymerich fue especialmente odiado en la ciudad.

Lérida y Toledo distan trescientas cincuenta millas; le llevó más de un mes recorrerlas. Pasó de largo por Zaragoza ante el temor a que Aymerich estuviera por allí buscando herejes que llevar al cadalso o peleándose con el rey Pedro, en una larga, conflictiva y escabrosa relación que duró hasta la muerte del monarca, veinte años más tarde. Tomó el monje la antigua vía romana que conectaba Zaragoza con Toledo siguiendo el curso del Ebro arriba hasta Calatayud, donde la calzada viraba ascendiendo por el profundo valle del río Jalón, que obligaba a una subida muy dura y pronunciada hasta alcanzar las altas y frías tierras de Medinaceli, ya en la Extremadura castellana. Tuvo suerte de que aquella zona estuviera en paz en aquellos momentos, pues unos meses más tarde esa parte de la frontera fue amargo testigo de la guerra de los Dos Pedros, en la que los castellanos ocuparon Calatayud, aunque de forma infructuosa y no por mucho tiempo.

Desde Medinaceli bajó a Sigüenza, la antigua Segontia, ciudad pequeña pero con un rico obispado y una imponente catedral de cubiertas almenadas. En el castillo que coronaba la ciudad estaba presa por aquellos días la reina Blanca, encerrada por su marido el rey Pedro de Castilla, que fue repudiada al día siguiente de sus desposorios porque su padre, el duque de Borbón, se escabulló de pagar la convenida dote de boda. El monje se alojó durante varios días en la canónica de la plaza de la villa, donde no le faltó trabajo médico. Se creía en el deber de hacerlo como retorno a los favores que recibía por parte de su comunidad.

Desde Sigüenza, la calzada seguía el largo curso del río Henares hasta llegar a la antigua Complutum. Dos días más de camino lo llevaron hasta Toledo, donde se alojó en la canónica que los hermanos de su

orden tenían enfrente de la catedral, en las llamadas Casas del Arzobispo.

¿Qué había pasado en Toledo? Todo parecía apagado. Una ciudad tan mítica, la Jerusalén de Occidente en el sentir de los judíos, una referencia en toda la cristiandad, estaba viviendo unos tiempos grises y opacos. En Toledo se tradujeron una gran cantidad de libros del árabe al latín, así como a diversas lenguas vernáculas, y desde allí la cultura se irradió a toda la cristiandad. La traducción se incrementó cuando, a mediados del siglo XII, gran cantidad de judíos abandonaron al−Ándalus huyendo de la represión almohade y se establecieron en Castilla, principalmente en Toledo. Ahora, en cambio, cuando Norberto entró en la ciudad, ya no se hacía copia scientiarum ni había abundantia librorum cuiusque facultatis.

El monje norbertino recordaba bien la historia familiar que su amigo Migash le había contado hacía diez años, cuando los ancestros de este tuvieron que abandonar Lucena y marchar a Toledo. La decisión del padre de Yussaf de dejar Toledo y emigrar a Narbona, primero, y más tarde a Basilea, condicionó el destino de Yussaf, pero el resultado final no fue otro que un temprano e inevitable encuentro con Azrael, el ángel talmúdico de la muerte. De haber permanecido en Toledo, quizá su amigo no hubiera sobrevivido a la matanza infligida a los judíos toledanos en 1355 por las tropas del bastardo Enrique de Trastámara, en uno de los episodios más trágicos de la guerra civil castellana. Parecía que el destino ineludible de Yussaf, como el de tanta gente de su pueblo, antes o después, era sufrir muerte a manos de cristianos. Cuando dos años más tarde Norberto arribó a Toledo, de las dos juderías, una había desaparecido y la otra, entre la Puerta del Cambrón y Santo Tomás, estaba habitada por unos pocos judíos que luchaban por sobrevivir, pero ninguno era de la familia Migash.

Al llegar a la canónica pidiendo posada, una vez más fue reconocido por sus hermanos y se le pidió que, como era costumbre, ejerciera su profesión, empezando por el hospicio que había al lado de la canónica; faltaban médicos en Toledo por estar muertos o huidos a raíz de la reciente matanza, pues casi todos los médicos toledanos eran judíos.

Desde el principio estableció un buen entendimiento con Crisanto, el abad de la canónica. Este era un castellano viejo y cultivado. Tenía la

maestría en Derecho por la Universidad de Salamanca, donde había estudiado veinte años atrás y era buen conocedor de la historia de Castilla y de la complicada situación actual de este reino que, aunque el más poderoso de España, estaba sumido en una guerra civil perturbadora. Crisanto contestó a cuanta pregunta le hizo Norberto sobre Toledo y su pasado. El médico estaba muy interesado en encontrar rescoldos de la ciencia médica que se había traducido en Toledo. Sus deseos de saber los concretó con esta batería de preguntas:

—¿Qué queda de la llamada Escuela de Traductores? —preguntó el recién llegado.

—Realmente, nunca fue una escuela permanente y establemente constituida, excepto los años que el Rey Sabio la patrocinó, hace algo más de un siglo —le informó Crisanto—. Toledo fue, desde la conquista cristiana y durante más de cien años, una ciudad de frontera donde vivían muchos musulmanes que permanecieron en ella después de la conquista y donde, medio siglo más tarde, se acogió a muchos judíos que huían perseguidos por los fanáticos almohades. Había gran cantidad de manuscritos árabes y mucha gente con conocimientos de árabe y romance castellano capaces de traducir tantos textos. De hecho, y en contra de la creencia general, la mayoría de los textos se traducían del árabe a la lengua de Castilla, pues los árabes y judíos que traducían en Toledo conocían el castellano, pero desconocían el latín. Desde el romance castellano, algunos monjes los traducían finalmente al latín y así pasaban al resto de Europa. Como ves, un manuscrito de filosofía griega, presuntamente fiel al original, se tradujo primero del griego al árabe, desde el árabe al romance castellano y finalmente al latín. Demasiadas traducciones para que el pensamiento original llegara intacto sin corromperse en parte, al menos.

—¿Cómo es la situación actual? ¿Hay algún tipo de ciencia o filosofía en esta ciudad? —volvió a preguntar Norberto.

—Toledo es ahora una desfigura de lo que fue. En este tiempo nuestro, apenas se ha hecho alguna traducción y, de hecho, no quedan personas capaces de entender el árabe y, si había alguna, sería un judío que quizá ahora esté muerto o huido después de las matanzas recientes, aunque, de todas formas, no tendría nada que traducir ni mercado para vender su trabajo. Hace más de un siglo que la frontera

se desplazó hacia el sur y Toledo dejó de ser un crisol de culturas y saberes. Por otra parte, la ciencia y el saber en el mundo musulmán están en franca agonía. Ya no quedan científicos y filósofos de la altura de Maimónides o Averroes. Tan solo en el sultanato de Granada permanecen algunos restos del antiguo saber. A ellos y a nosotros nos ha invadido la ignorancia propia del siglo. Hemos sufrido mucho, los campos apenas se trabajan por la muerte de tantos agricultores; no ha habido condiciones para cultivar el conocimiento. La gente solo aspira a sobrevivir, aunque sea malamente.

—¿Quedan textos médicos en árabe sin traducir? —preguntó Norberto sin detenerse en la amarga reflexión del abad Crisanto.

—Alguno debe quedar, pero no en nuestra biblioteca, que es pequeña y está desprovista —le contestó el abad—. Sé que el arzobispo Blas Fernández de Toledo posee una biblioteca muy grande donde guarda manuscritos árabes que no sé si serán de medicina. Él es una persona muy culta, un gran amante de los libros. Debe conocer tu fama y, si se lo pides, te permitirá escarbar en su biblioteca.

Así lo hizo. El arzobispo Blas Fernández era verdaderamente un hombre de gran cultura, amplio saber humanístico y gran bondad, aunque se desconocía el papel pasivo o contemporizador que había jugado en la aún reciente matanza de judíos, porque había quien decía que el arzobispo simpatizaba con Enrique el bastardo. Recibió a Norberto y lo acogió con calidez y simpatía, le preguntó por la vida en Tolosa y Montpellier, ciudades que él recordaba con cariño y agrado porque en ambas había estudiado de joven, treinta años atrás, y le dio todas las facilidades para utilizar su biblioteca.

—Recientemente un viajero vino de Granada y me dejó varios libros en árabe como regalo del visir —le dijo el arzobispo—. No me ha dado tiempo de examinarlos, aunque, de todas formas, yo no entiendo árabe. Están en ese anaquel. ¿Sabes árabe?

Pasó varios días escrutando la biblioteca del obispo Blas y encontró libros muy interesantes que, a su saber, apenas eran conocidos en la cristiandad, como el Congregatio sive liber de oculis de Sualiman al Kuwati, alias Alcoati, el oftalmólogo toledano, que Norberto había encontrado traducido al catalán en la biblioteca de la canónica en Lérida bajo el título de Libre de la figura del uyl. Continuó la

búsqueda hasta examinar el anaquel con los libros llegados de Granada; se trataba de tres manuscritos que le causaron un gran impacto. Uno era Muqni'at al–sa'il 'ala,l-mazad al haíl o Tratado sobre la peste de Ibn al–Jatîb. Un segundo manuscrito se titulaba Tahqiq al naba' an amr al–waba, que tradujo como Información exacta sobre la epidemia, de Muhammed aš–Šaqûrî. El tercero, el que más le impactó, era Tahsil garad al-qasid fi–tafsil al–marad al–wafid o Logro del objetivo propuesto en la aclaración de la enfermedad de la peste, de un tal Ahmad ibn Jatima. Los tres constituían verdaderos tratados sobre la peste escritos durante el gran brote, en 1348–1349, inmediatamente después de la eclosión de la epidemia, en los que se defendía la teoría contagiosa de la enfermedad. Quizá Ibn Jatima era el que más se aproximaba a sus propias concepciones, ya que avanzaba que la peste se transmitía por unos pequeños seres animados invisibles al ojo humano. La sorpresa de Norberto fue extraordinaria. Pidió permiso, que le fue concedido enseguida, para traducirlos al latín (su romance castellano aún no era muy bueno) y ser copiados posteriormente en el scriptorium episcopal.

Estuvo varios meses dedicado a la labor traductora y, cuando traducía las tres obras, sentía que cerraba definitivamente el ciclo de los traductores de Toledo. Y así fue: ya nadie tradujo ninguna obra más en aquella ciudad. Con el permiso del arzobispo le fue permitido buscar manuscritos árabes en las pequeñas bibliotecas de los conventos hasta convencerse de que ya no quedaban libros científicos que traducir. Encontró algún libro de filosofía, pero ninguno más de medicina. Aquellas eran las ventajas y desventajas de llegar tarde a todo y a todas partes. Causaba sorpresa entre sus hermanos que un monje venido del norte supiera árabe.

—¿Quiénes son Ibn al-Jatîb, Aš-Šaqûrî e Ibn Jatima? —preguntó a Crisanto, el abad de la canónica—. Sus obras son dignas de estudio y elogio; yo no las conocía.

—Posiblemente sean tres hombres de ciencia contemporáneos que actualmente viven en el sultanato; sus obras son recientes y tal vez por esta razón no han alcanzado aún difusión en el mundo cristiano —replicó el abad —. Esos libros deben haber llegado a la biblioteca del arzobispo don Blas recientemente. Ahora que estamos en paz con Granada, los intercambios son más frecuentes y mucha gente viaja de un lado al otro de la frontera. Conozco de referencias a Ibn al-Jatîb

porque es un personaje muy importante y conocido; es nada menos que el visir del sultán Muhammed al–Ghanî de Granada. Es un hombre de gran cultura, muy docto en historia, ciencias, derecho y medicina. Quizá fuera él mismo quien ha enviado los libros al arzobispo como un regalo. Creo que en el sultanato no se hace nada sin su permiso. De los otros dos autores no sé nada. Deben ser discípulos de Ibn al-Jatîb; seguramente más jóvenes que él.

La lectura de los textos de estos tres andalusíes le mostró a Norberto que, pese a la decadencia y a la pequeñez de al–Ándalus, pese a un previsible y próximo final de Granada, pese a la lejanía de cuatro siglos del califato de Córdoba, de dos siglos desde el renacimiento cordobés de Averroes, Maimónides y Abenzoar, esa gente del pequeño sultanato nazarí seguía siendo muy culta y, en ciertos temas y aspectos, la más culta del Occidente europeo. Pensaba en los remedios de Ibn Jatima para combatir las enfermedades como se exponía en el texto que acababa de traducir, un modelo de sensatez, prudencia y ciencia de primera calidad: «Es conveniente crear un clima de alegría, serenidad, recreo, esperanza… Buscar sociedad amable y agradable, leer libros entretenidos de historia… No hablar mal de terceras personas. Evitar el ánimo triste, las excitaciones, la ira, la cólera… el miedo, el espanto…».

Estas recomendaciones no solo demuestran una gran sensibilidad, sino también una gran sabiduría y un modo cierto de entender al hombre enfermo en el que la buena conexión del cuerpo y el espíritu es especialmente necesaria para sanar. Cuando los hombres son felices el cuerpo cura antes; la sanación es más fácil y posible. Un médico debe perseguir antes que nada la felicidad del alma, que conduzca a la sanidad del cuerpo.

***

Desde que había entrado en Hispania, Norberto notó que este era un país diferente al resto de la Europa que él conocía, incluyendo el norte de Italia. En particular, la frontera entre Aragón y Castilla era muy dura e inhóspita. Esta última le parecía un país seco, escaso en

árboles, de clima extremado y bastante árido, donde ramoneaban entre la hierba innumerables ovejas que parecían ser la principal riqueza de Castilla. Era, no obstante, el reino más grande, más poblado y más poderoso de Hispania. Estaba inmerso en una guerra civil fratricida en la que un hermano bastardo le disputaba al rey su trono. Estaba, además, en guerra con Aragón y pronto lo estaría con Portugal. Para sorpresa de todos, Castilla permanecía en paz con los moros granadinos, quienes se habían declarado vasallos suyos, por primera vez y con ciertas discontinuidades, desde el principio del emirato, en los tiempo del emir Alhamar el Rojo.

Sin embargo, con interrupciones y treguas, tanto Castilla como los pueblos del reino de Aragón llevaban seiscientos cincuenta años luchando contra los árabes y todo parecía apuntar a que antes o después, cuando Castilla se pudiera concentrar en la guerra contra ellos, aniquilarían el Reino de Granada con relativa facilidad. Era cierto que en los territorios conquistados a los moros se había quedado una parte de la población vencida, pero estos eran súbditos relegados a una categoría inferior que, cuando podían, emigraban a Granada o al norte de África a vivir entre sus correligionarios, donde se sabían más respetados.

Después de varios días en Toledo a Norberto le extrañó la escasa vida cultural de la ciudad y su declive desde los tiempos del Rey Sabio, un siglo antes. Había sido la capital del reino visigodo y, posteriormente, una de las cuatro o cinco ciudades más importantes de al–Ándalus. Ahora era una ciudad grande, próspera e industriosa, que se recuperaba de la pestilencia con más rapidez que otras ciudades de Hispania, con una importante manufactura de armas, lanas y sedas, y sede del Primado de la Iglesia de Castilla, la iglesia más rica del Reino, que tenía extensísimos predios y posesiones en toda Castilla la Nueva. Sin embargo, no había en Toledo ni un solo médico de formación universitaria. Los médicos cristianos eran unos simples curanderos; los cirujanos no eran más que barberos y los médicos judíos habían huido o fenecido durante la matanza que sufrieron dos años antes. Cien o doscientos años atrás, Toledo había sido un potente faro cultural que atraía a muchos intelectuales europeos en pos de la ciencia árabe. Era penoso comprobar que en 1357 en Toledo no existía ningún estudio general, ni siquiera una escuela catedralicia. Todas las energías de la ciudad y buena parte de sus riquezas se gastaban en la construcción de nuevas iglesias y nuevos conventos hasta unos extremos sofocantes. En

realidad, tal exceso religioso tenía como fin casi único erradicar el islam de aquella sociedad y barrerlo bien lejos.

—¿Has visto beguinas en Toledo? —preguntó Norberto a Crisanto ocultando las motivaciones personales que el monje tenía.

—Que yo sepa, no hay beguinas en Toledo ni en Castilla —contestó Crisanto—. Conozco ese movimiento presente en Aragón y allende los Pirineos, pero aquí en este reino no las he visto.

Fue una gran decepción. Norberto había parado en Toledo en su viaje a Córdoba y Granada con la secreta esperanza de encontrar a Clara, aunque sus deseos no se cumplieron. Aun así, consideró que, por encontrar los manuscritos de Ibn al-Jatîb, Ibn Jatima y Aš-Šaqûrî y haber tenido la oportunidad de leerlos y traducirlos, su viaje y parada en Toledo habían merecido la pena. Confiaba ahora que en el reino de Granada encontraría alguien de quien aprender y obtendría la comprensión y tolerancia que no se le había dispensado en los países cristianos.

Permaneció en Toledo un año entero donde, además de ejercer sus funciones de médico, tuvo tiempo para escribir un nuevo libro, que tituló De Communicabilis Morbis, sobre enfermedades contagiosas. Era un tratado que ampliaba la segunda parte de su libro De omnibus Cura, en el que incluía la peste en primer lugar, la peste blanca o consunción, el cólera, el carbunco y ántrax, la lepra, tifus, garrotillo y sus diagnósticos diferenciales, en especial, la forma de distinguir el sarampión de la viruela, entre otras. En todas ellas había visto, durante el curso de su actividad profesional, un contagio de persona a persona que a veces llegaba hasta la epidemia, independientemente de la localidad e incluso de la calidad del aire, que era una verdadera obsesión para todos los médicos de la época. Su libro contenía las descripciones de estas enfermedades, su diagnóstico, el tratamiento sintomático y unas normas higiénicas claras para su prevención y para evitar el contagio.

También puso en orden sus anotaciones referentes a la anatomía del corazón y los vasos sanguíneos que él había tomado a partir de las disecciones que practicó en Lérida con sus colaboradores Bernardo y Gerardo. Pensó en que algún día escribiría un libro sobre la función del corazón y la circulación de la sangre. Le habría gustado saber si el

padre Guillermain acabó por traducir el manuscrito de Ibn al−Nafis. Cuando encontró al abad la última vez, este le dijo que no había progresado nada en la traducción porque el poco árabe que había aprendido en Tremecén lo había ido olvidando de forma paulatina. Lamentaba no tener el manuscrito que él ahora podría traducir sin problema.

Cuando tuvo conciencia de que la ciudad no le ofrecería más ciencia que aprender, a finales de 1357, 1395 de la era del César, Norberto se despidió de sus hermanos de la canónica, salió de Toledo, cruzó el Tajo por el puente de San Martín y caminó hacia el sur. En una jornada llegó a Yébenes, donde pernoctó; en la siguiente jornada alcanzó Malagón y, en dos más, Calatrava y Caracuel. Durante los siguientes cuatro días atravesó los montes Mariánicos, muy bellos, poblados por robles y encinas y ricos en venados, linces, conejos y cerdos salvajes. Por fin, descendió hasta Córdoba, situada en el amplísimo valle del Guadalquivir, donde no encontró la luz y sabiduría que un viajero del norte habría hallado allí dos, tres o cuatro siglos antes. Ahora Córdoba era tan solo una ciudad gris, con su luz largo tiempo escapada.

Capítulo XIX

En poco más de un siglo desde que fue reconquistada, la ciudad de Córdoba había cambiado radicalmente. La mezquita había sido convertida en catedral; en el lugar del arruinado palacio del califa, el obispo se construyó su propio palacio y otras dependencias catedralicias, incluyendo la canónica; el trazado anárquico de las calles se mantenía, pero la mayoría de las mezquitas habían sido reemplazadas por decenas de iglesias que pertenecían a las cuarenta parroquias que la Iglesia había instaurado en Córdoba, en un intento bastante exitoso de desraizar el islam de la ciudad. Hubiera querido visitar Madinat al–Zahara para rendir homenaje a su hijo más insigne, Abū ‘l Qāsim Khalaf Ibn ‘Abbās al−Zahrāwī, Abulcasis, el verdadero padre de la cirugía, pero le dijeron que Zahara era tan solo un montón de escombros donde no se apreciaba nada, ni calles ni casas ni palacios. Todo era una ruina.

Nadie hubiera creído que, tres o cuatro siglos antes, esa ciudad había mostrado un fulgor cultural que asombró a toda la cristiandad y al mundo en general. Había entonces decenas de bibliotecas y, entre ellas, la de Al−Hakam II llegó a contener cuatrocientos mil volúmenes, según se decía y, seguramente, era verdad. La mayor parte de la biblioteca del califa fue pasto de las llamas años después por orden de Almanzor, el valido del califa Hišām. Parte de lo que quedó fue saqueado por los bereberes a la caída del califato. Ahora Córdoba no tenía ni bibliotecas ni escuelas. La ciudad se quedó sin libros que la pudieran conectar con la riqueza cultural del pasado; ni siquiera parecía existir una memoria colectiva de lo que un día fue, porque sus habitantes eran repobladores castellanos en su mayoría. Los únicos que perduraban desde los tiempos califales eran los judíos, a quienes, metidos en su barrio, nadie los molestó hasta las grandes matanzas de 1391, promovidas por Ferrand Martínez, el nefasto arcediano de la cercana Écija.

Norberto se fue de Córdoba pensando en la poca ciencia que quedaba en la parte de al−Ándalus reconquistada por los castellanos. ¿Por qué había sucedido esa catástrofe? ¿Acaso el islam favorecía la ciencia más

que el cristianismo o se debía al declive generalizado de los tiempos que corrían? No podía contestar a una pregunta que parecía tener respuestas múltiples y variadas. Era cierto que en el islam se había perdido la pujanza de antaño. La ciudad de Córdoba había languidecido desde mucho antes de la reconquista castellana, desde la caída del califato y, sobre todo, desde la invasión almohade, en la que el integrismo islámico penalizó a personajes cordobeses de la talla de Averroes o Maimónides. Cuando fue reconquistada por los castellanos, unos ciento veinte años antes, Córdoba era ya un espectro de lo que había sido. Se la habían cargado los propios musulmanes.

Incluso en Oriente, los árabes habían perdido la principalidad de la ciencia y el desarrollo y eran dominados por alguna de las varias familias túrquicas que venían en oleadas desde Asia Central. Realmente, la peste había dejado un impresionante reguero de incorregible miseria tanto entre los musulmanes como entre los cristianos.

En contraste con aquel panorama tan desangelado, durante su estancia en Toledo y luego en Córdoba había recibido extraordinarias referencias de Granada, la cual era tenida por una ciudad rica, llena de artesanos que elaboraban orfebrería, marroquinería, sedas, joyas de oro y piedras preciosas y muchos otros productos que exportaban, usualmente mediante naves genovesas, catalanas y valencianas, desde los puertos de Almería y Málaga a todo el Mediterráneo occidental. Aparte de ello, le contaban que Granada era una ciudad muy bella, de más de cincuenta mil habitantes distribuidos en seis distritos, cada uno con un zoco y una mezquita mayor. Había visto láminas de la alcazaba que los sultanes nazaríes estaban construyéndose en la Sabica, una colina enfrente el Albaicín y, en verdad, parecía magnificente. Quiso comprobar por sí mismo cuánta luz quedaba en Granada y allí se dirigió en su errar por aquella parte del mundo, porque ya no sabía con claridad qué era lo que buscaba, si la ciencia o el amor de Clara.

Salió de Córdoba y, de nuevo en camino, cruzó el río Guadalquivir por el largo puente romano que los califales habían reparado malamente cuando lo encontraron parcialmente arruinado en 711. Caminó con su mulo en dirección al sur. Atravesó la rica campiña, plantada de vides y olivos, donde se veían cientos de aceituneros que recolectaban el fruto de miles de árboles, y pasó por pequeñas ciudades como Aguilar

y Montilla. Decidió dar un pequeño rodeo para llegarse a Lucena y allí dedicarle un pensamiento a su amigo Yussaf Migash, cuya familia había vivido en Eliosanna, la Pequeña Israel, durante generaciones. Sin duda su amigo era descendiente de Yosef ha−Leví ibn Migash, también llamado Yosef Megas, un prestigioso talmudista y gaón de la Academia Talmúdica de Occidente que tuvo la suerte de morir tres años antes de que los almohades, en 1148, destruyeran su república y pusieran en fuga a todos los judíos de Lucena. Moisés ben Maimón siempre se consideró discípulo de Yosef Megas, quien en realidad había sido maestro no de él, sino de su padre, Rabí Maimón.

Dos siglos más tarde, nada quedaba de la presencia judía en Eliosanna, tan solo los restos de un cementerio cuyas lápidas con leyendas grabadas en hebreo aparecían partidas y esparcidas por el suelo. Recorrió sus calles tratando de respirar el mismo aire que habían respirado unos seres que formaron una república rica, feliz y culta, que funcionó muy bien durante tres siglos. «Posiblemente», pensó, «todos tienen derecho a poseer un lugar bajo el sol».

En su caminar, esta vez hacia el oriente, llegó a Alcalá la Real, una enorme ciudadela amurallada en la cima de una colina escarpada, reconquistada por los castellanos unos veinte años antes; era la última población de Castilla antes de entrar en el reino Nazarí. Desde Alcalá se dirigió al sur hasta divisar la impresionante fortaleza de Moclín, principal defensa de los nazaríes frente al empuje castellano desde el norte. Aquella tierra, poblada por numerosas torres y atalayas de vigilancia, había sido escenario de pequeñas escaramuzas y de grandes batallas, en las que los cristianos sufrieron severas derrotas en sus intentos de invadir la vega granadina. De hecho, Granada nunca sería reconquistada desde el norte, sino por el occidente. En Puerto Moclín tuvo que pasar por la aduana guardada por un destacamento de soldados, donde fue interrogado y obligado a mostrar su equipaje.

—Sé bienvenido, señor De Cholhac. Sabíamos de tu llegada —le dijo el juez de frontera nazarí al mando de sus fieles de rastro, demostrando que sus servicios de información llegaban fácilmente al territorio cristiano—. El viaje hacia Granada es seguro, no tiene dificultad alguna, aunque, si lo prefieres, puedo proporcionarte dos soldados que te escolten. Se puede hacer el camino en un solo día, pero llegarías de noche a Granada. Intenta alcanzar esta tarde el puente de los Pinos, donde encontrarás otra aduana; allí te

proporcionarán comida y albergue. Mañana, antes de mediodía, llegarás a Granada. Dirígete a la Medersa o Casa de la Ciencia, donde te proveerán de alojamiento y alimento. Al día siguiente, ve hasta la cercana puerta sur del Sahn de la mezquita aljama y espera la salida de la oración del viernes. En ese lugar te encontrará el visir Lisan al–Din ibn al–Jatîb, quien te invitará a su casa para el almuerzo del viernes. El visir te espera y te protege. Puedes mantener el hábito blanco que vistes. En el sultanato somos muy tolerantes con los cristianos, más que estos con nosotros, y no te pasará nada cuando adviertan que eres un monje, aunque no debes mostrar la cruz que te cuelga del cuello y, menos aún, hacer ningún tipo de proselitismo.

Norberto rehusó amablemente la protección ofrecida, dio las gracias al juez de frontera y reanudó su marcha por una carretera amplia y bien conservada que discurría entre olivares y tierras de cereales. Antes de llegar a la población encontró la famosa vega de Granada, que se extendía interminable al lado derecho del camino.

Aquella tarde alcanzó el puente de los Pinos donde pasó la noche en un lujoso qasr que le indicó el jefe de la guarnición local. A la mañana siguiente salió del lugar cruzando un bello y antiguo puente de tres grandes ojos sobre el río Cubillas que, seguramente, con los circundantes bosques de pinos, había prestado el nombre al poblado. El camino ahora discurría inmerso en la vega, un verdadero vergel cuidado con esmero, salpicado de alquerías y pequeñas mezquitas, que había impactado agradablemente a cuanto viajero pasó por esos parajes[30].

Llegó a un punto desde donde pudo distinguir la gran ciudad cayendo desde el monte del Albaicín, la alcazaba y los palacios del sultán arriba a la derecha sobre la colina de enfrente, por encima de la cual se divisaban las altas montañas blancas de la Sierra Nevada coronando la Alhambra. Entró en la Madina Gharnatah por la puerta de las Cuatro Fuentes, llegó a la plaza de Maysid al–Azam, pasó al lado de la mezquita aljama, a cuyas espaldas, cerca de la quibla, encontró la Medersa.

—Sé bienvenido, hermano, que Alá te guíe. —Era la segunda vez que lo recibían con el mismo ceremonial—. Estás en la Medersa o Casa de la Ciencia, también llamada Yusufiya por haber sido creada por Yusuf, el sultán anterior, a quien Alá tenga en su seno. Pasa, por favor.

Entró por una puerta enmarcada por hermosas placas de mármoles blancos, labradas con una caligrafía de caracteres cúficos, donde se podía leer: «Ordenó alzar esta casa del saber, que Dios vuelva mansión de equidad y luz y haga perdurar por los tiempos para las ciencias, el sultán de los musulmanes, ¡protéjalo Dios con su ayuda!, el elevado, célebre, noble, afortunado, puro, alto, magnánimo sultán asistido por Dios, Abu l-Hayyay Yusuf».

Cruzó el breve zaguán hasta un hermoso y amplio patio en cuyo centro había una alberca con surtidores que proyectaban agua a todas horas. Al fondo, según le dijeron, estaba el oratorio, donde le estaba vedado entrar por no pertenecer a la umma o comunidad de los creyentes; a mano izquierda había una gran aula donde se impartían clases de todas las disciplinas del saber, desde Derecho hasta Matemáticas, desde Teología hasta Agronomía o Medicina.

—Subamos al piso de arriba; allí tienes preparada tu habitación, donde podrás descansar.

***

Como estaba previsto, al día siguiente encontró a Ibn al-Jatîb a la salida de la oración del viernes, en la puerta occidental de la mezquita aljama. Se saludaron con gran deferencia y cumplimento; el visir le preguntó sobre su estado de salud después de tan largo viaje y lo invitó a unirse a su séquito. Se dirigieron en comitiva, escoltados por su guardia personal, hasta la casa palacio de Ibn Jatib, en la calle de los Arrieces. Antes del almuerzo, el visir hizo las presentaciones:

—Todos sabíamos de ti y de tu llegada y deseábamos conocerte; sé bienvenido al sultanato de al−Garnata. Tengo el honor de presentarte a Muhammed aš−Šaqûrî, antiguo discípulo mío, gran médico, y a Abu Abduallah ibn Zamrak, la mejor perla de la poesía del sultanato y uno de los mejores soles de la lírica de al–Ándalus en toda nuestra historia.

Después del almuerzo, durante el cual mantuvieron una conversación de circunstancias, pasaron a un gran salón y se acomodaron en unos divanes. Norberto supo enseguida que estaba frente a dos de los tres

autores cuyos libros había encontrado y traducido en la biblioteca del arzobispo Blas Fernández de Toledo.

—Mi amigo Muhammed, a quien tanto aprecio, también escribió un libro sobre la muerte negra. Echo de menos a Ahmad ibn−Jatima en esta reunión. Los tres hemos escrito libros sobre ese particular, pero tú has sido quien has llegado más lejos en el conocimiento de la plaga — comentó Ibn al-Jatîb.

—Creía que Ibn Jatima era también de Granada. ¿Dónde vive? — preguntó Norberto, sin sentirse aludido por el reconocimiento elogiosos de Al−Jatib.

—Es de Almería, lleva por kunya (estirpe) Abú Ya`far […]. Es un sabio al que todos piden consejo; conocedor de todas las cosas del saber, polifacético en su ciencia, de inteligencia aguda, justo en sus opiniones y penetrante en sus juicios. Frecuenta las reuniones de los intelectuales y se distingue por su buena escritura, su buen carácter y su facilidad para improvisar versos. Es la belleza de las bellezas de al−Ándalus[31].

—Puedo confirmar que es así —terció Muhammed aš−Šaqûrî—. Fuimos compañeros de estudios aquí en Granada y más tarde en Fez. Es un hombre justo y muy apegado a la tierra que le vio nacer, Almería. Podría haber permanecido en Granada, donde hubiera ocupado puestos de relevancia, pero para él su tierra es la mejor de toda Hispania, no la cambia por ninguna otra y no quiere salir de allí[32]. La cora de Almería es realmente rica y fértil, con clima suave, al contrario que la mía, que es fría y pobre.

—Pues ¿de dónde eres tú? —preguntó Norberto con interés por conocer las regiones del sultanato.

—Mi tierra está en manos cristianas desde hace un siglo —comenzó Muhammed—. Como indica mi nombre, mi estirpe procede de la antigua cora de Šaqura, que ahora los cristianos llaman Segura. Mi abuelo Abū Tammān aš-Šaqûrî estudió en El Cairo y fue mi primer profesor de medicina. Se estableció en Jaén y allí fundó de hecho una estirpe de médicos; mi padre, ya fallecido, también lo fue, y otro nieto de mi abuelo, mi primo Ibn Hudayl al−Tuyibi, fue un gran médico que ha muerto recientemente.

—Puedo atestiguarlo —intervino Lisan al−Din—. Tuve la suerte de ser uno de sus discípulos; lloramos mucho su prematura muerte.

—Por último —prosiguió Muhammed—, antes de la epidemia vine a Granada a proseguir mis estudios con el maestro Ibn al−Jatîb, aquí presente. Ahora disfruto de un puesto de hakim (profesor) en nuestra Medersa y practico la medicina en el hospital del Hodarro.

—Señor De Cholhac —dijo Ibn al-Jatîb después de un silencio—. Hemos leído dos de tus libros, De inutile Sanitate y De Transmissione Pestilentiae. Mis agentes en Montpellier los hicieron copiar antes de que los quemaran y me los enviaron. No sé si, por estar ausente en tierras de Aragón, te enteraste de que tus libros fueron condenados y quemados públicamente a las puertas de Nuestra Señora de la Tablas de Montpellier, después de haber sido ridiculizados y escarnecidos por el populacho. —Ante el asentimiento silencioso de Norberto, el visir prosiguió—: Lo lamenté muchísimo cuando lo supe y aún más cuando leí los libros, verdaderas joyas de la medicina de todos los tiempos. El segundo de ellos es una historia extraordinaria de un experimento real que bien pudo costarte la vida. Es enteramente convincente, pero no se alcanzan esos niveles de racionalidad en estos tiempos; ni en el mundo cristiano ni aquí en la umma. Tus estudios sobre la transmisión de la peste bubónica son tan avanzados que más bien parecen venidos del futuro, de un tiempo aún por llegar, cuando los hombres sean más sabios, puedan liberarse de ataduras mentales que nos constriñen en estos tiempos tan duros y piensen con más libertad en el alma. Realmente, nos has abierto una ventana desde donde se contempla un futuro que, desgraciadamente, nuestra generación no alcanzará a poseer.

»Lo que más celebro de tu pensamiento es que, al contrario que muchos cristianos, tú no crees que el progreso ya no tenga puertas por abrir ni senderos por donde avanzar. No crees que el futuro será como el presente, tedioso, estático y negro. Has visto lo poco que la medicina ha progresado desde Hipócrates, pero, aun así, no admites que el futuro vaya a ser como el presente. Nosotros pensamos en la misma dirección. Creemos que el presente es un escalón más hacia el futuro e, incluso con retrocesos como el que está viviendo la humanidad en estos aciagos años, nuestro destino es progresar hasta tocar las mismas estrellas, que ahora vemos tan lejanas e inalcanzables.

»Durante la epidemia, a nosotros nos resultó evidente su carácter contagioso, pues la enfermedad era contraída por personas próximas a otras ya afectadas y se extendía desde un foco inicial que surgía por enfermos recién llegados de ultramar. —Ibn al-Jatîb hizo una pausa para beber su té y continuó—. Siempre pensé que algo maligno se generaba al corromperse el aire y se almacenaba en las ropas y pertenencias de los enfermos. Nos percatamos de que la peste atacaba más a las personas que trabajaban o vivían en los zocos donde se vendía y compraba ropa usada. Ibn Jatima llegó más lejos al proponer que algo minúsculo, un organismo invisible con vida propia, se transmitía de enfermo a sano. Todos nosotros, aun sin rechazar la idea de que los astros y sus posiciones relativas pudieran contribuir al desarrollo de la epidemia, no le dimos la importancia que se le dio en el mundo cristiano y rechazamos la pomposa declaración que, a instancias de tu tío Guido de Chauliac, lanzó la Universidad de París. Como ves, estamos bastante al tanto de lo que ocurre en vuestra tierra.

»La existencia del contagio está determinada por la experiencia, el estudio y la evidencia de los sentidos. Por la prueba fidedigna de propagación por medio de vestidos, vasos, pendientes; se transmite por las personas de una casa determinada, por la contaminación producida en la aguas de un puerto a la llegada de personas procedentes de países afectados […]. Debe sentarse el principio que de cualquier prueba originada por la tradición debe ser modificada cuando está en contradicción con la evidencia percibida por los sentidos[33].

Esta última sentencia era un regalo para los oídos de Norberto. Un médico-filósofo tan distante de él en la cultura y en el espacio había llegado a las mismas conclusiones. Se podrían aceptar unas pocas ideas absolutas, todas referentes a Dios y a su esencia, pero resultaba ridículo que la Iglesia se aferrara y defendiera conceptos más o menos discutibles dentro de su afán de mantener su statu quo que, en su permanente paranoia, creía amenazado.

El visir continuó con sus reflexiones:

—En cuanto a la idea de que la mortandad se deba a un castigo divino, aquí tenemos opiniones distintas, más o menos matizadas. Personalmente creo que, aunque todo es obra y creación de Dios, este nunca castiga a los hombres de esa forma tan atroz como

inmisericorde. Claro que estas son nuestras opiniones, pues la gente más piadosa del islam sí cree que Dios ha enviado esta enfermedad para purificar a los musulmanes y para castigar a los enemigos cristianos. Imagino que el papa de Aviñón y sus obispos deben tener opiniones similares a estas, aunque contrarias. Por último, te pediría que me permitieras mirar por tu tubo óptico cuando lo tengas montado. Sabes que puedes instalarlo en la Medersa. Ninguno de nosotros cree y ningún estudiante creerá que tu aparato es un tubo diabólico por donde se ve a Satán, sino más bien un instrumento para ensanchar nuestra visión del mundo y de la realidad.

Norberto escuchaba al visir con atención plena. Le sorprendía que gente tan distinta y tan lejana se hubiera interesado por su obra y la estudiara con toda atención. Nunca se sentía necesitado de reconocimiento, aunque le estimulaba saberse comprendido por aquellos hombres tan diferentes que se habían tomado en serio su obra sin la incredulidad, el rechazo y la chanza que sus paisanos habían mostrado por sus libros. Esa era la diferencia entre la negación y la esperanza del futuro.

Aquellos médicos árabes también se regían por Galeno y la tradición griega, con su teoría de los humores y los elementos, que él rechazaba, pero mostraban una amplitud de miras que no había encontrado en Montpellier. También se sorprendía de que, después de esconder celosamente su tubo óptico a la gente y protegerlo de las iras eclesiásticas, ahora un hombre tan poderoso le pidiera examinarlo y mirar a su través. Se preguntaba si las enseñanzas que él impartió en Lérida habían dado algún fruto, si Bernardo y Gerardo seguían dando clases en el Estudio General o si el nuevo inquisidor general ya los había encausado. El visir continuaba con sus reflexiones sobre la epidemia:

—Todo el mundo huye de un apestado y nadie deja entrar un barco en puerto si tienen enfermos a bordo; o sea, mientras el pueblo llano tiene un conocimiento intuitivo del contagio a partir de estos hechos, hay sabios que elucubran sobre las causas más exóticas de la enfermedad y su extensión, sean estrellas alineadas o iras divinas. —Y, después de una pausa, dirigiéndose a Norberto, prosiguió—. Tu obra contiene muchos puntos originales e importantes que para mí pasaron inadvertidos. Por ejemplo, el hecho de que haya personas más o menos susceptibles de padecer la enfermedad. Cuando reflexioné

sobre este particular, me percaté de que había conocido familias enteras que habían sido respetadas por la peste mientras que en otras familias vecinas casi todos los miembros resultaron afectados y murieron. Muy interesante todo. Veo también que con la peste ocurre como con la viruela; quien padece la enfermedad y la supera adquiere inmunidad para mucho tiempo, incluso de por vida, y no vuelve a enfermar.

—Cierto. Lo he observado en muchos casos. Mi colaborador y querido amigo Raimundo de Perpiñán enfermó, pero venció la enfermedad; luego realizó los experimentos que describimos en nuestro libro y, pese a exponerse tanto a las pulgas, ya no volvió a enfermar. En mi extensa familia, prácticamente nadie contrajo el mal, salvo mi tío, monseñor De Chauliac, quien contrajo una forma seguramente leve de la enfermedad de la que también sanó.

—Me convenció tu aseveración de que las ratas transmiten la enfermedad y desde entonces he comprendido hechos para los que no teníamos explicación. Por ejemplo, me habían referido cómo la epidemia se extendió en ciudades de Berbería pese a que en sus puertos no dejaron atracar navíos que portaban enfermos y los mantuvieron en cuarentena, alejados del puerto. Ningún hombre, sano o enfermo, desembarcó, pero las ratas sí abandonaban los barcos y se las veía nadar rápidamente hasta la costa. Ahmad ibn- Jatima me hizo notar este hecho. Él observó repetidas veces cómo cientos de ratas llegaban nadando a Almería desde barcos fondeados a millas de la costa. Después pude comprobar por mí mismo que esos animales nadan muy bien largas distancias y durante mucho tiempo sin cansarse. Pocos días más tarde de empezar la cuarentena de un barco, la enfermedad brotaba en la ciudad y se extendía sin freno alguno. Todos se preguntaban extrañados cómo el mal había llegado del barco al puerto, pero nadie pensó que podrían ser las ratas las que diseminaran la epidemia.

—Releyendo el Canon de medicina de Avicena he encontrado su observación de que, durante los brotes de peste, las ratas también enferman —intervino Aš-Šaqûrî—. Ahora resulta evidente lo que antes era oscuro. Si la peste se transmite de enfermo a enfermo, sobre todo la forma pulmonar, es lógico que las ratas enfermas transmitan su enfermedad a los humanos.

—Solo a ti se te ocurrió que las ratas transmitían la enfermedad a través de las pulgas que portan. Eso explica que la plaga fuera especialmente arrasadora en las lonjas de ropa usada, donde tanto abundan esos bichos —dijo Ibn al-Jatîb—. Yo ordenaba quemar las ropas y los lechos de los enfermos muertos, así como limpiar y sanear casas y calles. Algo me decía que entre tanto harapo sucio se escondía la causa de la enfermedad. Creo que con esta y otras medidas de higiene conseguimos controlar la epidemia en Granada, donde murió mucha menos gente que en otros lugares como Zaragoza, Barcelona, Mallorca o Valencia —dijo el visir quien, cambiando el tono, preguntó —: ¿Cuáles son tus planes durante tu estancia en nuestro sultanato? ¿Cuánto tiempo quieres quedarte con nosotros?

—Desearía corresponder a vuestra hospitalidad impartiendo un curso de Patología Quirúrgica en la Medersa o en el hospital —respondió Norberto—. Me gustaría que tuviera un carácter práctico y que los estudiantes adquirieran experiencia propia en las materias quirúrgicas más variadas, desde tratamiento de heridas y fracturas de huesos hasta cirugía ocular y del abdomen. Estoy muy interesado en el uso de desinfectantes que puedan reducir la incidencia de las infecciones en el postoperatorio. Quiero obtener también el espíritu del vino, lo que vosotros llamáis alcohol, y usarlo como desinfectante. Igualmente me gustaría explorar remedios, diferentes del opio, la mandrágora, el beleño o la cizaña, para dormir al paciente durante la cirugía. Nunca me gustó la esponja soporífera que, además de ser poco efectiva, agrava en ocasiones las condiciones del paciente. En Lérida llevé a cabo varios experimentos en que mezclé alcohol caliente con aceite de vitriolo; se desprendía un gas que era capaz de adormecer a una ratas y hacerlas insensibles al dolor. Quiero perfeccionar el método de dormir a los pacientes para operarlos de grandes tumores. Creo que la cirugía de Aš−Šafra para extraer tumores se practicaría con más eficacia sobre enfermos realmente dormidos durante largo tiempo y en condiciones seguras.

—Ya veo que conoces la obra de mi viejo amigo Muhammed al−Qirbilyānī, que llaman Aš−Šafra. Me llegan noticias de que abandona Magrib–al Aqsa porque quiere volver para morir a su tierra, Crevillente, pues debe ya tener casi noventa años. Es más que probable que se pase por Granada en su camino de retorno —explicó Ibn al–Jatîb[34]—. Espero que nos honre con su presencia y así puedas conocerlo y conversar con él. Es un hombre con mucha experiencia

acumulada.

—Y por último —concluyó Norberto—, para mi propia mejora como médico pido que se me permita el acceso a las bibliotecas de la ciudad de Granada.

—Tendrás acceso a todas, incluyendo la del sultán en los palacios de la Alhambra. Me encargaré de arreglarlo —aseguró Ibn Jatîb—. Si te viene bien, puedo invitarte mañana a visitar los palacios y podremos almorzar en mi cancillería. Allí leerás los poemas más preciosos que el alma de la propia al−Hamra ha cantado por boca de Abu Abduallah, mi querido amigo. —Y, volviéndose a Ibn Zamrak, le dijo—: Perdóname, Abu, por haberte tenido al margen en nuestra conversación demasiado técnica sobre la plaga que no hace mucho sufrimos. Quería, no obstante, que nuestro invitado conociera al mejor poeta de al–Ándalus. Tú has sido el auténtico intérprete de la Alhambra y a ti te corresponde introducir a nuestro amigo en las bellezas de esta tierra.

—Gracias, Lisan al−Din —dijo Ibn Zamrak mientras se incorporaba—. La propia Alhambra me ha contado cómo es el agua que fluye sin cesar por sus fuentes y jardines y quisiera expresarme en este canto que ahora os trasmito:

Mi agua es perlas fundidas,

que por hielo ves correr (tenlo a grande maravilla),

y, por diáfana el agua, a través suyo,

ni un instante de ti desaparezco.

Se diría que yo y el agua pura que contengo, y por mí se desparrama,

masa somos de hielo, que una parte se fundió, y otra parte no se funde.

Cuando flotan burbujas,

me imaginas una esfera en que salen muchos astros,

y, cual concha de nácar por de fuera,

justo dentro ese aljófar de burbujas.

***

Así fue como comenzó la vida de Norberto en aquel vergel donde aún imperaba una parte de la razón y la cordura de antaño. Durante los días siguientes paseó en compañía de Aš–Šaqûrî, un hombre amable y amistoso como casi todos los de su tierra, los de los montes de Segura, quien le mostró la ciudad, sus puertas y murallas, zocos, mezquitas y barrios, así como los hospicios disponibles. Al pasar por un destartalado hospital cerca de la ribera derecha del Hodarro, Aš-Šaqûrî le explicó:

—Este viejo hospital va a ser reconstruido, agrandado y convertido en un maristán, de acuerdo con la tradición islámica. Es la intención del sultán Muhammed. Ni en los tiempos más brillantes del califato hubo un maristán público en al-Ándalus y el visir cree que eso es una deuda que se tiene que pagar. Si todo va bien, el maristán puede estar acabado en tres años. Ibn al–Jatîb tiene intención de convocarte para que des tu opinión sobre la planificación del área quirúrgica. Estamos diseñando la parte de las mujeres, que será en el piso de arriba, y para ello tenemos el consejo de una monja tudesca que es una mediquesa muy sabia y capaz.

El corazón le dio un vuelco y Norberto sintió que la sangre le faltaba en el cerebro. Algo confundido y con voz que apenas le salía del cuerpo preguntó a Muhammed:

—¿Cómo se llama…?

—Todos la conocen como Mama Qlara —respondió Aš-Šaqûrî—. Es una persona de gran ciencia y mejor corazón. Lleva tan solo dos años en Granada, pero ya ha formado a un equipo de matronas para asistir a los partos de la ciudad y de la vega. Atiende a mujeres y salva a muchas de una muerte segura. Todos la quieren y la respetan.

Capítulo XX

Norberto asistió los siguientes días a las clases de Muhammed en la Medersa y de esta forma fue conociendo a los estudiantes de Medicina, que no pasaban de una docena. Así fue trascurriendo el tiempo, de forma intensa pero apacible, durante el cual tuvo oportunidad de encontrar a médicos y sabios que visitaban Granada o estaban de paso en ella.

Así, conoció por fin a Ahmad al–Jatima, que había ido a Granada a pasar unos días con su maestro Lisan al–Din ibn al–Jatîb y con su amigo Muhammed aš–Šaqûrî. El encuentro fue muy interesante e instructivo y sirvió de introducción para un sinfín de discusiones médicas y filosóficas que un tiempo más adelante ambos mantendrían en Almería, cuando Norberto, en su camino de regreso a ninguna parte, visitó a Ahmad en su ciudad natal.

Otro gran personaje que pasó por Granada fue Abraham ben Çarçar, insigne médico y astrólogo judío que años atrás había enseñado Medicina en Granada y tuvo como discípulos a Ibn al-Jatîb y Ibn Jatima. Ben Çarçar regresaba del Maghreb al–Aqsa, donde había prestado sus servicios al sultán meriní Abū ʿInān Fāris hasta la muerte de este, e iba camino de Sevilla por haber sido nombrado médico y astrólogo del rey Pedro de Castilla. A Norberto le habría encantado hablar con Ben Çarçar extensamente sobre la extraña relación que el médico judío establecía entre la astrología y su medicina, pero no dio tiempo. Ben Çarçar, que había sido el maestro médico del visir muchos años atrás, tuvo que salir precipitadamente de Granada camino de Sevilla cuando, poco después, su discípulo y amigo Ibn al–Jatîb fuera depuesto de su cargo y encerrado entre rejas.

El monje disfrutaba de una ciudad tan agradable y solía pasear por la parte alta, desde donde se contemplaban unas vistas inigualables. Una tarde, Norberto deambulaba por lo alto del Albaicín, junto a la mezquita mayor del barrio, camino al almaraztén, un humilde y descuidado hospital, cuando vio a unas mujeres con cofia beis y un velo que ocultaba parte de sus caras. Norberto vio los ojos gris-

verdosos de una de ellas y, de pronto, su corazón pareció detenerse hasta reanudar sus latidos de forma rápida y violenta; preguntó a la mujer:

—¿Clara, qué haces aquí?

Temía que sus deseos le perturbaran su imaginación y que esta le alterara su percepción de la realidad, como había sucedido en el pasado. Quedó quieto mientras una multitud que comenzó a salir de la mezquita se interponía entre él y la mujer de ojos claros. Temió que, cuando pasara toda la gente y pudiera ver el otro lado de la plaza, ella ya no estuviera. Pero la gente que salía de la mezquita acabó de pasar y ella seguía allí; no se había ido ni se iría nunca más de su lado. Entonces, la beguina se separó de su grupo y fue hacia Norberto con las manos extendidas, que él asió.

—Hago muchas cosas, la principal de ellas es estar contigo para aliviarte un poco la soledad que te persigue desde hace tanto tiempo —respondió la beguina.

—No te había visto desde Lérida —le comentó el monje—. ¿Cuántos años hace de eso?

—Eso fue hace apenas unas horas, unos minutos. No me has visto, pero sí me has sentido cada vez que has pensado en mí. Has seguido mi rastro y he estado a tu lado en todo momento —dijo Clara y añadió —: Esta vez me sentirás contigo durante más tiempo. Tengo una casa y un lecho preparado para ti y para mí; para nosotros dos.

Clara le contó más tarde cómo había llegado a Granada dos años antes con la intención de conocer el sufismo, aunque se dio cuenta enseguida de que su carácter práctico la impulsaba a ayudar a la gente como siempre había hecho. Vio a las mujeres de al−Ándalus muy postergadas y desasistidas desde el punto de vista sanitario, sin médicos que las atendieran porque el islam prohibía a los médicos varones atender a las mujeres, que eran cuidadas solamente por curanderas y por parteras de escasa competencia profesional. La situación no era muy diferente de la del mundo cristiano, pero aun así decidió entonces formar a un grupo de mujeres en enfermedades ginecológicas y en obstetricia. Atendía a sus enfermas no solamente en el almaraztén de Albaicín, sino también en los demás hospitales de

Granada, donde era muy conocida y respetada. Por aquel tiempo estaba obsesionada por reproducir el fórceps que había descrito Abulcasis para la extracción de fetos muertos.

—Me desplacé unas semanas a Loja, una importante ciudad a treinta millas de Granada, hacia occidente —comenzó Clara su explicación.

—Sí, he oído nombrar esa ciudad —interrumpió Norberto—. Es la cuna del visir Ibn al−Jatîb, ¿verdad?

—Creo que sí. Es una bella ciudad donde vive una mujer médico realmente excepcional —prosiguió Clara—. Su nombre es Umm al-Ḥasan al−Ṭanŷāliyya, quien parece que aprendió medicina de su padre cuando ambos vivían en Málaga. Esta mujer ha desarrollado nuevos métodos para facilitar el parto, algunos usando el fórceps que Abulcasis diseñó para extraer fetos muertos. En esta tierra hay muchos partos difíciles por la poca edad de las mujeres, que paren su primer hijo cuando aún no tienen las caderas desarrolladas del todo. Con demasiada frecuencia peligra la vida de la parturienta hasta el punto de morir durante el parto. A mí no me convence el fórceps de Abulcasis y te pediré ayuda para construir un nuevo fórceps que extraiga a los fetos vivos sin peligro para nadie. Es buen tema para discutir, pero ahora quiero que vengas conmigo a casa…

—La experiencia me dice que, para construir una nueva herramienta, se debe encontrar un orfebre adecuado que sepa comprender los esquemas que se le presentan y, al mismo tiempo, disfrute por hacer algo nuevo y tenga la generosidad necesaria, pues la construcción de nuevos aparatos lleva mucho tiempo y su ajuste es un proceso lento y tedioso, durante el cual el artesano deja de lado otros trabajos que le resultan más beneficiosos. Si quieres, te puedo ayudar.

—Norberto… —lo llamó Clara con dulzura—, tenemos esa tarea por delante, pero hoy no vamos a construir el fórceps.

—Sí, sí, entiendo —continuó el monje sin escucharla—, pero en la biblioteca de la Alhambra hay un ejemplar de al−Tasrif donde podemos examinar los dibujos del instrumental quirúrgico. Sería conveniente también hacer un vaciado en escayola de la cabeza de un feto nacido muerto. Solo así podremos diseñar las palas del fórceps del tamaño y forma adecuada.

—Norberto —repitió Clara, que lo miraba y le sonreía y, con expresión divertida, le dijo—: Siempre serás así. Cada vez que tienes un reto nuevo te hierve la sangre y te lanzas a resolverlo olvidándote de todo, de todos y, en especial, de ti mismo. Te he dicho que tenemos un lecho esperándonos. Y quieres venir, pero quiero oírte decir que quieres venir.

—Sí, quiero ir contigo allá donde tú vayas. He esperado demasiado tiempo para recitar de nuevo los poemas de Matilde, del libro que me diste para aprender alemán: «me incendies, oh centella refulgente./ ¿Cuánto tiempo resistiré esta sed?/ Una hora es demasiado tiempo,/ un día será como mil años/ en los que tú has estado ausente de mí».

Entraron ambos en la casa de Clara quien, emocionada, le recitó este poema de Matilde:

«Sé bienvenido, mensajero fiel.

Sería así si alguna vez lo fue.

Soy tan desafortunada y descreída

que no encuentro paz para mi mente,

solo tengo amor por ti.»[35]

Aquella noche Norberto entró en el lecho, en el alma y en el cuerpo de su amada Clara. Cuando estaban alcanzando las cimas más elevadas de la pasión y del espíritu, el monje recordó todos los versos de todas las poesías que había leído a lo largo de su vida, todos los que se habían escrito desde el comienzo de la humanidad. Cuando llegó el momento tan breve como eterno en el que lo imposible se torna posible, con voz muy baja, Clara comenzó a cantar las Revelaciones Celestiales de Hildegarda de Bingen, Ven, oh espíritu creador, mientras Norberto hundía su frente en la almohada intentando detener el negro paso del tiempo. Poco a poco, unas voces que venían del cielo acompañaron a Clara, quizá para confirmarles que Dios estaba con ellos, más cerca que nunca.

***

Encontraron al orfebre que Muhammed aš-Šaqûrî le había recomendado, cuyo taller estaba cerca de la puerta del Mauror, dentro de la Garnata–al–Yahud o Granada de los Judíos, en la ladera sur de las Torres Bermejas y del cerro de la Alhambra. Allí los judíos se dedicaban a las industrias más variadas; ejercían de curtidores, tintoreros, zapateros, fabricantes de tejidos, en especial de seda. Además de practicar estos oficios, eran los mejores orfebres de la ciudad en el trabajo del metal y de las piedras preciosas; mejores que los árabes de la alcaicería, el barrio de artesanos al lado de la mezquita aljama.

—¡Qué raro es ver a un monje blanco por aquí, en Granada, en Garnata al Yahud, más concretamente! ¡Tanto tiempo sin ver a uno! ¿Sabes realmente dónde te has metido? —dijo el orfebre a modo de saludo en perfecto romance castellano. Era un hombre moreno y barbado, de ojos saltones; se cubría la parte central de su calva socrática con una kipá; tenía un aspecto jovial y su cara ofrecía una expresión amable, sonriente y con un deje socarrón. Aquel hombre le traía al monje unos recuerdos amables y, al mismo tiempo, dolorosos. Era como repetir uno de los mejores días de su vida. Terminó el judío preguntando—: ¿Puedo hacer algo por ti, amigo?

—¡Es tan extraño…! Como si ya hubiera tenido esta conversación en el pasado —dijo el monje—. Conocí en Basilea a un hombre como tú, Yussaf Migash, también orfebre.

El orfebre miró al monje con los ojos bien abiertos y una expresión de sorpresa e incredulidad. Explicó:

—Me llamo Yuçef Megas y procedo de Toledo, como toda mi familia. Nos vinimos a Granada hace cinco años cuando vimos la catástrofe que se cernía sobre mis hermanos de Toledo ante el hostigamiento a que nos sometían las tropas del bastardo Enrique de Trastamara durante sus incursiones en la ciudad. Buscábamos un mejor vivir, que aún no hemos conseguido, aunque, por lo menos, conservamos nuestras vidas —concluyó Megas—. ¿Conociste a mi familia de

Basilea? ¿Murieron todos en la matanza de enero del cuarenta y nueve?

—Así fue, desgraciadamente; traté e hice una gran amistad con Yussaf y con toda su familia. Enseñé ciencias y matemáticas a sus hijos. Construyó para mí dos tornos de pulir lentes y ambos adquirimos pericia en esa práctica. Fabricamos lentes y gafas. Y sí, todos los adultos murieron aquel nefando día. Los niños fueron apartados con la idea de bautizarlos, pero pudimos rescatar a los hijos de Yussaf y enviarlos con unas familias judías de Colonia. Te puedo proporcionar la dirección de los niños, que ya deben ser unos jóvenes. Como ves, conozco bien la historia de tu familia. Cuando llegué a Toledo, hace más de un año, indagué si quedaba algún Migash o Megas en la aljama, pero todos habían sido muertos o se habían marchado, como tú. En mi viaje a Granada desde Toledo me pasé por Eliosanna, la cuna de vuestra familia, para dedicarle mis mejores deseos, pensamientos y recuerdos a un hombre tan sabio, recto y prudente como tu primo Yussaf.

Yosef lo miraba con los ojos húmedos; permanecía mudo y emocionado; Norberto preguntó:

—¿Cómo os va la vida en Granada?

—No nos va mal. Aquí tenemos trabajo. Gran parte de los artesanos y orfebres somos judíos y estamos en buena relación con los orfebres árabes de la alcaicería. Desde que se fundó el sultanato de Granada los judíos no hemos tenido problemas, aunque a mí me gustaría volver a Castilla.

—¿Por qué? —inquirió el monje.

—Porque es mi tierra. Me han tratado muy mal, pero es mi tierra y no la cambiaría por ninguna otra —exclamó Yosef de forma apasionada y, después de esa breve declaración de amor y pertenencia, prosiguió —: Cuesta trabajo creer que Castilla sea un reino tan poderoso. Los artesanos son judíos en su mayoría y los agricultores, moros; sobre todo en el reino de Toledo. Todos hemos intentado adaptarnos a la tierra conquistada y a las nuevas normas pero, en el fondo, los castellanos no nos quieren. Son un pueblo de pastores y guerreros y, tan pronto como, entre ellos, alguien se cree importante, so pretexto

de poseer un linaje cierto o imaginado, deja de trabajar por considerar indigno hacer una labor con las manos. Los judíos y los moros abandonan ese reino y no sé quién les arreglará los zapatos y quién les cultivará las berzas en el futuro —explicó Megas con un deje de amargura y desesperanza y, después de un silencio, volvió a preguntar—: ¿Qué quieres de mí? Aunque después de conocer tu historia con mi primo Yussaf, supongo que has venido para que te construya otro aparato. ¿Estoy en lo cierto? Venga, dime de qué se trata y enséñame esos rollos que llevas, donde seguramente tienes dibujado el croquis.

Norberto sonrió y, en silencio, primero abrió una bolsa de lino y descubrió su objeto de la guata protectora.

—Este es un vaciado en escayola de la cabeza de un niño que nació muerto, aunque estaba desarrollado a término. Se trata de construir unas tenazas compuestas por dos cucharas libres que se puedan introducir por separado, arriba y abajo, en la vagina de la parturienta y, una vez dentro, se articulen para comprimir de lado a lado la cabeza del feto con fuerza y así poderlo extraer —dijo Norberto, al tiempo que extendía unos rollos de papel sobre la mesa—. Aquí están los planos del instrumento en sus dos proyecciones y a la escala real que deberá tener[36].

—¿Y crees que esto funcionará? —preguntó Megas con expresión algo incrédula.

—No lo sé —contestó el monje—, pero nunca lo sabremos si no lo probamos. Aparatos parecidos a este, pero de palas con articulación fija, se han usado en el pasado para extraer fetos muertos, pero yo creo que se puede usar para extraerlos vivos sin dañarlos. Ten presente que, en algunos partos, un feto impactado pone en peligro su propia vida y la de la madre. Este es un instrumento para ser usado en casos extraordinarios y como último recurso.

—Como hombre que eres a ti no se te permitirá utilizarlo, ¿quién lo hará?

—Lo hará una antigua alumna mía, Clara de Heusingen, que trabaja como mediquesa de mujeres en el hospital del Albaicín, así como en otros de Granada y de la vega, porque va allá donde la necesita una mujer. Hemos dibujado los planos juntos y vendremos los dos cuando

lo hayas construido para ver si hubiera modificaciones que hacer. Otra cosa es el dinero que puedo pagarte, que no será mucho.

—Eso no tiene importancia en tu caso. Me basta con saber la amistad que tuviste con mi primo, que tu aparato puede salvar muchas vidas y que me has honrado con el conocimiento y respeto que tienes y sientes por mi familia. Quiero estar a la altura de Yussaf. Solo te pido que me enseñes el torno que los dos construisteis. Con tocarlo tendré en mis manos una parte importante y querida de la historia familiar, al tiempo que quisiera saber cómo es ese torno. No me gusta la calidad de las lentes que se fabrican en Granada, llenas de burbujas de aire, y estoy interesado en fabricar un vidrio de calidad.

—Te mostraré no uno, sino dos tornos que Yussaf construyó; incluso algunas lentes que él pulió y verás su perfección. También te puedo enseñar cómo se fabrica el vidrio para pulir lentes. Llámame cuando tengas las tenazas terminadas y hablaremos de cómo fundir el vidrio, porque necesitaremos construir un horno especial.

Norberto regresó a la casa de Clara inmerso en meditaciones que compartió con su amada. Sentados ambos en la balconada de la almunia de Clara, frente a los palacios del sultán Muhammed V al-Ghanî coronados por las nieves de la sierra y ante sendas copas de xarab de limón con miel y hierbabuena, Norberto reflexionaba sin desprenderse enteramente de la tristeza que le producía la contemplación del siglo:

—Creo que uno de los mayores problemas que tenemos en Occidente es la falta de sentido práctico y de la instrucción necesaria para construir aparatos y máquinas. Los niños no hacen trabajos manuales en las escuelas y los estudiantes solamente usan las manos para pasar las páginas de los libros —reflexionó Norberto—, que, por otra parte, no dicen nada nuevo, por ser en su mayoría copias plagiadas de otros más antiguos.

—Quizá todo se deba a que un trozo de papel y una pluma están más disponibles —comentó Clara—. Realmente el progreso es cuestión de dinero y solamente los ricos pueden progresar o hacer de mecenas para que un pobre se instruya e invente. Por ejemplo, un campesino inteligente puede concebir unas mejoras que hagan su arado más eficiente y más fácil de usar. Pero construir un nuevo arado le llevará

un tiempo y un dinero que no tiene. Tendría que dedicarse al nuevo arado en cuerpo y alma, para modificarlo una y otra vez hasta llegar al prototipo más efectivo, si es que llega, porque también puede fracasar. En el camino se habrá arruinado y habrá dejado a su mujer y a sus hijos desvalidos. Es duro correr de allá para acá para no salirse de los estrechos límites de la subsistencia. En el fondo, la pobreza alimenta la ignorancia y la ignorancia empobrece más a todos. Un círculo vicioso del que no se puede salir.

—Es el problema que la humanidad arrastra desde hace milenios. Los hombres no soportan tener la mente en blanco. Tienen la necesidad de llenar sus cerebros de pensamientos que, a priori, consideran importantes. Piensa porque no sabe ni puede hacer otra cosa y, para resaltar sus pensamientos, los ordena dándoles una estructura orgánica que ellos llaman filosofía. A lo largo de mi vida he llegado muchas veces a un punto en el que es inútil seguir pensando porque percibo que, en el curso del pensamiento, este debe ir echando sucesivas anclas con la realidad para no desconectarse de ella. Ha sido entonces cuando he necesitado sentarme ante mi torno de pulir lentes y consolarme con la idea de estar haciendo algo útil como es mejorar la vista de un necesitado.

»Muchas de mis lecturas me han maravillado por mostrarme las alturas tan excelsas a las que puede llegar el pensamiento humano. No obstante, he percibido que muy pocas veces ese raciocinio ha servido para mejorar la vida de la gente. Me he preguntado si el pensamiento de Platón o Aristóteles hicieron al hombre de su época más feliz y saludable y me he respondido que no, que en muchas ocasiones, y en el mejor de los casos, la filosofía sirve para agudizar la mente del filósofo, pero que tal agudeza solamente sirve para el solaz y divertimiento propio y el de las personas que lo escuchen. Ese pensamiento sería útil para el diseño de herramientas que mejoren las vidas de todos, pero falta algo que les haga salir de la potencialidad e ir a la factualidad. En cambio, la riqueza sí crea una potencialidad fácilmente convertible en utilidad.

—A lo largo de tu carrera siempre has necesitado orfebres que fabricaran tus diseños. ¿Cuántos te han ayudado? Yo solamente conocí a Migash en Basilea. ¿Cómo es el que has visitado hoy?

—He sido ayudado por cuatro orfebres; dos judíos y dos cristianos

catalanes —informó Norberto—. Hoy he descubierto que los dos judíos eran de la misma familia y se llaman igual: Yussaf Migash el de Basilea, a quien tú conociste, y Yoçef Megas, con quien he estado hablando hoy sobre el desarrollo de tu fórceps. Ambos vinieron del mismo tronco familiar de Eliosanna, no lejos de aquí, entre Córdoba y Granada. En Montpellier encontré a Gervasio Bellpuig, sin el cual Raimundo y yo no hubiéramos podido construir el tubo óptico con el que visualizamos las pulgas enfermas que transmiten la peste. En Lérida tuve la suerte de dar con Mauricio Doliva, quien me fabricó el instrumental quirúrgico con el que todavía opero. Los cuatro desarrollaron sus habilidades a través de décadas de aprendizaje y práctica cuyo fin único era fabricar joyas, para complacencia de la realeza y la nobleza, y objetos litúrgicos, para relumbrón de la Iglesia y sus celebraciones. O sea, objetos cuya fabricación requiere un alto conocimiento y nivel técnico pero que, en realidad, no sirven para nada.

»Solo veo un aspecto positivo: los orfebres tienen una gran capacidad para construir herramientas, máquinas y artefactos útiles que pueden mejorar la vida de la gente común. El problema es idearlo, llevarlo a cabo y, tan importante o más, pagarlo. Yo he tenido la suerte de que ninguno de esos cuatro orfebres ha requerido ningún pago por su trabajo. Los cuatro fueron muy generosos y no trabajaron por dinero, aunque yo traté de resarcirlos enseñándoles la fabricación de cristal y el pulido de lentes. Por ejemplo, me llegó la noticia de que Gervasio Bellpuig, después de que su taller fuera destruido y él expulsado de Montpellier, se estableció en Valencia, donde puso un taller de lentes y gafas que le ha dado mucho dinero, al tiempo que ha hecho feliz a mucha gente.

La claridad de la tarde se desvanecía en la plaza del Albaicín a donde habían salido a pasear; continuaban su conversación en alemán, un idioma extraño para los que salían de la mezquita después de la oración de la tarde. El monje continuó con sus reflexiones:

—La vida y la historia progresan en líneas demasiado sinuosas que a menudo retroceden. Es necesario hacer cosas fatuas e inútiles que proporcionen un entrenamiento para llevar a cabo algún día las útiles. Lo triste es que ese día no siempre llega. Es como los niños que se entrenan jugando y adquieren habilidades que les pueden o no les pueden ser útiles en su vida adulta. Es frustrante pasarse la vida

experimentando sin tener oportunidad de aplicar las experiencias aprendidas.

—Sí; la vida avanza en línea curva…, en ocasiones, en círculo…, en conjuntos de caminos que no llevan a parte alguna y en ocasiones nos devuelven al punto de partida o más atrás —expresó Clara sus pensamientos en voz alta—. ¿Cuáles son tus planes de enseñanza en la Medersa? Te lo pregunto porque me gustaría asistir a tus clases. ¿Crees que es posible?

—No lo sé. Lo preguntaré, pero sí sé que en el pasado hubo en al-Ándalus mujeres mediquesas, aunque no sé dónde estudiaron. Todas las culturas postergan a la mujer y la reducen a paridora. Debe ser algo intrínseco a las religiones del Libro. —Norberto calló y, tras un silencio, retomó el diálogo—: En cuanto a mis planes, pienso dar un curso sobre cirugía y, más concretamente, sobre los riesgos de la cirugía. El primer grupo de ellos va a tratar sobre la infección de la herida quirúrgica, que es el riesgo más común, sobre todo en operaciones de abdomen. Hablaré de los agentes antiinfecciosos y del valor de cada uno, que considero escaso y limitado. —Norberto hizo una pausa tras la que continuó—: En particular, quiero estudiar las virtudes antiinfecciosas del espíritu del vino, del alcohol, como lo llaman los árabes. Voy a necesitar un alambique para obtenerlo del vino.

—¿Cómo conseguirás el vino? No he visto aquí tabernas.

—Las hay; la gente bebe mucho vino en al-Ándalus. Dicen para convencerse a ellos mismos que Muhammed prohibió la embriaguez, pero no beber vino, lo que es totalmente falso. Curiosamente, el gran Avicena recomendaba embriagarse una vez al mes para que el cuerpo se purificara mediante los vómitos, diarreas y sudoraciones. Hay muchos viñedos en la zona de la costa, que dan un vino muy bueno. También lo hay en Málaga. Yo lo he probado y usado como vino de misa. —Se interrumpió de nuevo y, al cabo de un silencio, continuó—: Yosef Megas me ha mandado la razón de que tiene el fórceps terminado. Iremos a comprobar si servirá tal cual lo diseñamos o habrá que modificarlo.

***

Durante el siguiente año y medio la vida en Granada fue pródiga y apacible para Clara y Norberto. Todo les fue bien en un país donde nadie criticaba y todos veían normal que un clérigo estuviera conviviendo con una beguina. Incluso el fórceps que Yosef Megas fabricó para ella resultó muy útil y así Clara pudo salvar a muchas madres y niños que de otra forma habrían muerto. Él, por su lado, impartió su curso práctico de cirugía, basado en al Tasrif de Abulcasis, que curiosamente era desconocido por la mayoría de los médicos granadinos. Un ejemplar de este libro, quizá el original escrito por el puño y letra del gran maestro de la cirugía de todos los tiempos, o tal vez por su amanuense, se encontraba en la biblioteca del sultán en la Alhambra. La historia de ese manuscrito debió ser compleja y azarosa: había pertenecido a la biblioteca del califa Al–Hakam II de Córdoba, sobrevivió al saqueo y destrucción de esta por parte del populacho cordobés dos veces: en el ocaso del califato y a la caída del Imperio almohade. Al final, fue rescatado por Muhammed II al–Faqih, el sucesor de Muhammed ibn Nasr, Alhamar el Rojo, fundador de la dinastía nazarí, a finales del siglo XIII, que lo llevó a su biblioteca. La historia de este manuscrito, que parecía tener vida propia, era en verdad impresionante.

Comprendió Norberto que la desconsideración de los médicos andalusíes, en general, y de los granadinos, en particular, por la cirugía se debía a dos razones; una era la dificultad de su aprendizaje y la necesidad de contar con maestros competentes, quienes eran muy pocos y estaban comprometidos para el servicio de los poderosos; la otra dificultad residía en la altísima frecuencia de infecciones posoperatorias que acababan con la vida del operado, por cuyo motivo los enfermos eran muy reacios a someterse a una operación quirúrgica. En cirugía se cosechaban verdaderamente grandes fracasos y tal vez por esa razón esa especialidad era despreciada por los médicos y estaba en su mayor parte relegada a barberos y otros advenedizos. De hecho, cirujanos tan famosos con Muhammed aš–Šafra, el crevillentino, no eran considerados por algunos, como Ibn al–Jatîb, auténticos médicos, pese a haber tenido una formación académica, primero en la Valencia cristiana y posteriormente en Granada. Tiempo después, Norberto tuvo la oportunidad de conocer y

hablar con Aš–Šafra, quien regresaba de Fez, donde había pasado los últimos cuarenta años practicando la cirugía y escribiendo sus tres libros sobre tumores e inflamaciones. Aš–Šafra regresaba a su tierra, entre Crevillente y Elche, para morir, pero no alcanzó su objetivo: se sintió mal y, a una edad muy longeva, murió en Granada al inicio de 1360, poco después del derrocamiento de Muhammed V, del exilio de Ibn al-Jatîb y de la huida de Norberto y Clara.

En su curso, Norberto trató de demostrar a sus alumnos que, en el momento de la historia que vivían, casi todo lo que un médico podía hacer por los enfermos se comprendía entra la higiene y la cirugía en sus diferentes variantes, incluida la ortopedia, mientras que los recursos propiamente médicos o farmacológicos eran muy limitados e ineficaces en su mayoría. Sabía que médicos granadinos como Aš–Šaqûrî y el propio visir Sinan al Din al–Jatîb no estaban enteramente de acuerdo con sus planteamientos, pero se sentía respetado, sabedor de que nadie se mofaría de su forma de entender la medicina. El respeto que De Cholhac suscitaba en los demás se debía a que él, con su cirugía, salvaba las vidas de los que, sin él, las tenían perdidas de antemano y sin remedio. Gozó Norberto del mayor aprecio de sus compañeros, en especial del visir Ibn al–Jatîb quien, en repetidas ocasiones, lo recibió en su casa mientras se quejaba de que su escaso tiempo, por las muchas obligaciones del gobierno, no le permitía departir con él más a menudo.

Capítulo XXI

Un mar de fondo se iba incubando en Granada, del cual Norberto, como desconocedor de la alta política granadina, era completamente ignorante. Había estudiado la historia del sultanato y sabía de su inestabilidad política en la que varios sultanes habían sido derrocados, incluso asesinados, pero no presintió ni pudo prever los graves hechos que acontecerían poco después en la ciudad. En agosto de 1359, el sultán Muhammed V fue depuesto inesperadamente por unos sicarios al servicio de la cristiana Maryem, la concubina predilecta del anterior sultán Yusuf I, el padre de Muhammed V al–Ghanî. Maryam compró voluntades de altos dignatarios de palacio que derrocaron a su hijastro y pusieron en su lugar a su hijo Ismail, un inepto jovenzuelo de aspecto bastante zafio, quien, a su vez, seria depuesto y asesinado por un cuñado, el futuro Muhammed VI el Bermejo, diez meses más tarde.

El destronado sultán Muhammed V huyó a uña de caballo a Guadix para salvar su vida y desde allí, no se sabe cómo, pasó a África y se estableció primeramente en Fez y más tarde en Saleh. Todos estos acontecimientos sucedieron sin que el visir Al–Jatîb pareciera enterarse, quizá por estar demasiado absorto en escribir poesía o historia durante sus largas noches de insomnio, por eso se le conocía como el de las dos vidas, quizá por estar preocupado por los ataques que recibía de la cada vez más poderosa fracción maliquí, pero no podía suponer que su antiguo discípulo y querido amigo Ibn-Zamrak, el poeta que estampó repetidamente y hasta la náusea sus vulgares casidas sobre los estucos de la Alhambra, fuese quien lo acusaba de tendencias heterodoxas y postulados sufistas. El visir fue tomado preso, pero mediante apaños y sobornos, algo que Norberto nunca se explicó a no ser que hubiera habido dinero por medio, pudo escaparse a África. Allí, tanto el sultán como su visir vivieron exiliados en Saleh, enfrente de Rabat, en la ribera norte del río Bou Regreg, donde permanecieron durante los dos años siguientes hasta que ambos lograron recuperar el trono y el visirato, respectivamente.

Cuando supo de la encarcelación de Al–Jatîb, Norberto sintió que había llegado para él la hora de marcharse. Era bien conocido por su

amistad con el visir, lo que le hacía sospechoso para los nuevos gobernantes y le restaba seguridad.

—Estoy seguro de que el sultán recuperará el trono relativamente pronto —le confió al día siguiente su amigo Muhammed aš−Šaqûrî—, porque lo han derrocado unos ineptos que no serán capaces de retener el trono mucho tiempo. Ismail, el nuevo sultán, es un pelele en manos de su primo Abu Said; ninguno de los dos tiene el beneplácito de Pedro de Castilla y, sin la anuencia del rey cristiano, no podrán sobrevivir en el poder. No se puede olvidar que el sultanato es un estado vasallo del reino de Castilla. Te recomiendo que abandones Granada y esperes a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Yo, por mi parte, me exiliaré en Jaén, una ciudad falta de médicos, donde aún tengo familia que me dará cobijo y apoyo. Si lo deseáis, tanto tú como Clara seréis bienvenidos en la casa de mi familia en Jaén.

Norberto declinó amable y agradecido el ofrecimiento, aduciendo que ellos buscaban la costa para coger algún barco que les devolviera a su tierra. Se despidió de Norberto con un abrazo, un beso en la mejilla y un «hasta pronto, hermano, que Alá guíe tus pasos». Llegó a casa y le comunicó a Clara sus últimas noticias y preocupaciones.

—Aš-Šaqûrî me ha recomendado abandonar la ciudad porque aquí se me considera un amigo adicto de Ibn al−Jatîb. Él también se marcha fuera de Granada —Norberto le describió la situación a Clara—. Además, creo que el nuevo sultán es una persona tosca y analfabeta que no apoyará la ciencia ni facilitará que estudiosos extranjeros vengan a Granada a transmitir y recibir conocimientos. Ha acabado la saga de Ismail, Yusuf y Muhammed V, que pretendieron hacer de Granada un paraíso terrenal, un emporio cultural en Occidente y, en alguna medida, lo consiguieron. Siento que mi tiempo en Granada ha terminado y que ha llegado el momento de mi retorno.

—¿A dónde quieres retornar? —preguntó la beguina.

—Imagino que a mis orígenes —contestó Norberto—. Creo que la vida es un viaje circular; de ida y vuelta. Granada es el punto más lejano de mi itinerario en esta vida; lo veo de este modo. En el largo viaje que inicié hace veinticinco años he hablado con mucha gente de la que he aprendido menos de lo que hubiera querido, he estudiado en los mejores libros que, sin embargo, no me han hecho más sabio, y he

visto, examinado y tratado a muchos enfermos que me han enseñado mucho más de lo que yo he sido capaz de asimilar y digerir. Desde hace tiempo me desenvuelvo entre vivencias extrañas y contradictorias. Por una parte, creo que nada me queda por aprender porque he llegado a un punto en el que la naturaleza se niega a abrirme más puertas para desentrañarla; por otra parte, me abruma comprobar, día tras día y en cualesquiera circunstancias, cuán poco sabemos, cuánto ignoramos. Quizá lo que me preocupe más es lo poco que avanzamos y lo estancada que está la humanidad, tan expuesta al albur de las penalidades que nos lleguen por azar sin que nosotros podamos hacer algo para evitarlas. A veces pienso que solamente he aprendido algo muy simple, muy triste: en absoluto somos dueños de nuestros destinos. ¿Crees que hemos avanzado en los setecientos años que separan la peste de Justiniano de la que hemos sufrido recientemente? ¿Hemos incorporado realmente algo nuevo a nuestro acervo cultural?

—Sí, hemos aprendido lo que tú y otros como tú nos habéis enseñado —contestó Clara con gran seguridad—. Tu lucha ha sido la de un gladiador vencido de antemano, pero con una enorme fe en la victoria final. Una victoria que nosotros no veremos, pero otros sí verán. Creo que ha llegado el momento de mostrar a todo el mundo la validez de tus percepciones, de tus hallazgos médicos, y para ello debes usar las tribunas más apropiadas, que no están en Granada ni en ningún otro lugar de Hispania. ¿Puedes dejar la enseñanza en la Medersa desde ahora?

Norberto se sentía muy reafirmado por las palabras de Clara. Seguiría sus consejos, aunque de todas formas sentía la necesidad de recoger las velas de su vida, por lo menos algunas.

—He terminado de impartir el curso de Cirugía y estoy muy contento de los alumnos que he tenido —resumía Norberto—. Creo que ha sido beneficioso para todos y también para mí. Hemos operado hernias inguinales y cálculos de la vejiga de la orina. Hemos reducido fracturas y curado heridas. Nuestra tasa de infecciones ha sido mínima y no solamente por haber usado alcohol aguado en la desinfección, sino también por haber sido muy estrictos en la limpieza de la sala y en las manos y los vestidos de los estudiantes.

—¿Qué camino vamos a seguir a partir de ahora? —preguntó Clara.

—Podríamos viajar hasta Almería, visitar a Ahmad Ibn Jatima, de quien te he hablado tantas veces. Traduje un libro suyo en Toledo y lo conocí cuando vino a Granada durante una breve estancia. Me invitó a visitarlo en Almería. Desde allí podríamos esperar un barco que nos lleve hasta Marsella o, mejor, a Génova. Hay mercaderes genoveses que comercian activamente y compran mercancías en Almería. No podemos regresar por tierra porque el inquisidor de Aragón me atraparía. Presiento que no me ha olvidado y sigue buscándome. Además, el camino por tierra, evitando el reino de Aragón, es muy largo y fatigoso.

—Deseo que viajemos a Bolonia, donde tendrás más predicamento y tus enseñanzas serán mejor recibidas y apreciadas. Creo que cuando tus experimentos sobre cómo dormir a los pacientes fructifiquen, la cirugía avanzará a marchas forzadas y muchas dolencias ahora mortales podrán curarse. Por mi parte, quiero continuar mi práctica tocológica; el fórceps que construyó Megas es verdaderamente una maravilla. —Clara se interrumpió y al final añadió con cierta timidez —: Deseo también que nos casemos y tengamos hijos. Yo todavía puedo tenerlos. No he cumplido treinta y seis años y aún me viene la regla.

Al oír esas palabras, el corazón de Norberto se enterneció más por los deseos de ella que por los suyos propios; la atrajo hacia sí, la abrazó y la llenó de besos.

Dos días más tarde, Norberto y Clara, con los tres mulos que portaban sus pertenencias, tomaron el camino de Almería. Desde la casa que compartían en la Alcasba Gidida subieron hasta la Bib-Guedaix al Olva o puerta alta de Guadix, por donde abandonaron Granada. Poco antes de salir pasaron al lado del Almarazten, el hospital del Albaicín donde ambos trabajaron, de donde el personal sanitario, hombres y mujeres, salieron a despedirlos, agradecerles sus enseñanzas y desearles mucha suerte en nombre y compañía de Alá.

Después de cruzar la muralla bajo la puerta, desde un montículo volvieron la vista atrás para echar una última mirada a la ciudad que los había albergado durante dos años, convencidos de que nunca volverían a vivir en un lugar tan bello ni a ver un panorama tan impresionante como el que obtenían desde aquella altura. Granada caía por la ladera abajo hasta llegar a la amplia plaza de Bib-Ramla y,

más a la izquierda, hasta los jardines del Genil. Enfrente de ellos quedaban las torres de la alcazaba real y los palacios todavía no acabados del sultán. Sobre estos, las montañas coronadas de nieve parecían colgadas e irreales, como en un cuento mágico escrito específicamente para ese lugar.

En su camino a Guadix bordearon la Sierra Nevada por el flanco septentrional. El otoño venía adelantado y los vientos del norte traían nubes que se estrellaban contra las montañas, partiéndose en trozos que formaban estrechos resquicios, dejando así ver las nieves, por donde se colaban los rayos del sol refractados en direcciones divergentes, partiendo el espectro de la luz en mil colores. Nunca habían visto un cielo tan maravilloso y cambiante, aunque lo más probable es que Norberto y Clara hubieran perdido ya la costumbre y la fe de mirar al cielo. Era un espectáculo dentro del cual los montes, bosques y praderas alternaban los colores, las luces y las sombras a una velocidad desenfrenada e incansable.

La tarde del segundo día Clara y Norberto arribaron a Guadix, una villa importante y rica, rodeada de un bosque frondoso de moreras con las que alimentaban gusanos de la seda que fabricaban en grandes cantidades y coronada por una impresionante alcazaba. En Guadix descansaron una jornada. Tomaron al día siguiente el camino de Almería, que seguía bordeando los montes nevados hasta hallar el valle del Bolodu, por el que descendieron hacia el sur hasta encontrar el río Andarax, cuyo curso les entró en Almería.

***

—Por lo que conozco de tu obra, tanto por tus libros como por la actividad que has desarrollado en Granada, lo mejor que puedo decir es que te considero el mejor cirujano que ha habido desde Abulcasis. Has seguido fielmente los métodos quirúrgicos acreditados y has realizado innovaciones que perdurarán. Tus tareas de limpieza y desinfección, todo tendente a evitar infecciones, son un concepto nuevo que, antes o después, tendrá que ser aceptado y practicado por todo el mundo. Estoy de acuerdo en que los miasmas corpóreos están

en todas partes, prestos a contaminar y pudrir cualquier herida, incluyendo la quirúrgica, y que todo lo que se pueda hacer para evitarlo siempre será poco. Tus experimentos sobre nuevas sustancias que puedan inducir anestesia son muy esperanzadores, incluyendo la mezcla de alcohol y aceite de vitriolo, aunque estimo que aún no has pulsado todas las teclas —se explayó Ibn Jatima mientras Norberto esperaba paciente la crítica a la parte negativa de su trabajo. Y así vino—: No obstante, no estoy de acuerdo con tu escaso aprecio por la farmacología ni con que tires por la borda más de un milenio de saberes médicos desde Dioscórides, Pablo de Aegina y Galeno hasta Avicena y Arnaldo de Villanueva.

—Es posible que no haya explicado bien mis ideas sobre la farmacología basada en plantas —se justificó Norberto—. No desprecio su utilidad, pues yo mismo he utilizado y utilizo extractos de plantas como antiparasitarios, eméticos, laxantes, desinfectantes, cicatrizantes… También los he usado por vía general para aliviar ciertas enfermedades como, por ejemplo, la galega para la diabetes y la digital para la hidropesía. He escrito opúsculos sobre estas enfermedades que no sé si conoces, de lo contrario, te puedo facilitar unas copias, aunque están en latín. La gran mayoría de las plantas no mejoran la enfermedad en sí, pero sí elevan temporalmente al ánimo del paciente y, si su enfermedad es banal, mejorará, pero si no es banal, como un tumor, una diabetes o una hidropesía, no habrá mejoría posible al menos que no se dé con la planta adecuada.

»Para aseverar que una planta cura, no basta lo que hayan dicho Hipócrates o Avicena, es necesario experimentar con cuidado y rigor sobre un suficiente número de enfermos y llegar a conclusiones reproducibles comparándolos con los enfermos que padecían de lo mismo y no se les administró el tratamiento. Intento usar el método científico cuando trato una enfermedad y mi experiencia se ha visto coronada de fracasos. Mantengo que la mayoría de la farmacopea al uso es totalmente ineficaz y solamente tiene un efecto placebo sobre el enfermo, que se sentirá bien al principio hasta darse cuenta de que sus males persisten. Lo he visto muchas veces.

—Comprendo tu modo de pensar, propio de un cirujano acostumbrado a moverse del blanco al negro y viceversa sin transición alguna —apostilló Ibn Jatima—. No sé si llegará el tiempo en que los hombres nos pareceremos más a las máquinas o que estas lleguen a ser tan

sofisticadas y complejas que puedan suplir o suplantar al hombre. Por el momento, nuestros cuerpos están fatalmente dominados por nuestras almas.

—Es cierto. Conozco los remedios que utilizas por haber leído y traducido al latín tu libro al-Tahsil sobre la peste —acordó Norberto —. Usas unos brebajes refrescantes, sabrosos de beber que relajan y tonifican a quien los toma. Ellos, junto con las medidas higiénicas y preventivas que propugnas, te han proporcionado grandes y merecidos éxitos en tu carrera. Es posible que, como tú describes, Almería esté expuesta a los aires corrompidos y pestíferos del sur, pero, al mismo tiempo, es un lugar bello y apacible, atemperado, seco y de clima suave todo el año. Tratas muy bien a tus enfermos y, cuando no les puedes curar el cuerpo, les curas el alma y esto también les ayuda. Tú y Almería sois muy beneficiosos para los enfermos que vienen a ti.

Ahmad Ibn Jatima habitaba una almunia grande y hermosa en el barrio de Mussallà, el más oriental y menos poblado de los tres barrios amurallados que tenía la ciudad. Su villa estaba rodeada de un jardín idílico donde él acostumbraba a escribir sus poesías de versos de final resonante y aliterado para su diwan, durante los atardeceres envueltos por la brisa del mar y por el olor a azahar que lo impregnaba todo. Ayudaban a su inspiración las frecuentes libaciones que trasegaba de vino clarete de Albuñol, que prefería al del valle del Bajo Andarax, mucho más flojo, al que añadía un punto de ojimiel, la combinación de miel y vinagre que era, por otra parte, la base o excipiente de muchas de sus fórmulas farmacológicas.

A la entrada de su almunia había veinte o treinta sillas que no se retiraban por la noche y servían para que se sentaran los enfermos que cada mañana muy temprano acudían a su consulta. Con las sillas, seguía el ejemplo de Abulcasis durante su largo retiro final en Alhaurín de la Torre; ambos médicos eran geniales y compasivos. Ahmad solo cobraba a los ricos; a los pobres, tras atenderlos gratis, les pagaba las pócimas que les prescribía y les componía un amigo apotecario de la medina. Este modo de conducirse le impidió atesorar riquezas y solamente tenía medios para vivir bien, aunque solo con cierta holgura; tenía mucho más de lo que le hubiera pedido a la vida. En la amplia casa de Ahmad había un espacio para las mujeres, entre ellas, la anciana madre y las esposas y hermanas de Ahmad. Allí quedó alojada Clara, a quien pronto se le sugirió supervisar el estado

sanitario de las mujeres de Almería.

Aparte de la medicina y de la composición poética, Ahmad ejercía de almocrí o recitador coránico en la gran mezquita de la medina, en las faldas de la alcazaba, en la oración de los viernes. Era muy religioso, pero con unos sentimientos nada convencionales por estar dirigidos a establecer una relación con Dios lo más directa posible. Clara le entendía perfectamente porque las beguinas se conducían de similar manera, pero Norberto, no; había perdido la esperanza de establecer ningún tipo de relación con alguien cuya existencia se le escapaba entre los dedos de las manos y por los agujeros de la duda.

Pese a su calidad humana y profesional, Ahmad Ibn Jatima no ocupaba un lugar predominante en la sociedad almeriense o andalusí, por no tener interés en ello. Era demasiado bondadoso para competir con nadie en la jerarquía social. Además de los enfermos que atendía en su propia casa, ejercía la medicina en un pequeño hospital cerca de la mezquita mayor en el barrio de la medina, entre el mar y las faldas de la alcazaba, donde aconsejaba a todos sobre las normas de higiene que debían observar. En ese hospital Clara examinó y trató a docenas de mujeres mientras Norberto realizó operaciones a gente previamente desahuciada, algunas de las cuales pudieron recuperarse tras la intervención quirúrgica.

Ahmad era, no obstante, ampliamente respetado y querido; había encontrado en Almería su particular paraíso en la tierra, que describió en un opúsculo, y allí trabajaba para merecer en su postvida un buen nivel en la Yanna, el paraíso de Alá. En sus conversaciones mostraba un verbo florido que hacía las delicias de sus contertulios. Se desplazaba a Granada con frecuencia para visitar a sus amigos, el poderoso visir Ibn al-Jatîb, su entrañable compañero Aš-Šaqûrî y su antiguo amigo Ibn Zamrak, aunque a este lo veía desviado hacia posiciones cada vez más integristas y menos permisivas hacia sus antiguos amigos, a los que consideraba demasiado relajados en sus sentimientos religiosos. En una de sus visitas a Granada fue cuando conoció a Norberto.

—Sé de algún problema que te agobia y no te deja ser feliz —le dijo Ahmad una tarde mientras bebían vino en el jardín de su almunia—. No quieres aceptar los tiempos que vives ni estos parecen aceptarte a ti. Para ser feliz uno necesita estar en buena armonía con el lugar y el

tiempo que habita. Una vez aceptados, intentará modificarlos, pero esto solamente se conseguirá en pequeña medida en el mejor de los casos.

»Ambos hemos tenido una idea muy original sobre la transmisión de la peste: la extienden pequeños organismos que se propagan de hombre a hombre y, como tú has demostrado, de rata a hombre. Cuando infectan a un hombre o un animal, se deben propagar y multiplicar dentro de ellos; son organismos vivos que tú estás cerca de ver con tu tubo óptico. Pues bien, apenas alguien creerá en nuestras ideas sobre la propagación de la peste. Yo me conformo con escribirlas sin esperanzas de ser creído más allá de mi círculo de amistades, pero tú te desesperas ante el calamitoso estado de la sociedad en que vivimos, torpe e insensible, incapaz de entender algo tan obvio, a los ojos tuyos y míos, como es la transmisión de la plaga. Te voy a poner un ejemplo que te mostrará cómo cualquier gran idea o gran hallazgo necesita un tiempo receptivo para no ser rechazado y puesto en el cesto del olvido. ¿Te has detenido a considerar o estudiar cómo es la circulación de la sangre?

—¡Oh, sí! —exclamó Norberto—, he dedicado mucho tiempo a ello y llevo tomadas un cúmulo de notas que espero me ayuden a escribir un libro cuando tenga el tiempo y la tranquilidad para hacerlo. Quiero recoger en él mis estudios sobre cadáveres humanos que hice en Lérida y sobre ovejas que he hecho aquí en al-Ándalus. La circulación de la sangre es igual en el hombre que en los animales…

—¿Has visto los poros en el septo del corazón que describió Galeno, aquellos por donde la sangre se percuela y se purifica al pasar del ventrículo derecho al izquierdo? —preguntó Ahmad.

—Te puedo asegurar que esos poros no existen. Yo no los he visto con mi tubo óptico, pese a haberlos buscado insistentemente. Fueron una invención de Galeno para explicar la dinámica del flujo sanguíneo. No son estos poros lo único que no me creo de tantas cosas falsas que dijo y escribió —contestó Norberto mostrando el fastidio que le habían generado muchas de las obras médicas que había leído.

—Entonces, ¿cómo explicas tú la circulación de la sangre? —inquirió Ahmad.

—Parto del supuesto de que la sangre que circula es siempre la misma y que no se crea sangre nueva con cada latido del corazón, como falsamente enseñaron Galeno y Avicena —comenzó Norberto su explicación—. Hay sangre roja clara y roja oscura; la primera lleva aire a todos los tejidos y órganos porque estos necesitan respirar. Al soltar el aire, la sangre se torna oscura y así vuelve por las venas al corazón. Desde el ventrículo derecho la sangre es bombeada a los pulmones, donde se airea de nuevo, y así vuelve, aireada, al corazón izquierdo. He diseccionado pulmones y he visto cómo los bronquios se dividen en otros más pequeños, como las ramas de un árbol, hasta acabar en unos pequeños fondos de saco o alveolos. Allí es donde la sangre oscura se airea y se regenera. Con mi tubo óptico se ve muy bien la red de capilares llenos de sangre que envuelve cada alveolo.

—Tus observaciones son muy acertadas, aunque no has sido el primero en hacerlas —observó Ahmad, que sonreía al oír las explicaciones de Norberto—. Hace siglos que dos médicos musulmanes apenas conocidos en la cristiandad describieron lo que tú acabas de comentarme. El primero fue Ahwazi o Al Majusi, como vosotros lo llamáis. Fue un iranio que vivió hace cuatro siglos y escribió, entre otros libros, Kitāb al-Malakiyy o Liber Regale, pues ha sido traducido al latín. El segundo fue Ibn al-Nafis, que en el siglo pasado escribió Sharh Tashrrih al-Qanun o Comentario sobre la Anatomía del Canon de Avicena. Hasta donde sé, este último libro no ha sido traducido al latín y no es conocido en la cristiandad. Encontré un manuscrito de esta obra en la biblioteca de la Medersa de Fez y lo estudié con esfuerzo y atención. Así leí que Ibn al-Nafis hizo una descripción completa de la circulación de la sangre, de cómo los nutrientes van del intestino al hígado por la vena porta, de cómo la sangre se airea y regenera en los pulmones y de cómo la sangre aireada y con las sustancias que le ha vertido el hígado nutre todos los órganos del cuerpo.

—Me resulta enormemente interesante lo que me cuentas, que me retrotrae varias décadas hasta mi primera juventud. Pero antes debo decir que la versión que leí de Liber Regale de Al−Majusi debía estar incompleta, pues no recuerdo que alguna de sus partes tratara sobre la circulación de la sangre. En cuanto al libro de Ibn al−Nafis, lo conocía, aunque no su contenido —dijo Norberto.

—¿Cómo fue? —preguntó Ahmad extrañado—. Ignoraba que hubiera

sido traducido y hubiera pasado a la cristiandad.

—Es una historia larga y antigua. Conocí el libro en condiciones especiales. La primera persona que me enseñó medicina fue el padre Guillermain, entonces el monje hospitalero de la abadía de Fontcaude, donde estudié el trívium y el quadrivium, hice el noviciado y tomé las órdenes. Este monje fue liberado mediante rescate de su cautiverio en Tremecén, de donde se trajo el manuscrito de Ibn al−Nafis. Vuelto a Occitania, intentó traducir la obra con el poco árabe que aprendió en el presidio de Berbería, pero apenas consiguió enterarse de lo que decía. Tan solo sacó en claro que Ibn al−Nafis contradecía el esquema de la circulación sanguínea de Galeno y sus seguidores, incluyendo Avicena —explicó Norberto y preguntó seguidamente—: ¿Pudiste hacerte con una copia del manuscrito de Fez?

—No se me permitió copiarlo. Muchos musulmanes de al−Ándalus sufrimos las tensas relaciones entre al-Magrib al-Aqsa y Granada. A los granadinos no se nos ve bien en el sultanato meriní y en otras partes de la umma, donde somos considerados musulmanes impíos o más bien de segunda categoría —explicó Ahmad quien, tras un corto silencio, prosiguió con su discurso—: De cualquier forma, con estos dos ejemplos intentaba explicar la necesidad de un tiempo receptivo para aceptar los descubrimientos que genios aislados nos proporcionan de tarde en tarde. No se aceptó que Al−Majusi contradijera a Galeno tan frontalmente y me imagino que el Canon de Avicena, escrito unas décadas después, acabó por sepultar y eclipsar sus trabajos. Es posible que tampoco fueran aceptadas las ideas de Ibn al-Nafis, que se oponen en muchos puntos a la anatomía contenida en el Canon de Avicena. Solo lo supongo, pero el hecho cierto es que estos descubrimientos sobre la circulación de la sangre han pasado inadvertidos y, mucho me temo, tardarán muchos años en ser conocidos y estudiados, si algún día realmente lo son. Los hombres de ciencia no podemos controlar la dinámica de las sociedades; ni siquiera influir en ellas. Necesitamos que los tiempos sean receptivos y los campos sean arados por otros para que nosotros podamos sembrar en ellos y cosechar en ocasiones algún fruto[37].

Ibn Jatima y Norberto continuaron su conversación, ahora centrada en el funcionamiento del corazón y su auscultación pegando la oreja al pecho del enfermo. Discutieron la calidad y el ritmo del latido cardiaco y la forma de prever los fallos del corazón. Ibn Jatima quedó

enterado del tratamiento de la hidropesía y del uso de la digital para reforzar el corazón. Norberto guardaba hojas desecadas que le dio al médico almeriense. Un día, ambos médicos caminaron hasta los cercanos montes de Gádor, donde la digital purpúrea y una variedad más, la digital obscura, crecen en relativa abundancia. Norberto enseñó a su colega cómo identificarla y cuándo recolectarla, así como las precauciones que debía observar durante su manejo. En el recuerdo, se sentía agradecido a los payeses catalanes que le enseñaron las propiedades de la planta, la herba de l'orina, y el momento más apropiado para recolectarla.

***

Almería nunca recuperó el brillo que tuvo antes de la devastadora invasión cristiana por las tropas del emperador Alfonso de Castilla, dos siglos antes. Su puerto perdió también importancia en favor del puerto de Málaga, pero aun así seguía siendo visitado por algunos navíos, la mayoría de ellos genoveses, que recogían la seda almeriense, en ovillos o fardos, de mayor calidad que la que se producía en otras partes del sultanato y se exportaba por el puerto de Málaga. La razón de la mejor calidad de la seda almeriense se debía sin duda a que los agricultores almerienses habían sustituido los morales por las moreras, venidas de Oriente, cuyas hojas alimentaban a los gusanos que producían una seda de mejor calidad. Otros productos, como el lino, joyas de oro, las uvas, los higos secos y las almendras, todos muy apreciados en el exterior, también se exportaban en grandes cantidades desde el puerto de Almería hacia Valencia; allí se tejía y se reexportaba a Génova, desde donde se distribuía a otros lugares del sur de Francia y norte de Italia. El comercio de seda, septa spagnola, como decían los genoveses, era muy activo.

Norberto y Clara esperaron en vano algún bajel que los condujera desde Almería a Génova o Marsella o, por lo menos, a Barcelona. El Mediterráneo era un mare clausum en invierno y no se reabriría hasta el equinoccio de primavera. No obstante, el invierno de 1360 fue más corto y suave de lo habitual y a finales de febrero aparecieron dos

barcos genoveses que podrían admitirlos como pasajeros. Tendrían una parada de dos días en Valencia para descargar la seda y luego continuarían su travesía hasta Génova, transportando la seda tejida en los telares valencianos. Se sintieron felices por lo que consideraban un golpe de suerte. En cuestión de algunas semanas podrían presentarse en Bolonia, donde sin duda la ciencia y medicina de ambos sería apreciada y reconocida. Con este plan de viaje evitaría pisar Montpellier, donde no era seguro que Pedro des Monts no lo estuviera esperando para hacerle cumplir, con intereses recargados, la condena que le había impuesto diez años antes. Sabía que su tío Guido seguía en Aviñón como médico del nuevo papa Inocencio VI, que había sucedido a Clemente VI cuando Norberto empezaba su labor en Lérida, pero desconocía si monseñor De Chauliac podría o querría hacer algo por él. Para complicar las cosas, poco antes de que Norberto abandonara Montpellier, el señorío de esta ciudad fue vendido por el rey Jaime de Mallorca al rey Felipe de Francia. El reino francés, al que Montpellier ahora pertenecía, vivía unos tiempos muy convulsos al empezar 1360 con su rey Juan preso en Londres, lo que no presagiaba estabilidad en Montpellier. Por estas razones Norberto y Clara se sentía felices por evitar las nuevas tierras del reino de Francia y dirigirse directamente a Génova. Esperaba no haber sido olvidado después de casi una década en Hispania. Pronto sabría que, muy a su pesar, era más conocido de lo que él hubiera deseado.

Capítulo XXII

Las dos galeotas genovesas zarparon desde el cargador marítimo de Almería mientras que en la arena de la playa quedó Ahmad ibn Jatima agitando los brazos en un adiós definitivo. Conforme se alejaba el barco pudieron ver desde ángulos distintos el perfil de la ciudad de Almería con sus tres barrios bien definidos, rodeados de murallas, coronadas por una alcazaba tan imponente como la de Granada, que dominaba toda la ciudad. En conjunto, la ciudad aparecía bella y bien organizada, con las atarazanas detrás de una playa llena de pescadores y artesanos, de la que salía el inevitable canto de los almuédanos llamando a la oración. No les pareció a Noberto y a Clara que el sur enviara aires corrompidos sobre Almería, por más que las colinas detrás de la ciudad la aislaran de los vientos más frescos y húmedos que venían del norte. Un poco más tarde la nave viró hacia levante y el alto promontorio del cabo de las Ágatas les ocultó la ciudad para siempre.

Los dos navíos armados que componían la expedición navegaron a lo largo de la costa deteniéndose solamente en el puerto de Elche para cargar agua y, tras dos semanas de navegación de cabotaje, entraron en el Grado, el puerto o cargador real de Valencia, como así lo llamaban. Las galeotas atracaron en el extremo distal del escalón o puente de madera que se adentraba en el mar y allí, una vez amarrados los barcos, desembarcaron personas y animales. Norberto preparó las mulas, que cargaron con sus pertenencias. Pusieron pie a tierra con el deseo de alojarse en algún hostal de la población del Grado, sin intención ni deseo de visitar la ciudad situada al occidente, a dos millas tierra adentro. Solo deseaban reanudar el viaje en el mismo barco que zarparía hacia Génova dos días más tarde, como le habían asegurado. El Grado estaba lleno de personas, la mayoría comerciantes que esperaban las mercancías que los dos navíos traían de Almería. Entre ellos se podían ver gran cantidad de moriscos que traficaban con la seda y otros productos de al-Ándalus o que esperaban noticias o encargos de familiares suyos en el sultanato.

Rodeados de tanta gente, Clara y Norberto decidieron buscar

alojamiento en el Grado, que era como una pequeña ciudad portuaria separada de Valencia. Los dos días de espera pasarían pronto y podrían embarcar de nuevo hacia el norte lo antes posible. Desafortunadamente, sus deseos no se cumplieron. Los dos amantes no irían más allá de Valencia, que sería la última estación de sus vidas.

Todo fue mal desde el primer minuto que pisaron la tierra valenciana. Ni siquiera gozaron de la tranquilidad necesaria para reponerse de un viaje tan fatigoso. Parecía que los esperaban, pues, nada más desembarcar, un caporal al mando de un grupo de diez alguaciles de la milicia ciudadana de Valencia se abrió paso entre la multitud, los abordó y les requirió sus guiajes o permisos del bayle para viajar desde Granada y entrar en Valencia. Ellos no los tenían, pues nunca habían estado en esta última ciudad y solo pudieron proveer dos salvoconductos, escritos en árabe y en latín, que les había dado y firmado el visir Ibn al−Jatîb poco antes de ser depuesto.

—Estos papeles no nos valen en Valencia —rechazó el caporal—. Tenéis que venir con nosotros para aclarar vuestra situación y no preguntéis nada porque nosotros no tenemos respuestas. Cuando os presente ante el justicia podréis preguntarle los motivos de la detención.

Esperaron a que Norberto cargara las mulas y, escoltados por la guardia, caminaron a pie un par de millas a lo largo de la margen derecha del río Turia, hasta entrar en el recinto amurallado de Valencia por la puerta del Mar. Al llegar ante una casa de grandes puertas, la comitiva se detuvo.

—La señora se queda aquí —ordenó el jefe de la guardia.

—¿Por qué? ¿Qué burla es esta? ¿Dónde está el justicia? ¿Cuándo vamos a verlo? —exigió Norberto en tono alto y enfadado—. ¿Es esto una encerrona? ¿Qué queréis de nosotros?

Clara le apretó la mano e hizo un gesto como pidiendo a Norberto tener paciencia. El lugar donde se ordenaba permanecer a Clara era un convento de clarisas por cuyas puertas salieron varias monjas que la saludaron afectuosas y la ayudaron a descargar el equipaje de uno de los mulos. Norberto se encontraba atónito por el atropello que estaba sufriendo, pero, por los gestos apaciguadores de Clara y ante la

contundencia de la policía, pensó que era inútil resistirse y, consecuentemente, decidió esperar que algún responsable le diera explicaciones sobre lo que estaba sucediendo. Se despidió de Clara, quien también se encontraba muy sorprendida y triste por separarse de su amado.

Reanudaron la marcha Norberto y los gendarmes que lo custodiaban y caminaron hasta la Almoina d'en Conesa, al lado de la catedral, que recientemente había sido modificada para albergar la canónica como, entre otras dependencias, también una Escuela de Gramática y otra de Teología; no había escuela alguna de medicina en Valencia ni la habría en siglos; llamaba la atención que una ciudad tan grande y próspera, una de las principales del Mediterráneo occidental, no pareciera fomentar excesivamente la cultura y la ciencia.

El abad Pedro de la Valldigna los estaba esperando en la puerta, saludó a Norberto con gran deferencia, con un abrazo y llamándolo hermano. El abad indicó al jefe de los alguaciles que podían retirarse, condujo a Norberto al interior del convento y lo ayudó a instalarse en una celda espaciosa y relativamente cómoda, especialmente preparada para él.

—Lamento que te hayan traído de esta forma —se excusó el abad Pedro—; han sido muy injustos con vosotros, pero la policía cumplía las órdenes del general governador a petición del inquisidor general Nicolás Aymerich.

—No esperaba que el general governador obedeciera órdenes del inquisidor —se quejó Norberto—. ¿Qué está ocurriendo realmente? Hace cuatro años el gran inquisidor me buscaba por Lérida, ¿es posible que aún esté obsesionado conmigo?

—No te busca para juzgarte, sino para que lo cures o, al menos, eso es lo que creo o me gustaría creer. Me han dicho que tiene piedras en la vejiga de la orina y sufre muchísimo cada vez que se pone a orinar. Parece que tiene unas crisis feroces durante las que se retuerce de dolor y acusa a Dios de ser vil y malvado por someterlo a tan atroz tormento. Sus ayudantes callan porque, si en Roma supieran de sus blasfemias e imprecaciones contra Dios, lo podrían despedir de su cargo —le explicó el abad de la Valldigna—. Aymerich lleva meses buscándote por toda Hispania porque sabe que solo tú puedes operarlo

y sanarlo. No te pudo encontrar en la España cristiana hasta que se enteró de que estabas en el sultanato, fuera de su alcance; desde entonces ha esperado paciente el momento de atraparte. No confía en ningún otro cirujano de los reinos cristianos que lo pueda operar porque sabe que ese tipo de operación suele acabar casi siempre con la muerte. Unas horas después de embarcarte en Almería, supo que venías a Valencia; fue el tiempo que le llevó a una paloma mensajera volar hasta aquí. Aymerich tiene agentes en todas partes y así la policía fue informada de tu arribo y te estaba esperando en el cargador del puerto.

Así fue el sorprendente reportaje del abad Pedro. Norberto quedó en silencio preguntándose para sus adentros por qué los poderosos siempre juegan de forma tan perversa con los destinos de sus inferiores y por qué el destino le había puesto una segunda piedra donde tropezar. Consideraba demencial que por segunda vez un inquisidor requiriera y exigiera ser curado por quien era considerado amante de la brujería, que sanaba a la gente mediante pactos con Satanás. Ahora un hombre, que se dedicaba a vengarse de quien no siguiera estrictamente el tipo de religión que él preconcebía, se encontraba enfermo y quería ser salvado por un médico a quien tiempo atrás había pretendido ejecutar bajo el cargo de herejía. Consideraba la situación, la suya propia, extraordinariamente ridícula y, al mismo tiempo, fatalmente peligrosa. Se sentía humillado por haber sido detenido a su llegada a Valencia sin explicación alguna y haber sido separado de su mujer. Como médico, tenía los medios de deshacerse de Aymerich y enviarlo al infierno, pero se sabía incapaz de ejecutarlo. Era médico, pero no seguía ese invento poético y sin valor del juramento hipocrático; simplemente, era una persona honrada cuyo estricto cometido era sanar a sus semejantes y no dañarlos. Tras dos minutos de silencio, Norberto recordó:

—Según me dijo Nicolas Rossell, el anterior gran inquisidor, uno de los argumentos que Aymerich aducía para perseguirme y juzgarme por brujería era el alto número de éxitos que yo obtenía en mis intervenciones quirúrgicas. Deducía que eso violaba las leyes de la razón y, según él, la única explicación posible era que el diablo me ayudaba en mi trabajo en cumplimiento del pacto que tengo con él. La extracción de piedras de la vejiga no es una operación trivial, sino de alto riesgo para la vida; a veces no acaba bien y el enfermo puede morir. Cuando lo vea, le preguntaré si debo usar la brujería e invocar

al diablo para curarlo.

—Ten mucho cuidado con ese hombre —advirtió el abad—. Es la persona más aborrecida de estos reinos; el rey Pedro hace todo lo que puede por quitárselo de encima, pero él es muy listo, está protegido por el papa y siempre consigue lo que quiere. Ha tejido una extensa red de esbirros y confidentes entre la gente de la peor calaña, que ejecutan sus órdenes con obediencia ciega. No tiene ningún escrúpulo y, en los pocos años que viene ejerciendo su cargo, los mismos que tú has estado fuera de estos reinos, ha llevado a la hoguera a mucha gente. Aquí en Valencia el pueblo está muy soliviantado contra el abuso de poder y la prevaricación que ha ejercido contra muchos valencianos, en particular contra los que él considera seguidores de Raimundo Llull, a quien parece tenerle una fuerte inquina. De hecho, ha habido muchos intentos de asesinarlo, pero este hombre se escabulle siempre y acaba saliéndose con la suya. La última vez fue hace unos meses cerca de Sagunto, cuando su guardia personal le salvó la vida de unos emboscados que le salieron al paso con el propósito de matarlo.

—Me tomo muy en serio tu advertencia —dijo Norberto—; tanto, que creo saber cuándo y dónde terminaré mis días: será este año y aquí en Valencia. No le tengo miedo ni conseguirá doblegarme y menos todavía después de conocer la determinación de este sujeto a acabar con mi vida.

—Espero que no lleves razón, tus aprensiones no se cumplan y puedas irte con tu mujer donde desees después de curar al inquisidor —contradijo el abad, en un intento de relajar la situación—. También me han ordenado decirte que eres libre para deambular por la ciudad, pero que bajo ningún concepto debes salir fuera de las murallas sin el permiso de la guardia. Puedes salir por la Puerta Real, la única donde se te permite franquear la muralla, y acercarte al Palacio Real, pero no debes ir más allá.

—El inquisidor general es muy generoso por encerrarme en una jaula tan grande —ironizó Norberto.

La tarde del día siguiente el monje salió de la Almoina y se dedicó a pasear por los alrededores de la catedral, que estaba en obras desde hacía más de un siglo y parecía que nunca fuera a terminarse. Quería

conocer la ciudad y, en concreto, necesitaba conocer el convento donde habían recluido a Clara. No hacía nada de calor aquella primavera, sin embargo, notó una especie de quemazón en la cabeza y pecho. Se sintió mareado y buscó asiento en un poyo de obra al lado de la puerta principal de un palacio. Antes de desvanecerse pudo oír estas palabras: «Dejádnoslo a nosotros, que es amigo nuestro y lo cuidaremos», tras las cuales perdió totalmente el sentido y ya no recordó más.

No supo el tiempo que había trascurrido cuando se despertó; quizá no demasiado. Cuando lo hizo, se vio recostado sobre una litera en una habitación amueblada con buen gusto y auténtico lujo. De pronto, la puerta se abrió y alguien entró con un cuenco humeante.

—Bienvenido seas una vez más a nuestro mundo, Norberto. Te hemos echado mucho de menos. Tómate esta tisana que te animará bastante hasta reponerte, porque somos muchos los que te recordamos como un hombre fuerte y aguerrido y no puedes defraudarnos ahora que tanto te necesitamos.

—Me siento contento por verte de nuevo, Gervasio —saludó el monje —. Sabía que residías en Valencia, donde la vida te ha tratado bien, de lo que me alegro. Te lo mereces enteramente.

—No me puedo quejar —asintió el orfebre barcelonés sin darle importancia al asunto de sus logros en la vida—. Esta noche vamos a celebrar una cena en tu honor y vas a estar acompañado por algunos de los amigos que más te quieren…, que más te queremos. Han venido casi todos, excepto Clara, a quien las monjas no han dejado salir del monasterio. Cuando te sientas fuerte, levántate e iremos al comedor.

El monje no acertaba a comprender la dimensión donde se encontraba. Parecía que Dios o el destino querían mostrarle una especie de resumen o recapitulación de su trayectoria vital porque ya no había tiempo de rectificar nada, ya no podría añadir nada a su vida ni aprender nuevas cosas ni escribir más libros ni curar a más gente, excepto a ese monstruo a quien tenía que extraer un maldito cálculo urinario.

Se incorporó trabajosamente y siguió a Gervasio Bellpuig hasta una sala muy amplia, amueblada con lujo, iluminada con varias lámparas

de bronce que portaban en total unos centenares de bujías encendidas. En el centro de la gran sala había una mesa alargada, preparada para una cena, con comensales sentados a ambos lados. Gervasio indicó a Norberto que se sentara a la cabecera de la mesa mientras él corría a ocupar el lado opuesto. A cada lado se sentaban aquellos que habían pasado por la vida de Norberto y querían darle su último adiós. A su derecha estaba el abad Guillermo Guillermain, el antiguo hospitalero de Fontcaude, su primer maestro médico, que fue quien se levantó y tomó la palabra en primer lugar:

—Querido Norberto, estas cosas pasan porque las únicas monedas de cambio para pagar la libertad y la independencia no son otras que la frustración y la muerte. En los tiempos tan duros que ahora padecemos, los caminos de la vida son muy pocos y las alternativas, escasas. Tú has tenido muy pocas opciones, pero elegiste la mejor y por eso estás aquí. No puedo sino agradecerte que hayas pensado en mí para esta ocasión, que demuestra que una parte importante de nuestra vida está compuesta de deseos que con frecuencia no se cumplen. Quiero hacer un primer brindis con esta copa de vino para desearte un final con fortaleza, concorde con la que siempre mostraste en la vida. No tengo otra cosa que regalarte que este manuscrito de Ibn al‒Nafis que nunca pude traducir, pero que tú ya puedes entender. Su lectura te confirmará algo que ya sabes: solo los cobardes y malvados se oponen al progreso de los tiempos.

—Gracias, padre Guillermain, por tu presencia y por el regalo —dijo Norberto, quien se había levantado para abrazar a su antiguo maestro y recibir el libro—, y por haberme encaminado por los senderos de la verdad y la ciencia, que nunca esperé fueran sencillos.

—Verdaderamente, no lo son —concluyó el padre Guillermain.

Gotardo de Bregenz, el prior de la abadía de san Leonardo en Basilea, fue el segundo invitado en levantarse y hablar:

—Es un honor para mí estar aquí en esta tu cena de despedida, Norberto médico; el mejor médico de Europa; agradezco a Gervasio Bellpuig su invitación. Querido hermano Norberto, gozamos de tu presencia en Basilea donde nos enseñaste cómo organizarnos contra la epidemia y nos diste un ejemplo máximo de entereza. Gracias a ti, nuestros muertos fueron menos que en otras ciudades de la zona. Nos

has dado mucho, pero me atrevo a decir que tendrías que habernos dado más. Debiste haber aguantado las veleidades del Concejo Municipal y del príncipe-obispo; debiste haber completado la Escuela de Medicina que, lo creas o no, fundaste y que, cuando te fuiste, nosotros no supimos mantener[38]. Te necesitábamos y nos acordamos mucho de ti cuando siete años más tarde un terremoto arrasó la ciudad. Destruyó la catedral y muchos otros edificios, incluyendo nuestra abadía de san Leonardo, que aún tratamos de reconstruir. Si te hubieras quedado, tendríamos a estas alturas decenas de médicos bien formados y también gozaríamos una ciudad limpia y saneada. Te faltó paciencia y quizá confianza en tus propias posibilidades. Me pregunto si realmente has devuelto con ganancias e intereses los muchos talentos que Dios te concedió.

—No, no lo he hecho y creo que no podré devolverlos; me temo que ya es tarde para enmendar mis errores —contestó Norberto sinceramente compungido.

El silencio volvió a flotar en la sala; para descongestionarlo, Gervasio se incorporó y habló desde el otro lado de la mesa:

—Creo hablar en nombre de los orfebres aquí presentes: tus indicaciones nos llevaron de lo bello a lo práctico sin menoscabo de la belleza. Los orfebres pasamos décadas aprendiendo y entrenándonos en técnicas complejas con el exclusivo fin de crear obras de arte que solamente los poderosos pueden comprar y gozar. No acabamos de creer que nuestra habilidad también sirve para crear cosas útiles que mejoren la vida de la gente. Pero la mayor sorpresa fue comprobar que los instrumentos y las máquinas pueden ser rotundamente bellos cuando se fabrican con precisión y cuidado. —Gervasio Bellpuig interpretaba el sentir de los cuatro orfebres que estaban sentados a la mesa. Continuó—: Como sabes, asaltaron y destruyeron mi taller y me expulsaron de Montpellier por ser cómplice del tubo óptico que construimos; me embarqué en Marsella y así llegué a Valencia. Aquí monté un taller de lentes y enseñé el pulido a varios jóvenes que ahora trabajan conmigo. Hemos construido tornos de pulir más precisos y mejorado la fundición de vidrio y la fabricación de vidrios tintados. Ahora fabricamos gafas y corregimos la vista corta de los jóvenes y la vista cansada de la gente mayor. En agradecimiento por tanto que me enseñaste, he dedicado mi tiempo libre a construir un tubo óptico más preciso que el primero que construimos hace diez

años. He puesto todo mi interés y mi mejor saber en ello y me esforcé en conseguir los trescientos aumentos. Creo que con ellos podrás ver los orgánulos, o miasmas corpóreos, como los llamaste, que transmiten la peste y que tú intuiste en las manchas abdominales de las pulgas. Al tubo óptico lo he llamado microscopio; estimo que es un nombre mucho más acertado, ¿no te parece?

Gervasio cogió el maletín que contenía el microscopio y se lo acercó a Norberto. Este lo recibió emocionado y agradecido. Ambos hombres se abrazaron y Gervasio volvió a su lugar. Brindaron todos con vino de Requena y comenzaron a cenar lubina horneada con col morada salteada. De pronto, Yussaf Migash y su primo Yuçef Megas se incorporaron. Eran casi idénticos, de igual estatura; ambos llevaban una kipá que les cubría solamente la parte central de sus socráticas calvas. Yussaf, elevando la copa, habló:

—Hacemos nuestras las palabras de Gervasio, pero nosotros tenemos algo extra que agradecerte: la consideración que has tenido con nuestro pueblo y la delicadeza con la que nos has tratado. Lloré emocionado cuando Yuçef me contó que habías ido a Lucena para respirar el mismo aire que nuestros padres… —Yussaf dominó su sentimiento y añadió—: Mis hijos Mischa y Yoel sobrevivieron a la matanza de la noche de San Bartolomé en Colonia. El padre de Clara, cuando vio lo que se avecinaba, los sacó de la ciudad y los puso a buen resguardo. Ahora ya son unos hombres y ambos estudian en la Universidad de París, uno Derecho y otro Medicina; espero que este llegue a ser un gran médico como tú. Y, ya para finalizar, te hemos traído un regalo; creo que os gustará y, aunque no parezca práctico, sí creemos que en este caso concreto lo es: unas alianzas para Clara y para ti.

Los dos primos fueron hasta Norberto y le entregaron el estuche con las alhajas de oro y brillantes que el monje recibió emocionado. Cuando Yussaf y Yuçef hubieron retornado a sus asientos, Mauricio Doliva, el orfebre ilerdense, se levantó y dijo:

—Soy el último orfebre y nada puedo añadir a lo dicho por mis compañeros. Cuando mi hijo enfermó de peste en Montpellier no tuvo la suerte de encontrarte. Estoy seguro de que tú le habrías curado. Quiero contribuir a que, en el tiempo que te queda, sigas salvando las vidas de la gente y para ello te traigo una colección de instrumental

quirúrgico, porque el que te hice hace años supongo estará muy desgastado.

Otra figura emergió de las sombras y dijo:

—Hermano Norberto, agradezco al destino y a Gervasio su invitación de estar contigo en este final que se avecina. Después de marcharte pensé que debía escribir un libro resumiendo las conversaciones que ambos mantuvimos en Almería; lo he titulado Conversaciones con un médico cristiano amigo y te he traído mi manuscrito original. Creo que este libro puede ser útil para futuras generaciones no solo de médicos, sino también de ciudadanos que, después de mirarse sus adentros, comprendan que la dignidad y la salud de los seres humanos están por encima de cualquier creencia.

Emocionado, Norberto rodeó la mesa para abrazar a Ahmad ibn Jatima y expresarle su agradecimiento por su presencia y por el libro.

No quedaba más que una figura en la sombra, porque las muchas bujías que ardían no bastaban para despejar la oscuridad que la envolvía.

—Sé que eres tú —le habló Norberto a la figura en la sombra. Raimundo de Perpiñán acercó hacia sí un candelabro de la mesa, cuyas luces iluminaron su cara, una cara como de un ángel mayor que despedía un brillo resplandeciente.

—Estoy contigo, Norberto. De hecho, pese a que tú te distanciaras de mí, yo nunca me he alejado de ti; ni en la vida ni en la muerte. Ahora que vas a dar el paso definitivo hacia la eternidad, te agradezco tanto lo que has hecho por mí como lo que dejaste de hacer. Me dolió muchísimo que no me dejaras acompañarte cuando te fuiste de Montpellier. No obstante, tu marcha me dio la oportunidad de ir a los Alpes Cocios donde, entre aquellos auténticos cristianos, encontré el verdadero estímulo para vivir y para morir. No he podido traerte un regalo porque en el lugar donde resido no hay objetos materiales para regalar; solamente he podido traer unas ráfagas de aire alpino que te darán la fuerza necesaria para soportar los trabajos que te esperan, que van a ser muy duros —dijo Raimundo mientras apartaba el candelabro de sí y su cara resplandeciente regresaba a las sombras.

Capítulo XXIII

Norberto se despertó en su celda de la canónica tendido en el camastro. Trató de recordar lo que había ocurrido haciéndose preguntas para las que no tenía respuestas lógicas. Había asistido a una cena donde tuvo de comensales a las personas, vivas o muertas, con las que había tenido un trato más íntimo en su vida; las que más lo habían amado; a las que más había amado, con la excepción de Clara, que no pudo asistir a la cena. Pensó que todo se debía a un sueño o al delirio causado por la fiebre que aún le afectaba. Incrédulo y todavía sorprendido, miró la mesa de estudio que tenía al lado y saltó súbitamente de la cama. Sobre la mesa había unos paquetes envueltos en tela de lino y seda. Entendió que eran los regalos venidos del más allá, se diría que enviados desde el cielo.

Atrapado por la curiosidad y con la duda de estar despierto del todo, comenzó a desembalarlos sin estar seguro de que fueran suyos. Del primer paquete, el más pequeño, una cajita forrada de fina piel, extrajo dos alianzas de oro y brillantes, las mismas que los primos Migash/Megas les habían regalado durante la cena; de otra caja sacó el instrumental quirúrgico que Mauricio Doliva le pidió que utilizara para seguir curando enfermos; de la caja más grande descubrió un estuche que contenía un microscopio, como Gervasio Bellpuig llamó a su tubo óptico. Era un aparato bellísimo, chapado con oro labrado en algunas partes, metido en un caja forrada de terciopelo negro en su interior, con oquedades donde encajaban las piezas perfectamente, tanto el aparato como un juego de dos oculares y tres objetivos. Por último, al lado de los paquetes, vio dos libros; uno era el libro donde su amigo Ahmad contaba su encuentro y conversaciones en Almería; el otro era Sharh Tashrrih al-Qanu, de Al–Nafis sobre la circulación de la sangre, el texto médico que el padre Guillermain no había sabido traducir y que él ya tampoco podría hacerlo por falta de tiempo. ¿Era todo un sueño hecho realidad o una realidad hecha un sueño? Norberto se sintió reconfortado al entender que nunca había estado solo; fue hasta la ventana, que abrió dejando pasar una ráfaga de aire fresco y purificador, sin duda, el aliento espiritual de Raimundo venido desde los cielos sobre los Alpes Cocios.

Con la misma ilusión que le embargó en Montpellier, cuando recibió su primer tubo óptico de las manos de Gervasio, montó con temblorosas manos el flamante aparato en el estativo, ajustó las lentes y empezó a buscar motas de polvo iluminadas por el sol para observarlas. Aquello era maravilloso; obtenía una visión diáfana y nítida, libre de aberración cromática y esférica; estaba seguro de que con ese aparato podrían visualizarse los miasmas corpóreos, los organismos minúsculos que causan la peste y los de otras enfermedades contagiosas que él había descrito en su libro De Communicabilis Morbis. Desgraciadamente, Norberto sabía que su tiempo acababa y no tendría tiempo de observar aquellos orgánulos vivientes en su nuevo microscopio. Y, además, ¿para qué? Los tiempos no permitían otras verdades que las mentiras de Galeno y otros protegidos de la Iglesia, que habían dictaminado lo que era verdadero o lo que era falso para sus fieles. Si la naturaleza lo había colocado en un tiempo equivocado, no lamentaba demasiado salir de él, aunque fuera por el terrible falso escape que la Inquisición le ofrecía: la hoguera.

Estaba tan sumido en esas reflexiones que no oyó al abad de la Valldigna llamar a su puerta. Por fin el abad entró en la celda y saludó.

—Tienes mejor aspecto hoy. Has tenido mucha fiebre y has estado inconsciente casi dos días. Unos alguaciles te encontraron sentado desvanecido en la calle y te trajeron hasta aquí junto con los paquetes que portabas. Espero que todo esté en orden y no te falte nada.

—Gracias; lo he examinado todo y no falta nada. Me siento bien y deseo levantarme —aseguró Norberto.

—Esta mañana he recibido un breve del despacho del inquisidor general fechado en Zaragoza —dijo de la Valldigna con gravedad, sin prestar más atención al estado del monje—. Me comunican que Nicolás Aymerich llegará pasado mañana a Valencia y quiere verte al día siguiente en la Casa de la Inquisición. Le he contestado pidiéndole unos días más porque has estado enfermo y necesitas recuperarte. Espero la respuesta, pero comprende que debes prepararte e ir a visitarlo un día u otro; tienes que cumplir sus requerimientos.

Norberto estaba muy determinado a enfrentarse con Aymerich, pero

no se le pasaba por la mente la posibilidad de extorsionarlo a cuenta de la necesidad médica que le hacía depender de él. Era una situación terrible y ridícula. El inquisidor le exigía que lo curara, pero la curación no salvaría al médico de la hoguera. Se sentía realmente atrapado entre las rejas de su propia conciencia y la ignominia del inquisidor.

En la mañana del quinto día desde su despertar un caporal acompañado de cuatro alguaciles se presentó en la canónica requiriendo la presencia de Norberto. Salió este y le comunicaron la orden de llevárselo, de grado o por fuerza, escoltado por la policía hasta la Casa de la Inquisición. Cuando entraron en esta, que ocupaba parte del ala oriental del palacio real (Palau del Real), un enorme edificio situado extramuros en el banco norte e izquierdo del río Turia, el monje fue conducido a una gran sala presidida por un enorme crucifijo donde lo esperaban unos inquisidores sentados en un alto estrado y acompañados de una serie de teólogos consultores de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, orden de donde salían los inquisidores más doctos y de más calidad, los que conseguía más relajamientos para los reos relapsos, que copaban entonces todos los altos cargos de la Inquisición pontificia del reino de Aragón; de hecho, tenían arrinconados a los franciscanos, que también detentaban la venia papal para actuar de inquisidores. Dos de ellos ocupaban los sillones laterales y sentados esperaron que apareciera el inquisidor general del reino de Aragón. Un monje esbirro le indicó a Norberto que se sentara en una silla situada frente al estrado a un nivel más bajo. No lo hizo, sino que esperó de pie más de media hora hasta que Aymerich salió y ocupó el sillón más alto y central del estrado.

—Si esto va a ser un juicio, quiero saber de qué se me acusa —inquirió Norberto muy molesto por verse incurso en tan ridícula pantomima.

—Aún de nada —contestó Aymerich, un hombre feo, de mirada torva y estrábica, de semblante borroso y doblado por un dolor íntimo, innoble, seguramente merecido—. No es un juicio. Te he llamado porque necesito que me cures.

—Si esto va a ser una consulta médica —dijo Norberto con evidente enfado; avanzó hacia el inquisidor y les espetó—: requiero que tus adláteres y serviles abandonen la sala inmediatamente de forma que

aquí quedemos el enfermo, tú, y el médico, yo. Y, además, te exijo que bajes de tu pedestal y te sientes a la misma altura que yo. Solamente bajo estas condiciones, y bajo ninguna otra, podré atenderte. Estoy harto de gente como tú, siempre arropada con esbirros; en el fondo y en la forma eres un cobarde que no se atreve a enfrentarse solo a nadie.

La requisitoria y las palabras de Norberto como enorme trallazo restallaron en Aymerich, un hombre acostumbrado a dar órdenes y no a recibirlas. Tras un silencio pastoso, Aymerich bajó de la tarima y señaló a sus adláteres el camino de salida con su ojo bueno. Cuando estos hubieron salido, Norberto volvió a preguntar:

—Aparte de los muchos e incurables males que te pudren el alma, ¿qué mal te afecta el cuerpo?

—Eres demasiado arrogante y me estás humillando. Nadie me habla en estos términos —contestó Aymerich.

—A ti no te puede humillar nadie —repuso Norberto—. La diferencia que me separa de la pobre gente que tú condenas es que yo no te tengo miedo ni te voy a pedir la salvación. Estás acostumbrado a disponer sobre las vidas y haciendas de los demás. ¿Ahora te extraña que un médico que te puede curar te recuerde que eres un perfecto miserable? —Y, cambiando de registro en el tono y en el talante por otro más incisivo, continuó—: ¿Por qué ordenaste apresarnos a mí y a mi mujer? ¿Qué derecho tienes para hacerlo? Hace cuatro años tu antecesor, el cardenal Rossell, a quien devolví la salud y la vista, me advirtió de lo malvado que eres y me dijo que me buscabas para acusarme de brujería sobre la base de que yo tenía un tubo para ver al diablo a quien también pedía ayuda para curar a la gente. ¿Qué debo hacer contigo ahora? ¿Debo pedir la intervención del diablo para curarte? Si estuvieras en peligro de muerte, ¿recurrirías tú al diablo para sanar? No me contestes porque sé la respuesta; con tal de salvar el pellejo, serías capaz de vender a tu propia madre y tu podrida alma al mejor postor. Eres un perfecto mal nacido. —Y después de un silencio sólido y congestivo en el que Aymerich no dejaba de palpar la campanita para pedir la ayuda de sus esbirros, Norberto volvió a preguntar—: ¿Por qué no recurres a otro médico? En Zaragoza y Barcelona hay muchos que te podrían ayudar.

El semblante de Aymerich se demudaba cada vez más hasta tornarse azulado. Parecía haber contraído la peste. Como permaneciera callado y cabizbajo, como si solo la sangre mala le subiera a la cabeza, Norberto continuó:

—Bien, cuéntame qué te pasa. Hazme una descripción pormenorizada y precisa de tus males y me dices desde cuándo los tienes.

—Padezco del mal de la piedra —declaró Aymerich con humildad.

El inquisidor entonces destapó tímidamente sus miserias físicas, consistentes en tener cálculos en la vejiga de la orina. Había expulsado algunos con gran esfuerzo y dificultad, pero debía tener uno demasiado grande que no podía echar fuera y que, con harta frecuencia, parecía pegarse a la entrada de la uretra y le impedía orinar, en ocasiones durante largo tiempo. El hombrecillo se pasaba una hora diaria por la mañana completamente desnudo y dando saltos como un poseso, adoptando las posturas más extrañas, o golpeándose la barriga con los puños en un intento de mover de sitio la piedra y liberar el flujo urinario. Había días que lo conseguía, aunque siempre de forma parcial; nunca acababa de vaciar completamente su vejiga urinaria porque la maldita piedra volvía a taponar la salida uretral.

—Bien, coge esta bacina, vete al escusado, intenta orinar y tráeme la orina para que la examine —ordenó Norberto, quien llegó a creer en este punto que una de la peores misiones que la vida le obligaba a cumplir consistía en mandar a los inquisidores al escusado a mear. El monje examinó la orina; era fácil ver la arenilla blanca del fondo, lo que le confirmó que la retención urinaria se debía a uno o varios cálculos y no a otras causas como tumores o inflamaciones; solo tenía cuarenta años, demasiado joven para padecer de la próstata; prosiguió —: Te vamos a operar en el Hospital d'En Clapers, seguramente es el mejor que hay en Valencia.

—A mí siempre me atienden en el Hospital de la Orden de Predicadores, mi orden —comentó Aymerich.

—Lo conozco y no me sirve. Es demasiado oscuro y sucio, como es de esperar en todos los asuntos de tu orden —corrigió Norberto—. Necesito un lugar diáfano y limpio para evitar la pudrición de la herida quirúrgica. Te tengo que someter a una operación difícil que

con frecuencia acaba con la muerte por infección. Además, voy a necesitar un ayudante para operarte y será mi mujer, Clara de Heusingen.

—¡Una mujer no puede ver mis partes pudendas! —explotó Aymerich; había aguantado hasta el límite de lo indecible, como nunca antes lo había hecho, pero no podía dejar que una mujer le viera los genitales. Una vez que se calmó un poco, añadió—: Hay médicos en Valencia que te pueden ayudar.

—Si tú no has confiado en ellos para ser operado, ¿por qué he de hacerlo yo? —preguntó Norberto y, ante el silencio del inquisidor, añadió—: Aquí en Valencia, hasta donde sé, no hay cirujanos, tan solo barberos sin formación en cirugía mayor, sin sentido de la higiene y limpieza quirúrgica, pero puedes pedirle a alguno que te opere y así ninguna mujer podrá ver lo que tienes entre las piernas. Quiero también ver a mi mujer, a la que tienes presa en el convento de las clarisas. Ordena que la liberen para que pueda ir a donde quiera; necesita un salvoconducto para viajar por todo el reino de Valencia y Aragón y salir de él. Ese requerimiento lo debes cumplimentar ahora.

—Así será —concedió Aymerich después de una corta reflexión.

Norberto salió de las dependencias inquisitoriales sin concretar el tratamiento ni añadir nada más y, sin pérdida de tiempo, caminó hacia el monasterio de las clarisas, a cuya puerta lo esperaba Clara. Se abrazaron y fueron a pasear por las orillas del río Turia, fuera de las murallas, bajo la mirada atenta de los soldados que guardaban el Portal de los Catalanes.

—El inquisidor me exige que lo opere; tiene cálculos urinarios, según dice, y debe ser así por los síntomas que le aquejan y el aspecto de la orina. He accedido a operarlo a cambio de un salvoconducto para ti. Para mí no lo he pedido porque tengo claro que después de la operación me perseguirá allá donde vaya, me procesará y me ejecutará, por más que ahora me firmara un salvoconducto. No deliro; su obsesión conmigo es demasiado enfermiza, dura años y está decidido a ser mi último paciente. Creo que no tengo alternativas. —Quedó en silencio mirando fijamente las barquichuelas de pescadores que navegaban río arriba hasta el pequeño embarcadero de la Puerta de los Serranos o río abajo, hasta el Grado. Prosiguió—. Clara, mi vida

va a terminar aquí en Valencia, pero la tuya no tiene por qué terminar también. Tú debes marcharte y continuar; tienes mucho tiempo por delante que, seguro, sabrás aprovechar. Aún podrás casarte, tener niños y gozar de una vida plena dedicada a tu familia y a tus enfermos. Yo no he sido un buen consorte para ti y lo lamento profundamente.

—No digas nada más. Eres el mejor de los hombres que he conocido y no te abandonaré. Mi destino está unido al tuyo —dijo Clara como en un susurro, pero con un claro deseo de no hablar más de este asunto.

Norberto y Clara limpiaron exhaustivamente y desinfectaron rociando con alcohol rebajado la sala del Hospital d'En Clapers donde el inquisidor sería operado. D'En Clapers fue el primer hospital laico de Valencia. Había sido fundado a principios de siglo con el dinero de un rico mercader con el propósito tan loable de atender a los pobres y los necesitados. Ahora lo regía el Consejo de la ciudad y era el mejor hospital de Valencia; lo seguiría siendo por mucho tiempo.

Unos días más tarde, a la hora convenida, el inquisidor de la corona de Aragón se presentó solo en el hospital; tal y como Norberto le había ordenado, no se permitió la entrada a ninguno de sus esbirros. No quería el cirujano tener a nadie alrededor. El paciente fue introducido en la sala de operación, donde la intervención quirúrgica comenzó y se desarrolló con normalidad, siguiendo el procedimiento modificado del descrito por el cordobés Abulcasis, que Norberto había practicado muchas veces con notable éxito.

Vaciaron primero el recto del enfermo mediante un par de lavativas de agua jabonosa templada, ligeramente salada, que le aplicó Clara, y lo sentaron en un sillón. En esta posición, Clara introdujo la siringa o catéter de oro que Mauricio Doliva, o la sombra de Mauricio Doliva, les había regalado, lubricado con manteca de cerdo y clara de huevo, por la uretra del inquisidor, con sumo cuidado y respetando las curvas, hasta la vejiga; después Clara abrió el tapón de lana de la siringa y la orina fluyó hasta liberar al inquisidor de su tensión, reflejada en una sonrisa estúpida, de carácter orgásmico. Era la primera vez en mucho tiempo que orinaba de forma completa y no interrumpida.

A continuación, colocaron al paciente en posición de litotomía

forzada, o sea, en decúbito supino, con las piernas abiertas y levantadas. De haber sido negro, el inquisidor habría parecido una cucaracha debatiéndose entre la vida y la muerte. Le hicieron beber agua en grandes cantidades y adoptar determinadas posiciones hasta que, por doble palpación rectal e hipogástrica, Norberto pudo palpar la piedra alojada en el cuello de la vejiga. Una vez detectado el cálculo en la salida uretral, limpiaron el perineo con alcohol rebajado; inmediatamente, el cirujano tomó un spatumile incident, parecido al que usaba Muhammed aš-Šafra, un pequeño bisturí afilado por ambos bordes, y con él realizó una incisión profunda y transversal sobre la parte izquierda del perineo, dirigida hacia la nalga izquierda, por donde introdujo unas tenazas, modificadas a partir de las mashaba rebilia de Abulcasis, que capturaron el cálculo previamente inmovilizado mediante el tacto rectal. Intentó comprimirlo para triturarlo, pero no pudo, por lo que tuvo que extraerlo entero.

Era un cálculo de más de media pulgada de diámetro de forma poliédrica facetada, cuya extracción ensanchó la incisión del abordaje. Secó con algodón el escaso sangrado y taponó la herida quirúrgica con una pasta de ture, aloe y sangre de dragón, sobre la que colocó un apósito seco bien apretado. Pensó que ya no podía hacer más; el resto lo tendría que hacer la naturaleza del enfermo. La operación no duró más de cinco minutos; Norberto operaba muy rápido, pues era sabido que la duración breve de la intervención era fundamental para el éxito quirúrgico.

Unos días más tarde Norberto y Clara, viendo que la evolución del operado era positiva –no apareció fiebre, apenas salió sangre por la orina, cuya salida había quedado expedita–, pretendieron salir fuera de las murallas de Valencia por la puerta del Mar e ir al Grado, en un intento poco esperanzado de embarcarse hacia el norte, pero no se lo permitieron. Les dijeron que tenían que cuidar de la salud del inquisidor hasta su restablecimiento completo.

Cuando el gran inquisidor sanó del todo, se sintió bien sin los problemas que le habían amargado la vida los últimos años y decidió reanudar su oficio de malvado. No se detuvo a dar las gracias a sus médicos, quizá porque no perdonara que una mujer le hubiera visto y manipulado sus partes íntimas, sino que se marchó de la ciudad sin despedirse porque, al parecer, lo esperaba un sermo generalis en su Gerona natal en el que confiaba en “relajar” a unos cuantos herejes

relapsos al poder civil para su oportuna ejecución y posterior confiscación de sus bienes, porque en Aragón era el inquisidor quien se quedaba con los bienes de los relajados, algo que irritaba sobremanera al ceremonioso rey Pedro, que quería los bienes de los asesinados para sí. Norberto sintió que había hecho un flaco favor al mundo devolviéndole a un monstruo. Ni siquiera entonces se les permitió salir de Valencia.

—La señora puede irse, pero tú, no —le dijo el caporal que mandaba en la guardia de cada una de las puertas por donde intentaron salir una vez más.

—¿Por qué? —preguntó el monje con irritación.

—No lo sabemos, pero aquí está la orden del general governador. No puedes salir de las murallas; eso es todo.

Calló Norberto. Estaba a punto de sentirse derrotado por primera vez en su vida.

Capítulo XXIV

Las semanas transcurrían con espesa lentitud y ficticia tranquilidad, que fueron finalmente interrumpidas por las inquietantes noticias que venían desde el palacio de la Inquisición apostólica en Zaragoza. El pueblo esperaba un alarde de la Inquisición en Valencia porque ya quedaban lejanos los sermo generalis fidei que promovió el anterior inquisidor general, Nicolás Rossell. Parecía que Aymerich se había acordado de Valencia y, para reparar su olvido previo, había nombrado inquisidor para el reino a un amigo y compañero dominico barcelonés llamado Bernardo Ermengol, un hombre que, por lo que se sabía de él y se comentaba, estaba obsesionado con imitar y servir a su maestro y no desmerecer su confianza.

La sospecha y el desasosiego se cernieron sobre la ciudad de Valencia, principalmente entre los conversos y las comunidades judía y morisca, cuando pocos días después el nuevo inquisidor llegó acompañado de otros pares de su misma orden, de un notario, como también de gran cantidad de oficiales, peritos en jurisprudencia y otros esbirros que le ayudarían a limpiar Valencia de cuanto hereje hubiera o imaginaran. Ermengol tomó posesión de su cargo en presencia del general governador, del bayle, del justicia, de los jurados y demás autoridades civiles a las que recordó su obligación de ponerse a su servicio para reprimir la herejía que, en su apreciación, campaba a sus anchas en el reino de Valencia.

Al domingo siguiente un sermón especial fue hecho público en la catedral y en todas las iglesias de Valencia. Por él, el inquisidor del reino de Valencia proclamaba dos edictos: el Edicto de Fe, por el que, bajo pena de excomunión, se conminaba a todos los valencianos a denunciar a cuanto hereje conocieran, ya fueran de su propia familia o personas allegadas, y el Edicto de Gracia, por el que se concedía a los presuntos heréticos un tempus gratiae de treinta días durante el cual cualquier hereje que se autoincriminara podría ser perdonado mediante la confesión, el arrepentimiento y la penitencia, siempre y cuando los pecados no fueran excesivamente graves, entre los que no se incluía la sodomía y el asesinato, aunque todo dejado al mejor

criterio del inquisidor.

Durante los treinta días de gracia, Valencia fue un hervidero de rumores. Se comentaba cuántos habían sido denunciados por sus amigos, familiares, esposas o hijos y cuántos habrían ido al tribunal a acusarse para esperar un tratamiento benigno. Se comentaba que había hijos, casi niños, que denunciaban a sus padres, esposos que acusaban a sus esposas de brujería… La vida en Valencia, cuajada de insidias y acusaciones, fue en verdad difícil durante ese tempus gratiae. En la espera, Norberto y Clara intentaron de nuevo escapar de Valencia varias veces; no solo hacia el Grado por la Puerta del Mar, sino también hacia el norte por la Puerta Real o por el Portal de los Catalanes, con la intención de coger el camino de los catalanes hacia Barcelona. No lo consiguieron; en todos los casos fueron detenidos por la guardia, arrestados y llevados de vuelta a sus respectivos conventos.

La situación de Norberto y Clara se tornó verdaderamente humillante para ellos y, por supuesto, no se les ocurrió usar el tiempo de gracia para presentarse ante el inquisidor y acusarse de pecados que jamás habían cometido. Acabado el periodo de gracia, las detenciones empezaron a producirse y los acusados fueron arrastrados hasta las cárceles de la Inquisición, que se quedaron pequeñas para tantos presos.

Un día después de los treinta de gracia, un domingo, fueron avisados y convocados ante el tribunal mediante aviso al abad de la Valldigna, así como también por mención y requerimiento desde los púlpitos de todas las iglesias de la ciudad, que hicieron públicos tanto sus nombres como los de algunas decenas más de sospechosos, pero tampoco comparecieron.

Un día más tarde un caporal al mando de un grupo de alguaciles entró primero en el convento de las clarisas, donde aprehendieron a Clara, y luego en la canónica, donde apresaron a Norberto, y así ambos fueron arrestados y conducidos a la casa de la Inquisición y los encerraron en prisión ancha. Se les convocaba a una primera vista, un juicio breve, un sermo especialis parecido al que Norberto había sufrido en Montpellier diez años antes, en el que solamente ellos serían juzgados y que se celebraría a puerta cerrada.

Llegó el fatídico día del juicio inquisitorial y los reos, Norberto y

Clara, fueron llevados ante los inquisidores. Entraron en una gran sala donde se encontraba el tribunal ya formado, cuyos miembros estaban sentados ante una larga mesa, la mensa inquisitorialis, situada en el centro del salón. Presidía Bernardo Ermengol, el nuevo inquisidor apostólico de Valencia, que aparecía sentado en un extremo de la mesa. Era Ermengol un individuo de aspecto torvo y piel macilenta con perfil de cuervo, acompañado por varios teólogos, dominicos, naturalmente, con experiencia en enviar fieles directamente a la vida eterna. El tribunal se completaba con un secretario o notario que daba fe de tanto desatino, sentado al otro extremo de la mensa.

Parecía evidente que, antes de abandonar Valencia totalmente recuperado de su dolencia urinaria, Aymerich encargó a su lacayo Ermengol que encausara específicamente a Clara y a Norberto. La conducta del gran inquisidor demostraba desconfianza hacia el monje médico. Por una parte, podría necesitarlo de nuevo por otra enfermedad sobrevenida o por la recidiva de su dolencia urinaria; pero, por otra parte, no confiaba en que, si dejaba libre a Norberto, este no huyera lejos, más allá de su poder y alcance. De hecho, el inquisidor conocía las intenciones de la pareja de navegar hasta Génova; se lo había confiado el capitán de la galeota que trajo a Norberto y Clara de Almería.

Era mejor un juicio a puerta cerrada para que nadie supiera que Aymerich se vengaba de Norberto pese a deberle la salud y la vida. El celo del inquisidor era del todo inútil: se conocía por todos que el médico lo había curado y se tomaba la actitud del inquisidor como una ingratitud y un injusto e injustificado ajuste de cuentas. No resultaba demasiado extraño; Aymerich era en el sentir del pueblo una de las personas más malvadas que había nacido en toda la historia de Cataluña. De hecho, ya por aquel entonces Aymerich estaba perfilando los procedimientos inquisitoriales que años más tarde plasmaría en su célebre Directorio de Inquisidores, pero en el momento de juzgar a Norberto y a Clara, el modo de procesar a los reos dependía más de la voluntad y arbitrariedad del inquisidor de turno y de los dictados y deseos del amo Aymerich.

La sesión empezó con la lectura por parte del notario de los cargos contra Norberto de Chaulhac y Clara de Heusingen, quienes habían sido denunciados por brujería y entrar en contacto frecuente con Satán para pedirle consejo sobre cómo practicar la cirugía con

pacientes condenados a morir. Era la maldita historia de siempre. Acto seguido, Norberto y Clara fueron requeridos a jurar sobre los Santos Evangelios decir la verdad. Los dos rehusaron hacerlo y manifestaron que no tenían nada que jurar porque a lo largo de sus vidas, expusieron, siempre habían dicho la verdad. Se les preguntó, por último, si recusaban a algún testigo.

—No tenéis ningún testigo —repuso Norberto—. Tan solo tenéis a un acusador y a ese sí lo recusamos.

—¿Quién es tal? —preguntó fray Bernardo Ermengol sorprendido.

—Nuestro único acusador es tu amo, Nicolás Aymerich —respondió Norberto—. No solo lo recusamos, sino que exigimos su presencia aquí para que explique sus acusaciones.

—El gran inquisidor de Aragón, monseñor Nicolás Aymerich, no es testigo acusador en este sermo especialis —rebatió Ermengol con indignación claramente fingida—. Este tribunal no ve necesaria su comparecencia.

—Lo negamos. Su presencia es del todo necesaria —refutó el monje—. Es conocida la inquina que vuestro amo es capaz de sentir contra quienes odia. Ahora nos ha tocado a nosotros, que hemos sido vilmente acusados por el presbítero Aymerich, quien ahora se esconde dolosamente sin hacerse responsable de la difamación que echa sobre nuestras cabezas. Aymerich debe venir de inmediato, de lo contrario este juicio debe ser declarado nulo.

Se apreciaba fácilmente la gran sorpresa por parte de los inquisidores por verse encarados por el reo. En los procesos de la Inquisición de Aragón los reos jamás se atrevían a confrontar a los inquisidores, pero en la Inquisición Apostólica de Francia las discusiones entre el reo y el tribunal sí eran frecuentes. Parecía que en el país transpirenaico el pueblo tenía un más desarrollado sentido de la libertad y dignidad personal.

—Insistimos en que monseñor Aymerich no es testigo ni parte acusadora en este proceso que, por lo demás, debe continuar sin mayor dilación —se reafirmó Ermengol.

—Sabes que mientes y la mentira es un pecado para el que no tienes

justificación —le acusó el reo—. Toda esta patraña se debe a la inquina personal de Aymerich hacia nosotros y requerimos su presencia para poder defendernos y acusarlo a él de falsedad y prevaricación.

La sermo transcurría por muy malos derroteros. Había empezado mal lo que de cualquier forma estaba destinado a acabar mal.

Como era de esperar, la lectura por parte del notario acusaba a ambos reos de brujería, de haber practicado encantamientos y sortilegios, así como de implorar al diablo la curación de sus enfermos. En el caso de Norberto los cargos se agravaban por haber fabricado un tubo para entrar en contacto con el diablo y le requerían la entrega inmediata de dicho tubo.

—Por nada del mundo pondréis vuestras sucias manos sobre mi aparato. Esta vez no permitiré que unos zafios como vuestros esbirros destrocen mis microscopios. Los tubos están a buen recaudo y bajo ningún concepto os voy a entregar un fruto de la mejor ciencia y técnica de este desgraciado siglo —les contestó Norberto de Cholhac —. Vosotros sabéis que lo que decís es mentira y todo es consecuencia de la mente desquiciada y malvada de vuestro inquisidor general, aunque tú, Ermengol, eres un digno hijo bastardo del malvado Aymerich. En realidad sois unos ladrones, unos depredadores de la riqueza ajena, pero a mí no me arrebataréis nada más que mi vida.

»Por mi tubo óptico no se ve ningún demonio, pero ahora, sin tubo, sí veo a varios demonios, los peores demonios de este infierno en la tierra que habéis fabricado: ¡vosotros! Sois vosotros mismos. Para mí, esta farsa ha terminado; sentenciad nuestra muerte, pues ya está prejuzgada y decidida. No esperéis que os pidamos piedad y nos arrepintamos de los pecados que nos colgáis, porque nosotros no somos culpables de nada. Tan solo hemos dedicado nuestra vida al bienestar y la salud de la gente, incluyendo la de vuestro amo, algo que vosotros los inquisidores no podéis entender. Sois el peor despojo y la absoluta vergüenza de la humanidad y algún día esta sociedad se sentirá avergonzada de haber permitido vuestros desmanes. Habéis envilecido toda la historia de estos reinos con vuestra crueldad y, de alguna forma, vuestra orden dominicana y toda la Iglesia en general tendrán que responder por ello.

Bernardo Ermengol quedó lívido y todos callaron; después de un interminable minuto, pronunció unas palabras inaudibles, se levantó pesadamente y trastabillando, con lo que sus secuaces entendieron que levantaba la sesión. Los dos reos fueron conducidos a prisión en celdas separadas que la Inquisición tenía en los sótanos de su propia casa. La sentencia se haría pública en el momento oportuno.

***

Unos días más tarde, un domingo, los reos fueron vestidos con un “saco bendito” que tenía cosido sendas cruces amarillas en pecho y espalda. Les cortaron el cabello y les pusieron unos capirotes sobre sus cabezas. La inquisición juzgaba necesario ridiculizar a los relapsos para hacerlos objetos de burlas antes de relajarlos al poder civil. Eran dos o tres decenas de procesados que iban a recibir sus sentencias. Algunos acusados ya estaban muertos, no habían podido sobrevivir a las duras condiciones de la prisión, por lo que eran llevados en esfinge representada por un muñeco de paja, ya que sus cadáveres apestaban y no era aún el momento de mostrarlos al populacho ni meterlos en la santa seo, allí entre tanta gente.

Acto seguido fueron conducidos caminando desde la casa de la Inquisición hasta la catedral; durante el trayecto recibieron las burlas, abucheos y malos deseos de la gente que se agolpaba a ambos flancos de la calle para verlos. Entraron en la catedral y enseguida comenzó la misa pontifical oficiada por el obispo, un ser oscuro llamado Vidal de Blanes, asistido por un diácono y un subdiácono, ambos dominicos pertenecientes al equipo del inquisidor Ermengol.

Estaba diáfano que en aquellas circunstancias los monjes dominicos eran como una peste que tanto abundaba en aquellos tiempos, siempre prestos a acudir donde hubiera una presunta herejía que condenar con la misma avidez que las moscas se arrojaban a las heces.

Después de la epístola, el diácono, miembro del tribunal que había juzgado a Norberto y Clara, subió al púlpito y desde allí, con voz tronante, empezó un durísimo e incendiario discurso sobre la necesidad de extirpar la herejía de la cristiandad y continuó con una

relación pormenorizada de los delitos de cada uno de los reos. La escena tenía el asentimiento del obispo Blanes, quien, sentado en un sillón forrado de terciopelo rojo (el gusto de la jerarquía católica por el terciopelo rojo siempre fue obsesivo), hacía gestos de aprobación ante todas y cada una de las acusaciones que profería el diácono ¿Qué otra cosa podía hacer sin incurrir él mismo en problemas con la Inquisición?

La catedral, cuyo cimborio octogonal aún no había terminado por falta de dinero y de ideas de cómo continuarlo, con el hueco cubierto de lonas embreadas para proteger el recinto de la lluvia, estaba llena de fieles que, temerosos y reconcentrados, escuchaban las atrocidades cometidas aviesamente por los acusados, que los hacían merecedores de un escarmiento ejemplar. Menos dos seguidores de Raimundo Lulio que eran reos de herejía, al resto, incluyendo a Norberto y Clara, se los juzgaba por brujería, considerada una forma de herejía, que también caía en la competencia de la Inquisición apostólica. Al final del sermón las sentencias fueron leídas y todos los acusados, tanto los vivos como los muertos representados por muñecos de paja, fueron condenados a la combustión por ser herejes relapsos que se habían reafirmado en su error y no habían pedido perdón por sus muchos pecados.

Después de la misa, Norberto y Clara, con todos los demás reos condenados, abandonaron la catedral y desfilaron por las calles hasta salir por la Puerta Real ante miles de valencianos que, en silencio, miraban con conmiseración a aquella pobre gente conducida a la muerte. Fueron finalmente llevados a los sótanos de la Casa de la Inquisición, donde los emparedaron. Metieron a los dos en un hueco y les sujetaron los dos pies y una de las manos con grilletes, suficientemente lejos uno de otro para que no pudieran tocarse. Después fueron inmurados en estrecho mediante la construcción de una pared de ladrillos que solo estaba interrumpida con una pequeña abertura o rendija a ras del suelo, por donde les pasarían el pan y el agua y sacarían sus orines y excrementos cuando sus guardianes se acordaran de hacerlo.

Y allí, en la soledad de la muerte, en la oscuridad de la eterna noche vacía de toda esperanza, los dos amantes se confesaron una vez más su amor. Norberto no esperaba un más allá; y ahora tampoco creía que un dios existiera, pero Clara mantenía intactas sus convicciones y su

esperanza en otra vida mucho mejor en la que los dos estarían juntos toda la eternidad.

Dos semanas más tarde, los guardianes se dieron cuenta de que habían fallecido; no se les oía ni devolvían el plato del agua. Entonces cerraron el hueco que los había conectado al mundo tan perverso de aquella prisión. Sus cuerpos estuvieron emparedados muchos meses hasta que en Adviento de 1360, una estación apropiada para quemar a los condenados, rompieron la pared que los había incomunicado con el mundo y sacaron sus cadáveres para conducirlos a la hoguera, según la sentencia que el arcediano les había anunciado en la catedral unos meses antes.

***

En la plaza de la catedral se efectuaría lo que los inquisidores llamaban el sermo generalis fidei. En el lugar central habían colocado el cadalso, que estaba rodeado en tres de sus cuatro bandas por unas gradas, en número de diez cubiertas por alfombras. De frente, en la parte más alta del graderío, colocaron unos sillones tapizados de terciopelo verde donde habrían de sentarse un legado del rey Pedro el Ceremonioso, llegado especialmente para la ocasión, el general governador, el bayle de la ciudad, el justicia mayor y otras autoridades civiles y militares. Al lado, en sillones tapizados de terciopelo rojo, se sentarían el gran inquisidor Aymerich, un martillo de herejes vestido de morado y venido expresamente a Valencia para presidir tan especial espectáculo, su lacayo, el inquisidor apostólico Bernardo Ermengol, y varios jueces del tribunal de la Inquisición, todos de extracción dominica[39]. El cadalso consistía en un estrecho y alargado estrado de madera de donde surgían treinta postes también de madera donde serían amarrados los reos a combustionar. Debajo del entarimado habían apilado la madera seca que pondrían en ignición una vez impregnada de brea y resina.

Con esta preparación y preámbulos comenzó el festejo. Las gradas se llenaron primero con los ciento veinte miembros del Concejo de la ciudad y se completaron con burgueses y otra gente principal,

mientras el populacho observaba el tétrico espectáculo de pie desde más lejos, al otro lado del cadalso. Los sillones de arriba fueron ocupados por los gerifaltes mencionados.

Apareció la comitiva precedida por dos acólitos, uno que portaba una cruz recubierta por un paño negro y el otro que agitaba con parsimoniosa gravedad una campanilla cuyo tañido apenas de oía. Detrás venían dos carretas tiradas por mulos y escoltadas por un destacamento de soldados. Tenían estas unos postes verticales donde estaban atados los reos, porque era la única forma de mantenerlos de pie ya que, de los treinta herejes a quemar, solamente uno estaba vivo, mientras que el resto eran cadáveres, como resultaba habitual en cada sermo generalis fidei de la época. Correspondían a reos a veces condenados meses o años antes, que habían fenecido en las cárceles de la Inquisición, como resultado de los padecimientos y las torturas infligidas. Era fácil entender que aquel juicio era una ridícula pantomima en la que la Inquisición apostólica iba a relajar un grupo de cadáveres para que el poder civil los matara una vez más.

De los treinta reos solamente uno seguía con vida. Enric Escrig era un abogado natural de Silla. Se le había condenado recientemente por escribir un libro sobre la Inquisición de la corona de Aragón en la que, en el sentir de los inquisidores, se decían rotundas falsedades y se vilipendiaba tan santa institución. Conforme la siniestra comitiva se acercaba a la plaza del crematorio se oían mejor las voces y gritos de Escrig, quien, aprovechando que la mordaza se le había desprendido, vociferaba así:

—¡Oh, pueblo de Valencia, no dejéis que os humillen ni os roben ni abusen de vosotros! ¡Ahí tenéis a Aymerich, el peor bastardo hijo de mala bestia que se ha parido en Cataluña! ¡Mirad cómo sonríe ese mal nacido! ¿Hasta dónde llega vuestra vileza? Estas veintinueve personas han muerto vejadas y torturadas; yo he visto morir a algunos; he oído los sollozos de la señora de Heusingen y del maestro de Cholhac en su emparedamiento hasta su muerte. ¿Qué sentido tiene profanar sus cadáveres en la hoguera? ¡Aymerich!, ¿por qué has matado al mejor médico de Europa, a quien te salvó la vida curándote el mal de la piedra? ¡Eres el peor malnacido en toda la historia de este país y de la humanidad entera! ¡Las generaciones por venir maldecirán tu nombre. Todos los catalanes se avergonzarán de ti, maldito bastardo!

Un soldado subió a la carreta y acabó con las imprecaciones de Enric rebanándole la garganta con una faca. Cada vez que el moribundo abogado historiador intentaba hablar un borbotón de sangre se le escapaba por el cuello abierto. Por fin calló y hundió la cabeza en el pecho, vencido por la muerte. Los treinta cadáveres fueron sacados de los carros y sujetados con cuerdas a los postes del cadalso. Al atar el cadáver de Norberto, su cabeza se desprendió del cuerpo, rebotó en el cadalso y cayó rodando por el suelo. Un soldado la recogió, agarró una estaca que por una punta hincó en el agujero occipital y por la otra clavó al tórax, uniendo así la cabeza con el putrefacto tronco. Finalmente, los cadáveres, casi todos podridos, quedaron expuestos ante tan selecta concurrencia. El notario, también dominico, que se sentaba abajo de Aymerich y Ermengol, soltó el dictamen final con una larga perorata en la que se sentenciaba a la hoguera a todos los herejes. Una vez acabada la lectura de la múltiple sentencia, el notario calló y miró a Aymerich, quien muy digno se levantó y, en unas breves, mas solemnes palabras, cedió a los condenados al poder civil para su oportuno ajusticiamiento. Al acabar el inquisidor, el general governador de la ciudad de Valencia se levantó y en otras breves palabras aceptó el encargo de limpiar el reino de tanto hereje y, a su orden, unos lacayos prendieron la leña que empezó a arder avivada por la brisa que venía del cercano mar.

Parece que el populacho no se divirtió tanto como otras veces en las que gozaron el espectáculo de ver reos aún vivos retorciéndose de miedo mientras eran consumidos por el fuego. Afortunadamente, esta vez los treinta condenados y combustionados eran cadáveres que ya no sufrirían más tormentos. Como en sus mejores tiempos, Norberto y Clara quedaron juntos, mirándose sin ojos uno al otro, con una sonrisa que, aunque descarnada y llena de dientes, no carecía de belleza y de dulzura.

Epílogo

En octubre de 2025, excavaciones en la soterrada cripta de la iglesia del monasterio del Carmen sacaron a la luz un descubrimiento sorprendente. Los arqueólogos encontraron un cofre con un polvo blanco en su interior, que los químicos identificaron posteriormente como carbonato sódico parcialmente hidratado, puesto allí probablemente como desecante. El cofre contenía en su interior una arqueta muy bien preservada. Al abrirla con cuidado, pues los herrajes y cerraduras estaban oxidadas, quedaron atónitos ante lo que vieron: una cajita con instrumentos quirúrgicos bastante bien conservados entre los que se encontraba un catéter de oro, bisturíes, tenazas y otros útiles. También hallaron seis libros, dos de ellos en árabe, dos opúsculos y otras anotaciones y, lo más relevante, un microscopio aparentemente en perfecto estado.

Hechas las comprobaciones pertinentes los arqueólogos establecieron que tales objetos habían sido depositados allí no antes de 1355 ni después de 1375, por razón de una serie de reformas arquitectónicas y eventos históricos bien documentados sufridos por el convento. Tanto los objetos como los libros y papeles fueron depositados en el Instituto López Piñero de Historia de la Medicina para su catalogación y estudio. El microscopio fue enviado a Jena (Turingia) donde fue cuidadosamente desmontado y concienzudamente estudiado en los laboratorios de Carl Zeiss. Las lentes, tanto las de los oculares como las de los objetivos estaban opacadas, pero conservaban su forma. Se midieron las geometrías de las cinco lentes y se determinó su potencia y la naturaleza del material. Se analizó el bronce del tubo óptico y el diafragma, cuyas láminas estaban muy corrompidas, con la movilidad perdida. Después de un exhaustivo estudio, los ingenieros de Carl Zeiss fabricaron dos réplicas exactas del microscopio encontrado. Se quedaron con una para su colección histórico–médica y otra la enviaron, junto con el microscopio original limpio y restaurado, al museo Lluìs Alcanyis del Instituto López–Piñero.

Inmediatamente, los investigadores del Instituto, dirigidos por el profesor Gervasi Bellpuig, catedrático de Historia de la Medicina de la

Universidad de Valencia, se dedicaron a examinar, estudiar y restaurar los seis libros encontrados, así como las anotaciones halladas en las páginas sueltas. Los descubrimientos resultaron realmente estremecedores.

—Tanto por el microscopio como por las anotaciones sobre la circulación de la sangre más parece que los objetos y los libros fueran del siglo XVII, como muy temprano —manifestó el profesor Bellpuig a sus colaboradores—. Debemos estar muy seguros de la datación antes de publicar este hallazgo.

—No creo que haya dudas sobre la datación de los objetos —aseguró uno de sus colaboradores—. Los arqueólogos conocen bien el tipo de cofres y arquetas que se fabricaban en Valencia en la segunda mitad del siglo XIV y todos coinciden en que ambos, el cofre y la arqueta, son de esa época. Es verdad que quien escondió allí esos objetos pudo haber usado una arqueta medieval, pero no parece que ello fuera así.

—En efecto —terció otro de los colaboradores de Bellpuig—, acabo de recibir por correo electrónico los resultados de la Facultad de Ciencias Químicas sobre las mediciones del carbono catorce en las muestras tomadas de los libros y apuntes y todas confirman que el papel es del 1350 ± 40 años. Las tintas usadas también indican que fueron escritos a mediados del siglo XIV.

—Bien —concluyó el profesor Bellpuig, convencido por los datos que sus colaboradores le comunicaban—, escribamos pues un artículo para el History of Medicine Journal y, tan pronto como se acepte, pondremos en la red los facsímiles de los seis libros y los apuntes sobre la hidropesía y la circulación de la sangre para que les sirvan a todos los historiadores del campo.

***

La publicación del artículo tan solo un mes después produjo una gran conmoción entre los científicos del campo, que se acrecentó cuando el equipo de Bellpuig subió a la red todos los facsímiles de las obras encontradas. Pasadas unas semanas, la avalancha de cartas, e-mails,

llamadas de todo el mundo inundaron el despacho del profesor Bellpuig y animaron a los historiadores del Instituto López Piñero a convocar y celebrar un congreso internacional con el fin de analizar y discutir los hallazgos realizados. Dos meses más tarde el congreso se inauguró con la asistencia de más de cincuenta historiadores de la ciencia y la medicina de todo el mundo quienes, tan pronto como llegaron, pidieron examinar especímenes que traían a través de la fiel réplica del microscopio que los ingenieros de Carl Zeiss en Jena habían construido.

—¡Es increíble! —exclamó un profesor norteamericano—. El micrómetro indica que el microscopio alcanza los trescientos aumentos y se pueden ver perfectamente las muestras de levaduras que he traído. Es muy superior al microscopio que Robert Brooke construyó tres siglos más tarde.

El congreso comenzó al día siguiente y las decenas de asistentes tomaron asiento en el salón de actos del Instituto López Piñero, que fue insuficiente para albergar a tanta gente, que en parte asistió a las sesiones de pie, al fondo del salón.

El profesor Bellpuig tomó la palabra y, tras una breve introducción de bienvenida, dijo:

—Queridos amigos y compañeros, hoy no nos encontramos aquí para estudiar un hecho histórico de primera magnitud. No es uno de esos hitos de los que nos sintamos orgullosos porque estos hayan incidido positivamente en el progreso y bienestar de la humanidad. Por el contrario, estamos aquí para reconocer con seis siglos y medio de retraso los logros increíbles de un hombre muy especial, que nadie pudo, quiso ni supo aprovechar. Invito a los conferenciantes a que traten de explicar las claves por las que la sociedad puede aceptar hallazgos que supondrían un avance en el bienestar humano o, por el contrario, rechazarlos para seguir sumida en el atraso, la enfermedad y la muerte. Queda dicha esta introducción a la espera de las reflexiones de tan doctos participantes.

La primera conferencia corrió a cargo de Raymond de Perpignan, profesor de Historia de la Medicina de la Universidad de Montpellier, Francia, quien subió al estrado, agradeció la atención a los presentes y dijo:

—A raíz de los increíbles descubrimientos de Valencia, redoblé mis esfuerzos para descubrir algún aspecto de la identidad y personalidad de Norbert de Cholhac que hubiera pasado desapercibida para todos. De Cholhac fue, en efecto, un monje premostratense occitano que nació en Cholhac, en la región de Mende. Era sobrino por parte de madre del insigne cirujano Guy de Chauliac, nacido en el mismo lugar veintitrés años antes que Norbert y llamado así por haber adoptado la grafía francesa para su apellido. Norbert de Cholhac hizo sus estudios de Medicina en Montpellier. Años más tarde, enseñó en aquella universidad por lo que parece, ya que apenas quedan registros de ello. Su labor docente acaeció en los años anteriores y posteriores a la peste y no he podido hallar dónde estuvo este monje durante el periodo más álgido de la peste negra porque es seguro que no residía en Montpellier durante la eclosión de la plaga.

—Creo saber dónde estuvo el maestro De Cholhac durante la peste, pero perdóneme que me presente. Soy Gotthard von Bregenz, de la Universidad de Basilea. —Von Bregenz subió al estrado, que amablemente le cedió Raymond de Perpignan, y continuó—: Es difícil encontrar registros en Basilea de los tiempos de la muerte negra. Parece como si la matanza de judíos del 9 de enero de 1349 hubiera sumido a toda la ciudad en una vergüenza tal que todo el mundo quiso olvidar. No obstante, he encontrado datos fidedignos que sitúan a Norbert de Cholhac enseñando Medicina en la canónica quizá desde 1346 a 1349. También sabemos que lideró un grupo de monjes, beguinas y seglares que trabajó hasta la extenuación atendiendo y tratando a los apestados. Acabó teniendo severas diferencias con el príncipe–obispo Johannes von Müssingen, quien terminó expulsándolo de la ciudad. —Von Bregenz hizo una pausa, bebió agua de un vaso y continuó—: Todo parece indicar que el maestro De Cholhac realizó una encomiable labor en Basilea y que salvó muchas vidas y desarrolló innovadores métodos de atención a los apestados. La ciudad de Basilea debió haber guardado la memoria de un benefactor de primer orden, pero el terrible terremoto que sucedió pocos años más tarde, en 1356, lo destruyó todo, arrasó la ciudad, las murallas, la catedral, el palacio episcopal, la abadía de san Leonardo… y sepultó los archivos, seguramente hasta perderse en su mayor parte. Sin querer arrogarme atribuciones que no me corresponden, creo que Basilea tiene una deuda impagada con el maestro De Cholhac y tengo intención de dedicar todo mi esfuerzo a investigar en mayor profundidad su actividad en mi ciudad para reivindicar su memoria y hacer que se

reconozca lo mucho que debemos a este gran hombre que, con todo merecimiento, tiene que ser rescatado del olvido.

La intervención del profesor Von Bregenz fue ampliamente aplaudida. Acto seguido, el profesor de Perpignan se levantó y retomó la palabra:

—Gracias, profesor Von Bregenz, por desvelarnos esta desconocida etapa de la vida del maestro De Cholhac. Tenemos evidencia de que Norbert regresó a Montpellier, donde hizo unos experimentos sobre la transmisión de la peste y escribió un libro que, hasta ahora, todos creíamos perdido. Sabíamos también que el padre De Cholhac construyó un tubo óptico, un precedente del microscopio que ustedes han encontrado. A causa del libro, Norbert de Cholhac fue escarnecido públicamente y a causa del tubo óptico, el tubo del diablo, lo llamaban, fue juzgado por la Inquisición papal, condenado, denigrado y expulsado de la Universidad y de Montpellier. Ahí se perdió su rastro. Quiero manifestarles mi tremenda satisfacción por haber encontrado las obras perdidas de este monje tan singular, de las que solo conocíamos su existencia. La lectura de De Transmissione Pestilentiae Mortis Nigrae revela que el monje fue mucho más allá del método científico preconizado por Robertus Lincolnensis de Grosseteste y Roger Bacon. La investigación que llevaron a cabo es una obra maestra más propia del siglo XX sobre microscopía, microbiología y epidemiología. Realmente, De Cholhac y De Perpignan se adelantaron seis siglos y esta es la razón por la cual ni la humanidad ni la ciencia ni la universidad de la época estaban preparadas para entender, recibir y aceptar unos nuevos métodos que llevaban directamente al conocimiento de la naturaleza y, en definitiva, a la verdad.

A la mañana siguiente se reanudaron las actividades del congreso. El salón de actos del Instituto López Piñero estaba de nuevo a rebosar. Una pareja de ancianos, muy ancianos, entró en la sala y dos asistentes les cedieron prestamente sus butacas, donde se sentaron. Él vestía un hábito blanco de la orden de los mostenses; ella lucía lo que parecía una cofia beis y vestía unas sayas del mismo color, a la moda flamenca de finales de la Edad Media; la señora parecía sacada de una tabla de Rogier de la Pasture. La pareja siguió las conferencias con gran atención y permanecieron todo el tiempo con las manos agarradas.

El turno siguiente correspondió al profesor Maurici Doliva, profesor de Historia de la Ciencia en la Universidad de Lleida, quien así comenzó:

—Desgraciadamente, no es mucho lo que hemos descubierto del maestro De Cholhac a su paso por el Estudi General de Lleida, aunque sí es cierto que después de ser condenado por la Inquisición y ser expulsado de la Universidad de Montpellier vino a Lleida, donde enseñó durante varios años. La epidemia de peste destruyó con particular crueldad al Estudio General de nuestra ciudad. Resulta chocante que desde su creación en 1300 hasta 1348, el año de la peste, se conocen casi todos los profesores de la Escuela de Medicina, desde el primero y fundador, Guillen de Béziers, hasta Jacme d'Agramunt y Walter de Wrobruge, ambos fallecidos a causa directa o indirectamente de la muerte negra. Por el contrario, apenas nos queda información sobre la Escuela de Medicina en los tiempos posteriores a la peste, en prácticamente toda la segunda mitad del siglo XIV. El hecho de que una persona de la calidad del maestro De Cholhac trabajara varios años allí explica que la escuela médica sobreviviera. Es revelador el opúsculo del maestro De Cholhac sobre la digital y su reconocimiento a los estudios pioneros de Walter de Wrobruge, lo que supone una continuidad en la escuela de Medicina de Lleida, que la peste no llegó a interrumpir del todo. Es notorio que el poder terapéutico de la digital se olvidara de nuevo simplemente porque ni Dioscórides ni Galeno ni Avicena lo habían descrito.

Las intervenciones continuaron a buen ritmo y, en penúltimo lugar, antes de cerrar el simposio, le tocó el turno a Mohamed al−Mamouni, profesor de la Universidad de Fez, quien, tras agradecer la invitación a los organizadores y exponer concisamente su currículum y los logros historiográficos de su grupo, prosiguió:

—Es posible que la estancia de Norbert de Cholhac con su esposa Klara von Heusingen en al-Ándalus, en Granada y Almería, sea la etapa mejor documentada de la vida de estos excepcionales personajes. Como hicimos público en su día, mis colaboradores descubrieron un manuscrito en la biblioteca antigua de nuestra universidad titulado almuhadathat mae sadiq alttabib almasihi, que se podría traducir como Conversaciones con un médico cristiano amigo, cuya versión francesa comentada la publicamos el pasado año y espero que la española no tarde demasiado en salir. No cabe duda de la autoría de esta pequeña obra, ya que se describen multitud de

detalles que solo pueden corresponder a Abu Yafar Ahmad bin Ali bin Muhammed bin Jatima al-Ansari, a quien ustedes llaman Aben Jatima, el médico, filósofo y poeta de Almería. Aben Jatima describe en su opúsculo la visita que Norbert de Cholhac y su esposa Klara von Heusingen le hicieron en Almería durante el otoño e invierno de 1359-60 de la era cristiana. Ambos sabios habían llegado a la misma conclusión sobre la transmisión de la peste debida a unos microorganismos vivos e invisibles. Aun así, tenían concepciones diferentes en el terreno del tratamiento terapéutico de un sinfín de enfermedades.

»Nos ha resultado realmente sorprendente comprobar que el manuscrito encontrado por nosotros en Fez es una copia directa del manuscrito descubierto ahora en Valencia, que parece ser el original que Aben Jatima escribió y que, de alguna forma, regaló al maestro De Cholhac. Este es un hecho inexplicable que merecería ser investigado, toda vez que no parece que Aben Jatima encontrara al maestro De Cholhac después de que este abandonara Almería.

»Otro hallazgo realmente chocante ha sido el libro de Ibn al–Nafis Comentario sobre la Anatomía del Canon de Avicena en el cofre. No parecía que el maestro De Cholhac conociera este libro, pues no lo cita en su opúsculo sobre la circulación de la sangre. Quizá nunca sabremos por qué el libro de Al–Nafis ha aparecido en el cofre.

»Como puede notarse a través de la lectura del libro de Aben Jatima, los dos médicos congeniaron muy bien, hablaron no solo de temas médicos, sino de cualquier tema referente a la vida y al bienestar de los pueblos. Aben Jatima no ahorra elogios hacia De Cholhac y describe vivamente la tristeza que le embargó cuando Norbert y Klara embarcaron en el puerto camino de Valencia y la amargura que sintió cuando supo que ambos fueron asesinados por la Inquisición papal en Valencia unos meses más tarde. Aben Jatima es muy claro en sus concepciones: la ciencia, el conocimiento es capaz de romper las barreras de separación cultural o religiosa. El saber unifica y destruye los prejuicios que enfrentan a los humanos. No sé si hoy hemos avanzado demasiado en este sentido, pero la amistad entre estos dos hombres de ciencia, cultura y religión diferentes es un ejemplo que todos deberíamos seguir.

La intervención del profesor Al-Mamouni cosechó grandes aplausos y

encendidos elogios. Aunque la traducción al francés del libro de Aben Jatima era conocida por casi todos los asistentes, se le hicieron muchas preguntas tendentes a conocer mejor la personalidad del médico almeriense, un verdadero alter ego del maestro De Cholhac.

La clausura del congreso corrió a cargo del organizador, el profesor Bellpuig, quien, después de agradecer la participación de todos y mostrar su satisfacción por los resultados obtenidos, pasó a describir la arribada, estancia, juicio inquisitorial y muerte de Norbert y Klara.

—Sabemos que la pareja llegó a Valencia a principios de 1360 y que, nada más llegar, fueron aprehendidos por los guardias del gobernador general, quien en realidad era un pelele al servicio de la Inquisición papal, que en aquel tiempo todavía era muy activa en Valencia —explicó el profesor Bellpuig—. Hasta donde conocemos, solamente hubo un sermo generalis fidei, un auto de fe de la época, en Valencia en 1360, y estuvo presidido por el inquisidor del reino de Valencia, un subordinado de Nicolau Eimeric llamado Bernat Ermengol, ambos hombres de infausta memoria por las muchas víctimas que relajaron al poder civil para quemarlas en la hoguera. Hace dos años descubrimos en el archivo municipal de Silla un libro de un autor hasta ahora desconocido, llamado Enric Escrig, titulado Història de la Inquisició en el Regne de València. Al final de su historia y con caligrafía apresurada, quizá presintiendo su propia falta de tiempo para concluir su obra, llegó a documentar la detención de Norbert de Cholhac y Klara von Heusingen justo antes de que a él también lo procesaran cuando la Inquisición tuvo noticias del manuscrito que escribía. No se equivocó; finalmente, este mismo autor fue uno de los condenados y ejecutados en el proceso de 1360.

El profesor Bellpuig se interrumpió y calló; tras unos segundos de silencio, carraspeó y se dirigió al monje que, con su compañera, se sentaba en la última fila:

—Perdone, padre, ¿es usted un monje premonstratense?

—Lo soy —contestó el anciano.

—¿Tienen ustedes registros sobre el maestro De Cholhac? —preguntó el historiador.

—Hasta donde yo puedo constatar, no sabemos de este monje más de

lo que ustedes han dilucidado en este congreso. Les estoy muy agradecido en la parte que me corresponde —contestó el monje.

—¿Y qué opina usted de esta historia? —volvió a preguntar Bellpuig.

—Es una alegoría de la humanidad entera; soñamos, despertamos y nos volvemos a dormir esperando que el próximo sueño sea el mejor.

FIN

Notas al final

1.- Debía ser un crisantemo de la especie cinerariifolium, cuyas flores blancas y semillas son muy ricas en piretrinas, también llamadas piretro o pelitre, un insecticida natural conocido por lo menos desde la época romana y que, todavía hoy, en el siglo XXI, se usa por ser biodegradable y no agresivo contra el medioambiente.

2.- Realmente la frase escrita por Guy de Chauliac en su Chirurgia Magna era: «Sócrates y Platón son mis amigos, pero la verdad es aún mi mejor amiga».

3.- Hunayn ibn Ishaq, conocido como Ioannitius o Iohannitius en Occidente, fue un prolífico traductor sirio de raíces nestorianas que trabajó en el s. IX en el Bagdad de los abasíes. Tradujo del griego al árabe muchísimas obras, desde filosofía a medicina. En concreto, tradujo casi todas las obras conocidas de Galeno que, una vez traducidas al latín en Sicilia o en Toledo, sirvieron como verdaderos libros de texto para la enseñanza de la Medicina en las universidades europeas.

4.- Chirurgia Magna, la gran obra de Guy de Chauliac, compiló el saber médico y quirúrgico de su tiempo. Su versión latina (se cree que la versión original fue en catalán o en occitano central) fue una referencia y un libro de texto para estudiantes de Medicina durante los siguientes trescientos años. En buena parte, esta obra está basada en el Kitab al-Tasrif de Abulcasis.

5.- La peste de Justiniano eclosionó en Constantinopla y en todo el Mediterráneo en 541; fue devastadora, pero parece que solo duró dos

años. La presentación de la enfermedad y sus síntomas fueron descritos con gran precisión por Procopio de Cesárea, el agudo cronista del reinado de Justiniano, y por ellos se sabe que fue una verdadera peste. La arqueología reciente ha identificado restos moleculares de Yersinia pestis, la bacteria responsable de la enfermedad, en cadáveres de fallecidos presumiblemente de peste en esa época.

6.- El Óptimo Climático Medieval afectó a Europa y quizá a toda Eurasia, con unas temperaturas altas que incrementaron la producción agrícola y, como consecuencia, la población europea se cuadruplicó. Alrededor de 1300 las temperaturas descendieron en picado y se inició lo que llaman la Pequeña Era Glacial, que duró hasta mediados del siglo XIX.

7.- Después de enseñar en Atenas varias décadas, Anaxágoras tuvo que huir de la ciudad por sostener que el Sol es una gran bola de hierro candente y la Luna una roca inerte que simplemente refleja la luz del sol. Atenas en ciertos periodos de su historia no parecía ser el modelo de tolerancia intelectual que nos han venido diciendo.

8.- La Pequeña Astronomía es una colección de textos en griego entre los que está Sobre los tamaños y distancias del Sol y la Luna, de Aristarco de Samos. Traducciones al árabe fueron hechas por Luqa al-Balabakki († 912) y Nasir al-din al-Tusi († 1274), el padre de la trigonometría. La primera edición impresa de la obra fue una traducción latina de George Valla de 1488. No hay constancia de que dicha obra fuera traducida en Toledo.

9.- Una versión inglesa del opúsculo De Luce de Robert de Grosseteste, traducido del latín original junto con un estudio preliminar por C.C. Ridler, se puede encontrar en http://www.boscarol.com/wikipdf/Riedel_1942_Grosseteste_On_Light.pdf

10.- Las sangrías han sido usadas en medicina desde el inicio de los tiempos y su práctica continuó hasta entrado el siglo XX. Es una muestra del atraso médico, que no fue corregido hasta tiempos relativamente recientes, empeñado en una práctica errónea y debilitante. A comienzos del siglo XIV, un médico de tan reconocido prestigio como Arnau de Vilanova, una verdadera lumbrera de la medicina bajo-medieval, escribía que la sangría «sincera la mente, refuerza la memoria, limpia la vejiga, seca el cerebro, calienta la médula, abre el oído, disminuye el lagrimeo, calma la fatiga, arregla el estómago, aumenta lo propio, expulsa lo extraño y alarga la vida». (Citado por A. Cardoner i Planas en Història de la Medicina a la Corona d'Aragó, ed. Scientia, 1973). En nuestra historia, el abad Guillermain de Fontcaude demostraba tener unas ideas más claras sobre las sangrías que de forma protocolizada se aplicaban a todos los monjes de órdenes religiosas en la Edad Media.

11.- El jabón de Castilla (sapo castilliensis) era conocido y famoso en toda Europa; el mejor se fabricaba en las almonas de Sevilla con aceite de oliva y con las cenizas resultantes de quemar ciertas plantas halófitas de las marismas, como el almarjo, que proporcionaban el carbonato e hidróxido de sodio y potasio necesario para la saponificación en caliente del aceite de oliva.

12.- Del «Prólogo» del Decamerón de Boccaccio.

13.- Quizá las vidas de esos niños no fueron largas. El 23/24 de agosto de ese mismo año (1349), en su particular noche de san Bartolomé (no confundirla con la noche de san Bartolomé de 1572 en París), los judíos de Colonia fueron masacrados al igual que los de otras ciudades de Renania y, en general, de toda Europa central. Concretamente en Maguncia (Mainz) fueron ejecutados seis mil. De hecho, el lugar más seguro para los judíos de aquel tiempo eran los reinos de España hasta las matanzas de 1391, las instigadas por el arcediano de Écija, Ferrán Martínez, que comenzaron en Sevilla y se extendieron a varias

ciudades más, sembrando en nuestra patria la muerte en ese pueblo.

14.- En esos términos contó Guy de Chauliac la situación de Aviñón durante la peste negra.

15.- Así describió Guy de Chauliac cómo se trató sus bubones durante su enfermedad. Su tratamiento, el emplasto de higos y almendras, suena hoy ridículo, pero lo cierto es que De Chauliac sanó; sin duda, por su propia resistencia inmunológica.

16.- Después del óptimo térmico medieval (700-1300 d.C), más cálido aún que los tiempos actuales, durante el que la población europea creció cuatro veces debido a la mayor producción agrícola, vino la llamada Pequeña Era Glacial, que duró desde principios del s. XIV hasta el XIX. La bajada de las temperaturas, relacionada con el descenso de la actividad solar, favoreció la extensión de la peste tanto por razones biológicas (véase nota 20) como sociológicas, entre las que destacaba el hacinamiento de muchos individuos en pequeños espacios dentro de unos burgos amurallados que habían crecido demasiado en densidad poblacional en los últimos siglos (véase,v.g.,http://www.herbogeminis.com /IMG/pdf/ historia_del_clima_de_la_tierra_anton_uriarte.pdf).

17.- La identificación de las pulgas como vector de la transmisión de la peste tardó varios siglos más en realizarse. No obstante, en el siglo XIV existían todas las herramientas para haber llevado a cabo los experimentos que aquí se narran y, por tanto, se tuvo la posibilidad de haber descubierto el modo de la transmisión de la peste, empleando el método científico de Alhacén, De Grosseteste y Bacon. Quizá alguien hizo experimentos similares y el hallazgo no trascendió ni quedó registrado, como ha sucedido en otros casos.

18.- Con una sola lente, Antoine de Leeuvenhoek construyó el microscopio simple unos tres siglos más tarde, con el que consiguió unos ciento veinte aumentos. Encontró, quizá por serendipia, un método de producir lentes muy pequeñas (verdaderas gotas de vidrio fundido) de gran potencia y su secreto lo guardó durante largo tiempo, algo no inusual en tiempos pasados.

19.- Se trataba de un microscopio compuesto como los que tres siglos más tarde construyeron Zacharias Janssen y Robert Brooke. En el siglo XIV existía la tecnología en fabricación de lentes, así como los conocimientos de geometría óptica suficientes para que alguien hubiera construido un microscopio compuesto capaz de alcanzar doscientos aumentos. Lo más probable es que nadie lo hiciera, aunque, si se hizo, es evidente que no trascendió. Curiosamente, fueron las pulgas los primeros pequeños animales observados por Brooke en su microscopio. La visualización microscópica del coágulo infectivo en el abdomen de la pulga es muy fácil de obtener usando campo claro por retroiluminación de la muestra.

20.- Al chupar sangre de un animal u hombre infectado, la bacteria causante de la peste se propaga en el intestino de la pulga. Al bajar la temperatura esta no segrega los enzimas necesarios para lisar las bacterias, por lo cual estas se acumulan en su estómago, lo que es visible en forma de un coágulo abdominal abultado. La pulga, al no poder digerir las bacterias que atascan su intestino, pasa hambre y al picar a un animal le vomita su contenido abdominal, infectando así la sangre del huésped. Es por tanto necesaria la bajada de la temperatura que inactive los enzimas digestivos de la pulga para que esta actúe como vector de la enfermedad.

21.- Era un famoso y popular remedio contra la peste. Se obtenía macerando hojas secas de salvia, espliego, romero, ruda fresca, alcanfor disuelto en alcohol y ajo, todo macerado en vinagre blanco de vino o de manzana. Se llamaba de los cuatro ladrones por una leyenda, seguramente apócrifa, por la que, en una de sus versiones, a

unos ladrones, a cambio de revelar la composición del mejunje, se les conmutó la pena de muerte en la hoguera por la pena de muerte en la horca. Otras versiones cuentan que se les prometió salvar la vida a cambio de revelar la composición del bebedizo; la revelaron y, aun así, los colgaron. Esta indigesta e inútil mezcla fue muy popular en Francia durante siglos.

22.- Esta parte del diálogo está basada en un poema del libro Amar al Amor de la beguina Hadewijch de Amberes.

23.- La galega es una leguminosa que crece en el área mediterránea. Sus habas machacadas y/o sus hojas se hervían en agua. Esa decocción se filtraba y se usaba oralmente como remedio para la diabetes desde tiempo inmemorial. En tiempos actuales se ha visto que dicha planta contiene una sustancia, la metformina, que tiene propiedades hipoglucemiantes y se utiliza en el tratamiento de la diabetes tipo II. El vino rojo también se usaba para los mismos fines. Los hollejos de uva contienen resveratrol, al que se le atribuyen, exageradamente, propiedades hipoglucemiantes, antitumorales y antioxidantes.

24.- Durante muchos siglos se consideró al cristalino como receptor de la imagen y no fue hasta el siglo XVI que Francesco Maurolico (1494-1577) describió el cristalino como una mera lente. Sorprende que se tardara tanto en comprender la formación de la imagen en el ojo, toda vez que había conocimientos de óptica geométrica y de anatomía suficientes para investigar la transmisión de la imagen, que no fue elucidada hasta el s. XVI-XVII por Felix Platter y Johannes Kepler.

25.- Se trataba de una rudimentaria lámpara de hendidura comúnmente usada por los oftalmólogos de hoy día, que fue inventada por el gran físico y fisiólogo brandemburgués del s. XIX Hermann von Helmholtz.

26.- La Digitalis sp., una planta con enorme poder terapéutico, no estaba incluida en la farmacopea greco-latina y árabe. Dioscórides, Galeno, Rhazes, Avicena y Abulcasis no la mencionan en ninguno de sus escritos, pese a que especies de esa planta (v. g., Digitalis lanata) existen en el Mediterráneo oriental y Oriente medio (la Digitalis purpúrea es la más común en España). Quizá su toxicidad impidió tenerla en cuenta, aunque hay registros de su uso en Roma como cicatrizante.

27.- Decocciones de hojas de digital se usaban en Gales en el medievo, pero no se tienen registros de su uso en los siguientes quinientos años. En la segunda mitad del s. XVIII, el gran médico y botánico de Birmingham, William Withering, usó polvos de hojas secas de digital en una prueba médica con más de ciento sesenta enfermos de hidropesía y tuberculosis que duró más de diez años. Fue cuidadoso en controlar las dosis administradas para evitar efectos tóxicos. Sus resultados indicaron que la digital era muy efectiva contra el edema, pero no contra la tuberculosis. Fue quizá una de las primeras investigaciones estrictamente científicas sobre el valor terapéutico de un principio de origen vegetal que, curiosa y lógicamente, se sigue utilizando en la actualidad en el tratamiento de la insuficiencia cardiaca congestiva.

28.- Se trataba de la guerra de los Dos Pedros (Pedro I de Castilla el Cruel y Pedro IV de Aragón el Ceremonioso), que duró desde 1356 hasta el asesinato de Pedro I a manos de su hermano bastardo Enrique de Trastamara en 1369, a los pies del castillo de Montiel.

29.- Estos fragmentos fueron escritos por Reinerius Sacchois, el temible inquisidor de Passau alrededor de 1260, y denotaba cierto respeto por los valdenses, a los que solamente recriminaba su aversión y desdén por la jerarquía católica.

30.- La vega de Granada, con sus cultivos, jardines, alquerías y mezquitas, fue descrita como un paraíso por diversos viajeros y geógrafos como Al-Idrisi (s. XII), Ibn Battuta (s. XIV) y después por Jerónimo Münzer, Andrea Nevagero y otros durante los primeros años del dominio cristiano.

31.- Es la opinión laudatoria que Ibn al-Jatib escribió sobre Ibn-Jatima, quien quizá había sido su discípulo en Granada unos años antes o, posiblemente, ambos fueron condiscípulos y aprendieron Medicina del médico judío Abraham ben Çarçar, que enseñó en Granada en los años anteriores a la aparición de la muerte negra.

32.- Debió sentir un gran amor por su tierra, hasta el punto de escribir un opúsculo titulado Maziyya al-Mariyya ‘alà-gayriha min-al-bilad al-andalusiyya (Ventajas de Almería respecto a los otros territorios de España), hoy perdido.

33.- Es una traducción directa de un fragmento del libro Muqni’at o Manfa’at al-sa’il ‘al.marad al-ha’il o Tratado sobre la peste, que Ibn al-Jatib compuso en 1349, a raíz de la muerte negra que asoló también el emirato (traducción de la prof. M. C. Vázquez de Benito, Ediciones Universidad de Salamanca, 1984).

34.- Norberto obviamente desconocía la inquina que Al−Jatib sentía por Aš-Šafra. Este fue seguramente el mejor cirujano hispano−musulmán desde Abulcasis. Había estudiado en Valencia y en Granada, donde fue médico personal del sultán de Granada Muhammed IV a principios del s. XIV. Al−Jatib escribió despectivamente sobre el cirujano levantino, rebajándolo a la categoría de barbero. A su vuelta de África, el cirujano se detuvo en Granada donde murió sin cumplir su deseo de morir en Crevillente (Francisco Franco Sánchez y María Sol Cabello: Muhammad aš-Šafra, el médico y su época, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1990).

35.- Son fragmentos adaptados de Luz fluyente de la Divinidad de Matilde de Magdeburgo.

36.- Pese a ser tan injustamente denostado en tiempos modernos, quizá porque cada vez menos tocólogos saben utilizarlo, lo cierto es que el fórceps obstétrico figura entre las más grandes invenciones médicas de la historia. Está descrito en libro XXX de al-Tasrif de Abulcasis, quien los usó para extraer fetos muertos, aunque quizá también extrajera fetos vivos. La idea de dos palas que se introducen en la vagina de forma independiente para articularse in situ, fue concebida por Peter Chamberlen a finales del XVII, cuya familia guardó el secreto de su construcción durante más de un siglo. Causa, una vez más, extrañeza que la humanidad tuviera que esperar siglos para que a alguien se le ocurriera fabricar unas tenazas con palas libres que se podían articular una vez insertadas, abrazando por ambos lados la cabeza del feto.

37.- El inglés William Harvey fue el primero en publicar una descripción completa de la circulación de la sangre en 1629. Durante su estancia en Padua conoció el trabajo de Servet y, probablemente, el de Ibn Nafis sobre la circulación menor de la sangre. El descubrimiento de Harvey de la circulación mayor tuvo la misma importancia que la revolución copernicana.

38.- El terremoto de Basilea de 1355 arrasó la ciudad. La Escuela de Medicina de Basilea no se fundó hasta un siglo más tarde, en 1460.

39.- Aunque instigado y ordenado por Aymerich, no está documentado que este asistiera al auto de fe (en ese tiempo no se llamaba auto de fe, sino sermo generalis fidei) de Valencia en 1360, que al parecer fue presidido por el inquisidor local Bernat Ermengol.

Índice